BIBLIOTECA ORO

TERROR



CON LOS PELOS DE PUNTA

Groff Conklin

15 MAGISTRALES NARRACIONES TERRORIFICAS
POR LOS MAESTROS DE ESTE GENERO DE NOVELA

NUEVOS CASOS DE PERRY MASON en SELECCIONES de BIBLIOTECA ORO



ERLE STANLEY GARDNER

Nuevos títulos de este autor que publicamos en esta colección:

El caso de la modelo asustada
El caso de la "mina" rubia
El caso de las manos heladas
El caso de las muñecas semejantes
El caso del secreto de la hijastra
El caso de la tía enamorada
El caso de la divorciada atrevida
El caso de la fortuna fantasma
El caso de los herederos asustados
El caso del tutor en apuros
El caso de la bella pordiosera
El caso de la camarera preocupada

EDITORIAL MOLINO · Calabria, 166 BARCELONA-15

CON LOS PELOS DE PUNTA

CON LOS PELOS DE PUNTA

GROFF CONKLIN



BIBLIOTECA ORO—TERROR

Título original

T W I S T E D

Traducción de

E. de OBREGON

Cubierta de

NOIQUET

© EDITORIAL MOLINO, 1965
Calabria, 166 — Barcelona (15)

Depósito legal, B. 9.970 - 1965
Número de registro, 7.141 - 64

Impreso en España Printed in Spain

A. G. PONSA. - Hospitalet (Barcelona)

SUMARIO

El parque infantil, Ray Bradbury
La otra mano, George Langelaan
Algo hay en el sótano, David H. Keller
El diario de un loco, Guy de Maupassant
La cara hacia arriba, Stephen Crane
Un hombrecillo extraño, William W. Stuart
Paseo nocturno, Will F. Jenkins
La canción de Marya, Walter M. Miller, Jr.
La señora Manifold, Stephen Grendon
Un santo terror, Ambrose Bierce
Impulso, Eric Frank Russell
Brenda, Margaret St. Clair
Un corazón chismoso, Edgar Allan Poe
La casa apartada, H. P. Lovecraft
El mundo bien perdido, Theodore Sturgeon

PRÓLOGO

Hace tiempo que soy de la opinión de que a nadie gustan realmente las historias de terror. (Hay quien puede amarlas *y eso es diferente, léase a Freud.) Es más, sospecho que todos las odian. Repugnan a la gente. La razón por la cual tantos de nosotros las leemos, es porque nos parece que el encararnos con ellas, con sus horribles sucesos y sus monstruosos seres, realmente podemos oponer una barrera a los hediondos poderes de las tinieblas y hacerlos retroceder, de nuevo a las sombras.*

Quizás sea como vacunarnos con gérmenes de viruela para inmunizarnos contra ellos. Contrarrestamos los bacilos negro-mágicos de una realidad cruel y a menudo sobrenatural, con los anticuerpos blanco-mágicos de una credulidad irreal y puramente literaria.

Si, nos decimos, podemos "disfrutar" en cierto modo con un buen relato de terror maligno cuando lo leemos, es porque ya somos personas mayores, maduras y sofisticadas, a las que jamás podrán sucedemos cosas tan infantiles y espantosas. Y *hasta damos por supuesto que cosas tan horrendas no pueden realmente suceder, ni han sucedido (y dado que nos hemos santiguado devotamente al leerlas, sentados cómodamente en nuestro sillón en los ratos libres), por lo tanto jamás nos sucederán a nosotros.*

Claro que reconocemos que siempre hay la posibilidad de que cosas tan sórdidas, como las que leemos en este libro, puedan estar realizándose en este mismo momento por o a alguien, en esta enorme complejidad que llamamos el mundo. Pero eso no puede sucedemos a nosotros, ¡por amor de Dios!, porque estamos en nuestro estudio o en nuestra sala de estar, sentados tranquilamente, leyéndolas. Así que naturalmente estamos seguros.

Y *por eso compramos libros de estos temas y leemos historias como las que encontrará en esta pequeña colección maníaca. Y a medianoche, cuando acabamos nuestra lectura, subimos las escaleras, nos desvestimos y metemos en la cama (sin apagar la luz, naturalmente), decimos; "Menos mal que gracias a Dios..."*

Porque nosotros podemos considerarnos afortunados, ¿no es verdad?

GROFF CONKLIN

El parque infantil
Ray Bradbury

EL SEÑOR Charles Underhill nunca había dado importancia al parque infantil que, una y mil veces antes y después de la muerte de su esposa, encontraba a su paso cuando iba o venía del ferrocarril de cercanías. No le gustaba ni le disgustaba: apenas conocía su existencia.

Sin embargo, aquella mañana su hermana Carol, quien le había estado acompañando durante el desayuno todos los días en el transcurso de seis meses, abordó el tema por las buenas.

—Jim ya tiene casi tres años —le dijo—, así que mañana voy a llevarlo al parque infantil.

—¿Al parque infantil? —preguntó el señor Underhill.

Después, en su oficina, anotó en una agenda con tinta negra:

«Mirar el parque infantil.»

Aquella tarde, sintiendo aún en su cuerpo el traqueteo del tren, Underhill atravesó la ciudad siguiendo el camino normal hacia su casa. Llevaba el periódico mal plegado bajo el brazo para evitar la tentación de leerlo al pasar por el parque.

De este modo se encontró a las cinco y diez, al declinar el día, ante la cerca de frío hierro y la puerta abierta del campo de juego. Permaneció allí de pie durante muchísimo rato, observándolo todo atentamente, helándose.

A primera vista parecía no haber nada en absoluto qué observar, pero luego, a medida que fijaba su atención más allá de su habitual monólogo interior, se le presentó la escena lentamente, como si fuera una imagen gris y borrosa de televisión.

Al principio oyó voces apagadas, sollozos que salían de una serie de líneas vagas y sombras zigzagueantes; luego, como si alguien hubiera dado un golpe al aparato, los gritos le llegaron a viva voz, las imágenes se esclarecieron. ¡Ahora veían a los niños! Saltaban por la hierba del parque, luchando, golpeándose, arañándose, cayendo; todas sus heridas sangrando, a punto de sangrar o

recientemente secadas. Una docena de gatos arrojados entre perros durmiendo no hubieran armado tanto barullo. Con increíble claridad, el señor Underhill, vio los menores cortes y costras en rodillas y rostros.

Resistió los primeros sonidos pestañeando. Las ventanas de su nariz se mantuvieron firmes mientras sus ojos y oídos se encogían por el pánico.

Olfateó los penetrantes olores de ungüento, esparadrapo y alcanfor; y notó el gusto amargo del mercurocromo tan intensamente como si lo tuviera en la boca.

Una ráfaga de olor a yodo pasó a través de las barras de acero de la cerca, las cuales brillaban vivamente a la luz grisácea del día nublado.

Los muchachos, acometiéndose unos a otros, formaban un verdadero maremágnum en medio de golpes y choques, llegando a un grado tal de empujones y coscorrones dados a ciegas que era imposible prever tanta brutalidad.

¿Era él quien se equivocaba, o se trataba de una luz interior del patio de recreo que tenía una extraña vehemencia?

Cada muchacho parecía tener cuatro sombras: una oscura, y tres fantásticas penumbras que imposibilitaban precisar estratégicamente qué camino seguirían los cuerpos hasta escurrir el bulto. Sí, la débil y escasa claridad daba la apariencia de que el parque era profundo, alejado y remoto a su contacto. O quizás era la gruesa cerca de alambre de acero, semejante a las cercas de los parques zoológicos, tras las cuales *todo* podía suceder.

«Un lugar de desdichas —pensó el señor Underhill—. ¿Por qué insistirán los niños en hacerse la vida imposible entre ellos? ¡Oh, la incesante tortura!» —Se oyó suspirar a sí mismo con un inmenso alivio. Gracias a Dios su infancia ya había pasado y todo había terminado para él. Habían cesado ya los pellizcos, golpes, pasiones disparatadas y sueños sin esperanza.

Un ramalazo de viento le arrancó el periódico de la mano. Corrió tras él bajando por las escaleras del parque. Una vez capturado el periódico se retiró apresuradamente. Por un breve instante se sumergió en la atmósfera del campo, sintió que el sombrero le venía demasiado ancho, su chaqueta demasiado pesada, su cinturón se le había aflojado, y sus zapatos le venían demasiado grandes; se sintió como un muchachito jugando al hombre de negocios, vistiendo los trajes de su padre. Detrás de él, la puerta, aparecía increíblemente alta, mientras que el firmamento le daba la sensación de una enorme masa gris. El olor a yodo, como si la respiración de un tigre exhalara sobre él, impregnaba su cabello. Empezó a caminar despacio y casi acabó corriendo.

Se detuvo fuera del parque, como alguien que hubiera salido de un mar helado y horrible.

—¡Hola, Charlie!

Oyó la voz y se volvió para mirar a quien le había llamado.

Allí, sobre un tobogán de metal, un niño de unos nueve años le saludaba con la mano:

—¡Hola, Charlie...!

El señor Charles Underhill levantó la suya. «Pero si no conozco a este muchacho —pensó—. ¿Cómo es que me ha llamado por mi nombre de pila?»

El chico le sonrió desde lo alto entre la bruma y entonces, empujado por otros niños vociferantes, se precipitó retorciéndose tobogán abajo.

Underhill quedóse pasmado ante lo que vio. Ahora el parque era una inmensa industria siderúrgica, que producía: dolor, sadismo y tristeza. Quien observara durante media hora podía darse cuenta de que en aquel recinto siempre había uno o varios rostros contraídos, otros que lloraban, algunos estaban enrojecidos de rabia o pálidos de terror. ¡Vaya! ¿Quién dijo que la infancia era la mejor época de la vida? En realidad es la más terrible, la era de mayor impiedad; como los tiempos prehistóricos cuando no había policía que protegiera a los débiles. ¿Y los padres?... Sólo preocupados de sí mismos y de su mundo de seres adultos. Tocó con su mano la fría cerca. Deberían clavar allí un nuevo letrero: *Campo de tormento.*

En cuanto al muchacho que le había llamado, ¿quién era? Había algo en él que le resultaba familiar, quizá en lo profundo de su ser evocaba el recuerdo de un viejo amigo; seguramente el hijo de un padre con úlcera.

«¿De modo que éste es el parque donde viene a jugar mi hijo?», pensó el señor Underhill.

Colgó su sombrero en el vestíbulo, y al contemplar su flaca imagen en el espejo empañado, el señor Underhill se sintió presa de la excitación y el cansancio. Cuando aparecieron su hermana y su hijo, se acercó a pasitos cortos, los observó con la mayor atención. El chico se encaramó a sus brazos con ligereza, jugando al rey de la colina. Y el padre fijando su mirada en la punta del cigarro que estaba encendiendo despacio, aclaró finalmente su garganta y dijo:

—He estado pensando en ese parque infantil, Carol.

—Mañana llevaré a Jim.

—¿De veras? ¿Piensas llevarlo allí?

Su espíritu se rebeló. Aún estaban vivos la visión y los olores del lugar.

Aquel mundo contusionado, con sus narices cortadas y aplastadas, la atmósfera de dolor, semejante al consultorio de un dentista; aquellos horribles latidos y el temblor que sintió bajo sus pies cojeando, mientras él recogía su periódico, horrorizado y espantado, sin que pudiera explicarse la razón.

—¿Y qué tiene de malo ese parque? —preguntó Carol.

—Pero... ¿tú lo has visto? —confundido, hizo una pausa—. ¡Malditos sean! Me refiero a aquellos chicos. Aquello es un agujero negro.

—Todos los muchachos son de buenas familias.

—Conforme, pero se acometen como pequeños Gestapos. ¡Es como enviar a un niño a un molino harinero para ser triturado junto con el grano por un par de muelas de dos toneladas! Me horroriza pensar que Jim vaya a jugar a aquella jaula de fieras.

—Sabes bien que es el único parque en condiciones que existe en varias millas a la redonda.

—No me importa. Lo que me preocupa es que vi una docena de clases de palos, garrotes, y escopetas de aire comprimido. Al cabo de un sólo día Jim quedaría hecho pedazos. Le habrían asado en canal con una naranja en la boca.

Ella iba a echarse a reír.

—¡Qué exagerado eres!

—Hablo en serio.

—No puedes vivir por ti mismo la vida de Jim. Tiene que aprender el camino duro. Tiene que recibir algunos golpes y pegar a otros; los niños son así.

—No me gustan los chicos de esa clase.

—Es el período más feliz de la vida.

—Tonterías. Yo acostumbraba recordar la infancia con nostalgia; pero ahora veo que era un tonto sentimental. No era más que chillidos y echar a correr en una pesadilla para llegar a casa con el cuerpo presa de terror. Si me es posible ahorrarle esto a Jim, se lo ahorraré.

—Eso es impracticable y, gracias a Dios, imposible.

—Te aseguro que procuraré mantenerlo apartado de aquel lugar; antes preferiré que se críe como si fuera un neurótico recluido.

—¡Charlie!

—¡Lo haré! Deberías de haber visto a aquellas bestezuelas. Jim es hijo mío, no tuyo, recuérdalo —y sintió las piernecitas del niño sobre sus hombros y sus delicados dedos manoseando sus cabellos—. No dejaré que lo maten.

—Tendrá que ir a la escuela. Mejor será que se acostumbre ahora, que tiene

tres años, y así estará preparado.

—También he pensado en esto.

El señor Underhill agarró firmemente los tobillos de su hijo, que colgaban como cálidas y delgadas salchichas sobre sus dos solapas. Luego añadió:

—Puede que le busque un maestro particular.

—¡Pero, Charlie!

Durante la cena, no se hablaron.

Después de la cena dio un corto paseo con Jim, mientras su hermana fregaba los platos. Fuera, más allá del parque infantil, bajo la mortecina luz de los faroles de la calle. Era una refrescante noche de septiembre con las primeras secas fragancias del otoño. Al cabo de una semana los niños serían barridos del parque igual que las hojas, y lanzados a la hoguera en las escuelas, utilizando su fuego y energía para fines más constructivos. Aunque al salir de clase volverían allí, atropellándolo todo, transformándose a sí mismos en proyectiles, estallando con estrépito, dejando rastros de sufrimiento después de cada guerra en miniatura.

—Quiero entrar —dijo Jim apoyándose en la elevada cerca de alambre y observando a los últimos chicos que jugaban, como se pegaban unos a otros y corrían.

—No, Jim, no lo quieras.

—¡Juegan! —exclamó el niño con los ojos brillándole de fascinación mientras miraba cómo un grandullón daba un puntapié a otro más pequeño y éste, a su vez hacía lo mismo con otro menor para igualar las cosas.

—¡Juegan, papá!

—¡Vámonos, Jim, nunca formarás parte de ese barullo, si puedo evitarlo!

El señor Underhill tiró del bracito con firmeza.

—Quiero jugar.

Jim empezó a llorar. Sus ojos parecían querer salírsele de las órbitas y su rostro contraído empezaba a tomar tintes anaranjados.

Algunos de los muchachos oyeron el llanto del niño y volvieron la mirada. El señor Underhill tuvo la sensación de estar observando una guarida de zorros, repentinamente asustados, y alzando la vista de la blanca piel de un conejo destrozado por la muerte. Los ojos antipáticos como cristal amarillento, barbillas cónicas, los dientes blancos y afilados, los cabellos tan revueltos, los estropeados *jerseys*, las manos sucias por las manchas de un día de batalla. Sintió su aliento que olía a negro regaliz, menta y juegos de fruta de un dulzor nauseabundo, combinación que le revolvía el estómago. Y, sobre todo ello, el cálido olor a

mostaza de alguno que tendría un prematuro resfriado; el grasiento hedor de la carne embadurnada con calientes ungüentos alcanforados cociéndose bajo una funda de franela. Todos esos empalagosos y en cierto modo depresivos olores a lápiz, tiza, viejos recuerdos en un instante. Las palomitas de maíz formaban una argamasa entre sus dientes y una gelatina verde se mostraba en las succiones y resoplidos de sus narices.

—¡Santo Dios! —exclamó.

Vieron a Jim, que para ellos era un desconocido. No dijeron palabra, pero cuando Jim lloró más fuerte y el señor Underhill lo arrastró calle abajo a viva fuerza como si fuera un saco de cemento, los chicos le siguieron con miradas centelleantes. Underhill tenía ganas de mostrarles el puño y gritarles: «¡Bestezuelas! ¡No tendréis a mi hijo!»

Entonces, con una manifiesta impertinencia, el muchacho que se hallaba sobre el tobogán de metal, el chico de rostro familiar, le gritó balanceándose y agitando la mano. Tan alto se hallaba que parecía casi una sombra a lo lejos.

—¡Hola, Charlie!

Underhill se detuvo y Jim dejó de llorar.

—¡Hasta la vista, Charlie!

Y el rostro del niño situado en aquel alto y solitario tobogán se transformó de repente, tomando un parecido a Thomas Marshall, un antiguo compañero de negocios, que justamente vivía al otro lado de la manzana, pero a quien no había visto desde hacía años.

—¡Hasta la vista, Charlie!

«¿Hasta la vista? —murmuró para sí—. ¿Qué quería significar con esto aquel chiquillo loco?»

—¡Eh! —le gritó el muchacho—. ¡Te conozco, Charlie!

—¿Qué? —balbució Underhill.

—¡Mañana por la noche! ¿Eh, Charlie?

Y el chico se tiró tobogán abajo, quedando un rato en el suelo al faltarle el aliento, el rostro como un queso blanco, por la caída, mientras que otros niños saltaban sobre él, revolcándose.

Underhill permaneció indeciso durante unos segundos, hasta que Jim empezó a llorar de nuevo, y entonces con los brillantes ojos zorrunos fijos en ellos, arrastró a Jim todo el camino hasta su casa.

Al mediodía siguiente, el señor Underhill salió temprano de su oficina y tomó el tren de las tres, llegando a Green Town a las tres y veinticinco, con

tiempo más que suficiente para recrearse con el sol otoñal.

«Es raro —pensó—, lo rápido que pasa el tiempo. Un día estás en verano y al siguiente otoño. ¿Cómo podría precisarlo o describirlo? ¿Tiene algo que ver con la temperatura o el aroma? ¿O el sedimento de la edad que es liberada de sus huesos durante la noche y que circula por la sangre y el corazón, dándote un ligero estremecimiento y un escalofrío? Un año más viejo, otro terminado. ¿Era eso?»

Subió andando hacia el jardín infantil, formando los planes para el futuro. El otoño le parecía la estación más apropiada para hacer planes. Quizá tenía algo que ver con la idea de extinción. Cuando se piensa en la muerte, automáticamente se forman planes. De acuerdo, pues, tendría que haber un maestro particular para Jim, eso era indudable; ninguno de aquellos horribles colegios le convenían. Represantaría un buen pellizco a su cuenta del Banco, pero Jim crecería al menos feliz. Podrían escoger y elegir a sus amigos. Cualquier rufián alborotador sería apartado tan pronto tocase siquiera a Jim, y, en cuanto a ese campo infantil ¡estaba completamente descartado!

—¡Hola, Charles!

Alzó la vista sorprendido. Ante él, a la puerta de la cerca de alambre, se hallaba su hermana. En seguida se dio cuenta de que ella le había llamado Charles en vez de Charlie. El disgusto de la noche anterior no se le había pasado del todo.

—Carol, ¿qué haces aquí?

Ella se sonrojó como sintiéndose culpable y desvió la mirada hacia la cerca.

—¿No habrás...? —sus ojos buscaron entre los chicos que se peleaban, corrían y vociferaban—. ¿No querrás decir que...?

Su hermana asintió algo divertida.

—Pensé que debía traerlo temprano...

—Antes de que yo llegara a casa, así no me enteraría. ¿No es eso?

—Así es.

—¡Dios mío! Carol, ¿dónde está?

—Ahora iba a verlo.

—¿Quieres decir que le has dejado aquí toda la tarde?

—Sólo cinco minutos, mientras iba de compras.

—¿Y tú lo has dejado aquí? ¡Dios mío! —Underhill agarró a su hermana por la muñeca—. ¡Bueno! ¡Vamos! ¡Búscalo! ¡Sácalo de aquí!

Ambos buscaron con la mirada a través de la cerca, donde una docena de

muchachos se atacaban, las niñas se abofeteaban entre sí; y un amontonamiento de chicos pendencieros que escapaban a intervalos, en rápida carrera, atropellándose unos a otros.

—¡Ahí es dónde debe de estar! ¡Lo sé! —exclamó Underhill.

En aquel instante, a través del campo, Jim se dirigió hacia ellos gimiendo y sollozando con seis nenes detrás de él. Cayó, se levantó, corrió y cayó de nuevo chillando, y los que iban persiguiéndolo le disparaban guisantes a través de tubos de metal.

—¡Les haré tragarse estos tubos por las narices! —dijo Underhill—. ¡Corre, Jim! ¡Corre!

El muchacho corrió hacia la puerta. Underhill lo agarró. Era como coger un saquito de materia arrugada y empapada. La nariz le sangraba, sus pantalones estaban desgarrados e iba todo sucio.

—Ahí tienes tu parque infantil —dijo el padre arrodillándose y mirando fijamente a su hijo, entregándoselo luego a su hermana—. Ahí tienes a tus queridos, felices e inocentes, tus acomodados niños meones. Que vea otra vez aquí al chico y me las pagarás. ¡Vamos, Jim! Vosotros, pequeños bastardos, ¡fuera de aquí!

—No hemos hecho nada malo —respondieron los chicos.

—¿A dónde va a ir a parar el mundo? —se preguntó Underhill mirando el firmamento.

—¡Eh, Charlie! —exclamó el extraño muchacho que permanecía a un lado, saludándolo con la mano indolentemente y sonriendo.

—¿Quién es ése? —preguntó Carol.

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa?

—¡Hasta la vista, Charlie! ¡Adiós! —gritó el chico desapareciendo.

El señor Underhill se marchó a casa con su hermana y su hijo.

—¡Quita la mano de mi brazo! —le dije a Carol.

Estaba temblando de rabia cuando se fue a la cama. Había tomado un poco de café, pero no lo calmó nada. Le habría gustado extraer y machacar los pequeños y grasientos cerebros de aquellas groseras criaturas del estilo de Cruikshank [1]; en efecto, esa frase los definía, aquellos chicos tenían el aspecto de zorros y llevaban pintados en sus semblantes impasibles el engaño, el veneno y la astucia. En nombre de la decencia, ¡qué clase de chicos formaban la nueva generación! ¿Eran un puñado de parásitos que sólo causaban heridas y repartían porrazos? ¿Una manada de grandullones ensangrentados, de corta inteligencia y

con los residuos de la negligencia corriendo por sus venas? Echado, daba violentos cabezazos de un lado a otro de la cálida almohada. Al final se levantó y encendió un cigarrillo, pero aún no le bastó. Él y Carol habían sostenido una violenta discusión cuando llegaron a casa. Le había gritado a ella y ella le había respondido de igual forma; parecían dos pavos peleando en un páramo, donde la ley y el orden eran locuras ridículas, olvidadas por completo.

Estaba avergonzado. Si uno es un caballero, no debe enfrentarse a la violencia con la violencia. Había hablado con mucha calma, pero Carol no le dio ninguna oportunidad. ¡Maldito sea! Ella quería meter al niño en una prensa y que ésta lo aplastara. Quería que le atizaran, lo pincharan y que recibiera todos los golpes, que le pegaran en el parque infantil, en el Jardín de la Infancia, en el colegio de segunda enseñanza, en la Escuela Superior... Si tenía suerte, en la Escuela Superior, las palizas y el sadismo serían más refinados. El mar de sangre y saliva se secaría retirándose del litoral de los años y a Jim podría dejársele sólo al llegar a mayor, con Dios sabe qué perspectivas para el porvenir, quizá con el deseo de ser un lobo entre los lobos, un perro entre los perros y un demonio entre los demonios. Pero ya había bastante de todo eso en el mundo. Sólo el pensar en los diez o quince próximos años de tortura, era suficiente para que el señor Underhill se estremeciera.

Sintió su propia carne como empalada por un tiro de doble carga, atormentada, quemada, aplastada, empobrecida, retorcida, violada y magullada. Se estremeció como una medusa lanzada violentamente dentro de una mezcladora de hormigón. Jim no lo sobreviviría; era demasiado delicado para tal horror.

Underhill recorrió a medianoche todas las habitaciones de la casa pensando en todo: en sí mismo, en su hijo, en el campo de juego, el miedo. No había ningún aspecto del problema que no tocara y resolviera con el pensamiento.

«¿Hasta qué punto? —se preguntaba—. ¿Hasta qué punto es debido a que está solo? ¿Cuánto es debido a la muerte de Ana? ¿Cuánto a mis temores? y, ¿cuánta realidad hay en lo del parque infantil y en los niños? ¿Cuánto de racional y cuánto de estupidez?»

Hizo sus cálculos, analizó los pros y los contras despacio repetidas veces, desde la noche al alba, de los blancos a los negros, del frío raciocinio a la pura demencia. No debía tenerlo tan sujeto. Debía apartar sus manos del niño. Y sin embargo... No había ocasión en que al mirar la carita de Jim no viera reflejado en ella el rostro de Ana: en los ojos, la boca, en la forma de la nariz, en el cálido

aliento, en la vehemencia de la sangre que corría bajo la fina piel.

«Tengo derecho a temer —pensó— todo el derecho. Cuando se tienen dos preciosos objetos de porcelana y uno se rompe y sólo nos queda otro, el último, ¿puede ser uno, por un instante, objetivo, quedarse tan tranquilo y hacer otra cosa que no sea preocuparse? No. Parece como si no pudiera hacer otra cosa que temer y tener miedo de temer.»

Mientras iba entregándose a sus pensamientos se paseaba por el vestíbulo.

—No tienes ninguna necesidad de recorrer toda la casa por la noche — le gritó su hermana desde la cama cuando oyó que él paseaba por delante de su habitación que tenía la puerta abierta—. No seas infantil. Lamento parecer dictatorial o fría, pero tienes que ser razonable. Está claro que Jim no puede tener un profesor particular. Ana hubiera deseado mandarle a un colegio normal. Mañana volverá al parque infantil y seguirá yendo hasta que aprenda a sostenerse sobre sus pies; y hasta que resulte familiar a todos los niños; luego ya no le fastidiarán tanto.

Underhill no respondió. Se vistió silenciosamente en la oscuridad, bajó las escaleras y abrió la puerta de la calle. Faltaban unos minutos para las doce cuando tiró calle abajo con ligereza por entre las sombras de los elevados olmos, robles y plátanos de Indias; tratando de olvidar su rabieta y su Violencia.

«Carol tenía razón, desde luego. El mundo es así, vivimos en él y aceptándolo —se decía a sí mismo—; pero ¡ahí estaba el verdadero problema! Él ya había pasado por eso, sabía lo que era un niño entre leones.»

Había recordado su propia infancia en el transcurso de las últimas horas. Una época de terror y violencia, y ahora no podía soportar la idea de que Jim iba a recorrer el mismo camino, aquellos largos años, especialmente si se trataba de un muchacho delicado, aunque no fuera culpa suya, de huesos delgados, de cara pálida. ¿Qué se podía esperar sino que lo molestaran y lo persiguieran?

Se detuvo junto al campo de juego, el cual se hallaba aún iluminado por una gran farola. La puerta la dejaban cerrada durante la noche, pero aquella luz permanecía encendida hasta las doce. Le habría gustado destrozar aquel sitio despreciable, desgarrar la valla de alambre, aplastar los toboganes y gritar a los muchachos: «¡Marchaos a casa! ¡Jugad en los patios traseros de vuestras viviendas!»

¡Qué ingenioso era el frío y profundo parque infantil! Nunca sabía dónde vivía nadie. ¿Quién era el chico que te había partido los dientes? Nadie lo sabía. ¿Dónde vivía? Se ignoraba. ¿Cómo hallarlo? Nadie sabía nada. ¡Claro!, uno

podía ir allá un día, dar una paliza a un nene más pequeño e irse al día siguiente a jugar a otro parque. Jamás te encontrarían. De campo de juego en campo de juego podías realizar tus criminales intentos y todos lo olvidarían, ya que no te conocían. Al cabo de un mes podías volver a este parque y si el chiquillo a quien rompiste los dientes te reconocía, podías negarlo. «¡No, yo no fui! ¡Debe tratarse de otro! ¡Ésta es la primera vez que vengo! ¡No, yo no fui!» Y en cuanto te vuelva la espalda le pegas nuevamente. Y echas a correr por calles sin nombre, como una persona anónima.

«¿Qué podría hacer? —pensó Underhill—. Carol ha sido siempre más que generosa, ha sido buena para Jim. El año pasado le dedicó todo su amor en menoscabo del que debía a un esposo. No puedo luchar siempre contra ella por este motivo, ni tampoco puedo decirle que se marche. Quizá podría arreglarse si nos marcháramos al campo. No, no, imposible, no tengo dinero. Pero tampoco puedo dejar aquí a Jim.»

—¡Hola, Charlie! —llamó una voz tranquila.

Underhill dio un salto. Detrás de la valla del campo, sentado en el suelo y haciendo dibujos con el dedo sobre el frío polvo, se hallaba el solemne muchacho de nueve años. No levantó la mirada. Sólo dijo: «¡Hola, Charlie!», sentado allí con toda sencillez, en aquel mundo tras de la dura valla de acero.

Underhill le preguntó:

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo sé —el chico cruzó las piernas cómodamente, sonriendo con calma—. Tienes muchos problemas.

—¿Qué haces aquí tan tarde? ¿Quién eres?

—Me llamo Marshall.

—¡Claro! ¡Eres Tommy, el hijo de Tom Marshall! Ya decía yo que tu cara me era familiar.

—Más familiar de lo que te figuras —rió el niño con dulzura.

—¿Cómo está tu padre, Tommy?

—¿Le has visto últimamente? —le preguntó el muchacho.

—Un momento en la calle, hace unos dos meses.

—¿Qué tal te pareció?

—¿El qué?

—¿Qué te pareció el aspecto del señor Marshall? —perecía como si el muchacho se resistiera a decir «mi padre».

—Me pareció bien, ¿por qué?

—Supongo que es feliz —respondió el niño.

El señor Underhill vio que las piernas de la criatura estaban cubiertas de costras y arañazos.

—¿No te vas a casa, Tommy?

—Me he escapado para verte. Sabía que vendrías. Estás asustado.

El señor Underhill no supo qué responder.

—¡Estos pequeños monstruos! —dijo al fin.

—Quizá pueda ayudarte —el muchacho dibujó un triángulo en el polvo.

Era ridículo.

—¿Cómo?

—Darías cualquier cosa, ¿verdad?; si yo pudiera evitarle todo esto a Jim. Si pudieras, ¿te pondrías en su lugar?

El señor Underhill asintió con frialdad.

—Bien, ven por aquí mañana a las cuatro de la tarde. Entonces podré ayudarte.

—¿A qué te refieres?

—Ahora no puedo decírtelo —contestó el chico—. Es algo que tiene que ver con este parque y también con cualquier lugar donde exista mucha maldad producida por el poder. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Una especie de soplo de aire caliente agitó el campo desierto bajo la única y alta farola. Underhill notó un escalofrío. Incluso a medianoche, el campo parecía pernicioso, porque se utilizaba para actos reprobables.

—¿Todos los campos de juego con así?

—Algunos. Puede que éste sea el único de esta clase, o a lo mejor es que tú lo ves así. Las cosas son como uno quiere que sean, Charlie. Mucha gente cree que éste es un parque infantil seguro. También tienen razón. Es según como se vean las cosas. Lo que quería decirte, sin embargo, es que a Tom Marshall le pasaba lo mismo que a ti. Se preocupaba demasiado por Tommy Marshall, por el campo de juego y por los muchachos. Quería evitarle a su hijo Tommy este problema y que no sufriera daño.

El hecho de hablar de las personas como si fueran cosas remotas, hizo sentirse incómodo al señor Underhill.

—Así que, hagamos un trato —dijo el muchacho.

—¿Con quién?

—Con el campo de juego, por supuesto, o con quien sea que lo dirija.

—¿Quién lo dirige?

—Jamás lo he visto. Existe una oficina allí debajo de la tribuna. Toda la noche hay luz en ella. Es una luz brillante, azul, algo rara. Hay un pupitre sin ningún papel encima y una silla vacía. El rótulo dice: «Director»; pero nadie lo ha visto nunca.

—Debe de andar cerca.

—Es verdad —dijo el muchacho—. Ni yo debería estar donde estoy, ni los demás donde están.

—Hablas como una persona mayor.

El chico se había puesto contento.

—¿Quieres saber en realidad quién soy? No soy Tommy Marshall, en absoluto. Soy Tom Marshall, el padre —se quedó sentado allí en el polvo, sin moverse, en las últimas horas de la noche, alumbrado por el alto y apartado farol. La última ráfaga de viento agitó el cuello de su camisa debajo de su barbilla y arremolinó el frío polvo—. Soy Tom Marshall, el padre. Ya comprendo que será duro para ti creerlo, pero es verdad. Estaba preocupado por Tommy. Me pasaba lo mismo que a ti con Jim. Así que hice este trato con el parque infantil. ¡Oh! Hay otros aquí que hicieron lo mismo. Si miras bien los reconocerás entre los otros chicos por la expresión de sus ojos.

Underhill guiñó.

—Sería mejor que te fueras corriendo a casa a dormir.

—Quieres creerme, quieres que esto sea verdad. Lo he visto en tus ojos. Si pudieras cambiar tu estado por el de Jim, lo harías. Te gustaría salvarle de esta tortura, ponerle en tu lugar, ya mayor, y todo habría acabado.

—Todos los buenos padres quieren a sus hijos.

—Tú, más que ninguno. Sientes cada mordisco y cada puntapié. Bueno, ven mañana por aquí. Tú también puedes hacer un convenio.

«¿Cambiar de estado? Era una idea increíble y divertida, aunque singularmente satisfactoria. ¿Qué debería hacer?»

—Piénsalo.

Underhill trató de que la siguiente sonara como si tal cosa, como una broma, pero su mente estaba a rabiar otra vez.

—¿Qué tendría que pagar?

—Nada, tendrías que jugar en este campo.

—¿Todo el día?

—E ir a la escuela, desde luego.

—¿Y crecer otra vez?

—Sí, y volver a crecer. Preséntate aquí mañana a las cuatro de la tarde.

—Tengo que trabajar en la ciudad mañana.

—Mañana —insistió el muchacho.

—Será mejor que te vayas a la cama, Tommy.

—Me llamo Tom Marshall —el muchacho siguió allí sentado.

Las luces del campo de recreo se apagaron.

El señor Underhill y su hermana no se hablaron durante el desayuno. Normalmente él la llamaba al mediodía, para charlar sobre tal o cual asunto, pero no la llamó. Sin embargo, a la una y media, después de una mala comida, marcó el número de su domicilio. Cuando Carol respondió, colgó el auricular. A los cinco minutos llamó de nuevo.

—Charlie. ¿Has sido tú quien llamó hace cinco minutos?

—Sí.

—Creí oír tu respiración antes de que colgaras. ¿Por qué has llamado, querido?

Ella se volvió otra vez razonable.

—¡Oh! Sólo por llamar.

—Han sido dos días malos, ¿no es cierto? ¿Sabes a qué me refiero, verdad, Charlie? Jim debe ir al parque infantil y recibir unos golpes.

—Unos golpes, sí.

Vio la sangre, los hambrientos zorros y los conejos destrozados.

—Debe aprender a recibir y dar —iba diciendo ella—, y si es preciso, a luchar.

—Si es preciso, a luchar —murmuró él.

—Sabía que al final comprenderías.

—Comprendería... Tienes razón. No hay otra salida. Debe ser sacrificado.

—¡Oh, Charlie! ¡Qué cosas tienes!

Él aclaró su garganta.

—Bien, de acuerdo, no hablemos más de esto.

—Sí.

«Me pregunto qué tal irá la cosa», pensó.

—¿Todo lo demás va bien? —preguntó por teléfono.

Pensó en las rayas sobre el polvo, en el muchacho sentado allí con su rostro esquelético.

—Sí —repuso ella.

—He estado pensando... —dijo él.

—Habla más alto.

—Estaré en casa a las tres —dijo lentamente, completando las palabras como alguien a quien hubiesen golpeado en el estómago. Jadeaba—. Daremos un paseo, tú, Jim y yo —dijo cerrando los ojos.

—¡Estupendo!

—Por el campo de juego —y colgó.

Había llegado el verdadero otoño, el verdadero frío, los verdaderos tiritones. Por la noche los árboles se iban resecando y se libraban de sus hojas, las cuales revolotearon alrededor del rostro del señor Underhill, a medida que éste subía las escaleras de la entrada. Allí, resguardándose del viento cortante y frío, le aguardaban Jim y Carol.

—¡Hola! —exclamaron abrazándose y besándose.

¡Qué bajito era Jim! ¡Qué alto era papá! Rieron y el hombre se sintió paralizado por el terror del día anterior.

Eran casi las cuatro. Observó el cielo plomizo que amenazaba con llover a cántaros de un momento a otros. Era un cielo de lava y hollín que soplaba un viento húmedo. Sostuvo con firmeza el brazo de su hermana mientras paseaban.

—¿Amigos? —sonrió ella.

—Desde luego, era ridículo —dijo él pensando en otra cosa.

—¿El qué?

Se hallaban ante la puerta del parque infantil.

—¡Hola, Charlie! ¡Eh!

A lo lejos, sobre el monstruoso tobogán, se hallaba en pie Marshall, hijo, agitando la mano; pero esta vez sin sonreír.

—Aguarda aquí —dijo el señor Underhill a su hermana—. Es sólo un momento. Entraré con Jim.

—Muy bien.

Tomó la manita del chico.

—Vamos, Jim. Acércate a papá.

Bajaron las escaleras de hormigón y se detuvieron en el suelo de polvo. Ante ellos, como en una secuencia mágica aparecieron los diagramas, las gigantescas huellas de los que iban de puntillas o de los monstruosos paticojos, los asombrosos cuadriláteros y triángulos y oblongos que los muchachos habían dibujado sobre aquella polvareda increíble.

De pronto sopló un ramalazo de viento y él empezó a tiritar. Apretó fuertemente la mano del niño y se volvió hacia su hermana.

—Adiós —dijo, pues estaba ya convencido. Había entrado en el parque infantil y acabado de convencer, y creía incluso que era lo mejor. Esto no era bueno para Jim. ¡Nada era bueno en este mundo abominable! Su hermana se estaba riendo detrás de él.

—¡Charlie, eres un idiota!

Después corrieron, corrieron por el sucio suelo del parque, hacia el fondo de un mar de piedras que los presionaba y dañaba. Jim gritó: «¡Papá! ¡Papá» Los muchachos corrieron a su encuentro, el chico que se hallaba en el tobogán chilló, los que iban de puntillas o a la pata coja se arremolinaron, le atenazó una especie de terror incorpóreo, pero él sabía lo que tenía que hacer, lo que debía haber hecho y lo que sucedería. Allá al otro lado del campo, los balones de béisbol zumbaban, los palos volaban, los puños salían a relucir y la puerta de la oficina del director se mantenía abierta, con el pupitre vacío, el asiento vacío, con una luz solitaria ardiendo sobre él.

Underhill, vaciló, cerró sus ojos y cayó gritando, con su cuerpo presa de un ardiente dolor, musitando palabras extrañas, todo en gran confusión.

—Así que tú eres Jim —le dijo una voz.

Iba trepando, trepando, con los ojos cerrados, unas escalerillas de metal; gritando, chillando, con la garganta seca.

Abrió los ojos.

Se hallaba en lo alto del tobogán. El gigantesco tobogán de metal azulado que parecía tener una altura de diez mil pies. Los muchachos se apretujaban a su espalda, y le pegaban para que avanzara.

—¡Tírate! ¡Tírate!

Alzó la mirada y vio a un hombre con un abrigo negro que se alejaba a través del campo de juego. Allá en la puerta había una mujer saludando con la mano y el hombre se acercó a ella y luego ambos se quedaron mirándole, gesticulando con las manos y gritándole:

—¡Que te diviertas! ¡Que te diviertas, Jim!

Chilló. Miró sus manos con pánico al darse cuenta. Se le habían vuelto pequeñas y delgadas. Miró al suelo, allá abajo, notó que le sangraba la nariz y que Marshall, hijo, se hallaba detrás de él.

—¡Eh! —le chilló el otro, y le abofeteó en la boca—. ¡Aquí sólo tienes doce años! —le gritó el muchacho en medio del bullicio.

«¡Doce años! —pensó el señor Underhill anodadado—. El tiempo es diferente para los niños. Un año equivale a diez. No, nada de doce años de

infancia frente a él, sino un siglo, de esto.»

—¡Tírate!

Tras él la peste de Musterole, Vicks Vaporup, cacahuetes, regaliz masticado y caliente, chicles de hierbabuena y tinta azul de estilográfica; el olor a palomitas de maíz y a jabón de glicerina, a penetrantes ungüentos, una fragancia del cartón piedra de las máscaras de calavera y olor a costras secas. Todo esto mientras le pinchaban, aporreaban y empujaban. Los puños subían y bajaban. Vio las caras de zorro y a lo lejos, en la cerca, el hombre y la mujer que le hacían señas con la mano. Se estremeció, cubrióse el rostro, notó que lo empujaban, que sangraba hasta el límite de la nada. Con la cabeza adelante, se precipitó tobogán abajo, chillando, con diez mil monstruos detrás. Una idea le asaltó un instante antes de caer al suelo entre un montón de garras nauseabundas:

«Esto es el infierno —pensó—. ¡El infierno!»

En aquel violento y arremolinado montón, nadie le contradijo.

La otra mano
George Langelaan

—DOCTOR, ¿puede usted amputarme mi mano derecha?

Mirando por encima de mis gafas al hombre delgado y fuerte que se hallaba sentado frente a la mesa de mi despacho, y sosteniendo por irnos segundos su firme mirada, en la cual vi tanto miedo como determinación, automáticamente recogí una ficha en blanco.

—Su nombre, por favor.

—Manoque... Ahí tiene mi tarjeta. Jean-Claude Manoque.

—¿Edad?

—Treinta y dos años.

—¿Domicilio?

A cada pregunta lo iba observando. Bien vestido. Tranquilo, a pesar de lo que pedía, hablando pausadamente. Parecía un hombre de mundo y su domicilio revelaba que debía de ser muy rico. Sus ojos mostraban nerviosismo, pero la gente normal, cuando decide operarse, generalmente se pone nerviosa.

—¿Ha sido su médico quien le ha informado que debía ser intervenido quirúrgicamente, señor Manoque?

Dejé mi pluma y me arrellané en el sillón, en tanto él me explicaba no haber consultado a ningún otro médico, sino que había venido a mi consultorio porque yo era un cirujano y esperaba que todo iría bien si yo lo atendía.

—Por favor, enséñeme su mano, señor Manoque.

Inclinándose hacia delante me la alargó con la pluma hacia arriba.

Era una mano fuerte, bien formada, de un hombre de acción; con unos dedos largos de puntas cuadradas, robustos. En la base del pulgar y al borde de la palma, debajo mismo del meñique, sobresalían dos durezas, las cuales toqué con la punta de mi dedo.

—Tenis —explicó con una sonrisa.

Dando la vuelta a la mano observé unas uñas pulcramente cuidadas y presioné mi pulgar de aquí para allá, sobre tendones y venas. El dorso de su

mano tostada por el sol, donde un ligero vello se extendía desde la muñeca hasta los dedos, denotaba fuerza; y una o dos antiguas cicatrices sobre los nudillos podían haber sido prueba de una cierta agresividad.

—La otra, por favor.

Sus manos eran muy semejantes. La única diferencia apreciable era que la mano derecha temblaba ligeramente, aunque podía ser debido a un exceso de tenis.

—Gracias, señor Manoque. Ahora, ¿quiere usted explicarse?

—¿Es necesaria una explicación?

—Me temo que sí. ¿Qué le ha ocurrido a su mano?

—Ya no me pertenece, doctor —dijo con lentitud mirando directamente a mis ojos.

—Comprendo, y ¿a quién pertenece? —le pregunté cogiendo una hoja de papel de correspondencia y empezando a escribir. Los años de experiencia me habían enseñado a no mostrar nunca sorpresa, ni siquiera a sonreír, ante lo que dice el paciente.

—No lo sé ni me importa, pero quiero deshacerme de ella.

—Señor Manoque, personalmente no puedo hacer nada por usted; pero ahí tiene la dirección de uno de mis colegas, quien estoy seguro podrá ayudarlo.

—Un psiquiatra, supongo. Gracias, doctor, pero lo que yo necesito es un cirujano. Lamento haberlo molestado —añadió levantándose—, aunque sin duda debí figurármelo. Me imagino que tendré que arreglármelas de otra manera.

—Sí, ésa es la dirección de un psiquiatra, señor Manoque; pero se equivoca si cree que él no puede ayudarlo. Le aconsejo vivamente que visite a ese doctor.

—Gracias, no. A pesar de todo, volveré en otra ocasión a visitarlo, doctor —dijo haciendo una ligera inclinación y dirigiéndose hacia la puerta.

—Será en vano, caballero.

—Espero que no.

Mi enfermera lo acompañó hasta la puerta, mientras yo aguardaba la entrada del próximo paciente. Miré la ficha que acababa de rellenar, vacilé un momento, luego la rompí y la eché en la papelera.

Tratando de no bostezar, examinaba una colección de radiografías correspondientes al estómago, completamente sano, de la esposa de un famoso negociante de objetos de arte. Esa mujer estaba convencida de que debía ser operada de una úlcera, dolencia totalmente imaginaria, cuando mi ayudanta llamó y abrió la puerta... cosa que nunca hace.

—Perdóneme, se trata de un caso urgente —murmuró dando una rápida ojeada a la paciente, quien miró con asombro, primero a ella y luego a mí.

—Bien, ¿de qué se trata? —pregunté dirigiéndome hacia la puerta para cerrarla.

—Ese joven que acaba de salir. Está en la sala de urgencia...

—¿Quiere decir que aún está aquí?

—Había salido, pero ha vuelto... Ha sufrido un accidente.

—¿Un accidente?

—Su mano, doctor.

Volvió en sí y se quejó mientras le hacía una cura provisional al extremo de su muñeca destrozada.

—¿Podrá soportarlo aún, o prefiere que le anestesie?

—Estaré... Estaré quieto —murmuró.

—Bueno —dije al cabo de unos cinco minutos, encendiendo un cigarrillo y colocándoselo entre sus labios, al mismo tiempo que mi enfermera le inyectaba una doble dosis de morfina—. La ambulancia llegará dentro de un momento.

—Gracias —dijo saboreando el cigarrillo—. Ahora supongo que querrá usted saber...

—No, ahora no. Lo veré luego en la clínica.

—Como quiera —respondió con una sonrisa—. ¡Ah! A propósito. Imagino que usted, la policía o quien sea puede que quieran recogerla... Está en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta.

—¿El qué, señor Manoque?

—Mi mano, claro está —pronunciaba las palabras lentamente, a medida que la morfina empezaba su efecto.

Aquella tarde recibí la visita del comisario local, quien me contó que el ebanista de la esquina de mi calle había visto al señor Manoque entrar en su tienda, ir directo a la trastienda, donde uno de sus empleados estaba aserrando madera para fabricar patas de sillas, inclinarse sobre él y colocar su muñeca frente a la silbante sierra.

—El ebanista está convencido de que lo hizo deliberadamente, pero su empleado no está seguro. ¿Le dijo a usted algo sobre el particular, doctor?

—Únicamente que la policía desearía ver su mano; él la había recogido y metido en el bolsillo de su chaqueta. Si la quiere, allí está, en aquella cubeta.

—No, gracias, doctor.

Dudé, pero finalmente decidí no mencionar la primera visita del señor

Manoque. Aun cuando estuviera loco, se había confiado voluntariamente a mí y no creía tener derecho a revelar su secreto.

Al día siguiente por la mañana, en la clínica, encontré al comisario cuando salía de la habitación de mi paciente.

Por lo visto, el señor Manoque pareció haberle asegurado que se trataba de un desgraciado accidente, debido a su torpeza y que el ebanista no tenía por qué ser acusado de nada.

—Fue muy amable por su parte, al no hablar a la policía sobre mi primera visita de ayer, doctor —dijo mientras yo examinaba la ficha al pie de su cama—. De no ser así, me hubieran levantado un atestado.

—Jamás comento las dolencias de mis pacientes, ni siquiera con ellos, señor Manoque.

—Estoy convencido de que aún cree que debería consultar con un psiquiatra, ¿verdad, doctor?

—Sí, señor.

—Pero suponga que hubiera una explicación, doctor.

—Siempre hay una explicación.

—Sí. ¿Le gustaría escuchar la mía?

—Dentro de unos días, cuando esté lo suficientemente bien para venir a mi consultorio. Y, si no le importa, tengo un amigo quien estaría interesado... un doctor, por supuesto.

—Tratando de ayudarme a pesar mío, ¿eh? —comentó con una amplia sonrisa—. Muy bien, pero su amigo seguramente encontrará en mí a un cliente extraño.

—¿Por qué motivo?

—Porque no estoy loco.

—Sí, claro.

Al cabo de una semana, el señor Manoque entró en mi despacho. Aun llevaba su brazo vendado en cabestrillo. Quizá estaba un poco más delgado, pero sonriente. Le presenté a mi colega y amigo, el profesor Boucot, quien había llegado unos minutos antes.

—Señor Manoque, no quiero que se crea obligado en modo alguno a hablar de sus asuntos, o a dar cualquier clase de explicación. Sin embargo, si usted todavía lo desea y únicamente en ese caso, creo que el profesor Boucot probablemente podrá ayudarlo. Y, desde luego, si usted lo prefiere, puedo dejarle a solas con él.

—No, doctor, es justo que usted conozca toda la historia.

—Una pregunta más, señor Manoque. ¿Le importaría que lo grabara en cinta magnetofónica?

—Bueno, siempre que no se utilice, directa o indirectamente, en contra mía.

—Se lo prometo —le aseguré.

—Póngala en marcha, doctor.

He aquí la historia de Jean-Claude Manoque, tal como la mecanografié más tarde tomada de la cinta magnetofónica:

«En realidad, todo empezó el día en que cogí el encendedor de oro de mi cuñado y me lo metí en el bolsillo. Una o dos veces antes de ocurrir esto, había observado que mi mano derecha temblaba ligeramente y la notaba muy caliente; aunque fue después cuando recordé este detalle. Incluso el día que cogí el mechero de Ludo, no hice mucho caso. Estaba preocupado, naturalmente, y apenas había abandonado la habitación cuando regresé precipitadamente, solté el encendedor ante él y le pedí disculpas. Ludo tampoco pareció darle ninguna importancia. Simplemente se rió y dijo que él también tenía la costumbre de coger plumas o cigarrillos de los demás y que luego, al encontrárselos en sus bolsillos, se sentía incómodo.

»Lo que me preocupaba, es que mi acción no había sido obra de la casualidad. Lo analicé con objetividad; no soy ladrón ni cleptómano, ni tampoco se trataba de una broma ni quise fastidiar a Ludo. Nunca molesto a nadie y en todo caso, Ludo es de esas personas que toleran las bromas.

»Fue más tarde, al cabo de bastante tiempo, cuando ocurrieron otros hechos y pronto descubrí que no era yo, sino mi mano, quien actuaba con mi conocimiento; pero totalmente independiente de mi voluntad. Fue entonces cuando descubrí también la relación entre aquellas extrañas acciones de mi mano con el calor y temblores que las precedían.

»Por ejemplo, cuando una tarde paseaba por los Campos Elíseos con mi esposa y Ludo, hice algo; y el hecho de que mi esposa estuviese presente prueba que, ¡aunque fue mi mano, ciertamente, no se debió a mi voluntad!

»Suzon iba entre los dos, de modo que así que pudo, detuvo mi brazo. Me había dado su revista de modas, que llevaba enrollada en mi mano derecha. Delante de nosotros iban dos chicas de la clase que, por alguna misteriosa razón, los turistas consideran típicamente parisiense y que, desde luego, no lo son... Es decir, la clase de muchachas que van un poco extremadas, tacones con dos centímetros de más y faldas con dos centímetros de menos; las caderas un poco

pronunciadas y que andan con un contoneo un poco exagerado. Ludo me sonrió burlonamente y guiñó un ojo; yo le devolví la sonrisa y Suzon se encogió de hombros. Cuando nos separamos para adelantarlas, al pasar, levanté la revista enrollada en mi mano y ¡golpeé con ella, con un sonoro chasquido, el trasero de la chica que estaba más cerca de mí! Yo estaba más confundido y horrorizado que la propia muchacha, la cual se volvió, roja de ira, y con toda evidencia iba a abofetearme cuando su compañera la apartó de un tirón diciéndole:

»—¿No ves que está borracho?

»Suzon no me dirigió la palabra durante dos días enteros.

»Una semana después ocurrió algo más. Ludo había venido a buscarme para ir a almorzar, tras de lo cual iríamos al Racing Club a jugar un poco al tenis. Cuando salíamos del restaurante donde habitualmente almorzamos, mi mano, cogió deliberadamente un sombrero horrible, de terciopelo verde, que me iba demasiado pequeño y, aunque temía que su propietario saliera corriendo detrás de mí, ¡anduve despacio con el sombrero puesto! Una vez en la calle, Ludo se quedó mirándome con asombro. Cuando fui capaz de sacármelo con mi mano izquierda, regresé corriendo al restaurante y lo colgué en la percha de donde lo había cogido. Nadie pareció haberse dado cuenta y no tuve que usar la vieja excusa de que lo había confundido con el mío. Fue la única que se me ocurrió para excusarme ante mi cuñado, y éste fue lo bastante discreto como para fingir que me había creído y se rió jovialmente.

»—Pero, Jean-Claude, ¡debes de padecer daltonismo! Suzon se moriría de risa si te viera con semejante cosa en la cabeza —bromeó.

»Unas horas más tarde, mientras nos dirigíamos al Racing Club, en el Bosque de Bolonia, mi mano sintió nuevamente aquel calor y empezó a temblar. Me puse tenso, dispuesto a reaccionar; pero había algo que me tranquilizaba. Nada podía ocurrir, pues estábamos solos dentro del coche; por lo tanto aguardé expectante la excitación o un deseo de hacer algo, lo cual, estando yo alertado podría fácil e inmediatamente reprimirlo. La única cosa que parecía estar a mano era el pañuelo de Ludo, a menos que se tratara, claro está, de algo más diabólico; quizá el deseo de arrancarle su corbata o su nariz. Aminoré la marcha porque una niñera atravesaba la calzada empujando un cochecito con un niño por delante de nosotros. Casi había alcanzado ya la acera, cuando mi mano dio un movimiento al volante hacia abajo y ¡no solamente fui incapaz de reaccionar, sino que no deseé hacerlo! Pareció que al cabo de mucho rato, en realidad apenas una fracción de segundo, trataba de enderezar el volante con la mano

izquierda, en el preciso instante en que ganábamos velocidad e íbamos directamente hacia la niñera, la cual se hallaba ya en la acera. ¡Procuré pisar el freno a fondo y paré el coche bruscamente!

»—¡Santo Dios! —balbucí.

»—¿Qué ha pasado? —se extrañó Ludo—. Por un instante creí que tratabas de atropellar a aquella chica.

»—Una... una especie de calambre en mi mano —mentí—. Ahora ya pasó todo y estamos ya cerca de casa.

»—Primero les pegas con una revista enrollada, luego las embistes con tu coche. La próxima vez conducirás locomotoras por entre pasos a nivel abiertos —rió Ludo entre dientes mientras entrábamos en el garaje subterráneo de nuestro domicilio.

»Afortunadamente, Suzon tenía amigas en casa y Ludo no mencionó ni el incidente del sombrero ni el del coche. Con una excusa las dejé con su té, pastas y cartas y me refugié en la habitación contigua donde tengo libros, mi escritorio y algunos confortables sillones.

»—Jean-Claude, ¿tienes un cigarrillo? —preguntó Ludo entrando sin que yo lo invitara.

»—En el cajón de la derecha del escritorio, hay un paquete —dije simulando leer una carta.

»—¡Caray!, esto es una pieza de artillería, ¿verdad?

»—Sí, un recuerdo de la Resistencia. Es un «Colt 45» automático, americano.

»—¿Está cargado?

»—Sí, déjalo.

»—¿Listo para disparar?

»—Bueno, está echado el seguro.

»—¿Esto de aquí?

»—Sí —dije algo incómodo, levantándome y dirigiéndome hacia el escritorio a recoger la pistola y meterla lejos, en otro cajón.

»—¿Cómo funciona? Explícamelo.

»—No importa —dije mientras mi pulgar empujaba hacia arriba el seguro y apuntaba el arma hacia la cabeza de Suzon, a quien podía ver a través de la puerta de paneles de cristal. ¡Y apreté el gatillo!

»No ocurrió nada. El gatillo no accionó. Me senté sintiéndome enfermo y aturdido. De haber estado montada hubiera podido volar los sesos de mi mujer,

pues había una bala en la recámara.

»—Jean-Claude, ¿por qué... por qué has hecho eso? —balbució Ludo, blanco como la pared—. Tú sabías que no estaba cargada, pero aun así... me has asustado, ¿sabes?

»—Está cargada, mejor dicho, lo estaba —con un chasquido extraje el cargador y saqué la bala con un movimiento de muñeca.

»—Entonces, ¿cómo no ha disparado?

»—Porque no estaba montada... y, eso era algo que mi mano ignoraba.

»—¿Ignoraba? ¿De qué estás hablando, Jean-Claude? ¿Estás... estás bien? Me refiero a...

»—Sí, ahora estoy bien —dije arrojando la pistola dentro del cajón y apartando el cargador y la bala al fondo del mismo—. Esto no volverá a repetirse.

«Esta vez parecía que mi mano no había temblado ni me había dado ninguna señal. Aquella noche, mientras estaba echado sin dormir, me estremecí otra vez al pensar que, de haber estado montada el arma, hubiera podido matar a mi mujer ante una docena de personas. Tratar de explicar que mi mano ya no me pertenecía, que también había intentado embestir a una niñera en la calle, no me habría servido de mucho con la policía y de nada ante un jurado. Encendí la luz y miré mi mano, la toqué y la cubrí con la otra. Sí, era la mía, y ambas concordaban perfectamente, y sin embargo, cuando actuaba de un modo raro, era como si otra mano se hubiera introducido en ella de modo forzado. Lo que no podía comprender, sin embargo, es por qué yo permanecía tan tranquilo, como si estuviera observando a otra persona. Mi mano izquierda nunca había reaccionado en modo alguno, hasta que era demasiado tarde. ¿Había tratado realmente de enderezar el coche cuando mi mano derecha lo desvió hacia la acera donde se hallaba la niñera con el cochecito de niño? Era difícil de precisar. Mi pie, gracias a Dios, había pisado a fondo el pedal del freno a tiempo.

«Aunque no podía explicarlo, había momentos precisos en que mi mano derecha en realidad no me pertenecía; pero sabía que si se lo contaba a alguien sería del todo inútil. Un doctor, con toda seguridad, habría diagnosticado una forma de esquizofrenia, un caso típico de desdoblamiento de personalidades distintas e incluso opuestas... Por lo tanto, antes de consultar con un médico (porque la policía llamaría indefectiblemente a un doctor), tenía que probar que la mano no era mía.

»—¡Esa prueba la tuve al día siguiente!

»En la oficina, estaba anotando un número de teléfono, cuando de pronto me di cuenta de que empezaba los seises por el redondel; los escribía hacia arriba con los rabitos torcidos, cuando siempre los hago hacia abajo y muy rectos. Fascinado, me senté ante la mesa y traté de garabatear algunas palabras en un bloc. Mientras lo hacía, mi mano se calentó y empezó a temblar. Noté que sostenía mi pluma de una forma completamente distinta, cruzando mi dedo índice con mucha mayor inclinación de lo normal ¡y la letra ya no fue más la mía, sino la de otro!

»Asombrado, acerqué una hoja de papel hacia mí y dejé que mi mano escribiera. Con una extraña sensación de que eso no iba conmigo, observé como escribía muy aprisa, más rápido de lo que usualmente suelo hacerlo. Quizá lo más raro, la única cosa que me demostraba no ser dueño de mí, sino una simple máquina, era que ignoraba lo que iba a escribir mi mano. Leía las palabras a medida que aparecían en el papel, una por otra, letra por letra, como si estuviera mirando por encima del hombro de otra persona. La mano, que en aquel preciso instante pertenecía a otra persona, se detuvo a mitad de una frase y volví a sentirla mía otra vez. Frente a mí, había unas quince líneas evidentemente escritas por alguien que había estado viendo una obra teatral, pero ¡una obra de la cual yo no había oído nunca hablar!

»Me pregunté si la tal obra existiría. Abrí mi periódico y busqué en cartelera de espectáculos. Allí estaba, y el artículo editorial ¡era una crítica de la misma! El crítico se mostraba más implacable con los actores, que lo escrito por mi mano; pero no había error posible: ¡se trataba de la misma obra! Leí el texto manuscrito una y otra vez y, con un presentimiento, mandé al botones de la oficina en busca de todos los periódicos matutinos. Tenía razón: el cuarto periódico que abrí, uno que nunca leía, ¡contenía palabra por palabra, el texto que mi mano había escrito y copiado!

»Otra vez pensé en dirigirme a la comisaría de policía más próxima; pero no, era inútil. Pude imaginarme a mí mismo tratando de explicar que yo tenía la mano de otra persona o bien que alguien estaba utilizando mi mano. Luego, recordé a una amiga de Suzon, la grafóloga que trabajaba para la policía. Buscar su número de teléfono fue muy fácil. ¿Sería tan amable que me diera su opinión sobre un manuscrito de media página? Sí, era importante.

»—¿Por qué quiere usted un informe sobre este manuscrito, señor Manoque? —me preguntó ella, al cabo de una hora, frunciendo el ceño.

»—Se trata de la letra de... de una persona que ha venido esta mañana en

busca de empleo y... y...

»—Y a usted no le gusta... porque ésta es la letra de un hombre y tiene usted toda la razón. Es la letra de un hombre que no vacilaría ante nada para conseguir sus fines; pero, según parece, tiene una marcada afición a la cautela y a la crueldad. Es una de las caligrafías más desagradables que he visto en mi vida.

»—Esto completa la opinión que tenía sobre... sobre él. De todos modos, muchas gracias.

»En la calle, mientras buscaba en mis bolsillos las llaves de mi coche, vi una carterita de cuero junto a la calzada. Era un talonario de cheques perteneciente a un tal señor Ralingue, y como que los cheques eran pagaderos en la sucursal del «Crédit Lyonnais» de la Avenida de Víctor Hugo, la cual me venía de paso para ir a casa, me la puse en el bolsillo y marché a toda prisa.

»Suzon no se hallaba en casa cuando yo llegué. Al quitarme la chaqueta me acordé del talonario de cheques. Vacilé, luego decidí que pasaría por el Banco, a la mañana siguiente al ir a mi trabajo y, para no olvidarme, lo puse sobre mi escritorio. Cuando me volví, mi mano sintió calor y pesadez, como si de repente hubiera estado llena de agua caliente.

»Todavía estaba caliente y temblorosa, cuando me senté y le permití coger mi estilográfica, desenroscar el capuchón, abrir el talonario y arrancar un cheque. Pareció vacilar, luego, despacio, con una letra firme que yo jamás había visto antes, ¡extendió un talón por valor de diez mil francos nuevos a mi orden! Luego, fechó el cheque y firmó con el nombre de Ralingue, acompañado de una ampulosa rúbrica que parecía efectuada con toda perfección. Entretanto, mi estilográfica había sido devuelta a mi bolsillo. La tinta del talón se había secado. ¡La mano lo dobló, sacó mi cartera cuidadosamente y lo depositó en ella!

»Lo sorprendente es que lo dejé allí, que no reaccioné y que tenía la horrible certidumbre de que la mano empezaba a hacer lo que quería conmigo. No se trataba simplemente de una mano, sino también de un brazo, el cual ya no me pertenecía. Otra cosa que me hizo estremecer, pero que no pude evitar, fue que mi mano izquierda, aunque todavía era mía, iba ahora coordinándose con la misteriosa mano de mi brazo derecho. Yo había usado las dos para introducir la cartera en mi bolsillo. Desde luego, no podía hacer nada con un cheque así; pero el simple hecho de que lo hubiera extendido y guardado como un lunático, era terrible.

»Cuando a la mañana siguiente entré en la sucursal del «Crédit Lyonnais», iba a entregar el talonario, pero omitiendo que había arrancado un talón. Sin

embargo, en vez de sacar de mi bolsillo el talonario fui al pagador y le entregué con calma el talón falso, extendido por mí, junto con mi carnet de conducir. Sin apenas mirarme, el cajero anotó el número de mi carnet y pasó el talón a alguien que estaba detrás de él. Aguardé tan tranquilo como si hubiera entregado uno de mis propios talones en mi Banco. Cuando oí mi nombre, fui a cobrar con toda calma. Diez mil francos nuevos son un millón de francos antiguos, una suma respetable, y aunque cobré en crujientes billetes nuevos, tuve que llenarme tres bolsillos con ellos.

»Tan pronto estuve en el exterior, me sentí mareado y desfallecido. Mi mano, *la mano,* había falsificado la firma del *señor Ralingue* con tanta perfección ¡que su cheque había sido cobrado con la mayor facilidad!

»—¿Qué diablos te pasa? —me preguntó Suzon sorprendida al verme llegar a casa—. ¡Jean-Claude! Parece que estás enfermo. ¿Llamo al médico?

»—No, gracias, querida. Pronto estaré bien. Únicamente necesito un poco de descanso y tranquilidad.

»Aquella tarde fui al mismo Banco e ingresé en la cuenta corriente del señor Ralingue el millón de francos que estaba aún en mis bolsillos. Rompí en pedazos el talonario y lo eché a una alcantarilla.

»Sin embargo, a partir de entonces, mi vida fue un infierno. Escribía unas veces con mi propia letra, otras con rasgos totalmente desconocidos por mí. Escribí algunas cartas de amor dirigidas a mi esposa, las cuales firmaba mi mano con el nombre de André. Hago notar que yo no estaba celoso de Suzon; nunca lo había estado y estoy seguro de que jamás ha tenido nada que ver con otro hombre. Pero esta caligrafía automática, como toda acción de *la mano,* estaba desligada completamente de cualquiera de mis deseos, sentimientos o emociones. Quizá más angustioso que el escribir esas cartas, era el hecho de que, aunque no me hallara bajo la influencia de *la mano*, era incapaz de destruirlas. Sí; tenía plena consciencia del peligro que representaban y quería deshacerme de ellas; pero había una voluntad más fuerte que la mía. Una voluntad que tenía una razón, un plan, que la bestial mano descubriría tarde o temprano. A medida que transcurría el tiempo empecé a sospechar que yo comenzaba a ser arrastrado. Reaccioné cada vez menos y llegó lo inevitable: era casi incapaz de resistir.

»La noche que la mano me hizo escribir a mi cuñado que iba a matar a Suzon porque tenía un amante, hice un desesperado esfuerzo para recuperar la libertad. En primer lugar traté de huir. Salí de casa, pero regresé detrás de mi bestial mano, la cual había echado al buzón la carta dirigida a Ludo. Después, como en

un sueño, fui al cajón donde guardaba la pistola y, como un espectador ante una película, observé cómo mi mano la recargaba y advertí con horror que ¡mi mano izquierda la ayudaba!

»Por dos veces traté de dirigir el arma contra mi propio corazón; pero cada vez mi mano, que parecía ser de hierro y pesar mil libras, la bajó. Desesperadamente traté de agarrar la pistola con la mano izquierda, y quizá hubiera tenido éxito si Suzon no llega a entrar de pronto y apartar de un manotazo el arma de encima del escritorio.

»—¡Jean-Claude, querido! ¿Qué ha pasado? ¡Cuéntame, debes hacerlo!

»—Nada. ¡Mantén apartada la pistola! ¡Escóndela...! ¡No! ¡Tírala! ¡No quiero verla otra vez! —sollocé.

»—¡Qué tonto eres, querido! ¿Por qué querías suicidarte cuando...?

»— ¡Tírala lejos! ¡Sal de aquí! —grité mientras mi mano empezaba a sudar y temblar.

»—¡Pero, Jean-Claude...!

»—¡Por el amor de Dios! ¡Sal de aquí!

»Aquella noche fui a pasear por los muelles del Sena, hasta el puente de Charenton, el cual cruza hasta la orilla izquierda, y anduve todo el camino de vuelta hasta el viaducto de Auteuil. Cuando al final, después de muchas vueltas regresé a casa, con gran alivio por mi parte, Suzon no estaba allí. Me alegré, pues mientras ella estuviera fuera del alcance de mi vista estaba segura.

»Mi resolución estaba tomada. Dado que me sentía incapaz de luchar, debía visitar a un psiquiatra; mejor aún, en vez de perder un tiempo precioso con un doctor, quien intentaría hablarme de todas formas de un estado mental inexistente, iría directamente al Hospital de Santa Ana. Solicitaría internarme allí y estar bajo observación durante algún tiempo. Desde allí averiguaría el paradero de Suzon y me pondría en contacto con ella. Sin duda, vendría en seguida; pero no había nada que temer, pues pediría que me tuvieran en rigurosa observación.

»Me hice una buena taza de café bien cargado, me desvestí, me di una ducha fría, me afeité cuidadosamente, me cambié de ropa y salí a la calle.

»¿Qué sucedió una vez en la calle? Lo ignoro. Estaba muy decidido; pero, en vez de ir al garaje a buscar mi coche y dirigirme al hospital, corrí y salté a un autobús que iba a la Bolsa. Eran exactamente las nueve cuando me encontré paseando por la Rue Vivienne hacia los Bulevares, vagamente divertido al ver cómo corrían las personas a quienes se les había hecho tarde para ir al trabajo.

»Estuve mirando escaparates y luego me detuve ante una armería,

petrificado, al observar que mi mano derecha se dirigía hacia el pomo de la puerta. Al cabo de un momento me hallaba en el interior pidiendo ver pistolas.

»Al salir de la tienda, pesaba en el bolsillo de mi chaqueta una pistola de concurso calibre 22; un arma mortífera a corta distancia, pero que en París podía adquirirse sin licencia de la policía. Todavía pensaba en el hospital e incluso deseaba llegar allí; pero, por el contrario, me dirigí hacia casa. Es sorprendente que no me detuvieran en varias ocasiones. La gente se volvía hacia mí y me miraba tomándome por un borracho, o por alguien desvariado que sostenía una dura lucha para no irse a casa. Procuré alcanzar de algún modo el Bosque de Bolonia, en donde me eché sobre la hierba y me dormí, según creo, pues serían casi las tres cuando me levanté. Me parece que fue entonces cuando decidí que lo único que podía hacer era desprenderme de mi mano derecha y recordé que en mi calle había un cirujano. Aunque, claro está, en el instante en que pregunté al doctor si podía amputarme Ja mano, me convencí de que no había esperanza y que sólo malgastaba mi tiempo y el suyo. El mío era singularmente precioso. A partir de entonces, sabía por experiencia que la mano podía actuar de nuevo en cualquier momento. Por eso no insistí y me marché en seguida.

»En la calle, el gemido de una sierra mecánica me detuvo en seco. Allí, por fin, se hallaba la solución. ¡La cura radical de todas mis desdichas!

»Dirigí mis pasos hacia la tienda de un ebanista. Pretendiendo querer decirle algo, sonreí al hombre que trabajaba en la sierra y, antes de que me faltara el valor, agarré rápidamente la muñeca y la retuve contra la silbante hoja. Noté que me ardía, pero por otra parte no fue muy doloroso. No obstante, me sentí mareado al ver que mi sangre salía a borbotones. Rápidamente recogí mi mano y la eché en el bolsillo de mi chaqueta antes de sentarme algo pesadamente y desvanecerme lentamente, mientras el carpintero, sollozando y renegando, anudaba un trapo con un pedazo de cuerda a mi brazo.»

—Su caso no es único, señor Manoque —dijo el profesor Boucot, cuando el relato hubo concluido—. Quizá usted lo sepa.

—Sé a lo que se refiere, profesor —contestó mi cliente—. ¿Cree usted que fue esquizofrenia momentánea y quizá definitivamente curada mediante lo que ustedes llaman *autocastigo* o algo por el estilo; y que ahora que he perdido mi mano, puedo estar en vías de curación?

—Más o menos es así, señor Manoque. ¿No lo cree usted también, doctor?

Ciertamente lo creía, hasta que el comisario me visitó nuevamente aquella tarde.

—Doctor, ¿está usted completamente seguro de que lo ocurrido al señor Manoque fue un accidente?

—Seguramente el ebanista que lo presenció puede responder mejor a esa pregunta. ¿No le parece, comisario?

—Él jura que no fue un accidente.

—Suponiendo que no lo fuera, entonces, ¿qué fue?

—No lo sé. Realmente no lo sé —respondió el comisario encendiendo un cigarrillo—. Doctor, no tengo la menor pista, paro hay una extraña coincidencia que podría serlo.

—¿Qué coincidencia?, o ¿es un secreto?

—No, me refiero a que un hombre bueno y otro malo han coincidido en amputarse la mano derecha el mismo día, a la misma hora; aunque de manera distinta y en distintos lugares de la ciudad. Conociendo al malo como lo conozco, debe de haber algo peligroso en semejante coincidencia, pero ¿qué es? Esta es la cuestión.

—Supongo que el hombre bueno es Jean-Claude Manoque. ¿Quizá el malo es su cuñado?

—¿Qué sabe usted de nudo Billet-Doux, doctor?

—¿Se llama así?

—Ludovico Couralin recibió el apodo de *Billet-Doux* [2] por su especialidad en escribir falsas cartas de amor muy convincentes.

—¿Falsas cartas de amor? —balbucí.

—Sí, generalmente para efectuar chantajes. Era una de las teclas que más tocaba. Ahora, por favor, dígame lo que sepa sobre su caligrafía.

—Un momento. ¿La falsificación era otra de sus... especialidades?

—Sí, una vez le salieron cinco años por un solo cargo. Ha estado en libertad casi tres años, al parecer dentro de la Ley; desde que su hermana le procuró un empleo en la firma de su marido; pero usted sabe que sigue siendo tan sinvergüenza como siempre. Me lo imagino.

—Tiene usted razón, comisario; hay algo, pero es un algo que nunca podrá demostrar.

—¿Lo cree de veras? A mí me pagan para demostrar las cosas.

—Muy bien, comisario, le mostraré qué es ese algo.

Fue fácil encontrar al señor Ralingue. Había perdido el talonario de cheques y lo había notificado al Banco. Había habido una duda respecto a un cheque de un millón de francos, aunque debió tratarse de un error, pues el Banco había

abonado en su cuenta la misma cantidad y en la misma fecha.

Sin embargo, al señor Ralingue, casi se le saltaron los ojos de sus órbitas cuando en el Banco le mostraron el talón de diez mil francos nuevos.

—¡Caramba! —exclamó—. Si es mi firma; pero, ¿quién es ese señor Manoque? No puedo comprenderlo. Estoy seguro de que jamás extendí ni firmé este cheque.

—No se preocupe, señor Ralingue, ya no volverá a ocurrir —dijo el comisario.

En el hospital Cochin, donde son trasladadas la mayoría de las personas que sufren heridas por accidentes callejeros, encontré a Ludovico Couralin. Un hombre atezado, de mirada penetrante, nariz ganchuda y murria barbilla, quien nos dirigió una sonrisa sorprendentemente agradable. Estaba vestido y aguardaba a la enfermera que había ido en busca de su certificado de alta firmado.

—Ludo, éste es un amigo mío —dijo el comisario ofreciéndole un cigarrillo —. Sabemos todo lo referente a tu jueguecito.

—Ustedes los *polis* son todos iguales —dijo riendo, pero mirándonos fijamente—. No hay tal jueguecito. Tengo cien testigos, se lo aseguro. La estación del Metro estaba llena de gente que me vio caer delante del tren.

—¿Qué es lo que te hizo caer, Ludo? —pregunté yo tratando de que mi voz saliera suave como la del comisario.

—Alguien agarró mi brazo derecho y me empujó, pero no vi quién fue. Cuando advertí que había perdido el equilibrio y que iba a precipitarme, traté de caer lo mejor posible y caí de espaldas. No puedo comprender cómo, pero el caso es que no pude retirar mi mano a tiempo. La rueda le pasó por encima.

—Supon que te digo quién fue.

—¿Quién?

—El hombre cuyo mano estuviste utilizando, Ludo —dije con gran calma.

—¡Vamos, habla sin rodeos! —exclamó el comisario, mientras Ludo se sentaba al borde de su cama.

—¿Que hable claro? Yo... yo no sé a qué se refieren ustedes —repuso con voz ahogada, secándose la frente con su brazo vendado.

—Sí lo sabes, Ludo —dije con suavidad—. Si Jean-Claude hubiera matado a su esposa tal como tú lo planeaste, al no tener hijos ni otros parientes, hubieras entrado en posesión de una bonita fortuna... y como tu cuñado habría sido eliminado mediante una condena de cadena perpetua por un abominable crimen, también te hubieras encontrado al frente de un próspero negocio.

—¡Pobre Jean-Claude! ¿Es eso lo que él piensa? —respondió Ludo con una sonrisa burlona—, Pero aunque fuera cierto, él no puede probarlo porque no existe prueba alguna.

—No estés tan seguro. Jean-Claude aún no lo sabe. Todo lo hemos descubierto por nuestra cuenta, Ludo.

La sonrisa se mantuvo en sus labios cuando lo dejamos, pero había algo en su mirada que me hizo grato alejarme de su presencia.

—Y ahora, doctor, por última vez, ¿sería tan amable de explicarse? —dijo el comisario cuando salíamos del hospital.

—Venga a mi oficina y oirá al propio Jean-Claude darle todas las respuestas, comisario.

Le hice acomodarse y le serví un combinado. Puse el magnetófono en marcha.

Largo rato después de dejar de funcionar éste, él aún guardaba silencio.

—Doctor, no puede ser cierto, ¿verdad? —dijo al fin.

—¿Hay otra explicación posible, comisario?

—Sí y no —respondió terminando de beber—. Me siento como un muchacho que ve por primera vez una jirafa y no quiere creerlo. Aunque, suponiendo que fuera cierto, ¿cómo pudo Manoque empujar a su cuñado para que cayera debajo del Metro, doctor?

—¿Cómo pudo conseguir Ludo que Manoque tratara de disparar contra su esposa y falsificara una firma en un cheque...? ¡Existen tantas fuerzas en la naturaleza y en nosotros mis- mis a las cuales todavía no podemos comprender, comisario! Fuerzas que usted clasifica como extrañas o sorprendentes coincidencias.

Cuando el comisario abandonaba mi casa, una pesada maceta cayó y se hizo añicos sobre la acera. A él le fue imposible descubrir la ventana de la cual se había caído y, aunque yo lo intenté, no fui capaz de decirle que mi mano izquierda se había puesto pronto muy caliente y empezó a temblar, después de su partida, y que yo, como un autómata, había seguido a mi mano hacia la ventana y vi cómo ésta arrojaba hacia fuera una maceta, la mayor que pudo encontrar.

Algo hay en el sótano
David H. Keller

ERA UN sótano grande, completamente desproporcionado para la casa que lo cubría. El propietario tenía la convicción de que probablemente había sido construido para una clase de estructura muy distinta a la que tenía el edificio. Seguramente la primera casa se había quemado y la escasez de dinero había disminuido el tamaño de la vivienda erigida en su lugar.

Una escalera de piedra, forma abanico, comunicaba el sótano con la cocina. Junto a la base de esta serie de escalones, los sucesivos propietarios de la casa habían metido leña, legumbres de invierno y trastos viejos. Éstos se habían ido empujando hacia atrás hasta formar una empinada barrera de cosas inútiles. Lo que había detrás de esa barricada nadie lo sabía, ni a nadie importaba. Durante siglos ningún ser humano la había cruzado para penetrar en aquel oscuro extremo del sótano.

En la parte superior de la escalera, una recia puerta de madera de roble separaba la cocina del sótano. Esta puerta, en cierto modo, era tan peculiar y desproporcionada como el sótano con respecto al resto de la casa. Era una puerta difícil de encontrar en una casa moderna y ciertamente la más inadecuada para el interior de una vivienda... gruesa, reciamente construida, hábilmente ensamblada, con unos enormes goznes de hierro forjado y una cerradura que parecía como si la hubiera sacado del castillo de Despair. Para aislar una casa del mundo exterior, hubiera tenido una explicación una puerta de ese estilo; como separación entre la cocina y el sótano parecía totalmente inadecuada.

Desde los primeros meses de su vida, Tommy Tucker, pareció no sentirse bien en la cocina. En el gabinete de enfrente, en el comedor y sobre todo en el segundo piso de la casa, no comportaba como un niño sano y normal; pero en cuanto lo llevaban a la cocina empezaba a llorar. Sus padres, como eran personas de clase sencilla, solían comer en la cocina, excepto cuando tenían invitados. Como no eran acomodados, la señora Tucker hacía personalmente la mayoría de las faenas y labores domésticas, aunque en alguna ocasión llamaba una asistenta

para que la ayudara a hacer la limpieza general; así que pasaba la mayor parte del tiempo en la cocina.

Tommy permaneció junto a ella, al menos hasta que aprendió a andar. La mayor parte del tiempo se sentía completamente desgraciado.

Cuando Tommy supo andar a gatas, le faltó tiempo para abandonar la cocina. Tan pronto como su madre volvía la espalda, la criatura se arrastraba, lo más rápido que podía, hacia la puerta principal de la casa, hacia el comedor o el salón de enfrente. Lejos de la cocina parecía feliz; al menos ya no lloraba. Pero en cuanto lo metían de nuevo en la cocina sus chillidos eran tan agudos que los vecinos se convencían de que sufría cólico y más de una vez le habían traído un tazón de infusiones de hierba gatera, salvia o té.

No fue hasta que el muchacho aprendió a hablar, que los Tucker tuvieron alguna noción de lo que causaba tan fuerte llanto, cuando el pequeño se hallaba en la cocina. Tuvo que sufrir durante meses hasta que obtuvo un poco de alivio. Incluso cuando dio a entender a sus padres el motivo, éstos fueron absolutamente incapaces de comprenderlo. No es de extrañar, porque, ambos eran rudos trabajadores y más bien personas de escasa inteligencia.

Finalmente, lo que pudieron deducir de su pequeño fue lo siguiente: que si la puerta del sótano permanecía cerrada y asegurada con la gruesa cerradura de hiero, Tommy cuando menos comía en paz; si la puerta estaba simplemente entornada o no estaba cerrada con llave, temblaba de miedo, pero no se movía; pero si la más ligera mancha de oscuridad denotaba que no estaba bien cerrada, entonces el pequeño de tres años lloraba hasta quedar exhausto, sobre todo si su padre no le permitía abandonar la cocina.

Jugando en la cocina, el muchacho adquirió dos interesantes costumbres. Colocaba continuamente trapos, trozos de papel y astillas de madera debajo de la pesada puerta de roble, para rellenar el espacio entre la puerta y el suelo del umbral. Siempre que la señora Tucker abría la puerta, se encontraba allí con un trasto puesto por su hijo. Esto la preocupaba, y más de una vez el chiquillo fue zurrado por su conducta, aunque el castigo no le sirvió de disuasivo. La otra, era igualmente una costumbre curiosa. Cuando la puerta se hallaba cerrada con llave, osaba dirigirse hacia ella y acariciar la vieja cerradura. Incluso cuando era tan chiquitín que tenía que ponerse de puntillas para tocarla con la punta de sus dedos de la mano, la acariciaba con suaves golpecitos; luego, cuando fue más crecidito, se acostumbró a besarla.

Su padre, quien sólo veía al chico al final de la jornada, llegó a la conclusión

de que semejante conducta no tenía ningún sentido y trató de arrancar la manía del muchacho rudamente.

Como es natural, no hubo ningún intento por parte del rudo obrero para llegar al fondo psicológico de la conducta de su hijo. Todo lo que sabía el hombre era que su hijito actuaba de una manera realmente extraña.

Tommy amaba a su madre, y deseaba hacer todo cuanto pudiera para ayudarla en sus quehaceres domésticos; pero lo único que no deseaba hacer, ni hizo jamás, fue el ayudarla cuando tenía que bajarse al sótano. Si su madre abría la puerta, salía chillando de la habitación y nunca regresaba voluntariamente hasta que se convencía de que la puerta estaba cerrada.

Él nunca explicó el motivo de esta conducta. En realidad, rehusaba hablar de ello, al menos a sus padres, y fue lo mejor; porque, de haberlo hecho, no hubiera logrado más que afirmarlos en su convicción de que algo raro le ocurría a su hijo único. Ellos trataron a su manera de arrancarle al chico sus raras costumbres. Habiendo fracasado por completo en su intento de hacerle cambiar, decidieron ignorar sus manías.

Es decir, las ignoraron hasta que él tuvo seis años y llegó el momento de mandarle al colegio. Por aquel entonces era un muchachito robusto y más inteligente que la mayoría de los chicos que empezaban en la clase primaria. A veces, el señor Tucker se sentía orgulloso de él; la única cosa que molestaba al orgullo del padre era la actitud del niño respecto a la puerta del sótano. Al final nada se pudo hacer, salvo que la familia Tucker recurriera al médico de la vecindad. Fue un suceso importante en la vida de los Tucker.

—El caso es el siguiente, doctor Hawthorn —dijo el señor Tucker de una manera algo embarazosa—. Nuestro pequeño Tommy ya es lo bastante mayorcito para empezar a ir a la escuela, pero obra de un modo muy infantil respecto a nuestro sótano. Mi señora y yo hemos pensado que usted podría aconsejarnos lo que debemos hacer. Deben de ser sus nervios.

—Desde que era un bebé —añadió la señora Tucker interviniendo en la conversación, cuando su marido hizo una pausa—, Tommy sintió una gran aversión por el sótano; incluso ahora, con lo grandote que es, no hay quien le pueda hacer bajar al sótano. No es natural que un muchacho obre así, y eso de rellenar los resquicios con trapos y besar la cerradura, me hace temer que pueda volverse loco a medida que vaya haciéndose mayor.

El doctor, ansioso de satisfacer a sus clientes y recordando vagamente algunas lecturas sobre el sistema nervioso, de cuando era estudiante, formuló

algunas preguntas generales, auscultó el corazón del niño, examinó sus pulmones y observó sus ojos y las uñas de los dedos de las manos.

—Para mí tiene el aspecto de un muchacho sano —dijo al final.

—Sí, en todo; menos lo de la puerta del sótano —contestó el padre.

—¿Ha estado alguna vez enfermo?

—Nunca, salvo uno o dos espasmos cuando lloraba hasta que se le congestionaba la cara —respondió la madre.

—¿Asustado?

—Quizá. Eso le ocurría siempre en la cocina.

—¿Pueden dejarme un momento a solas con Tommy?

Y allí quedaron sentados el doctor, con mucha tranquilidad por su parte y el chiquillo de seis años que estaba muy asustado.

—Tommy, ¿qué es lo que te da miedo en el sótano?

—No lo sé.

—¿Lo has visto alguna vez?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo sabes que allí hay algo?

—Porque lo hay.

Hasta aquí era donde podía llegar Tommy. Al final, su aparente obstinación enojó al médico tanto como había enojado al señor Tucker durante varios años. Se dirigió a la puerta y llamó a los padres para que entraran en la habitación.

—Está convencido de que hay algo en el sótano —dijo.

Los Tucker se miraron el uno al otro sin comprender nada.

—Eso es absurdo —respondió finalmente el señor Tucker.

—Sólo se trata de un simple sótano, con trastos viejos, leña y barriles de sidra —añadió la señora Tucker—. Desde que nos mudamos a esta casa no hemos pasado ni un día sin haber bajado aquellas escaleras, y me consta que no hay nada. Pero el niño siempre llora cuando se abre la puerta. Ahora recuerdo que desde que le llevaba en brazos siempre ha llorado cuando la puerta ha estado abierta.

—Él cree que allí hay algo —repitió el doctor.

—Por eso le hemos pedido a usted que le hiciera un reconocimiento —contestó el padre—. Son los nervios del muchacho.

—Les diré lo que deben hacer —advirtió el doctor—. Él cree que allí hay algo. Tan pronto como compruebe que está equivocado y que no hay nada, lo olvidará todo. Le han mimado demasiado. Lo que deben hacer es abrir la puerta

del sótano y obligarlo a permanecer en la cocina. Sujeten la puerta con clavos para que él no pueda cerrarla. Déjenle solo durante una hora más o menos, después vayan a reírse de él y muéstrenle lo tonto que ha sido por haber tenido miedo de un sótano vacío. Les daré algún sedante para los nervios y la sangre; eso lo ayudará; pero lo más importante es demostrarle que no hay nada que temer.

Al regresar los Tucker a su casa, Tommy se escapó de sus padres. Le cogieron después de una apasionante caza y lo llevaron entre los dos durante todo el resto del camino.

Una vez en la casa se escondió. Le hallaron en la habitación de los invitados, debajo de la cama. Por la tarde, el señor Tucker, ya que no podía ya aprovecharla para nada, se dedicó a mantener al muchacho en observación durante el resto del día. Tommy no cenó a pesar de las insistencias de la infeliz madre. Se lavaron los platos, se leyó el periódico de la noche, se fumó la correspondiente pipa y después, el señor Tucker, bajó su caja de herramientas y sacó un martillo y unos cuantos clavos largos.

—Y ahora voy a abrir la puerta y a clavarla, Tommy, así no podrás cerrarla. Eso es lo que dijo el doctor y tú vas a ser un hombrecito y permanecerás aquí en la cocina, completamente solo, durante una hora. Bien, dejaremos el quinqué encendido y cuando veas que no hay nada que temer, te encontrarás bien y serás todo un hombre y no un hijo de quien un padre tiene que avergonzarse.

Pero al final la señora Tucker besó a Tommy y lloró mientras suplicaba a su marido que no lo hiciera, que aguardara hasta que el chico fuera mayor; pero nada hizo aquel sino clavetear la gruesa puerta dejándola abierta, para que no pudiera cerrarse y dejar al niño allí solo con el quinqué encendido y que observara el negro hueco, con unos ojos que cada vez se le abrían más y se le ponían tan ardientes y punzantes que la llama del quinqué.

Aquella misma noche el doctor Hawthorn cenó con un condiscípulo suyo, un hombre especializado en psiquiatría y que sé interesaba particularmente por los niños. Hawthorn le habló a su amigo Johnson del caso del hijo de Tucker y le pidió su opinión. Johnson frunció el ceño.

—Los niños tienen rarezas, Hawthorn. Quizá sean como los perros. Puede que su sistema nervioso sea más sensible que el de los adultos. Sabemos que nuestro alcance de la vista es limitado, al igual que nuestro oído y nuestro olfato. Creo firmemente que hay formas de vida que existen en tal estado que no podemos verlas, oírlas ni olerías. Con toda la buena fe nos engañamos a nosotros

mismos, porque no podemos probar su existencia. Este niño Tucker puede ser extraordinariamente sensitivo. Puede ser capaz de apreciar de una manera vaga la existencia de algo en el sótano que sea imperceptible a sus padres. Evidentemente hay algún fundamento en el miedo de ese muchacho. Ahora bien, yo no digo que *haya* algo en el sótano. Desde luego, supongo que se trata de un sótano corriente; pero ese muchacho, desde que era un bebé, ha creído que allí había algo y eso es tan malo como si realmente lo hubiera. Lo que me gustaría saber es: ¿qué le hace pensar así? Dame la dirección, mañana le haré una visita y charlaré un rato con ese chiquillo.

—¿Qué opinas de mi consejo?

—Lo siento, amigo, pero creo que ha sido equivocado por completo. Si estuviera en tu lugar me detendría allí al volver a casa y evitaría que lo pusieran en práctica. El niño puede asustarse seriamente. Ten en cuenta que él está convencido de que hay algo.

—Pero si no hay nada.

—Quizá no. Sin duda se equivoca, pero él así lo cree.

El doctor Hawthorn quedó tan preocupado que decidió seguir la indicación de su amigo. Hacía una noche fría y brumosa, el médico tiritaba de frío cuando iba por la calle con paso firme. Sin embargo, por fin, llegó a casa de los Tucker. Ahora recordaba que ya había estado allí anteriormente, ha cía mucho tiempo, cuando el pequeño Tucker vino al mundo. Había luz en la ventana de enfrente. El señor Tucker abrió la puerta inmediatamente.

—He venido a ver a Tommy —dijo el doctor.

—Está ahí atrás, en la cocina —contestó el padre.

—Al principio ha llorado un poco, pero luego se ha quedado tranquilo —sollozó la señora Tucker.

—Si se lo hubiera permitido, ella habría abierto la puerta, pero yo le dije: Madre, ha llegado el momento de hacer de nuestro Tommy todo un hombre. Supongo que ahora él ya sabe que no hay nada que temer. Bien, ha transcurrido la hora. ¿Vamos a llevarle a la cama?

—Habrá sido un mal rato para el niño —murmuró la señora Tucker.

Con una vela en la mano, el marido precedió a la mujer y al doctor. Abrieron la puerta de la cocina. La estancia estaba a oscuras.

—Se ha apagado el quinqué —dijo Tucker—, aguarden a que lo encienda.

—¡Tommy! ¡Tommy! —llamó la señora Tucker.

No obstante, el doctor corrió hacia donde una blanca figura estaba tendida en

el suelo. Pidió más luz con voz ronca. Temblando, examinó lo que quedaba del pequeño Tommy. Con una mirada lívida, dirigió la vista hacia abajo, al interior del sótano; luego se volvió hacia los Tucker.

—Tommy... Tommy ha sido herido. ¡Me imagino que ha muerto! —tartamudeó.

La madre se arrojó al suelo y recogió el cuerpo mutilado y despedazado del que, hasta hacía muy poco rato, había sido su hijo.

Tucker cogió su martillo, arrancó los clavos y cerró la puerta. Echó la llave y clavó un grueso clavo para reforzar la cerradura, luego cogió al doctor por los hombros, sacudiéndole.

—¿Qué es lo que le ha matado, doctor? ¿Qué le ha matado? —gritó a Hawthorn.

El doctor le miró con valor a pesar del miedo que atenazaba su garganta.

—¿Cómo puedo yo saberlo, Tucker? —respondió—. ¿Cómo puedo yo saberlo? ¿No me dijo que en el sótano no había nada?

El diario de un loco

Guy de Maupassant

ESTABA muerto... el presidente de un alto tribunal, el eminente magistrado cuya vida irreprochable era proverbial en todas las cortes de justicia de Francia. Abogados, jóvenes consejeros, jueces, le habían saludado, inclinándose profundamente en señal de profundo respeto, recordando aquel rostro solemne, pálido y delgado, iluminado por dos ojos brillantes, profundamente situados.

Había pasado su vida persiguiendo al delito y protegiendo a los débiles. Los estafadores y asesinos habían tenido en él a su peor enemigo, porque él parecía poder leer en los profundos pliegues de sus almas, sus más secretos pensamientos.

Y ahora estaba muerto, a la edad de ochenta y dos años, honrado por el homenaje y seguido por los lamentos de todo un pueblo. Soldados con pantalones rojos lo habían escoltado hasta la tumba; y hombres con pecheras de blanco plastrón habían derramado sobre su sepultura lágrimas que parecían sinceras.

Pero leed el extraño papel hallado, por el espantado notario, en el bufete en donde el juez había ido archivando los antecedentes de los grandes criminales. Se titulaba:

¿POR QUÉ?

Junio 20, 1851. Acabo de dejar el tribunal. ¡He condenado a Blonde a muerte! Bien, ¿por qué mató este hombre a sus cinco hijos? Frecuentemente uno se encuentra con gentes para quienes matar es un placer. Sí, sí, debe ser un placer; quizá el más grande de todos, porque, ¿no es el matar como el comer? ¡Hacer y destruir! Estas dos palabras resumen la historia del universo, la historia de todos los mundos, de todo lo que existe, ¡todo! ¿Por qué no intoxica el matar?

Junio 25. Pensar que hay un ser que vive, que anda, que corre. ¿Un ser? ¿Qué es un ser? Una cosa animada que lleva en sí el principio del movimiento y una voluntad que rige ese principio. Y esta cosa persevera en nada. Sus pies son independientes del suelo. Es un grano de vida que se mueve sobre la tierra, y

este grano de vida, viniendo yo no sé de dónde, puede uno destruirlo a voluntad. Y luego nada... nada más. Perece, se acaba.

Junio 26. ¿Por qué entonces es un crimen matar? Sí, ¿por qué? Por el contrario, es ley de la naturaleza. Cada ser tiene la misión de matar; mata para vivir y vive para matar. Las fieras matan sin cesar, todos los días, a cada instante de su existencia. El hombre mata sin cesar para alimentarse; pero como además necesita matar por placer, ¡ha inventado la caza! El niño mata los insectos que encuentra, los pajaritos y animalillos que haya en su camino. Pero esto no basta para la irresistible necesidad de matanza que hay en nosotros. No es bastante matar fieras, debemos también matar hombres. Hace mucho tiempo esta necesidad se satisfacía con los sacrificios humanos. Ahora, la necesidad de vivir en sociedad ha hecho del asesinato un delito. ¡Condenamos y castigamos al asesino! Pero como no podemos vivir sin someternos a este natural e imperioso instinto de la muerte, nos aliviamos de cuando en cuando con las guerras. Entonces toda una nación se dedica a la matanza de otra nación. Es un festival de sangre, un festival que enloquece a los ejércitos e intoxica a los civiles, mujeres y niños, que leen de noche a la luz de las lámparas, la enfebrecida historia de la matanza.

¿Y acaso nosotros despreciamos a los elegidos para hacer estas matanzas de hombres? No, son cargados de honores. Son engalanados de oro con vestiduras resplandecientes; usan plumas en sus cabezas y adornos en sus pechos, y se les dan cruces, premios, títulos de toda clase. Ellos son orgullosos, respetados, amados por las mujeres, aplaudidos por las muchedumbres, ¡sólo porque su misión es verter sangre humana! Hacen desfilar por las calles sus instrumentos de muerte y el transeúnte, vestido de negro, los mira lleno de envidia. Porque matar es la gran ley puesta por la naturaleza en el corazón de la existencia. ¡No hay nada más bello ni honroso que matar!

Junio 30. Matar es la ley, porque la naturaleza ama la eterna juventud, y parece gritar en todos sus actos inconscientes: «¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido!» Cuanto más destruye ¡vacía de pensamientos!

Julio 3. Matar debe ser un placer único y lleno de deleite: colocar ante ti a un ser viviente y pensante, hacerle un pequeño agujero, nada más que un pequeño agujero, y ver que el líquido rojo que mana es sangre, la cual es vida, y luego tener ante ti tan sólo un montón de carne inanimada, vacía de pensamientos!

Agosto 5. Yo, que me he pasado la vida juzgando, condenando, matando por las palabras pronunciadas, matando con la guillotina a aquellos que habían

matado con el cuchillo; si yo hiciera lo mismo que todos los asesinos a quienes he castigado, ¿quién lo sabría?

Agosto 10, ¿Quién lo sabría jamás? ¿Quién iba a sospechar de mí, especialmente si escogiera un ser que yo no tuviera interés en que desapareciera?

Agosto 22. No he podido resistir más. He matado a una pequeña criatura como experimento, para empezar. Jean, mi criado, tenía un jilguero en una jaula colgada de la pared del despacho. Lo mandé a un recado y cogí al pajarillo con mi mano, en la que sentía latir su corazón. Estaba cálido. Subí a mi habitación. De cuando en cuando lo apretaba con más fuerza; su corazón latía con más rapidez: era algo atroz y delicioso. Estuve a punto de estrangularlo; pero no pude ver sangre.

Entonces tomé unas tijeras y le corté la garganta de tres hábiles tijeretazos. Él abrió el pico y forcejeó para escaparse, pero yo lo sujeté, ¡oh, lo sujeté! (podía haber sujetado a un perro rabioso) y vi manar la sangre.

Y entonces hice lo mismo que los verdaderos asesinos. Lavé las tijeras y me lavé las manos. Rocié agua y llevé el cuerpo, el cadáver, al jardín para esconderlo. Lo enterré bajo una mata de fresas, donde nunca será hallado. Cada día me como una fresa de esa mata. ¡Cómo puede uno gozar de la vida cuando sabe cómo!

Mi criado lo sintió; pensó que el pájaro había volado. ¿Cómo iba a sospechar de mí? ¡Ah!

Agosto 25. ¡Debo matar a un hombre! ¡Debo!

Agosto 30. Ya está hecho. ¡Pero qué poca cosa! Fui a dar un paseo por el bosque de Vernes. No iba pensando en nada, lo que se dice en nada, ¡cuando vi a un niño en la carretera comiéndose una rebana de pan con mantequilla! Se detuvo para verme pasar y me dijo:

—Buenos días, señor presidente.

Y entonces me vino el pensamiento: «¿Y si lo mato?»

Yo le contesté:

—¿Estás solo, muchacho?

—Sí, señor.

—¿Solo en el bosque?

—Sí, señor.

El deseo de matarlo me embriagó como el vino. Me acerqué a él suavemente, persuadido de que él iba a echar a correr. Y de repente lo agarré por el cuello. Él sujetó mis puños con sus manecitas y su cuerpo se retorció como una pluma en

el fuego. Luego dejó de moverse. Arrojé el cuerpo al barro y puse algunos ramajes encima de él. Volví a casa y almorcé bien. ¡Qué poca cosa era! Aquella tarde me sentí muy alegre, ligero, rejuvenecido y pasé la velada en casa del prefecto. Me hallaron ingenioso. ¡Pero no he visto sangre! No estoy tranquilo.

Agosto 31. El cadáver ha sido descubierto y ahora están buscando al asesino. ¡Ah!

Septiembre 1. Han sido detenidos dos vagabundos; pero faltan pruebas.

Septiembre 2. Los padres han venido a verme. Lloraban. ¡Ah!

Octubre 6. No se ha descubierto nada. Algún vagabundo errante debe de haber cometido ese hecho. ¡Ah! Si yo hubiera visto correr la sangre, creo que ahora me sentiría tranquilo.

Octubre 10. Otro más. Iba paseando por la orilla del río, después del desayuno, cuando vi, debajo de un sauce, a un pescador dormido. Era al mediodía. En un sembrado de patatas cercano había un azadón, que parecía lo habían puesto a propósito para mí.

Lo tomé, me volví, lo alcé como si fuera una maza y de un golpe con la hoja rajé la cabeza del pescador. ¡Oh! ¡Éste sí que sangró! Sangre color rosa que fluyó hacia el agua muy suavemente. Y yo me alejé con paso grave. ¡Si me hubieran visto! ¡Ah! Yo habría hecho un excelente asesino.

Octubre 25. El asunto del pescador ha hecho gran ruido. Su sobrino, que salía a pescar con él, ha sido acusado del asesinato.

Octubre 26. El magistrado que examina el caso afirma que el sobrino es culpable. Todo el mundo en la ciudad lo cree. ¡Ah! ¡Ah!

Octubre 27. El sobrino se defiende muy mal. Había ido al pueblo a comprar pan y queso, según declara. ¡Jura que su tío fue muerto en ausencia! ¿Quién va a creerlo?

Octubre 28. El sobrino ha confesado, ¡de tal modo le hicieron perder la cabeza! ¡Ah, la Justicia!

Noviembre 51. Hay pruebas abrumadoras contra el sobrino, que era el heredero del tío. Yo presidiré el tribunal.

Enero 25, 1852. ¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte! Yo lo he condenado a muerte. El abogado defensor habló como un ángel. ¡Ah! ¡Otro más! Iré a ver cómo lo ejecutan.

Marzo 10. Ya está hecho. Lo guillotinaron esta mañana. Murió muy bien. ¡Muy bien! Eso me dio placer: ¡Qué bonito es ver como cortan la cabeza a un hombre!

Ahora, debo esperar; puedo esperar. El menor descuido y podrían descubrirme.

El manuscrito contenía más páginas, pero no hablaban de un nuevo crimen.

Los médicos alienistas a los cuales fue entregada esta horrible historia declaran que hay en el mundo muchos locos desconocidos, tan hábiles y terribles como este lunático monstruoso.

La cara hacia arriba

Stephen Crane

—¿QUÉ HAREMOS ahora? —preguntó el ayudante, confuso y presa de nerviosismo.

—Enterrarlo —contestó Timothy Lean.

Los dos oficiales bajaron la mirada hacia el suelo, donde yacía el cadáver de su camarada. Tenía el rostro azulado y sus ojos relucientes miraban fijamente al cielo. Sobre las dos figuras erguidas se oían los silbidos de balas, y en la cima de la colina, los hombres de la compañía de infantería de Spitzbergen de Lean, tirados en el suelo soltaban mesuradas descargas.

—¿No cree que sería mejor...? —empezó diciendo el ayudante—. Lo podríamos dejar hasta mañana.

—No —repuso Lean—. No podré resistir en esta posición más de una hora. Tendré que retirarme y hemos de enterrar a Bill.

—Desde luego —respondió el ayudante inmediatamente—. ¿Tienen sus hombres herramientas para abrir zanjas?

Lean gritó algo hacia la línea de fuego y se acercaron dos hombres lentamente, uno con un pico y otro con una pala en la dirección de los tiradores de Rostina. Las balas silbaban cerca de ellos.

—Caven aquí —ordenó Lean, ceñudo.

Los hombres, obligados así a bajar la mirada hacia la hierba, se dieron prisa, asustados porque no podían ver de dónde venían las balas. El sordo ruido del pico golpeando la tierra sonó entre los cortantes silbidos de las balas. Ahora el otro soldado raso empezó a manejar la pala.

—Supongo —dijo el ayudante hablando lentamente—, que sería mejor que le registráramos las ropas por si tiene... objetos.

Lean asintió. Juntos, en curiosa abstracción, se quedaron mirando al cadáver. Entonces Lean se estremeció de repente, irguiéndose.

—Sí —dijo—. Será mejor que miremos a ver qué llevaba —se arrodilló y sus manos se aproximaron al cadáver del oficial muerto. Pero sus manos se

dirigieron hacia los botones de la camisa. El primer botón tenía un color rojo brillante por la sangre seca y no se atrevió a tocarlo.

—Prosiga —dijo el ayudante con voz ronca.

Lean alargó su torpe mano y sus dedos manosearon los botones manchados de sangre. Al final se levantó con el rostro muy pálido. Había recogido un reloj, un silbato, una pipa, una bolsita de tabaco, un pañuelo y una cajita con tarjetas y papeles. Se quedó mirando al ayudante. Hubo un silencio. El ayudante se estaba sintiendo cobarde por obligar a Lean a hacer todo ese tétrico trabajo.

—Bien —dijo Lean—. Creo que esto es todo. Usted tiene su sable y su revólver, ¿verdad?

—Sí —contestó el ayudante, tratando de dominar la expresión de su rostro y de repente estallando en una extraña furia contra los dos soldados rasos.

—¿Por qué no os dais prisa con esa fosa? ¿Qué estáis haciendo? ¡De prisa! ¿Me oís? Nunca he visto a nadie más estúpido.

Mientras estaba gritando para desahogar su furia, los dos hombres no pensaban más que en salvar sus vidas respectivas, pues las balas seguían silbando sobre sus cabezas.

La fosa fue terminada. No era una obra maestra, sino un pobre hoyo no muy profundo. Lean y el ayudante se miraron de nuevo el uno al otro de un modo curioso, como si se quisieran decir algo sin palabras.

De repente, el ayudante soltó una extraña risotada. Era una risa terrible, que tenía su origen en aquella parte de la mente que se mueve primero por efecto de los nervios.

—Bien —dijo humorísticamente a Lean—, supongo que tendremos que echarlo ahí dentro.

—Sí —respondió Lean. Los dos soldados rasos se quedaron esperando, inclinados sobre sus herramientas—. Supongo —dijo Lean—, sería mejor que lo colocáramos nosotros.

—Sí —convino el ayudante. Entonces, al parecer recordando que él había hecho que Lean registrara el cadáver, se adelantó decidido y agarró las ropas del oficial muerto. Lean se unió a él. Ambos se dieron cuenta de que sus dedos no sentían al cadáver. Tiraron de él; el cadáver se levantó, cabeceó y se volcó y fue dejado caer suavemente en la fosa, y los dos oficiales, incorporándose, se miraron de nuevo el uno al otro (siempre estaban mirándose el uno al otro) y suspiraron aliviados.

El ayudante dijo:

—Supongo que deberíamos rezar... rezar algo. ¿Conoce usted el oficio del difunto, Tim?

—Los curas no leen el servicio de difuntos hasta que la sepultura está tapada —respondió Lean, apretando sus labios con una expresión académica.

—¿De veras? —preguntó el ayudante, picado por haber cometido un error—. ¡Bueno! —gritó de repente—. Recemos algo...

—Está bien —declaró Lean—. ¿Conoce usted el oficio de difuntos?

—No recuerdo ni una frase de él —confesó el ayudante.

Lean se mostró dubitativo:

—Yo puedo repetir unas dos frases, pero...

—Bueno, pues dígalas —dijo el ayudante—. Repita lo que sepa. Eso será mejor que nada. ¡Y esos animales cada vez tienen mejor puntería!

Lean miró a los dos soldados.

—¡Atención! —ordenó. Los soldados se pusieron firmes con un taconazo, con cara de pesadumbre. El ayudante bajó su casco hasta las rodillas. Lean, que llevaba destocada la cabeza, quedó de pie junto a la tumba. Los tiradores de Rostina disparaban furiosamente.

—¡Oh, Señor! Nuestro amigo se ha hundido en las aguas profundas de la muerte, pero su alma ha subido hasta Ti, como las burbujas salen de los labios de los ahogados. Te rogamos, ¡oh, Señor!, que acojas esa ligera burbuja y...

Lean, aunque con voz ronca y sintiéndose avergonzado, no había vacilado en recitar hasta ese punto, pero se detuvo bruscamente con gesto de desánimo y se quedó mirando el cadáver.

El ayudante se movió, incómodo:

—Y desde Tus alturas... —empezó, pero tampoco supo continuar.

—Y desde Tus alturas —repitió Lean.

El ayudante recordó de repente una frase que había al final del servicio fúnebre de Spitzbergen y la recitó a la manera triunfante de un hombre que de repente ha recordado todo y pueden continuar.

—¡Oh, Dios, ten piedad...!

—Oh, Dios, ten piedad...! —repitió Lean.

—Piedad —repitió otra vez el ayudante, fallando rápidamente.

—Piedad —dijo Lean.

Y entonces se sintió violento y disgustado, se volvió a los dos hombres y dijo ferozmente:

—Echad la tierra encima.

El fuego de los tiradores de Rostina era continuo y de gran puntería.

Uno de los soldados de cara apesadumbrada se adelantó con la pala. Alzó la primera palada de tierra y por un instante de inexplicable vacilación la mantuvo en equilibrio sobre el cadáver, que desde su cara azulada miraba fijamente hacia el exterior de la fosa. Entonces el soldado vació la tierra sobre... los pies.

Timothy Lean sintió como si de encima de su frente fueran levantadas rápidamente toneladas. Había creído que el soldado vaciaría la palada sobre... la cara. La había tirado ¡ja, ja!, la primera palada había sido arrojada sobre los pies. ¡Qué satisfacción!

El ayudante empezó a balbucear:

—Bueno... un hombre que ha sido compañero nuestro durante tantos años... un amigo íntimo... no íbamos a dejarlo que se pudriera en el suelo. ¡Siga, por amor de Dios! ¡Eche más paladas!

El hombre que tenía la pala se agachó de repente, se agarró su brazo izquierdo con su mano derecha y miró a su oficial en espera de órdenes. Lean recogió la pala del suelo.

—Póngase a cubierto —dijo al herido. Luego se dirigió al otro soldado—. Vete tú también con él; yo terminaré esto.

El herido se alejó de prisa lo mejor que pudo en dirección a la cumbre de la sierra, sin pararse a mirar en la dirección de donde venían las balas, y el otro hombre lo siguió al mismo paso; pero éste era diferente, porque miró hacia atrás ansiosamente por tres veces.

Es como a menudo se comporta el que está herido y el que no lo está.

Timothy Lean llenó la pala, vaciló y entonces, con un movimiento que era como un gesto de aversión, lanzó la tierra sobre la sepultura, y aquélla al caer hizo un ruido: *plop.* Lean se detuvo de repente y se enjugó la frente, como si fuera un trabajador cansado.

—Quizá nos hayamos equivocado —dijo el ayudante mirando de un modo vacilante y estúpido—. Habría sido mejor no enterrarlo precisamente ahora. Desde luego, si avanzamos mañana el cadáver habría sido...

—¡Maldito sea! —exclamó Lean—. ¡Cállese! —*y* eso que no era el oficial de más categoría.

De nuevo llenó la pala y echó la tierra. La tierra hacía siempre aquel sonido: *plop.* Durante un rato, Lean trabajó frenéticamente, como un hombre qué cavara para apartarse de un peligro.

Pronto no se vio nada más que la cara azulada. Lean llenó la pala.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó dirigiéndose al ayudante—. ¿Por qué no lo volvió cuando lo soltó ahí? Esto... —entonces Lean empezó a tartamudear.

El ayudante comprendió. Estaba pálido como un muerto.

—¡Siga, hombre! —gritó suplicante, casi con un alarido.

Lean dio media vuelta a la pala, que cayó haciendo una curva pendular y al dar sobre la tierra produjo aquel sonido: *plop.*

Un hombrecillo extraño

William W. Stuart

¿HA ESTADO usted alguna vez por el barrio de la mala vida? ¡Oh, claro! Cada ciudad tiene uno y no hay duda de que usted le ha echado alguna vez un rápido vistazo. Pero no es eso a lo que me refiero.

Lo que yo quiero decir es: ¿ha estado usted *de veras* allí?

Probablemente no, y si no ha estado, permita que le dé un consejo: no vaya.

El barrio de la mala vida es un camino lejano y remoto, en donde hay toda clase de horrores: los vistos y los nunca vistos. Para cada uno lo suyo, como ellos dicen, y todos tienen allí algo de su gusto personal. Muy bien, la opinión general es la de que allá vaya quien quiera y que se lo lleve el demonio, sin hacer distinción entre la gente y los horrores. Es una lástima, ¿pero qué puede hacer uno? Nada. Mirar hacia el otro camino. Eso me parece bien a mí. No sé de nada mejor para con los horrores que hay, o que puede haber en el barrio de la mala vida, que esperar que sigan donde están, donde les corresponde estar, y que me dejen tranquilo para olvidar que existen.

Por esa razón escribo esto. Quiero narrar la historia de lo que vi, de lo que creo que vi o sentí y de lo que no vi, para apartarlo de mi mente. Luego voy a tratar con todas mis fuerzas de no volver a pensar en el asunto.

Yo conozco el barrio de la mala vida porque estuve en él. Ése es mi problema personal y es otra historia, anterior a ésta, y al demonio también con ella. Hubo una vez en que tuve una esposa y un par de chicos. Tuve muchas preocupaciones y luego me quedé sin esposa y sin hijos y me dirigí al barrio de la mala vida. Fue fácil. Durante un cierto tiempo estuve allí, descendiendo todo el camino, donde hasta el arroyo de la calle parecía estar por encima de ti. Bueno, pues resultó que me hice de amigos a los que no podía dejar. Gracias a sus esfuerzos y además, según dicen, a la gracia de Dios, salí de aquello, o al menos casi salí. No es que me quiera vanagloriar; pero no son muchos los que han logrado salir de aquello.

¿Quiénes son los inadaptados y los abandonados del barrio de la mala vida? Todos y nadie. Individuos, si es que son individuos, que vienen y van. El grupo,

con pocas excepciones, es siempre el mismo. Está formado por los desechos del mundo (almas perdidas, malos sueños, sombras, siluetas borrosas); no es una parte de la vida; pero tampoco está fuera de ella.

Yo estuvo allí. Y pude salir. Pero me acostumbré de cuando en cuando a hacerles una corta visita, para lo cual tenía: dos razones. Una, que a veces podía encontrar el hilo de algún reportaje para el número dominical de mi periódico. La otra, meramente el echar un vistazo de tiempo en tiempo a aquel ambiente, lo que para mí era como una especie de seguro.

Así que en alguna ocasión me pasaba una tarde en el Yard echando unos tragos. Era bien recibido. Los del grupo de siempre me conocían, y sentían por mí nada más que el mismo desprecio que ellos sentían hacia los otros y hacia sí mismos. Como no era un extraño (o al menos no demasiado poco extraño), yo encajaba bastante bien con los inadaptados de aquel semimundo, donde los individuos raramente destacan lo bastante como para ser perceptibles.

Wino Jones, sin embargo, y su amigo Stanley, eran cada uno a su modo bastante perceptibles.

La primera vez que me encontré con Wino Jones y Stanley fue un atardecer de principios de primavera. Era jueves. Yo estaba derrengado. Había sido una semana tremenda: un escándalo político, un par de incendios y el susto por un muchacho desaparecido. Luego resultó que el muchacho se había escapado del colegio para ver un programa de películas de horror, y luego tuvo miedo de volver a casa al salir tarde del cine, así que fue a esconderse al domicilio de la abuela. Habían llegado a sospechar que fue raptado por un negro de una isla del Caribe, aficionado a las peleas de gallos, que pareció sospechoso bajo su chaqueta de cuero negro.

Había sido una semana tremenda, yendo de aquí para allí, para al final no ir a ningún sitio y que me había puesto con un humor de mil diablos. Debería tomarme una semana de descanso y mandarlo todo a paseo. Ya era hora de que evocara cosas que no hacía tiempo habían pasado e hiciera una visita por el barrio.

Dejé el centro de la ciudad cansado, sucio y necesitando un afeitado. Pero a dónde me encaminaba, hasta iba a parecer demasiado elegante.

Me detuve en Mad Miguel para tomarme una tapa de *chili* y luego fui andorreando hacia aquellas cuatro manzanas en South River Street conocidas como *Bug Alley* (Callejón de las Sabandijas), que constituían el corazón del barrio de la mala vida de nuestra ciudad.

Enfrente de San Vicente en Scott Square, en el llamado Yard (patio), junto al viejo muro había un grupo de seis o siete que pasaban el rato bebiendo y jugando. Me acerqué andando penosamente y me agaché para verlos. Me echaron, un par de miradas duras e inyectadas en sangre; pero no porque jugar y beber en público estuviera prohibido por la ley, pues aunque yo fuera uno de sus representantes, ¿qué? A éstos ya los metían en la cárcel de cuando en cuando de todos modos, es decir, si armaban un escándalo y había quejas. Pero ya no los querían ni en la cárcel. Las miradas duras preguntaban tan sólo si les iba a invitar o no.

Encendí un cigarrillo, di un par de chupadas y se lo alargué. Bootnose Bailey, grandote, viejo, calvo, con estómago de hierro e hígado de cuero, aclaró la cuestión de la bebida alargándome la botella. La levanté y dejé con el dedo el agujero lo más pequeño posible para que pasara el chorrito de vino barato, pegajoso y dulzón. Eso ya no es cosa para mí; es una bebida asquerosa. Como siempre, al levantar la botella me temblaron las manos. Bueno, que temblaran. Al menos tenía compañía. El hombre siguiente miró complacido los dos tragos que quedaban en la botella y se los bebió.

—¿Ed? —me preguntó Bootnose con su voz ronca—, ¿Te queda para otra botella?

Seguí agachado un par de minutos y luego me levanté y empecé a registrarme los bolsillos. Éste es el protocolo local. Moneda a moneda, saqué un dólar y medio en plata, depositándolas sobre la piedra plana de la recolecta que estaba enfrente de mí. Un hombretón de raza negra apoyado negligentemente contra el muro, me sonrió amablemente y añadió un cuarto de dólar. Bootnose recogió el dinero y se fue a comprar otra botella.

Creo que cometí una infracción de las reglas del barrio por el modo como me quedé mirando fijamente a aquel grandullón; pero es que él me había sorprendido bastante. Parecía hallarse en buena forma: era fuerte, nada de temblores, ni había fantasmas febriles detrás de la sanguinolenta cortina de los ojos. Y aparte de eso, uno no encuentra muchos negros en el barrio de la mala vida. Al menos en nuestra región. No sé por qué.

—Jones —dijo presentándose cortésmente—. Wino Jones. ¿Tú eres Ed? Ed, éste es mi amigo Stanley —e hizo un gesto con su manaza indicando un hombre delicado que estaba al lado suyo.

Es gracioso que no me hubiera fijado en Stanley primero, pero estaba allí. Eso es lo que quiero dejar en claro. Stanley estaba allí. No me pregunten por

qué. Era un hombrecillo tan totalmente remoto, insignificante y poco entrometido, que hasta ahora me cuesta trabajo recordarlo. Es difícil recordar su aspecto, eso es. No era negro. De poca estatura. Sus ojos, su pelo, no sé como eran. Debía de tenerlos o yo debí de fijarme. Había en él un algo de agrio, distante, amargo, según me fijé; y eso es todo lo qué recuerdo haberme fijado de Stanley. Exceptuando la última vez que lo vi, lo encontré antipático.

Esta vez, yo sonreí y asentí con la cabeza.

—Wino Jones, Stanley, bien venidos a nuestra ciudad.

—Y ahora, Stanley —dijo Jones con aire satisfecho—, él puede verte muy bien. Te estás portando estupendamente, Stanley, cada vez vas mejorando. ¿Verdad que usted lo ve bien, Ed?

—¿Cómo? ¡Ah! Pues claro que lo veo. ¿Por qué no? ¿Es que piensa que está invi...?

Jones me interrumpió:

—Mire, ahí viene el señor Bailey.

Bueno, era una cosa un poco extraña; pero es que en aquel barrio lo raro es lo normal. Y no volví a pensar en ello.

Estuve allí sentado un par de horas. Acabamos la botella y luego otra. Me pareció que Wino Jones no hacía mucho por merecer su apodo. Por lo menos no miraba la botella como si fuera la última del mundo, lo cual, como todo asiduo del barrio de la mala vida teme desesperadamente, puede muy bien suceder.

¿Estaba Stanley bebiendo? No me fijé.

Al cabo de un rato me marché de allí. Volví a comprobar el hecho de que podía corretear sin peligro por aquellos lugares, y de que podía volver al trabajo al día siguiente sin acordarme siquiera de ello.

No volví a pensar en Wino Jones o en Stanley hasta principios de la semana siguiente. Estaba haciendo el primer turno en el periódico y empezaba a las seis de la madrugada. A las seis menos cuarto salí bostezando de Mad Miguel después de haber tomado café, un huevo y pasteles calientes. Los pasteles de Mig eran demasiado calientes, y estaban rellenos de *chili.* Me sentaron mal en el estómago, pero lograron que los párpados se me mantuviesen abiertos aquella mañana. Me paré un rato en el portal y mis ojos llorosos divisaron a Wino Jones saliendo de la calleja a donde daba la puerta de la cocina del bar de Mig. Me vio, pero no me dijo nada hasta que yo lo saludé con un ¡hola!, que considerando la hora, me salió bastante bien.

—¿Cómo le va, Ed? Entra muy temprano, ¿no?

—Sí, Wino... ¡ah, perdona! Jonesy. ¿Te importa que te llame Jonesy? —no le importaba—. ¿Qué haces por aquí? ¿Le has estado fregando platos a Mig?

Asintió con la cabeza. Alguno de los muchachos del barrio con más categoría trabajaban y hacían trabajos de esa clase. Jones no era el único, pero eso le hacía destacar.

—A mí y a Stanley nos gusta tener siempre cambio en el bolsillo, ¿verdad, Stanley?

Miró hacia un lado, como si pidiera a alguien que estuviera a su lado que confirmara sus palabras. Sólo que allí no había nadie. No se veía a nadie en toda la manzana exceptuando a Jones y a mí.

Pero Jones sonrió e hizo un animado gesto de cabeza, hacia el pequeño vacío que había a su lado y luego se volvió de nuevo para mirarme.

—Stanley vino a esperarme a mi salida del trabajo. El señor Mig deja que nos desayunemos alguna cosilla cuando yo termino mi trabajo de la noche.

Volví a mirar hacia donde se suponía que debía estar Stanley, y luego de nuevo, como un tonto, a Jones. Él se encogió de hombros casi imperceptiblemente y me pareció que meneaba ligeramente la cabeza.

—¡Bueno! —dijo—. Será mejor que yo y Stanley nos vayamos hacia Yard, no vaya a ser que pase por aquí algún poli y se meta con nosotros.

—¿Sí? —le pregunté—. Bien... hasta la vista, Jonesy... Stanley.

No sé por qué añadí eso de Stanley, aunque, vagamente, me pareció que eso complacería a Jones. Él me dedicó una amplia sonrisa y luego se fue andando calle abajo, charlando animadamente... con nadie. No pude entender lo que iba diciendo. Bueno, estuviera ese Stanley presente o ausente, era uno de los problemas por los que menos pensaba preocuparme. Y me dirigí a mi trabajo.

Me encontré con Jones cada mañana durante la semana en que me tocó el primer turno; Jones, saliendo de su trabajo, con Stanley (que no se veía por ninguna parte). Una cosa rara. Pero tanto si Jones estaba bromeando o sufría una alucinación, eso no era asunto mío.

Se lo conté a Mig, que se limitó a responderme:

—Ese grandullón come más que una lima. Necesita dos platos para desayunarse; pero lava bien los platos, así que no tengo de qué quejarme

Así que eso era todo. Nada.

Hacia finales de la semana siguiente, fui de nuevo andorreando hasta el Yard y me uní al pequeño grupo de exponentes de un modo de vida tan singular junto a aquel muro. Jones no estaba allí; pero cuando ya me iba a acomodar, miré

hacia el lado de la plaza que daba a Broad Street y lo vi que venía dando zancadas hacia nosotros. Venía sonriente, hablando, gesticulando, y solo. Miré dos veces. No iba nadie con Jones.

Me senté, di una chupada o dos a un cigarrillo y se lo pasé a otro. Alcé la botella. Volví a sentir el mal gusto de aquel vinazo. Entonces dirigí la mirada a Jones, que cruzaba en aquel momento el murrio grupo de matorrales, andando por el sendero. Con él venía un hombrecillo avinagrado, cuchicheante, que apenas si se distinguía. Stanley.

—Buenas tardes, Jonesy —le dije—, y Stanley. Me alegro de volveros a ver —dije eso, aunque, bien pensado, no se

ajustaba totalmente a la realidad—. Jones me dedicó su sonrisa y Stanley asintió con la cabeza con gesto de desconfianza.

Se adelantaron y se unieron al grupo. Alguien pasó corriendo: una pareja. La conversación versó sobre los mismos tópicos de siempre: borracheras, dinero, hoy y mañana; más borracheras... a veces, y sin mucho interés hablaban de mujeres; más borracheras.

Jones soltaba a intervalos una exclamación por lo bajo, hasta que finalmente se levantó, se desperezó y dijo que iba a ir a casa de Mig. Stanley se quedó. Sé que lo hizo pues lo observé. Luego traté de recordar si había dicho alguna palabra, pero no.

Me fui a casa poco después de que se marchara Jones. Stanley siguió allí todavía, aunque cuando miré hacia atrás desde Broad Street no pude distinguirlo a la débil luz de la luna y de la luz de la calle.

No era gran cosa, ¿verdad?

A la semana siguiente, empecé a entrar a trabajar a las diez y no vi a Jones (o no vi a Stanley), en toda la semana. El viernes, volví a dar una vuelta por el Yard. Era algo que salía de mi costumbre. Normalmente, con una visita al mes ya tenía bastante. Pero ahora, por la razón que fuera, había empezado a interesarme por Jones... y Stanley.

Esta vez cuando llegué me encontré a Jones apoyado contra el muro. Coaster Joe estaba en cuclillas a un lado suyo. Miré al otro lado y no vi a nadie; miré detenidamente; pero no había nadie. Sin embargo, cuando fui saludando a todos con un leve gesto de cabeza, saludé también al espacio vacío. Me fijé en que Bootnose Bailey estaba ausente. Una sorpresa. Era tan natural ver a Bootnose con una botella en el Yard, como ver al general Scott en estatuas de bronce rodeado de palomas. Me acomodé. Poco rato después la botella empezó a pasar

de meno en mano; pero seguí sin ver a Stanley.

Lleno de curiosidad me atreví a hacer una observación:

—Jonesy, no he... no he visto a Stanley esta tarde.

Jones sonrió, aunque no tan fácilmente como otras veces y se relajó como de costumbre.

—Stanley no ha venido esta tarde. Ha ido a un sitio.

—¡Ah! Está bien —parecía haber dicho la verdad. Si hubieran encerrado a Stanley en la cárcel, Jones lo habría dicho. A cualquier otro sitio que hubiera ido tendría que ser mejor. Me estaba volviendo injustificablemente preguntón, pero la curiosidad pudo más en mí—. ¿Dónde fue?

Jones se encogió de hombros. Luego me dijo muy serio:

—A decir verdad, Ed, no lo sé. Lo cierto es que he estado un poco preocupado por Stanley últimamente.

Nadie nos estaba prestando atención.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Bueno... —volvió a encogerse de hombros y entonces pareció decidirse—. Ya sabes, Ed, que hay algo raro en Stanley. Si tuvieras un poco de tiempo...

—Tengo tiempo.

Jones suspiró:

—Creo que va a ser un problema. Me tiene algo preocupado. Serías muy amable si me permitieras que te hablara de ello.

Me levanté. Jones, haciendo un claro gesto de querer separarse, echó un cuarto de dólar sobre la piedra plana de la colecta, mientras se levantaba para unirse a mí. Fuimos andando muy despacio entre las sombras del crepúsculo, por el parque. Jones aunque parecía sentirse un poco incómodo, era una presencia tranquilizante. En el lado del Yard que daba a Broad Street nos sentamos en un banco.

—No sé cómo empezar —dijo Jones, rascándose la cabeza con una mano que parecía un guante de béisbol—. Supongo, Ed, que ya te habrás fijado que Stanley es un poco raro. ¿O crees que el raro soy yo?

—Me he fijado que a veces veo a Stanley y a veces no. Y que en ocasiones tú te comportas como si lo vieras, cuando positivamente no está a tu lado.

—Pues sí. Y eso hace que tú seas también un poco raro, Ed. Porque con Stanley casi siempre pasa eso, cuando él está alrededor, quiero decir. Hay unas pocas personas que lo pueden ver; pero otras no lo ven nunca. Contigo parece que la cosa cambia; en el resto de la ciudad no puedes verlo, en este barrio, sí.

—¿Qué?

—En cuanto a mí puedo verlo casi todas las veces. Es decir, cuando está cerca de mí y no ha ido a algún sitio, como esta noche. Pero la mayoría de las personas, las que tú podrías llamar verdaderamente personas normales, y no te ofendas, Ed, no pueden ver nunca a Stanley.

Aquello parecía una tontería. Pero Jones lo dijo con una tranquila convicción que tenía su peso. Si yo no pude creerlo exactamente, tampoco dejé de creer. Uno oye muchas historias raras en el barrio de la mala vida; sueños pesadillas, tonterías. Por allí merodeaba un tipo andrajoso y borracho al que llamaban el *Gobernador,* porque afirmaba que una vez fue realmente un gobernador. Una vez se bebió tinta para multicopista y se murió. La policía, de modo rutinario, levantó un atestado, y resultó que era un ex gobernador. Las probabilidades no eliminan las más remotas posibilidades; si tú lanzas muchas veces al aire una moneda, alguna vez caerá de canto.

—¿Y por qué imaginas eso? —pregunté a Jones.

—No quiero parecer como si estuviera chalado —respondió Jones—. He leído poco. Pero esos hombres de allá abajo, ¿verdad que tú podrías decir que son hombres que tampoco pertenecen mucho a este mundo?

—Cierto.

—Y el mundo los retiene sólo muy ligeramente. Ellos no son nada. Nadie les presta atención. Están fuera de todo. Hasta se puede decir que se encuentran fuera del mundo. Pero tú, Ed... más bien formas parte de ese mundo normal. Aunque una vez recorriste todo el camino hasta venir a parar aquí, ¿no es cierto? Así que tú...

—¿Quieres decir que soy capaz de sentir estas cosas?

—Más o menos. Así que cuando viene aquí eres uno como los otros, y puedes ver a Stanley. En el resto de la ciudad, no.

—Parece una tontería. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Es cosa que viene de lejos, de muy lejos. Stanley y yo nos criamos juntos de chicos. La familia de Stanley es lo que la gente de aquí llama «gentuza». Había catorce o quince chicos y ¿quién era su padre? ¿Lo sabía alguien? ¿Le importaba a nadie? Y Stanley venía a ser corno el último mono entre toda aquella gente. Nadie se preocupaba lo más mínimo de él. Nunca hablaba mucho porque nadie le iba a escuchar. Y se aficionó a las drogas, convirtiéndose en un chico soñador y huraño. No es que estuviera enfermo, simplemente era enfermizo. Era el chico más insignificante que he visto en mi vida.

»Yo vivía en la misma calle que Stanley, un poco más abajo. No sé por qué, pero tomó la costumbre de seguirme a todas partes. Quizás porque todos los demás echaban a correr al verlo, creo yo. No sé si yo era muy bueno con el pobre Stanley, pero le dejaba que me siguiera. Apenas te dabas cuenta de que estaba a tu lado; ¡tan poco molestaba! A mí me daba pena, ¿sabe? Nunca hubiera tenido corazón para mandarle que se largara. Con el tiempo, se acostumbró a seguirme hasta la puerta de la escuela.

»Eso me hizo gracia y empecé a hacerme preguntas. ¡En aquella parte del distrito había un muchacho blanco que iba detrás de un muchacho negro hasta una escuela para niños de color! Ya se imaginará que eso era una cosa que había de llamar la atención ¿no? Hasta podía provocar una tormenta en el distrito. Pero nadie pareció fijarse nunca lo más mínimo en Stanley. Jamás se dijo nada acerca de él.

»Bueno, ya sabes, Ed, que todos los chicos, incluso Stanley, quieren que alguien se fije en ellos y les tenga un poco dé cariño. Stanley no tuvo nunca a nadie más que a mí y yo nunca le di más que dejarle que viniera a mí lado cuando éramos chicos. Y todos los chicos quieren ser importantes alguna vez. Que se fijen en ellos. Ser el centro de la atención general a la hora del recreo. Ser el primero en un ejercicio de ortografía. Vapulear a alguien o al menos ser el chico al que castigan a quedarse más veces en la escuela después de la hora de la salida. Le gusta sentirse alguien. Solo que Stanley nunca pudo. Parecía que cuanto más deseaba destacar en algo, se volvía más tímido e incapaz, haciéndose más retraído. Hablaba a duras penas, incluso conmigo, como si le costara trabajo. Yo apenas si me daba cuenta de que estaba a mi lado.

—¿Así perdió el contacto con el mundo? —pregunté yo—. Bueno, eso pasa a veces. Hay tipos raros por todas partes.

—¡Oh, claro! ¡Claro que los hay, Ed! —repuso Jones—. Pero Stanley no es exactamente de esos. Parece no sólo que él perdió el contacto con el mundo, sino que el mundo perdió el contacto con él. Siempre se mostró resentido por esa razón, y creo que lo volvió más amargado. Claro que él nunca me ha hablado mucho de eso; pero puedo asegurártelo. Creo no equivocarme.

—¿Sí? ¿Y cómo fue que él vino aquí?

—Bueno, mi madre se murió y como no había nadie ni nada que me retuviera en casa, me marché y Stanley se vino tras de mí como una sombra. Uno diría que es una especie de sombra-sombra ¿no? Fuimos holgazaneando por ahí. Yo trabajé en uno u otro sitio. Entonces descubrí... descubrimos... que la

mayoría de la gente era incapaz de ver a Stanley en absoluto.

—¿Tan alejado estaba del mundo que se marchó de él?

—Daba lástima ver el modo cómo aquello enfurecía a Stanley. A mí me atraparon varias veces, pero a Stanley, aunque estuviera a mi lado y escupiera en la cara del sheriff, no le pasaba nada. Ni siquiera se enteraban de que estaba allí. Cuando a mí me encerraban, él podía entrar y salir para visitarme. Nadie lo detenía. Nadie lo veía, exceptuando (entonces lo descubrimos), algunos de los prisioneros que veían a Stanley con toda claridad.

—¿Eh? —dije yo.

—Sí. Así ha sido. A mí me parece que la única gente que puede ver a Stanley son gente como... bueno, como la que viene por aquí por el Yard. Los que están... ¿cómo diría yo?, en el mundo, pero que no pertenecen a él, comprendes? Eso lo leí en alguna parte. Las personas que están lo bastante alejadas pueden ver a Stanley, sólo que él está más allá que todos ellos.

—¡Hum! Bueno, ya que el mundo es como es, puede que Stanley sea un afortunado.

—Ed, no habrás dicho eso en serio.

Él tenía razón, desde luego. Este mundo puede que no haya sido hecho a mi gusto, pero no deja de ser mi mundo y creo que le tengo cariño tal como es. Si no fuera así, jamás habría podido salir del barrio de la mala vida.

—Así que —prosiguió Jones— el pobre Stanley siempre dependió de mí; puede que más desde que empezamos a ir por ahí. Hasta hace poco.

—¿Alguna pequeña diferencia entre vosotros?

—Es cosa que nunca me había preocupado mucho. Claro que eso hace que tenga que ir a parar a esta clase de barrios, en toda ciudad a la que nos trasladamos; y puede que ésta no fuera la clase de vida que yo habría escogido para mí. Pero Stanley me ha hecho sentirme responsable. Y es bueno que un hombre tenga alguna responsabilidad, ¿no dicen eso?

No iba a discutir con él. De todos modos eso demostraba lo que yo había adivinado desde el primer momento, que Wino Jones no era un verdadero tipo de esos del barrio de la mala vida; se estaba forzando a sí mismo.

—Bien, Ed. Stanley ha estado siguiéndome todos estos años, aunque, no sé por qué, no creo que Stanley me aprecie mucho. Me seguía porque no podía hacer otra cosa; aunque nunca me tomó cariño. Me temo además que yo nunca pude mirarlo del modo que él hubiera deseado. Así que él siempre ha estado buscando alguna otra cosa. Bueno, antes de venir aquí nos detuvimos en una

misión una noche y yo miré a mi alrededor al terminar mi sopa y no pude ver a Stanley. Eso me sobresaltó. Pero al cabo de un ratito, estaba otra vez a mi lado. Le pregunté dónde había ido. Él no pudo o no quiso decirme gran cosa, sólo que había un sitio a donde quería ir y amigos a los que deseaba ver.

»—Casi llegué allí —me contó Stanley—. Allí está el límite y en el otro lado me quiere a mí. Puedo sentir que me quieren. Comprenden que soy importante para ellos. Quieren que vaya. Si yo pudiera encontrar el camino para...

»Él nunca me dijo quiénes eran los que querían, o dónde o para qué. Pero a partir de entonces, a veces, al mirar en torno mío, me encontraba conque Stanley se había ido. A principios de la última semana él se marchó otra vez, y cuando regresó, había cambiado. Actuaba con aires de superioridad. No era agradable. Fuera lo que fuera lo que había estado tratando de conseguir, lo había conseguido. «Ahora —me dijo—, tengo amigos que saben que soy alguien.» Se le veía muy creído de sí mismo. «Esta noche he vuelto a ir.»

—¿A dónde? —inquirí yo.

Jones meneó la cabeza.

—Yo le dije: «Stanley, hemos estado juntos mucho tiempo. Ahora tienes amigos aparte de mí, me alegro; pero ya sabes que me siento un poco responsable. ¿No te parece que debería conocer a tus amigos? ¿Por qué no me los presentas?

»—No —me contestó Stanley—. ¡Oh, no! —y no quiso ni oír hablar de ello. Y me dijo que he de quedarme aquí y esperarlo.

—Bueno —respondí yo a Jones—, ¿cómo vas a acompañar a un hombre en sus sueños?

—Sí... pero Stanley se ha llevado consigo a Bootnose Bailey.

—¿Qué? —pregunté.

—Sí, sí. Stanley dijo que iba a demostrármelo. Que se llevaría a alguien con él a ese sitio y que luego traería consigo a uno de sus amigos para que nos visitara. Dijo que me lo presentaría y luego se lo presentaría a todos. ¿Y sabes, Ed? No me gustó nada la cara que puso el pobre Stanley cuando dijo eso. Se puso muy serio.

—¿Pero han ido? ¿Los dos? ¿Esa es la razón de que Bootnose no esté por aquí?

Jones asintió.

—Sí. Stanley aseguró a Bootnose que no se arrepentiría. Se fueron. Lo último que dijo Stanley antes de marcharse los dos fue que volverían mañana por

la noche. Quería asegurarse que lo esperaría en el Yard. Y la verdad, Ed, estoy intranquilo por todo esto.

Ésta fue la historia que me contó Jonesy. ¿Era una tontería? Seguro. Pero... ¿qué hizo que yo me sintiera también un poco incómodo? Seguimos hablando de ello un rato más, Jones y yo, y contra más hablamos, más incómodos me sentía. Tonterías o no, Jone la creía. Y no estaba tratando de que yo la creyera. No había más que añadir. Bueno... puede que todo se redujera a que Jones era un buenazo y hablaba convencido de lo que decía. Y aunque costaba trabajo creer en su historia, todavía quedaba lo que yo había visto —y no visto— de Stanley. Y aun cuando no hubiera nada que pareciera particularmente amenazador en el asunto, había logrado que los dos nos sintiéramos a disgusto.

Claro que nosotros no podíamos hacer nada en ello. Me fui a casa, a mi apartamento, tras prometer a Jones que volvería a la noche siguiente, que era cuando Stanley, solo o con compañía, había anunciado que volvería. Yo no sé lo que Jones esperaba, ni tampoco lo que esperaba yo. Pero al amigo de Stanley no, nosotros no esperábamos eso.

Al día siguiente estaba yo escribiendo en mi despacho, pero mi mente estuvo abstraída pensando en Stanley y su otro mundo. Estuve torpe todo el día y acabé por tachar un par de encabezamientos, así que salí del despacho con las maldiciones del jefe de ediciones sonando aún en mis oídos, aunque él tuvo que admitir que el titular «El olor está presente —Futura desastre», referente a aquella historia sobre una conducción de gas, era un hallazgo en plena campaña electoral para la alcaldía.

Me llegué al Yard poco después de las cinco. Jones se dejó caer por allí cinco minutos más tarde. El grupo estaba presente. Siempre lo está, excepto cuando hay en curso una limpieza de la ciudad. Entonces se van detrás de la iglesia. Hoy había un poco de tensión. Jones estaba sonriendo, amable y amistosamente como siempre; pero se veía que estaba nervioso. Probablemente los otros lo estaban también. Medio atontado saqué una moneda de cinco dólares y la puse sobre la piedra. Eso, naturalmente, significó que Coaster Joe y Feeny, que eran los más rápidos en moverse, se fueran a dar una vuelta y no regresaron. Cuando hay el dinero justo para una botella, el vino nunca falta; pero si sobra cambio, el que va por él no vuelve.

Bueno, con dificultades se volvió a reunir dinero (casi todo lo puso Jones), y alguien fue por vino. La botella pasó de mano en mano y admito que esta vez tomé un par de tragos al llegar mi vez. Me fijé en que Jones hacía lo mismo. No

tomó más que un poquito. Ambos éramos bastante sobrios, demasiado. Necesitaba el vino que me había bebido y un poco más.

Aquella botella y luego la otra hicieron la ronda. Lo mismo que la conversación. Yo estaba apoyado sobre el muro al lado de Jones. Ninguno de los dos teníamos mucho que decir. Finalmente, comenzó a anochecer y yo le pregunté:

—¿Estás seguro de que vendrá aquí? ¿Volverá siquiera?

—Vendrá aquí. Ahora más que nunca, Ed, lo presiento. ¿Tú, no?

Pude sentir algo; pero era como un contagio de la tensión me dije a mí mismo.

Entonces Jones exclamó:

—¡Mira! —y señaló con el dedo.

Seguí la línea de su dedo negro y robusto, de una rosada, hacia el sendero que cruzaba el parque desde Broad Street, borrosa por la calina de aquel anochecer de verano. No vi nada. Luego distinguí un punto oscuro entre la débil luz, a no más de veinte pasos de distancia que pasaba por detrás de la fila de matorrales que se extendía a lo largo del sendero y vi a Stanley. Esta noche parecía, no sé por qué, tener una presencia más positiva, aun a aquella distancia. Había una jactancia chulona en sus andares y un algo en su barbilla que parecía decir: «aquí viene *alguien*». Otros ojos en su pequeño círculo se volvieron hacia él, mientras cruzaba detrás de los matorrales. Dos segundos más, dobló una vuelta y se acercó para unirse a nosotros.

—¡Hola, Wino! —dijo a Jones, con un tono que parecía condescendencia—. ¡Muchachos! —exclamó orgullosamente—, quiero presentaros a un amigo mío.

Dando la vuelta a los arbustos apareció una forma, una forma oscura; el amigo de Stanley de algún otro lugar o mundo. En nuestro grupo, Seint Betty, un viejo bribón retirado, se atragantó con el vino y me alargó a mí la botella, que yo pasé a Jones. El efecto paralizante del amigo de Stanley puede medirse por el hecho de que la botella dio tres veces la vuelta a aquel círculo sediento y nadie la alzó hasta sus labios hasta que cayó en el polvo a mis pies.

El amigo de Stanley estaba allí realmente. ¿A qué diré que se parecía? ¿A una forma oscura? Sí, pero aquella forma oscura y los detalles de aquella forma se me aparecían tan claros como una llamita azulada.

Ustedes nunca se han dejado arrastrar por la mala vida; al menos de forma permanente. Pues bien, una cosa que en ella tiene la gente en común son los horrores. No los ordinarios horrores cotidianos de la mala vida, sino los grandes

horrores, el *delirium tremens.* ¿Que cómo son? Los detalles varían. Todo el mundo encuentra algo que le causa pánico que les da esa sensación de temor irrazonable, impotente y gritador. Mucha gente teme las serpientes. Eso es lo tradicional. Otros las alturas o las habitaciones cerradas o quizás las ratas. Yo en cambio siempre he tenido miedo de las arañas, feas, de patas peludas y barriga hinchada.

Los horrores. Los hombres que sufren de ataques de locura, cuando los padecen, tienen la sensación de caer, impotentes, a un abismo sin fin. Una vez yo vi arañas. Eran hordas, millones de arañas venenosas grandes, de patas pegajosas, que goteaban por todas partes sobre mi cuerpo y por todas partes... hasta que me desperté envuelto en un sudor frío que empapaba las sábanas.

¿El amigo de Stanley? Bueno, es un feo pensamiento, pero considerad esas arañas de mis pesadillas. Y considerad a la gente. La mayoría de las personas tienen una religión. «Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza», dicen; aunque Dios, por supuesto, es infinitamente más grande. Y ahora suponed que las arañas tuviesen un dios. Un dios-araña. «Dios hizo a las arañas a su imagen y semejanza», podrían decir las arañas, ¿verdad? Así que como tal dios-araña, tal todopoderosa apoteosis de la *arañitad,* fue como yo vi al amigo de Stanley.

Yo no sé cómo pude ver una cosa semejante. Puede que exactamente no la viera. Pero absolutamente, de algún modo, por cualesquiera medios, la positiva percepción de una tal cosa pasó quemante por mis ojos y mi mente.

¿Y los otros individuos? Ninguno soltó un grito, aunque mi mente estaba dando alaridos. Los horrores no son menos horribles, sólo algo más familiares que a otras personas. Uno a uno los otros se estremecieron hasta que les temblaron los pies; y poco a poco se fueron marchando, desapareciendo entre el crepúsculo. La botella, todavía llena en sus tres cuartos, se quedó allí tirada en el polvo del Yard, olvidada.

Cuánto duró aquello, no lo sé. Al final sólo Jones y yo nos quedamos con Stanley y su amigo. El resto del parque estaba solitario. A lo largo de Bug Alley, por frente de la iglesia, una vieja llevaba a cuestas un saco de desperdicios y volvió la cara para mirarnos. Soltó un agudo grito y de un salto subió a la acera, desapareciendo. La iglesia estaba a oscuras y en silencio.

Jones se quedó allí de pie, alto, robusto, apoyado contra el muro. Sonrió a Stanley, pero fue una sonrisa débil y enfermiza. Aún no sé como se las arregló para sonreír. Sintiéndome débil y tembloroso, con el estómago revuelto, traté de incorporarme.

—¡Ah... bueno! —musité—. Ya me perdonaréis; pero creo que me sentará bien dar un paseo.

Stanley apretó los labios. Estaba irritado. Yo no pude evitarlo.

—¿Lo ves? —más que palabras, esto fue como si el pensamiento del amigo de Stanley hubiera surgido por las buenas de un revoltijo de oscuras y hambrientas meditaciones—. ¿Ves lo que son las cosas? Ni aun ahora, ni siquiera éstos nos recibirán como amigos e iguales.

—Sí —repuso Stanley secamente—. Ya lo veo. Debería haberlo imaginado. Pues bien, nosotros seguiremos por nuestro camino. Ya lo enseñaremos a todos.

Avancé penosamente un paso o dos hacia el sendero.

—Wino —dijo Stanley—. Wino Jones. Nos vamos ahora al otro lado. Pero volveré, ¿me oyes? Sólo has de esperar.

—Claro, Stanley —dijo Jones, procurando ser amable—. ¿Pero estás seguro de eso, Stanley?

—Estoy seguro —repuso Stanley, que volviéndose a su amigo dijo—: Venga, vámonos.

Se dirigieron juntos hacia los matorrales.

Stanley miró hacia atrás por encima del hombro, para decir a Jones:

—Volveremos. Volveremos, Wino. Búscanos.

Luego se marcharon. Gracias a Dios que se habían ido.

—Bien —dije yo con voz temblorosa—, dijiste que se mostraba inquieto, ¿no?

—Sí —repuso Jones—. Así es. ¿Te vas ahora a casa, Ed?

—¡Tú dirás!

—No quisiera hacerme el pesado, pero ¿te importaría que te acompañara un rato? No me siento muy bien... después de lo que me ha pasado con Stanley... de ver a ese tipo que parece hecho de miles de serpientes que silban y se retuercen.

Así que Jones veía serpientes, no arañas, en sus pesadillas. Los otros... ¿habrían sentido lo propio? Si fuera así la cosa aún sería peor. Jones quería acompañarme. Me alegré y me sentí agradecido. No sé qué me hubiera pasado de haber estado solo aquella noche.

Ya en mi apartamento, encendimos todas las luces y nos tomamos un par de tragos. Estuvimos sentados toda la noche en mi lujosa habitación salón-comedor-cocina de ocho por diez metros. Hablamos un poco, pero no sobre Stanley y su amigo. La cosa era demasiado reciente y estábamos demasiado impresionados. Parecía más seguro no mencionarla.

Supongo que descabezamos algún que otro sueñecito. Por la mañana me desperté. Aún tenía temblores. No era el malestar posterior a una borrachera, sino simplemente temblores.

—Jonesy —dije—. Jonesy, creo que debo irme a trabajar. ¿Qué es lo que tú piensas hacer?

Él se incorporó, completamente despierto.

—No pienso volver —me dijo—. ¿Comprendes?

—Sí.

—He tenido un presentimiento. Que quizás yo sea una especie de portal o puerta trasera de Stanley, si sabes a lo que me refiero. Él siempre estuvo más próximo a mí que nadie. ¿Te fijaste que no hizo más que decirme que lo esperara? Creo que él necesita saber que estoy cerca y hallarme para poder hacer su camino de vuelta desde dondequiera que haya ido, así que si yo no estoy allí, si él no puede localizarme, él no podría regresar... con sus amigos. Creo que mejor será permanecer alejado de allí. ¿Crees que podrás buscarme algún empleo en el periódico donde tú trabajas?

—Pues claro —le contesté. Sabía que necesitaban algunos hombres en el departamento de distribución—. Claro que no estarás muy lejos, ¿no te parece? —Me pareció que él tenía razón respecto a Stanley.

—No me refiero a la distancia en millas. No creo que eso tenga mucha importancia en el lugar donde Stanley se encuentra. Es el Yard y todo aquello, ¿eh? Me parece que si consigo un empleo seguro y me convierto en un ciudadano honrado normal, a Stanley le costará más trabajo encontrarme.

—Sí —contesté—. Ya veo. Cuanto más parte formes de este mundo, más alejado te sentirás del otro... y de Stanley.

—Eso es.

—Eso espero, Dios mío, eso espero. Ven conmigo esta mañana. Te daremos un empleo aunque tengamos que matar a alguien para crear un puesto vacante... Jonesy, ¿estás seguro de que aquello... las serpientes, las arañas, era algo real? ¿Crees que de veras vinieron? ¿Y que volverán si Stanley se puede abrir su camino... a la fuerza?

—Sí, Ed. No has tenido necesidad de preguntármelo.

—No —convine yo.

Y eso fue todo.

Desde entonces... bueno, Jones trabaja en el periódico. Logró llegar a ser el ayudante del encargado de la distribución en menos de un año. Es un ciudadano

respetable apartado del barrio de la mala vida, como el que más pueda haber en la ciudad. Tiene novia, se van a casar el mes que viene.

¿Y yo? Sigo siendo el mismo, quizás un poquito mejor. Cada semana voy a ver a Jenny y a los chicos, pues mi ex esposa vive ahora por aquí cerca. A veces hasta hablamos un poco y la última vez, yo le llevé un ramo de flores y ella se sonrojó como una novia. Quizás podamos llegar a reconciliarnos... con el tiempo.

He vuelto a ir por el Yard algunas veces, pero no he visto, a lo sumo, más que los horrores ordinarios. No pienso volver más por allí. ¿Para qué? Con un amigo como el de Stanley no podría luchar, y yo no sabría en qué dirección echar a correr. Si esas cosas algún día lograran abrirse camino hasta mi mundo, ¿de dónde vendrían? No lo sé. Jones dice que quizás de nuestro interior. ¿Y cómo puede uno escapar de eso?

Creo que lo mejor es olvidarlo. Yo trato de hacerlo. Así que ayúdenme, pues he acabado con el barrio de la mala vida. Eso espero.

Paseo nocturno
Will F. Jenkins

MADGE ya estaba lista e iba a apagar las luces de la sala de estar, cuando sonó el teléfono. Tomó el auricular y resultó ser el señor Tabor, que parecía estar muy resfriado. Madge apenas si lo reconoció, pero en una pequeña ciudad la gente no se anda con ceremonias. Le dijo, presentando excusas, que su sobrina Eunice se había detenido aquella tarde en la ciudad para verlo y que él había oído que Madge (él la llamó señora Haley, por supuesto), tenía que ir a Colchester con su auto aquella noche. Sentía tener que molestarla, pero le haría un gran favor si permitía que su sobrina fuera con ella.

Madge se sintió incómoda (porque el hecho de que el señor Tabor mencionara la carretera de Colchester haría a cualquiera sentirse incómodo); pero contestó cordialmente que estaría encantada de llevar a su sobrina.

—Aunque estaba a punto de marcharme —explicó—; espero que pueda venir en seguida.

—Ella ya está lista, señora Haley —dijo la voz ahogada del señor Tabor por teléfono—. La estará esperando en el porche. Tengo que colgar, así que le doy las gracias en su nombre.

Él colgó y Madge sintió aquella punzada de inquietud, que uno siente cuando le viene a la mente algo que no le gustaría recordar. Apagó la luz y se dirigió hacia el coche, sintiéndose fastidiada. A ninguna mujer le gustaba acordarse de la señora Tabor, antes de conducir un auto de noche, sola. Claro que estaba la otra chica, pero no era lo mismo. Nadie supo quién era la otra chica, o cómo sucedió todo. Pero Madge había conocido a la señora Tabor.

El auto arrancó bruscamente y pasó ante dos bloques de casas y luego torciendo a la derecha siguió por otra manzana, hasta ver una figura solitaria sentada en los escalones de la casa del señor Tabor, ya a oscuras. Cuando Madge frenó junto a la acera, la figura recogió un pequeño maletín y se adelantó. Magde abrió la portezuela de la derecha.

—¿Es usted Eunice? —le preguntó amablemente—. Yo soy la señora Haley.

—Ha sido usted muy amable —respondió la chica con voz sin entonación—. Pensé que le iba a costar mucho trabajo a mi tío pedir este favor.

—Tonterías —respondió Madge—. Me alegro de llevar compañía. Deje su maletín en el asiento de atrás y siéntese aquí a mi lado.

La chica obedeció en silencio. Tenía un rostro anguloso y parecía un poco desmañada. Su sombrero era una birria. Llevaba gafas que parecían oscuras, y eso que era de noche. Se sentó muy estirada, apoyando las manos en su regazo, mientras Madge daba la vuelta y enfilaba la carretera.

Era realmente una noche muy hermosa, con todos esos encantadores aromas veraniegos que le hacen a uno ponerse contento de vivir y de que haga fresco y se esté a oscuras. Pronto las casas de la carretera empezaron a estar más distanciadas y, se acabaron las luces del alumbrado, que fueron remplazados por sembrados a ambos lados de la carretera, y en lontananza masas oscuras denunciaban las arboledas. Madge se acomodó para la ruta de cuarenta millas hasta Colchester. Encendió las luces largas y durante bastante rato vio delante de sí brillantes reflejos del asfalto. La carretera se deslizaba suavemente hacia ella. Madge volvió a pensar en el señor Tabor (en la señora Tabor realmente). No la había llegado a conocer bien, pero en una pequeña ciudad todos se conocen al menos por las habladurías, así que la muerte de la señora Tabor fue especialmente horrible porque ella estaba recién casada y el señor Tabor había sido tan feliz, sintiéndose orgulloso de ella.

—Es agradable eso de que venga alguien conmigo —dijo Madge—. La verdad es que no me gusta conducir de noche. Pero Sam, mi esposo, llega esta noche a Colchester a las diez y diez y si tuviera que esperar al autobús, no llegaría a casa hasta las tres de la madrugada. ¡Tenemos un servicio de autobuses tan malo!

La chica permaneció un rato en silencio, luego contestó:

—Sí —su voz carecía de entonación y era más bien insulsa. Entonces se dio cuenta de que iba a parecer corta de genio y añadió—: No es tan malo de día.

—No —convino Madge. Reinó otra vez el silencio y luego preguntó—: ¿Cómo sabía el señor Tabor que yo iba a ir en mi coche?

La chica pareció pensárselo, luego respondió:

—Creo que alguien se lo dijo.

—No comprendo quién... —entonces Madge se calló. Jamás se le habría ocurrido hablar de la carretera de Colchester al señor Tabor; aunque otras personas puede que lo hicieran—. ¡Ah!... Esta mañana hice que me comprobaran

el carburador y los neumáticos. Se lo dije a Bob, el dependiente de la estación-servicio. Le expliqué por qué era tan melindrosa. Creo que ésa es la explicación.

La chica repuso:

—Probablemente —y siguió sentada quieta, con las manos en el regazo. La línea punteada del centro de la pista se convirtió en una raya continua y la carretera hizo una amplia curva, a través de un bosque, donde parecía soplar un aire helado entre los árboles, y de repente salió de nuevo a campo abierto. Puede que hubieran recorrido ya cuatro millas de camino.

—Señora Haley —preguntó la chica con su voz sin entonación—, ¿lleva usted pistola cuando conduce de noche?

Madge dio un brinco. Luego se echó a reír, aunque no se sintió a gusto.

—¡Santo cielo! ¡No! ¿Por qué...? —luego añadió—. Ya comprendo. Su tío piensa que las mujeres deben llevarla.

Se sintió incómoda. Estaba a punto de alcanzar la carretera en la cual fue asesinada la señora Tabor un año antes. Nunca había habido la menor pista que permitiera descubrir al asesino. Se supuso que, de algún modo, la señora Tabor fue persuadida a parar su coche y que recogió a alguien. El coche fue hallado, finalmente. Lo habían rociado con gasolina y prendido fuego; y con él desapareció toda huella que pudiera conducir a una pista. En cuanto a la señora Tabor, fue golpeada hasta matarla. Había otros detalles, pero más o menos así es como lo contó el periódico de la localidad. Y Madge no podía comprender cómo su esposo podía seguir viviendo en la misma ciudad, y en la misma casa a donde había traído a la señora Tabor de recién casada.

Y se oyó a sí misma preguntar con morboso interés:

—Los Tabor estuvieron casados muy poco tiempo, ¿verdad?

—Unos tres meses —dijo la chica sin entonación. Y añadió con el mismo modo inexpresivo—: Estamos cerca del desvío, ¿verdad?

—Pues sí —repuso Madge. Cada vez. estaba más confundida. Uno no espera que un recién llegado conozca esos detalles. Ella no recordaba que esta sobrina del señor Tabor lo hubiera visitado nunca antes, y supuso que era forastera del todo. Claro que el señor Tabor tampoco era un vecino antiguo, pues había llegado a la ciudad sólo hacía poco más de un año. Gozaba de buena posición. Tres meses más tarde se casó y trajo a su esposa al *bungalow* que había comprado.

Tres meses más tarde, la señora Tabor iba en su auto una noche con dirección a Colchester, pero nunca llegó a su destino. Magde se estremeció al pensar en lo

que había oído acerca de aquella muerte. Su más vivido recuerdo del señor Tabor era el de la primera vez que lo vio después del asesinato. Era un hombrecillo que parecía como encogido y momificado. Pero no se marchó de la ciudad. Se quedó viviendo en la casa en donde había pasado su luna de miel. Madge no podía comprender por qué había hecho eso.

El auto llegó al desvío. No había nada notable en él. Se trataba simplemente de una carretera secundaria, aunque eso sí, bien pavimentada, que arrancaba de la carretera principal y serpenteando por los campos llevaba a Colchester. En treinta y cinco millas había un parador de carretera y puede que cuatro o cinco granjas, que podían ser vistas desde la ruta. Ésta, en su mayoría, cruzaba a través de bosques.

Madge tomó el desvío. Al cabo de un cuarto de milla, altos árboles con troncos como columnas parecieron engullirse la carretera. El aire era fragante, gracias al aromático olor de las agujas y las piñas caídas de los pinos. También soplaba fresco. Pero uno dejaba de tener la sensación de hallarse en campo abierto y solitario. Por encima y enfrente sólo había una estrecha cinta de cielo en donde las estrellas lucían con gran brillantez. Los faros lanzaban sus chorros de luz, iluminando el pavimento y los troncos de los pinos a los lados. Había una pequeña barrera de bajos matorrales al borde de las cunetas.

La figura angulosa que iba al lado de Madge dijo:

—Está esto muy solitario, ¿verdad?

Madge apretó el acelerador y el auto tomó velocidad.

—Pero tenga por seguro una cosa —dijo ella tratando de sonreír—, nadie haría que me detuviera para recogerle en esta carretera.

—La señora Tabor... Tía Clara, también diría eso —dijo Eunice sin la menor emoción—. No paraba en la carretera para recoger a nadie; pero aquella noche lo hizo.

Madge se mordió los labios y siguió conduciendo. Luego dijo torpemente:

—Nunca me habría atrevido a preguntar una cosa así, Eunice; pero, ¿sospecha el señor Tabor de alguien que pudo haber matado a su esposa?

—Siempre hay la posibilidad de que el asesino pueda ser capturado —hubo una ligera pausa—. Recuerde que mataron a una señorita seis meses después —dijo impasiblemente la voz sin entonación.

Madge de repente sintió muchísimo el no haber dado alguna excusa, para no haber tenido que llevar consigo en su auto a la sobrina del señor Tabor. Ya era malo que le recordaran lo que le pasó a la señora Tabor; pero que le recordaran

también lo de aquella chica bárbaramente golpeada y medio quemada, era aún peor. La chica había sido asesinada en alguna parte; pero nadie sabía dónde, por quién, ni siquiera cuándo. Unos cazadores hallaron los restos de una enorme hoguera en lo más espeso del bosque y en medio de las cenizas había el cadáver de una joven. La policía no pudo averiguar nunca ni siquiera cómo se llamaba. Todo lo que se sacó en limpio fue que llevaba unas seis semanas cuando su cadáver fue encontrado.

—Su tío —dijo Madge de mala gana, a causa de los recuerdos—, ¿sigue viviendo en la ciudad porque espera que capturan al asesino de su esposa?

La voz de Eunice dijo con monotonía:

—El mismo hombre fue el que mató a aquella chica. Sobre el cadáver hallaron un mapa de carreteras chamuscado, rumo si ella hubiera ido también conduciendo un auto. Sólo que el asesino logró hacerlo desaparecer. Nunca fue hallado el automóvil. Pero fue el mismo hombre.

Madge balbució, horrorizada:

—Pero eso significa...

—Que el asesino sigue por aquí —dijo la voz sin entonación, que ahora pareció carente de toda cualidad humana—. Incluso dieron su nombre a la policía; pero ésta no llegó a sospechar de él ni por un instante. Es una persona de muy buena reputación.

—Pero usted... ¡usted habla como si supiera quién es el asesino! —protestó Madge.

—Desde luego —dijo la voz sin entonación casi despreciativamente.

El coche cruzó rápido entre un pequeño claro, cubierto por una alta maleza, pero la carretera se sumergió seguidamente de nuevo en el bosque. Antes de que los árboles volvieran a envolver al vehículo hubo una repentina y agradable suavidad en el aire: olor a madreselva. Luego la húmeda y aromática esencia de los pinos una vez más. Consciente o insconscientemente ella asociaba algún olor a cada persona que conocía, y naturalmente, a sus amigos. Y ahora de pronto se dio cuenta de algo que hacía parecer más extraña a esta chica llamada Eunice. No iba perfumada. Ni siquiera usaba un jabón perfumado. Pero es que fijándose bien, su tipo tenía muy poco de femenino.

A Madge se le frunció la frente en una pequeña arruga, y su corazón empezó a latirle con fuerza, como presintiendo algo que le podía ocurrir en cualquier instante. Se sintió inquieta.

—Si ahora pudieran detener al asesino de la señora Tabor, creo que sería

muy difícil poder condenarlo. Mi esposo es abogado y dice que tiene que haber muchas pruebas en casos semejantes, dado que el crimen se cometió en una forma tan horrible.

La voz opaca de la persona que iba a su lado respondió:

—Aquel hombre no. tenía ningún motivo para matar a aquella mujer; lo mismo podía haber matado a otra. Y los jurados quieren motivos para los crímenes. Es natural. Preferiblemente un motivo que a ellos les parezca plausible. ¡Es natural!

Madge admitió a disgusto:

—Mi esposo vino a decir algo parecido.

Metió la mano en el bolso que llevaba a su lado, palpando en su interior nerviosamente.

—Usted conduzca —dijo la voz sin entonación—. Ya le encenderé yo el cigarrillo.

Madge empezó a temblar sin saber por qué, pero seguía conduciendo a gran velocidad. No podía apartar sus ojos de la carretera. Sintió que le ponían en la boca uno de sus propios cigarrillos. Lo aceptó. Eunice hizo chasquear un encendedor, su llamita se levantó ante los labios de Madge, que bajó la mirada. El coche se tambaleó; pero el volante se mantuvo firme y ella se agarró a él con firmeza, atraque sentía que una especie de parálisis se apoderaba de cada músculo; de su cuerpo.

—He agarrado el volante —dijo la voz sin entonación a su lado.

Madge recordó que tenía que chupar. El cigarrillo fue encendido y el encendedor fue retirado y apagado. La otra mano soltó el volante.

Todo era como antes. El coche se deslizaba rápidamente entre una espesura de altos troncos de árboles, que se elevaban hasta que sus ramas se entrecruzaban para formar como una especie de techo del bosque. El ruido del motor del coche era devuelto por la arboleda como un eco al que añadía una nota cantarina. Seguía habiendo el mismo olor húmedo de mantillo y de agujas de pino. Todo era exactamente como antes.

Pero todo era diferente. Madge tenía las piernas rígidas y heladas. Sentía frío en todo el cuerpo. Todos sus músculos estaban en tensión. Su corazón le latía a un ritmo enloquecedor: tic, tic, tic, tictictic...

Al bajar la mirada hacia la llama que fue acercada a su cigarrillo, ella pudo echar un vistazo de cerca a la mano de Eunice claramente iluminada. En las uñas no llevaba laca, sus puntas no eran redondeadas, sino chatas como las de un

hombre. Los nudillos eran como los de un hombre también. Y había pelillos oscuros en el dorso de aquella mano. Como en la mano de un hombre.

Eunice, era, pues, un hombre.

Y una voz insistente martilleó histéricamente en el cerebro de Madge: *"¡Tú no reconociste al señor Tabor al teléfono! ¡Hablaba como si estuviera resfriado! Pero pudo haber llamado cualquiera. ¡No fue el señor Tabor el que llamó! ¡Era alguien que quería venir en el coche contigo! Te llamó por teléfono y se sentó en la escalera de entrada de la casa del señor Tabor esperándote. ¡De esa manera fue como mataron a la señora Tabor! ¡De esa manera fue como mataron a la señora Tabor!..."*

Había una luz allá enfrente a un lado de la carretera. Entumecida como estaba, Madge condujo ciegamente. Vio otras luces, que eran de ventanas y medio atontada reconoció al único parador de carretera que había entre el desvío y Colchester. Pero sólo fue un cuarto de milla más allá cuando se dio cuenta de que se podía haber detenido allí. O haber desviado bruscamente el coche y estrellarlo contra algo, y la gente habría salido corriendo al oír el ruido y ella habría estado a salvo. Herida, quizás o incluso muerta; pero al menos salvada del hombre que iba sentado a su lado, disfrazado de mujer, con gafas oscuras, un sombrero ridículo y una voz opaca y sin entonación.

Pero ahora era demasiado tarde... Antes de que se diera cuenta había perdido su última oportunidad, y prosiguió conduciendo en la noche con un nudo que le apretaba la garganta y la sangre helada en sus venas. Era una noche hermosa; una noche cálida, aromática y suavemente romántica. El auto corría a través de la oscuridad, con sus faros reluciendo ante él, y de cuando en cuando una mariposa de la luz revoloteaba indefensa entre sus rayos. En cierto momento algo feroz relució junto a la cuneta y al pasar pudo ver que eran los ojos de un gato, que se había alejado millas de toda casa, agachado en la hierba junto a la cuneta de grava. Se había quedado mirando fijamente al coche que se aproximaba y sus ojos reflejaron la luz de los faros.

—Las mujeres deberían llevar pistolas cuando conducen solas por la noche —dijo la desapasionada voz de la persona que llevaba a su lado—, aunque quizás no tendrían valor para usarlas.

A Madge se le escapó un sonido inarticulado. Luego recurrió a su astucia desesperadamente. Si lo pudiera entretener charlando...

—Creo que yo no sería capaz de disparar contra nadie —dijo ella. Escuchando su propia voz, quedó asombrada. Sonaba completamente humana.

Era casi convincente—. No me imagino hiriendo a un ser humano.

La voz sin reflexiones dijo meditativa:

—No creo que el hombre que mató a la señora Tabor y a aquella señorita deba ser llamado un ser humano. Puede que él no pudiera evitarlo. Corren historias acerca de los hombres-lobos.

Madge respondió rápidamente, aunque la lengua se le pegaba al paladar:

—¡Eso son tonterías! No hay nadie que pueda convertirse en lobo.

—Pues hay personas que se convierten en algo —dijo la figura que iba a su lado, hablando sin calor—. Y no están locas. Y no están locas. Yo creo que están malditas. Una vez al año o una vez cada, seis meses, sienten en su interior algo que los inquieta. Sus ojos cambian. Les relucen brillantes e Inquietos y terriblemente resueltos. Los malditos sienten dentro una tensión horrible e insoportable. Están obsesionados... y se ven obligados a matar.

Madge esperó oírse soltar un grito. Pero su voz dijo con animación mientras sentía un horror imposible de explicar:

—Pues entonces los psiquiatras deberían vigilar a las personas de ojos brillantes, ¿no cree?

—¡Ah, pero son astutos! —dijo el otro suavemente—. No dejan que nadie se fije en sus ojos.

La cabeza con aquel ridículo sombrero de mujer se volvió, y su rostro fue iluminado por la débil luz del cuadro de mandos. Las gafas oscuras, que eran de sol (¡usadas de noche!), miraron a Madge con una monstruosa falta de humanidad. Ella no pudo ver los ojos que había tras ellas. Veía la fea, la angulosa silueta de un rostro, y simplemente lo que parecían unos ojos.

—Ya ve —dijo la voz en tono confidencial—. Los he estudiado. Quería comprender el porqué. Y parece ser que siempre ha habido gente de esa clase. Antiguamente esos individuos mataban como los lobos, y luego echaban la culpa a estos animales; pero los lobos no han sido nunca tan listos como, ellos eran. Así que empezó a crearse la leyenda de los hombres-lobos, que entraban en las casas con forma humana y luego se convertían en una fiera salvaje para matar y despedazar a sus víctimas. Aquellos asesinos fueron muy listos al hacer nacer esas historias.

La figura que iba en el asiento al lado de Madge parecía regocijada:

—También hicieron correr las historias de que los hombres-lobos no podían resistir el olor a ajo y de que sólo se les podía matar con balas de plata. Esas leyendas le fueron muy útiles a la gente maldita... Ahora tratan de extender la

historia de que tales asesinos deben ser tratados por psiquiatras para que los curen, y que en realidad hay que tenerles lástima... Eso les es muy útil.

—Pero yo... no puedo creer... —entonces a Madge le falló la garganta y no pudo seguir hablando.

La persona que iba a su lado siguió sentada muy quieta, con sus manos plegadas en su regazo con gesto relamido. De todos modos era mucho más horrible que aquella figura estuviera allí quieta, como si tal cosa, esperando su momento, que si le hubiera gritado amenazas. Madge tenía las manos y los brazos rígidos. No le temblaban, porque estaban paralizados. Pero el volante no vaciló. Sus movimientos para mantener el coche en la carretera eran automáticos.

—Creo que se sienten asustados después de haber matado —dijo la figura como reflexionando—. Tienen que estarlo. Pero se vuelven muy astutos. Nunca viven en un sitio mucho tiempo. Matan una o dos veces, o en ocasiones tres y luego se van a otra parte. Pero como son gente encantadora, sus vecinos sienten que se marchen. Hasta van a la iglesia y se comportan como las demás personas. Sin embargo, nunca se atreven a prosperar demasiado. Cuando uno prospera no se puede mudar tan fácilmente. Debe ser una tentación el quedarse y matar una cuarta y una quinta vez, pero no sería juicioso. ¡Son tan astutos! Tienen que serlo, porque están malditos.

El bosque se interrumpió a un lado de la carretera. Lejos, muy lejos, un simple puntito de luz que no guiñaba, hablaba de una granja apartada, alejada de toda vecindad. Luego los árboles aparecieron una vez más, y Madge sabía que desde aquí hasta los mismos arrabales de Colchester ya no vería ninguna otra luz. Y oyó su propia voz decir con toda tranquilidad:

—¡Oh! Pero hablemos de otra cosa. ¿Cómo has escogido un tema tan horripilante, Eunice?

—La señora Tabor fue asesinada cerca de aquí —dijo la voz suavemente.

Entonces a Madge le empezaron a temblar las manos. No era un simple temblor, sino unas sacudidas que no podía dominar. Aquí la carretera era muy recta y enfrente, allá a lo lejos, se veía una luz. Una diminuta luz roja. Ella no habló: no podía hablar. Apretó el acelerador y se encontró orando mentalmente en su agonía, pidiendo a Dios que el hombre que iba a su lado disfrazado de mujer, no se diera cuenta hasta que ella la hubiera alcanzado. Entonces ella gritaría y haría una rápida maniobra y frenaría...

Pero la voz sin entonación dijo:

—Usted ha hecho hoy que le revisen su coche, señora Ha- ley, y explicó en la estación de servicio que lo hacía porque iba a ir con su auto a recibir a su esposo, que llegaría esta noche a Colchester en el tren de las diez y diez. Fue imprudente. La gente todavía habla del asesinato de la señora Tabor. El empleado de la estación de servicio mencionó que usted iba a ir sola esta noche por esta ruta... lo mismo que ella hizo. Si el asesino se enteró...

Madge trató histéricamente de que él siguiera hablando hasta llegar a lo que fuera aquello.

—¡Oh! Pero estoy segura de que nadie pensaría...

—Alguien pudo pensarlo —murmuró la figura con gafas oscuras que hacían irreconocibles sus ojos—, alguien que estaba obsesionado, que está maldito, que sentía una horrible e insoportable tensión en su interior. Alguien que sabía que le había llegado el momento de matar.

—Pero... —dijo Madge como si tal cosa, y respiró entrecortadamente para recuperar el aliento entre cada palabra— pero... ¡usted habla... como si alguien... planeara asesinarme!

—No me sorprendería. No, no me sorprendería en absoluto —dijo suavemente la figura que iba a su lado. Entonces cambió el tono de su voz—. Hay algo ahí enfrente, en la carretera.

Madge emitió un sonido que no pudo ser considerado una palabra. Fue simplemente un ruido formado por su garganta y sus labios.

—Parece un accidente —dijo la figura que iba a su lado, con una tensa inflexión en su voz—. Si hay alguien herido...

La luz no se movía y ella la alcanzó rápidamente. Sabía que ahora debía estar pálida como una muerta y sentía su garganta seca; pero sólo con haber podido llegar hasta aquí, no importa quien hubiera... Entonces supo qué es lo que había en medio de la carretera y de qué persona se trataba. Era la motocicleta roja con la cual aquel joven, Bob, el empleado de la estación de servicio, iba como un loco por las carreteras de la comarca durante sus horas libres. Estaba tirada en la carretera, con sus luces aún encendidas con gran brillantez inclinadas sobre el pavimento. Allí estaba Bob, cojeando ante el resplandor de los faros y abriendo sus brazos en un gesto suplicante para que detuviese el coche. Sobre una pierna llevaba un vendaje improvisado.

—No tengo más remedio que parar —dijo Madge con voz ahogada—. ¡Lo conozco! Es Bob, el empleado de la estación de servicio. Hoy estuvo repasando mi coche.

La figura que iba a su lado pareció sentirse aliviada. Madge de repente tuvo una loca y frenética esperanza. El hombre disfrazado quizá iba armado, pero vacilaría en matar a dos personas, un hombre y una mujer a la vez, mientras que una mujer sola habría sido una víctima segura. Si ella lograse que Bob se metiera en el coche, la persona que pretendía ser Eunice se quedaría sentada tranquilamente, bajaría del auto en Colchester y no pasaría nada en absoluto...

Los frenos dieron un agudo chirrido. El auto se detuvo. Había un poco de gasolina vertida sobre la carretera. Allí estaba Bob, cojeando, casi andando a saltitos, iluminado por los faros. Se acercó a la ventanilla del coche para hablar con Madge.

—¡Señora Haley! —dijo aliviado—. Esperaba que usted viniera detrás de mí y que no se me hubiera adelantado. Choqué con algo en la carretera y resbalé, y me he herido en una pierna...

Se calló. Había visto que Madge no estaba sola. Ella le contestó con voz poco firme:

—Bob... ésta es Eunice, la sobrina del señor Tabor. La llevo a Colchester.

—¡Oh! —respondió Bob.

—Suba al asiento de atrás —dijo Madge febrilmente—. Necesitará que le vea un médico. Me daré prisa en llegar a Colchester.

Bob vaciló. Luego dijo:

—No lo sé... no me gusta dejar mi motocicleta. En realidad no se trata de nada importante. Todo lo que necesito es que alguien me ayude a levantarla. Con una pierna dolorida yo no puedo y no hace falta que se esfuercen mucho, no es muy pesada...

La suave voz sin emoción al lado de Madge dijo:

—Yo iré a ayudarlo. Llevo un par de guantes de trabajo en mi maletín. Los sacaré y lo ayudaré; pero adelante usted un poco el coche, señora Haley, para que no bloquee la carretera.

Madge sufría en la agonía de la esperanza. Adelantó un poco el coche y luego maniobró para ponerse a un lado de la carretera.

La figura que iba en el coche dijo suavemente:

—Un poco más allá... no pare el motor, señora Haley...

Entonces la portezuela de la derecha se abrió. La figura angular salió del coche. Luego, abrió la puerta trasera y sacó el maletín. Bob regresó dando saltitos hasta su motocicleta para esperar.

Eunice (que no era Eunice) dijo en voz baja, pero con tono apasionado:

—Señora Haley... no soy una mujer. Soy John Tabor. Mi esposa fue asesinada cerca de aquí por alguien que ella conocía. Había hecho que repasaran su coche aquel día en la estación de servicio, y estaba preocupada por tener que conducir sola de noche.

Madge emitió un sonido entrecortado, trató de hablar, pero no pudo.

—Observé los ojos de todo el mundo —dijo la figura, muy, muy calmosamente—, y me fijé en él porque vi que sus ojos le relucían hace seis meses. Nada ocurrió. Pero luego hallaron el cadáver de aquella señorita. Entonces supe que estaba en lo cierto. Él se siente ahora muy feliz, pues sabía que usted había de pasar por esta carretera. Eso dijo. Y usted se ha detenido por él. Lo mismo que mi esposa.

La garganta de Madge hizo un sonido ahogado.

—¡Ah! ¡Pero se siente feliz! Piensa que yo soy una chica. Voy a ir en su busca. Luego la llamará a usted para que pare el motor y vaya a ayudarlo. Está muy seguro de que tendrá dos víctimas esta noche.

La persona que no era Eunice se volvió.

—Pero... ¿qué he de hacer yo? —preguntó Madge.

—Seguir su camino —dijo John Tabor con voz suave—. Eso es todo. Seguir su camino. Él mató a mi esposa y ahora va a tratar de matarme a mí... pensando que soy una mujer. Creo que se va a llevar una sorpresa.

La pequeña y, angulosa figura se alejó en medio de la noche, a lo largo del borde de la carretera. El coche ronroneaba suavemente, las chicharras cantaban estridentes en la oscuridad. Se oía el ligero roce de las ramas de los árboles agitadas por el viento. Todo era de lo más pacífico. Pero Madge se encogió en su asiento frente al volante del coche parado. Ligeros sonidos ahogados salían de su garganta cada vez que respiraba. John Tabor se alejaba con el absurdo taconeo de sus altos zapatos por la carretera... para matar a Bob, el empleado de la estación de servicio. O quizá Bob le esperaba para matarle a él, aguardándole con ojos relucientes y crueles para cometer lo indecible. Si ella (Madge) no gritaba para advertir a Bob, se cometería un crimen. Pero si gritaba, John Tabor sería en cambio el asesinado, y Bob podría alcanzar el coche con su motocicleta, podría obligarla a salirse de la carretera y...

No se veían luces excepto la estrella y recta cinta, estrellas por encima y el oblicuo trozo de carretera y los troncos de los árboles que estaban iluminados por el faro de la moto. Bob estaba apartado del rayo de luz, pero se veía su silueta contra el espacio iluminado. Estaba observando a la pequeña figura con

faldas que se le aproximaba. Y mientras Madge miraba, lloriqueando tontamente, Bob pareció cambiar.

Era una negra silueta contra un fondo iluminado. Y la silueta cambió (terrible y gradualmente), desde la de un hombre joven alto y bien parecido incapacitado por una pierna herida, a la de un horror agazapado completamente animal encarnado en un ser sanguinario. Seguía teniendo los rasgos de un ser humano, pero uno de sus brazos se movió lentamente, mientras se dejaba ver sujetando algo sacado de un lugar oculto. Era una cachiporra, algo con lo que poder pegar con lúbrico frenesí a un cuerpo desgarrado e incapaz de defenderse.

La mano que sujetaba la cachiporra hizo un movimiento de vaivén, como preparándose...

Entonces se oyó una voz. Pero la voz era completamente humana, con un cierto deje humorístico, que provocaba la pura histeria porque reflejaba una astucia más allá de toda locura.

—¡Señora Haley! —dijo la voz animosamente—. ¡Si para usted su motor y viene también a ayudar no nos costará ningún trabajo el levantar la motocicleta y podremos irnos!

A Madge le dejó de latir el corazón. La figura agazapada se dirigió hacia la burbuja de un vestido color claro que era Eunice, pero que no era Eunice. La figura agazapada se movió con un rápido y balanceante paso que tenía algo de simiesco, en dirección a la figura angulosa y pequeña que Bob, el empleado de la estación de servicio, pensaba que era una chica. Y dejó de cojear, ¡lo de la pierna herida era un truco!

Entonces se oyó un ruido en la oscuridad.

Madge puso en marcha el embrague. Fue su cuerpo el que hizo eso, haciéndose cargo de los mandos mientras su mente gritaba en silencio. Fue su cuerpo el que condujo con una loca habilidad, alejándose rápidamente de aquel lugar. Ella nunca llegó a recordar cómo recorrió aquellas diez millas que faltaban hasta Colchester. Mentalmente fue farfullando que aquél era el modo como asesinaron a la señora Tabor. Se detuvo en la estación de servicio (como Madge había hecho), para que le revisaran el coche porque había de conducir de noche. Había estado charlando con Bob (como Madge había hecho) y le contó el porqué. Y Bob se había mostrado respetuoso y amistoso (como con Madge), y no le permitió que le viera los ojos. La señorita desconocida, también había pasado por allí con su coche. Se detuvo pidiendo gasolina, sin duda alguna. Puede que hiciera algunas preguntas sobre las carreteras. Y Bob se mostró

respetuoso y amistoso al ayudarla, evitando que le miraran a los ojos...

Y desde entonces el señor Tabor había estado observando las miradas de toda la gente de la ciudad, y vio aquel horrible brillo una sola vez; pero Bob había sido demasiado astuto, y él no estuvo completamente seguro de que sus sospechas eran ciertas, hasta que el cadáver de la señorita desconocida fue hallado unas semanas más tarde. Y se encontró con que no había nada que denunciar a la policía. La opinión del señor Tabor sobre los ojos relucientes no era bastante para Justificar una investigación. Era como si nada... Así que el señor Tabor sólo pudo esperar pacientemente... a ver de nuevo aquel brillo en los ojos de Bob, y entonces descubrir qué mujer tenía que conducir sola, y hacer el viaje con ella. Hasta tuvo que disfrazarse de mujer, pues sino Bob habría sido lo bastante astuto como para no intentar ningún crimen.

Madge condujo como una loca hasta que las luces dé Colchester aparecieron a través de los árboles. Entonces su cuerpo aminoró la marcha del coche, e hizo pausadamente el resto del camino hasta Colchester y aun se detuvo ante la luz roja del único semáforo de la ciudad, aparcando con temblorosa precisión junto a la estación del ferrocarril, a donde llegaría su esposo dentro de poco. Luego se quedó sentada, quieta, temblando. No podía hablar. No podría contarle aquello a nadie...

Pero abrazó histéricamente a su esposo cuando éste llegó. Él condujo el auto por el camino más largo de vuelta a casa (ella no se habría atrevido a pasar por aquel desvío), preocupado por el terror que ella sentía y que no se atrevía a explicar. No fue capaz de contárselo a su marido hasta el día siguiente. Y se echó a llorar desconsoladamente.

Él salió. Una hora después regresó, muy pálido.

—Bob no ha vuelto a la estación de servicio —dijo secamente—. Dijo a su jefe la pasada noche que se despedía. El señor Tabor está en su despacho de la fábrica. No ha pasado nada. ¡Nada! ¿Comprendes?

Y ésa fue una de las veces que Madge obedeció a su esposo. Se quedó encerrada en su casa durante muchos días, estremeciéndose. El primer día que salió, vio al señor Tabor en la calle. Éste alzó su sombrero cortésmente. Ella le contestó con un leve saludo de cabeza y apresuró el paso.

Él se mudó a otra ciudad poco después de aquello.

La canción de Marya
Walter M. Miller, Jr.

EL DISTANTE tronar de la artillería sólo se oía débilmente en aquel refugio. La chica estaba sentada tranquilamente frotándose las manos mientras el coronel hablaba. Era una chica muy delgada, sólo pecho y ojos; pero había un algo en ella que la hacía francamente hermosa. El coronel no hacía más que mirarla de reojo de cuando en cuando, como si sus ojos no quisieran compartir el tono impersonal de su charla. La luz de una sola bombilla desnuda relucía en sus negros cabellos y producía oscuras sombras bajo sus profundos ojos color jade, ya ensombrecidos por el llanto. Estaba escuchando atentamente o no estaba escuchando en absoluto. Acababa de perder a su hijo.

—No te matarán, *grazhdanka,* si puedes cruzar a salvo el frente —dijo el coronel, paseando lentamente por el refugio, con las espuelas de sus botas resonando agradablemente sobre el suelo de cemento. Daba chupadas a una larga boquilla y jugueteaba con sus dedos pulgares cruzados en la espalda, mientras meditaba con gesto solemne.

—¿Has oído hablar de las mujeres de esos americanos? No, no te matarán, como no sea por accidente al cruzar el frente. Pueden hacerte otras cosas, ¡perdóname!; pero es la guerra —dejó de pasear de aquí para allá, se quedó parado a horcajadas sobre la sombra de ella y se la quedó mirando con paternal piedad—. ¡Vamos! No has dicho nada, nada de nada. Me siento como un cochino, pero ya no hay esperanzas de que podamos rechazar este ataque. Y me han ordenado que te lo pida. ¿Comprendes?

Ella alzó la mirada. La luz penetró en sus ojos y danzó en ellos con el húmedo de una pena reciente, que era una pena tan antigua como el hombre.

—Han matado a mi Nikolai —dijo ella con voz suave—. ¿Por qué me habla así? ¿Qué significa eso? El bombardeo... no sé nada... no puedo pensar en ello. ¿Por qué me atormenta usted?

El coronel no dejó traslucir su impaciencia, aunque ya casi estuvo a punto de perder su contención por dos veces.

—Esta mañana trataste de saltar por el puente. Es una vergüenza morir sin propósito definido, *dushka.* Yo te ofrezco un motivo. ¿Amas a tu patria?

—Yo no soy miembro del partido, *Tovarish Polkovnik.*

—No te he preguntado si amas al partido, querida. Sin embargo, deberías decir «partidos», ahora que estamos tolerando de nuevo a esos malditos mencheviques desviacionistas. ¡Bah! Ya hasta los nombran miembros de los soviets *Gorodskoi.* Nos estamos convirtiendo en una república bipartidista. ¡Qué asco! ¿Dónde están los viejos luchadores bolcheviques? Le dan a uno ganas de llorar... Pero ésa no es la cuestión. Te preguntó si amabas a la patria.

Ella asintió con un gesto vacilante de cabeza.

—Entonces piensa en la patria, piensa en vengar a Nikolai. ¿Darías tu vida por eso? Sé que lo harías. Y has estado a punto de tirarte.

Ella se estremeció ligeramente; su mente parecía recuperarse.

—¿Por qué quiere usted que muera ese general yanqui?

—Es el genio que dirige este asalto, hija mía. ¿Quién habría pensado que los americanos iban a escoger un sitio tan inverosímil para una invasión? ¡Y el modo como lo han hecho! Arrojaron a un ejército en paracaídas noventa millas tierra adentro, en lugar de asaltar la línea fortificada de la costa. Dejaron que medio millón de hombres fueran deliberadamente cercados. ¿Comprendes lo que esto significa? Si ellos no hubieran podido abrirse paso hacia la costa, habrían sido despedazados y la guerra probablemente habría terminado con nuestra victoria. Tal como fue todo, los defensores de la costa fueron presas del pánico. El ejército transportado por aire avanzó hasta la costa para apoderarse de su cabeza de playa sin necesidad de desembarcar por mar, y ahora hay dos millones de soldados enemigos en nuestro suelo, y estamos en completa retirada, en plena huida, sería mejor decir. El general Rufus Macamsward se jugó el destino de su país en una sola operación, y ha ganado. De haber perdido, muy probablemente lo habrían fusilado. Un hombre semejante sin duda está loco. Es un megalómano, un genio del Mal. ¡Oh! Lo admiro. Me recuerda a uno de sus antiguos generales de hace treinta años. Pero eso era antes de su Fascismo, de sus Camisas Azules.

—¿Y si lo matan?

El coronel suspiró. Pareció escuchar por un momento al lejano fuego artillero.

—Todos somos un poco supersticiosos en tiempo de guerra —dijo al final—. Quizás damos demasiada importancia a un solo hombre. Pero ellos no tienen

otro general como él.

Tendrá que ser reemplazado por un hombre competente. Y lucharemos mejor contra hombres competentes que no contra un demonio inconstante. Sigue su propio criterio, eso es todo. Sabemos que él no confía enteramente en su Estado Mayor. Su voluntad domina en todas las operaciones. Acepta la inteligencia, pero no los consejos. Si él muere... bueno, ya veríamos.

—Y yo tengo que matarlo. Es inverosímil. ¿Cómo cree usted que podría hacerlo?

El coronel agitó un montón de papeles.

—Sólo una mujer puede llegar hasta él. Conocemos muy bien su carácter. Aquí está su biografía psicoanalítica. Tenemos fotocopias de informes médicos hechos en Washington. Copias de entrevistas con su ex esposa y su madre. Nuestros psicólogos lo han estudiado detenidamente. Aquí, te lo leeré... pero no, es demasiado árido, lleno de la jerga psiquiátrica. Te lo resumiré.

«Macamsward es el campeón de la pureza de la feminidad, y sin embargo, es lo que se diría un lujurioso viejo verde. Es a la vez un niño y un viejo. Se arrodillará y besará tu mano... sí, de veras. Rinde culto a la feminidad. Te cortejará, te adulará, te rendirá homenaje, y luego esperará que... bueno, perdona, que le ofrezcas tu cama. Si no se lo insinúas, él no se tomará la menor libertad; pero esperará que tú... como una diosa que premia a un creyente... se lo insinúes a él. Él será tu más abyecto servidor, pero con dignidad cortesana. Su vida está llena de símbolos femeninos. Hasta se le escapan frases eróticas cuando habla en sueños. Ha visitados todos los volcanes del mundo y colecciona fotografías anatómicas; sus mujeres han sido todas morenitas de senos bien marcados. Está todavía en lo que los freudianos llaman la etapa oral del desarrollo emocional, emocionalmente tiene dos años. Ya sé que Freud es malo en política, mas para el Ami, a veces es así.

El coronel se calló. Hubo un repentino temblor en la tierra. El coronel se balanceó bruscamente, perdido su equilibrio. El suelo lo lanzó contra la pared. La chica siguió sentada quieta, con las manos en su regazo y la cara muy pálida. El choque del aire siguió al choque de la tierra, pero el seco estallido fue ahogado por los seis pies de cemento y acero. Del techo cayó polvo.

—Es un proyectil táctico —susurró el coronel—. ¡Otro más! Si siguen así nos van a obligar a utilizar a Lucifer. Esta guerra es cosa de locos. Ninguno de los dos bandos utiliza la bomba H, pero al final uno u otro habrá de utilizarlas. Si el Kremlin se ve derrotado, la empleará. Lo mismo que Washington. Si te han de

matar, al menos que te lleves por delante al que te mate. ¡Bah! ¡Qué locura! Yo, Phorphiry Grigoryevich estoy tan loco como los demás. Escúchame, Marya Dmitriyevna. Te conocí hace una hora y ya estoy locamente enamorado de ti, ¿me oyes? ¡Fíjate en ti!

Sólo un día después de que un cascoque de bomba matara a tu niño cuando tu seno aún rebosa de leche que nadie va a reclamar y tiene el corazón transido de dolor, yo me atrevo a quedarme aquí y a decirte que estoy enamorado de ti, y un rato después pedirte que te vayas y que te mates matando a un general Ami. ¡Ay, ay! ¡Qué locos somos! Olvida al general yanqui. Desertemos los dos y huyamos juntos a África; a África donde todavía hay inocentes. ¡Vaya! Te he hecho llorar. ¡Qué bruto eres Phorphiry! ¡Qué bruto eres!

La chica sollozaba respirando entrecortadamente.

—Por favor, *Tovarish Polkovnik.* Por favor, no me diga nada más. Iré y haré lo que me pide, si me es posible.

—Sólo te lo he pedido, *dushka.* No puedo ordenártelo. Te aconsejo que te niegues a ir.

—Iré y lo mataré. Y ahora, dígame: ¿hay algún plan? Debe haber un plan. ¿Cómo voy a cruzar las líneas? ¿Cómo llegaré hasta él? ¿Cuál será el arma? ¿Cómo podré matarlo?

—¿El arma, dices? El oficial médico te lo explicará. Desde luego, te registrarán minuciosamente para que no puedas pasar ni un alfiler a través del frente. Ellos utilizan a menudo el fluoroscopio, así que ni siquiera podrías tragarte un arma y lograrla así pasar. Pero hay un modo, hay un modo. Diré al *vrach* que te lo explique. Yo sólo podré decirte qué has de hacer para que te capturen, y cómo conseguir que te lleven a la presencia de Macamsward después de tu captura. Y en cuanto a lo demás, serás dirigida por sugestión posthipnótica. Dime, ¿verdad que tú fuiste oficial en el Cuerpo de Defensa Femenino?

—Sí, pero cuando Nikki nació me pidieron que dimitiera.

—Claro, pero el enemigo no tiene por qué descubrir que estás licenciada. ¿Sigues teniendo tu uniforme?... ¡Bien! Póntelo. Tu antigua compañía está ahora en acción. Te unirás pronto a ella.

—¿Y será capturada?

—Sí. Sólo has de llevar las insignias del Departamento de Inteligencia. Nosotros te proporcionaremos el resto. Llevarás en tu bolsillo un supuesto memorándum dirigido a todos los comandantes de la guardia territorial. Está en un código que los americanos ya han descifrado. Contiene la frase: «Las armas

bacteriológicas inmediatamente en uso.» Nada más de importancia. Ya es bastante. Como no sabes nada, aunque te torturen nada te podrán sacar.

»En otro bolsillo llevarás un libro de poesías amorosas. Dentro de las hojas del libro habrá una fotografía del general Rufus Macamsward, además de dos o tres iconos religiosos. Su Servicio de Inteligencia es seguro enviará sin dudo el memorándum a Macamsward; ambos bandos se sienten nerviosos ante la probabilidad del uso de armas bacteriológicas. Lo más probable es que lo manden también el libro y el retrato (por razones a la vez humorísticas y prácticas). El resto se desenvolverá por sí mismo. Macamsward es todo *ego.* ¿Comprendes?

Ella asintió. Porphiry Grigoryevich se dirigió hacia el teléfono.

Ahora voy a llamar al cirujano —dijo—. Te dará varias inyecciones. Con el tiempo, estas inyecciones serán fatales, pero durante unas semanas no sentirás nada a causa de ellas Impulsos posthipnóticos te dirigirán. Si el plan sale, no matarás a Macamsward en el sentido literal. Se matará a sí mismo. Si el plan falla, lo matarás de otro modo si puedes. Creo que fuiste actriz, ¿verdad?

—Por algún tiempo; pero nunca logré actuar en el Bolshoi.

—¡Excelente! La madre de él fue actriz. Tú hablas inglés y eres hermosa y sientes mucha pena. Ya es bastante. Eres la indicada. ¿Pero de veras amas lo bastante a tu patria?

Los ojos de ella le ardían.

—¡Odio a los asesinos de mi hijo! —susurró

El coronel aclaró su garganta.

—Desde luego. Muy bien, Marya Dmitriyevna, es la muerte lo que te doy. Pero serás cantada en nuestras leyendas durante mil años. Y a propósito... —irguió su cabeza y se la quedo mirando extrañamente—. Creo que te amo de veras *dushka.'*

Y diciendo esto, cogió el teléfono.

Sentía una extraña alegría mientras se arrastraba por entre los matorrales a lo largo del repecho que dominaba el embarcadero inundado. Se arrastraba apresuradamente, jadeando y sudando bajo un sol humeante en un cielo polvoriento, mientras los aviones yanquis bombardeaban violentamente la orilla opuesta del río donde su compañía se retiraba. Las ultimas tropas rusas habían cruzado ya o fueron muertas en el cruce. El terreno a lo largo de la orilla por donde ella se arrastraba, ahora, era ya del enemigo. No había un solo momento de calma en el ruido ensordecedor de la batalla, y los feos eructos de la artillería

se mezclaban con el ronroneo de los aviones para machacar los sentidos con una implacable sucesión de ruidos; pero la infantería Ami y las divisiones mecanizadas habían hecho una pausa para reagruparse ante el río. Sería una gran ventaja para los americanos el precipitarse a través del río en seguida, antes de que los rusos pudieran reorganizarse y prepararse a la defensa; pero quizás no podrían. El avance había llevado a las fuerzas yanquis cuatrocientas millas tierra adentro, y aquél tema que detenerse en algún sitio y esperar que las líneas de suministro los alcanzasen. El vaticinio de Marya, y era el entendido vaticinio de un ex oficial, presagiaba que los americanos establecerían una cabeza de puente en el río, bajo protección aérea y lanzarían fuertes ataques mecanizados al otro lado para hostigar a los rusos que se retiraban, sin envolver a la infantería, en una tentativa para ocupar territorio enemigo más allá del río.

Se tiró al suelo y abrazó la tierra cuando el fuego de una ametralladora cruzó la loma. Un trazado de balas chocó contra una roca a pocos metros de su cabeza, echándole polvo encima, resonando como un alambre golpeado mientras se alejaba hacia el sur. La rociada de balas cruzó la loma. Ella siguió adelante.

El peligro era irreal. Todo formaba parte de una explosiva sinfonía. Ella tenía el maná. No podía ser herida. Enfrente de ella no había más que la venganza. Sólo tenia que arrastrarse.

¿Era la droga lo que la hacía pensar de esa manera? ¿Habían mezclado algo en la inyección que daba euforia? Ella no había sentido nada parecido durante las incursiones aéreas. Entonces sólo había sentido temor y la inquietud al recordar si se habría dejado la tetera al fuego mientras caían las bombas.

Macbeth. Una vez ella había representado el papel de lady Macbeth en un escenario de Moscú. ¿Qué había dicho?

El propio cuervo grazna roncamente ante la fatal entrada de Duncan bajo mis almenas. ¡Venid, espíritus que servís a los pensamientos mortales, privadme de mi sexo aquí y llenadme, de la corona a la punta de los pies, del máximo de la directa crueldad!

Pero no era eso exactamente. No era eso exactamente lo que ella sentía. Era un nuevo poder que moraba en su seno. Era algo más.

Su uniforme militar tenía manchas de barro seco, y la insignia, desgarrada, le colgaba del cuello. La tierra le producía rozaduras en las rodillas, y los matorrales arañaban sus brazos. Se volvió a tirar de cara al suelo para evitar las rachas de balas de las ametralladoras de los suyos. Era necesario que ella permaneciera en la loma y que pareciera que estaba buscando un lugar para

cruzar el río.

Estaba demasiado abstraída mirando hacia el otro lado para fijarse en el sargento. Pasó arrastrándose por encima de un cadáver, llevando una pistola en la mano, y lo primero que vio del sargento fue una bota y luego éste le apretó la boca de una pistola ametralladora contra un lado de su garganta.

—*Yavonnoplyennvil!* (¡Suelta eso, hermana!)

Ella ahogó un grito de dolor (su mano), y se lo quedó mirando fijamente abriendo mucho los ojos. Un joven yanqui, larguirucho y de cabellos rizados que mascaba una bola de tabaco en una mejilla.

—*Maya rooka* (¡mi mano!)

Él mantuvo el tacón de su bota sobre la pistola, pero dejo que ella liberara su mano.

—¡Échate ahí!

Ella se tiró rodando en el agujero y el sargento dio una patada a la pistola tirándola hacia el río.

—¡Eh, capitán! —gritó por encima del hombro—. ¡Tenemos un huésped! ¡Una señora! —y entonces dirigiéndose a la chica—: Antes de que te mate, dime qué estabas haciendo en esta orilla del río, espía.

—Most *chyeryer ryekoo...*

—No hablo tu idioma. No te entiendo. *Ya nye govoryu...*

Marya se sintió de repente aterrorizada. Era un chico delgado y joven, pálido por un temor que podría impulsarlo a meterle un tiro en el cuerpo a quemarropa. Las fuerzas yanquis no habían hecho prisioneros durante su rápido avance. Los periódicos los habían llamado bestias infrahumanas por esta causa; pero Marya era lo suficientemente soldado para saber que los prisioneros de guerra eran un lujo para un ejército con grandes problemas logísticos y a menudo no se podía permitir este lujo. Un teniente ruso se había rendido con sus hombres enarbolando bandera blanca, y un capitán americano le disparó un tiro a la cara; y ordenó a su pelotón que disparasen contra los otros que trataron de huir. Al fin y al cabo eran represalias. Los rusos no habían hecho prisioneros durante los desembarcos aéreos de los yanquis, y ella había visto como algunos paracaidistas americanos eran conducidos en rebaño y fusilados con ametralladora. Ella odiaba todo esto; pero como oficial, sabía que a veces era necesario.

—Por favor, no dispare —dijo en inglés—. Me rindo. De todos modos no iba a poder cruzar el río.

—¿Qué estás haciendo en esta orilla? —le preguntó él.

—Mi compañía se estaba retirando a través del puente. Yo era la última que tenía que cruzar, pero los aviones a reacción acabaron con él con sus cohetes —tuvo que gritar para que la oyera debido al tronar de la batalla e indicó con un dedo hacia el río—. Trataba de dirigirme hacia el vado. Por allí se puede vadear.

Era verdad. El sargento se quedó pensando.

—¡Eh, capitán! —volvió a gritar—. ¿No me ha oído? ¿Qué hago con ella?

Si hubo alguna respuesta, fue ahogada por las explosiones.

—¡Desnúdate! —le ordenó secamente el sargento.

—¿Qué?

—Te he dicho que te quites la ropa. Y nada de trucos. Desnúdate del todo.

Ella se sintió enferma. Así que ya empezaba su calvario. Bueno, ¡que empiece! ¡Todo por la patria! Por Nikolai. Empezó por desabotonarse la blusa. No miró al sargento yanqui. En una ocasión a éste se le escapó un silbido. Cuando ella hubo terminado de desnudarse, alzó la mirada para mirarlo con gesto desafiante. La cara de él cambió, se humedeció los labios y soltó un taco por lo bajo, se santiguó y desvió la mirada. En el interior de ella, algo sonrió. Era sólo un muchacho.

—Bueno, ¿por qué estás ahora soltando maldiciones? —le preguntó ella con voz sin entonación.

—Me gustaría apoderarme de esa pistola que antes tiré; pero ahora no tengo tiempo de ir por ella. Pudiste haberme disparado por la espalda. Sin embargo, cuando pienso en lo que te harán allí... ¡Mecachis! —dijo animándose, meneando la cabeza y pasando la bola de tabaco a la otra mejilla—. Ponte la ropa interior y la blusa otra vez y enrolla lo demás y empieza a arrastrarte loma abajo. Dirígete hacia aquella trinchera de allá abajo. Yo iré detrás de ti.

—Y a propósito, ella es un bocado exquisito —estaba diciendo el capitán yanqui por el teléfono de campaña—. ¿Seguimos matando prisioneros o los mandamos ahora para atrás?... ¿Sí? —escuchó un rato. Una bala de mortero silbó por allí cerca y todos se sentaron en la trinchera y abrieron la boca para proteger sus oídos—. ¿A quién? —preguntó cuando todo hubo pasado—. ¿Slim? ¡Ah! A usted... Sí, eso es. Una foto del jefazo en persona. Lo demás no puedo leerlo. Está en ruso... un momento —tapó el micro con una mano y se quedó mirando al sargento—: ¿dónde está el resto de su escuadra, sargento?

El sargento tragó solemnemente.

—He perdido a todos mis hombres exceptuando a Price y a Vittorio, señor. Pero resultaron heridos y han sido llevados a la retaguardia.

—¡Demonio! Bueno, nos van a mandar refuerzos esta noche y nos van a retirar a todos para que descansemos, en cuanto los otros estén aquí, así que ya puede llevarla usted mismo —se quedó mirando pensativamente a la joven—. ¡Bien, bien! —murmuró.

Marya fue rodeada por varios oficiales. Todos la estaban mirando con cara de hambrientos. Ella pensó rápidamente.

—Ya me han registrado —dijo con frialdad—. ¿Me permitirían ustedes, caballeros, que me pusiese mi guerrera? Ya me he rendido. Como oficial, espero...

—Mire, señora, lo que usted espere nos importa un comino —dijo con brusquedad un teniente—. Es usted prisionera de guerra y ya tiene suerte con estar viva. Además, va a tener ahora el alto privilegio de acostarse con seis...

—¡Cállate, Sam! —gruñó el capitán—. No le haremos nada, señora. Termine de vestirse y váyanse.

—¿Cómo? —gritó el teniente—. ¿Ese condenado sargento va a...?

—¡Cállate! ¿No ves que no es una civil? ¡Por Dios, hombre! Esta guerra no debe convertirnos a todos en unos cerdos, ¿no os parece? Sargento, cambia esa máquina de escribir por una del 45 y lleve a esta mujer al mayor Kline para que la interrogue. Y no le pongas las manos encima, ¿me oyes?

—Sí, señor.

El capitán garrapateó una orden en su cuaderno de notas, arrancó la hoja y se la alargó al sargento.

—Puede que puedas ir un trecho en el camión de los suministros. Pronto va a oscurecer, así que le atas las piernas. Y si algunos tipos te la quieren raptar, te lías a tiros con ellos —hizo una mueca como de arrepentimiento—. Si nosotros la hemos respetado, ¡demonios!, quiero que todo el mundo la respete —se quedó mirando a la joven rusa y se sonrojó—. En realidad no somos malos, teniente, lo que pasa es que estamos muy lejos de nuestros hogares. Cuando acabemos con esta Plaga Roja (escupió las palabras como si fueran pedazos de carne corrompida), ya verá como no somos tan malos. Espero que la traten como a un oficial y una dama, aun en el caso de que sea una comunista —se inclinó ligeramente y le hizo el saludo militar.

—Pero si yo no lo soy... bueno, gracias, capitán —contestó y devolvió el saludo...

Se sentaron con las piernas colgando en la parte trasera del camión, mientras éste se balanceaba a lo largo de la carretera agujereada por los obuses. Las armas

de fuego parecían estar ahora calladas, pero el cielo estaba lleno de escuadrillas americanas que se dirigían hacia Occidente. Aviones sin piloto y cohetes teledirigidos pintaban rápidamente chorros de vapor a través de los cielos y el sol poniente los teñía de sangre. Ella respiraba ahora más acompasadamente, y aunque con aspecto de enferma, parecía sentirse mejor. Él se sonrojó varias veces sin causa aparente, mientras que ella trató de borrarlo de su pensamiento y no pensar en nada. El sargento tenía algo de perruno que a ella desagradó. Todos los yanquis tenían algo de perruno. Había tenido ocasión de conocerlos. Había algo de perro *spaniel* en ellos.

«Nikolai, Nikolai, mis pechos me duelen por ti y ellos arderán con tu leche, y yo debo secarlos antes que muera de ello. Mi niño, fruto de mi cuerpo, mi Nikki Andreyevich, ven a mamar en mí... pero no, ahora es la muerte, y ambos podremos ser uno otra vez. ¡Qué terrible es que me duela la leche y tener que llorar tu muerte...!»

—¿Por qué estás llorando? —gruñó el sargento al cabo de un rato.

—Habéis matado a mi hijo.

—¿Y qué?

—Vuestros bombarderos. Mataron a mi niño. Ayer mismo.

—¡Demonios! ¿Por eso es por lo que estás...? —se quedó mirando su blusa y volvió a sonrojarse.

Marya bajó los ojos para mirarse a sí misma. Le goteaba un poco y la presión era enloquecedora. ¡Por eso él se había sonrojado!

Había un arrugado vaso de papel en la parte trasera del camión. Marya lo tomó y lo desarrugó, luego miró con gesto dudoso al sargento. Él la estaba mirando con una especie de angustia mortal.

—¿Le importará que me vuelva de espaldas? —preguntó ella.

—¡Por mil demonios! —respondió él en voz baja y apartó su pistola—. Déme su palabra de que no saltará y no miraré para nada. Esta guerra me produce dolor de tripas —se levantó y se apoyó contra la parte trasera de la cabina, mirando carretera adelante y sin atreverse a mirarla; aunque mantuvo una mano sobre la funda de su pistola y el tacón de una bota pisando con fuerza el borde de la falda de la prisionera.

Marya trató de que él le resultara un poco menos antipático que antes. Cuando hubo terminado, arrojó el vaso y volvió a abotonarse su blusa.

—Gracias, sargento, ahora puede volverse.

Él se sentó y empezó a hablar de su familia y de cuánto odiaba la guerra.

Marya siguió sentada y cerró los ojos y con la cabeza un poco echada hacia atrás, trató de no escuchar.

—Y dígame, ¿cómo puede usted tener un bebé y seguir en el ejército? —le preguntó él al cabo de un rato.

—No pertenezco al ejército, sino a la Guardia Territorial. Por favor, ¿querrá estarse callado un rato?

—¡Ah, bueno! Como usted quiera.

En una ocasión tuvieron que salir corriendo de la camioneta y tirarse al suelo entre el barro, mientras dos reactores rusos pasaban atronando por encima de ellos en vuelo rasante; pero siguieron adelante y no bombardearon la carretera. Volvieron al camión y siguieron su camino. Se detuvieron ante una barrera puesta en un cruce de carreteras, y fueron objeto de una comprobación de la Policía Militar, antes de que el camión llegara a un depósito de municiones. Ya se había hecho de noche.

El sargento se puso de un salto en el suelo.

—Aquí nos tenemos que apear —explicó—. El resto del camino lo tendremos que hacer a pie. Está oscuro como boca de lobo y sólo nos permiten una linterna pequeña —enfocó el rayo de luz al rostro de Marya—. Podrías tener una buena oportunidad para escaparte. Odio tener que hacer esto, pero junta tus manos detrás de tu espalda.

Ella se resignó a que le ataran las muñecas con hilo de teléfono. Fue andando delante a través de una zanja, mientras él le iba indicando el camino con la débil luz; y sujetando con la otra mano el cabo del alambre.

—No me gustaría tener que matarte, así que por favor, no intentes nada.

Marya tropezó una vez y sintió el tirón que daban al alambre.

—Me has cortado la circulación de la sangre, ¿quieres cortarme también las manos? —protestó ella—. ¿Tenemos que ir muy lejos?

El sargento pareció sentir remordimientos.

—Para un instante. Quiero pensar. Faltan unas cuatro millas —se quedó silencioso. Se pararon en la hondonada mientras una columna de tanques atronaba al pasar hacia el frente. No había tráfico que fuera en la otra dirección.

—¿Y bien? —preguntó Marya al cabo de un rato.

—Estaba pensando en las tres mujeres rusas que capturó hace poco una patrulla nocturna. Y en lo que les hicieron al interrogarlas.

—Sigue.

—Bueno, son esos chicos de Las Camisas Azules los que estropean todo esto

y no los oficiales del ejército. Tendrás que andarte con cuidado con esos fanáticos de la política. Todo lo ven rojo y odian a los rusos, óyeme, sería mucho más seguro para ti que te llevara con la luz del día, en vez de por la noche. De día siempre hay algún tipo de la Cruz Roja por allí y todos están más serenos. Si dices todo lo que sabes, no te tratarán tan mal.

—¿Y bien?

—Hay algunos emplazamientos artilleros abandonados junto a esa colina y un viejo puesto de mando. Creo que podré estar despierto hasta el amanecer.

Marya hizo una pausa y se preguntó si podría confiar en él. Pero aun en el caso peor, sería más fácil de manejar, que no media docena de oficiales borrachos.

—Muy bien sargento; pero si no me quitas este alambre, vuestros médicos tendrán que amputarme las manos.

Treparon por la colina y se arrastraron por entre montones de leños cortados y troncos quemados hasta encontrar el puesto de mando subterráneo. La mitad del techo estaba derrumbado, y el lugar olía a muerte y a cajas de municiones; pero había un catre de lona y una lámpara de petróleo que aún tenía un poco de combustible. Tras haberle desatado las muñecas, ella se sentó sobre el catre y se frotó sus músculos entumecidos, y mientras él abría una ración «K» y la compartía con ella. El sargento se la quedó mirando con aire optimista mientras ella comía.

—Lástima que estés en el lado opuesto en esta guerra —dijo—. Los rusos sois buena gente, ¿pero por qué estás luchando por los comunistas?

Ella se quedó un momento callada, luego se inclinó y cogió un puñado de tierra del suelo, lo amasó y se lo mostró mientras mordisqueaba queso.

—Sargento, esta tierra tiene la sangre de mis antepasados. Este suelo es mío. Y ahora tiene también la sangre de mi hijo; no me hables de bandos, de dirigentes o de política —y le alargó el puñado de tierra—. Mírala, pero no la toques. Es mía. O mejor, tócala, huélela; prueba un poco lo mismo que haría un campesino para ver si está madura para plantar.

Hasta te daré un puñado de ella para que te la lleves a tu país y la mezcles con la tuya. Es mía y por eso puedo darla y por ser mía debo luchar por ella —habló calmosamente y lo observó con sus profundos ojos color jade. Marya seguía apretando la tierra con su mano y ofreciéndosela a él—. ¡Mira! Esta es Rusia. ¿Ves como se desmenuza? En ella te enterrarán. Tómala —y se la arrojó encima. Él refunfuñó enfadado y se levantó de un salto para sacudírsela.

Marya siguió comiendo queso.

—¿Tienes ganas de discutir, americano? —le preguntó mientras comía vorazmente queso—. No vas a conseguir nada conmigo. Tengo unas ideas muy sencillas. Sólo puedo seguir tirándote puñados de Rusia como respuesta a tus pesadas preguntas.

El sargento hizo una cosa sin precedentes. Se sentó en el suelo y empezó... bueno, casi a sollozar. Sus hombros se alzaron convulsivamente por unos instantes. Marya dejó de comer queso y se lo quedó mirando asombrada. Él pasó sus brazos en torno a las rodillas de ella y hundió su frente entre ellas. Cuando alzó la mirada, su cara estaba pálida como la de un chiquillo asustado.

—¡Dios mío! ¡Quiero irme a casa! —gimió.

Marya soltó la ración «K» y se inclinó sobre él. Cogió un puñado de su pelo y tirando, le obligó a retirar su cabeza, besándolo. Luego fue a echarse en el catre y volvió su rostro hacia la pared.

—Gracias, sargento —dijo—. Espero que no te entierren en ella.

Cuando ella se despertó, la lámpara estaba apagada. Pudo ver a él inclinándose sobre ella, destacándose su silueta contra las estrellas a través del techo roto. Y se encogió.

—¡Aparta tus manos!

Él las apartó en seguida y emitió un sonido ahogado. Su silueta desapareció. Ella lo oyó tambalearse a través de los troncos y leños, dirigiéndose hacia fuera. Ella siguió echada. Al cabo de unos minutos lo llamó:

—¡Sargento! ¡Sargento!

No hubo respuesta. Se levantó y tropezó con algo que hizo un ruido estruendoso. Se arrodilló y palpó en la oscuridad. Finalmente encontró aquello: era su pistola.

—¡Sargento!

Al cabo de un rato él volvió tambaleándose.

—¿Dime? —preguntó en voz baja.

—Ven aquí.

Su silueta volvió a ocultar de nuevo la vista de las estrellas. Palpó en su funda y le metió de nuevo la pistola.

—Gracias, americano, pero te podrían fusilar por eso.

—Podría decir que la cogiste y echaste a correr. —Siéntate, sargento.

Obediente, él se sentó.

* * *

Fue la paliza que le dieron al viejo lo que la puso furiosa. Lo arrastraron fuera del *bunker* que era utilizado por el mayor Kline para los interrogatorios y le pegaron en la cabeza con un pedazo de manguera. «Ellos» iban inmaculadamente vestidos con camisas azules del Partido Americanista y «él» era un mayor ruso cerca de la edad del retiro. Dos de ellos le sujetaron los brazos, mientras el tercero le daba patadas en las rodillas o lo azotaba con el trozo de manguera.

—¡Habla, comunista o te enseñaré a cantar!

—¡Pégale hasta sacarle las tripas!

—¡Rocíalo con gasolina y ponle una mecha en la boca!

—¡Dale fuerte!

Fueron muy metódicos con él, como hombres haciendo frente a un circo de fieras salvajes revuelto. Marya estaba alineada junto con una docena de prisioneros, esperando su turno para ser interrogada. Eran las nueve de la mañana, y el sol estaba evaporando el último rocío de las tiendas del campamento. El sargento había ido al *bunker* para informar al mayor Kline y presentar los objetos que los captores habían cogido a la prisionera. Había estado fuera diez minutos. Cuando salió, los Camisas Azules estaban todavía azotando al prisionero.

El viejo se había desmayado.

—Está acabando.

—Despiértale con eso, Mac. Enséñale.

El sargento se dirigió hacia ella, pero sin dar señal de reconocerla. No miró a los que empleaban el silbato y la manguera; pero su rostro palideció ligeramente. Sacó su pistola al aproximarse a los prisioneros y un guardia le cerró el paso.

—¡Alto! No puedes...

—Son órdenes del mayor Kline, cabo. Quiere ver ahora a Marya Dmitriyevna Lisitsa. Que sea la siguiente. Yo se la llevaré.

El guardia se volvió con cara inexpresiva hacia los prisioneros.

—Ésa es —dijo el sargento.

—¿La chica? Muy bien, ¡tu! *Shagom marsh!*

Ella día un paso adelante apartándose de la fila y se fue con el sargento, que la tomó por un brazo y murmuró por lo bajo:

—Tranquilízate.

Entre ellos no se miraron.

Reinaba la oscuridad en el interior del *bunker,* pero ella pudo distinguir a un Mayor bajito y regordete detrás del bufete. Tenía una cara de palo y un bigotito. Tamborileaba con sus dedos en el bufete y hablaba soltando cómicos gruñidos.

—Así que ésta es la moza —murmuró.

Se quedó mirando fijamente a Marya y de repente le gritó:

—¡Atención! ¡Hazme el saludo! ¿Nadie te ha enseñado a saludar?

Su furia se le congeló en un nudo de la garganta. Marya ignoró al comandante y se negó a contestar en el idioma de éste.

—*Ya nye govoryu po Angliiski!* —exclamó.

—Creo que me dijeron que hablaba inglés —refunfuñó al sargento—. ¿No me dijo usted que había estado hablando con ella?

Marya sintió que los dedos del sargento se apretaban en su brazo. Él vaciló y ella le oyó tragar saliva. Luego dijo:

—Sí, señor. Le hablé. A través de un intérprete.

«¡Bendito seas, sargentito mío!», pensó ella, no atreviéndose ni a mirarlo para darle las gracias con la mirada.

—¡Eh, Maccoy! —atronó el Mayor mirando hacia la puerta.

El hombre que entró no era Maccoy, sino uno de los Camisas Azules Americanistas, que hizo al Mayor un saludo cruzando la mano sobre el pecho y dio el grito de rigor:

—¡América, primero!

—¡América, primero —respondió el Mayor de mala gana y sin devolverle el saludo político—. Y ahora, ¿qué pasa?

—Lamento tener que informarle, señor, que el coronel ha muerto por una lesión en la cabeza, y ya no podrá contestar más preguntas.

—Les dije que le hicieran hablar, no que lo mataran. ¡Demonios! Bueno, ya no tiene remedio. Que se lo lleven. Eso es todo, Purvis, eso es todo.

—¡América, primero!

—Sí.

El Camisa Azul dio un taconazo, giró y salió rápidamente. Entró el intérprete.

—Maccoy, odio este trabajo. Bueno, aquí la tenemos. Es la que llevaba aquel informe bacteriológico y el retrato de Macamsward. No me atrevo ni a tocarla. Querrán que la llevemos ante la superioridad. Mírela. Una fina pieza, ¿eh?

—Desde luego, señor —dijo Maccoy, que parecía una persona distinguida,

educada en un colegio de pago.

—Bien, pues empecemos. Sargento, ¿querrá esperar ahí fuera hasta que terminemos?

Ella se quedó de repente sola ante ellos, con sus ojos brillándole de furia.

—¿Por qué empezaron ustedes a usar armas bacteriológicas? —le gritó Kline.

El intérprete repitió la pregunta en ruso. Era un modo tonto de comenzar. Hasta ahora nadie había hecho acusaciones de guerra bacteriológica. Ella le contestó con una seca respuesta, que obligó al intérprete poner cara larga.

—Dice que están empleando esas armas porque nos odian, señor.

El Mayor tosió llevándose la mano a la boca.

—Dígale lo que le pasará si me vuelve a contestar así.

Acabemos de una vez —la miró casi de reojo—. ¿Nombre?

—*Irruya?* —repitió Maccoy.

—Marya Dmitriyevna.

—*¿Familiya?*

—*Lisitsa.*

—Significa «zorra», señor. Probablemente miente.

—Bien, Marya Dmitriyevna Zorra, ¿cuál es tu rango?

—*V kakom vy chinye?* —le gritó Maccoy.

—*Starshii Leyeiyenant* —respondió la joven.

—Teniente, señor.

—¿Ves, muchacha? Te tratamos con arreglo a la Convención de Ginebra. Nombre, rango, número, eso es todo. Puedes confiar en nosotros... pregúntale si tiene algo que ver con el Servicio de Inteligencia.

—*Razvye'dyvatyel naya sluzhba?*

—*Nyet!*

—Conque *nyet,* ¿eh? ¿Cuántas divisiones tenéis desplegadas en el frente?

—*Skol'ko na frontye divizii?*

—*Ya nye pomnyu!*

—Dice que no recuerda.

—¿Quién es el jefe de tu batallón, Lisitsa?

—*Kto komandir va'shyevo batayona?*

—*Ya nye pomnyu!*

—Dice que no recuerda.

—Que no, ¿eh? Dígale que sé que es una espía y que la vamos a fusilar

inmediatamente.

El intérprete repitió la amenaza en ruso. La joven se cruzó de brazos y miró despreciativamente al Mayor.

—¡Ponte firme!

—*Smirno!*

Mantuvo sus brazos cruzados y siguió en la postura que estaba. El Mayor sacó su pistola del «45» y le quitó el seguro.

—Dígale que soy el decimosexto nieto bastardo de Mickey Spillane, y que mi característica hereditaria y mi afición particular es hacer agujeros en las barrigas de las señoras.

El intérprete lo repitió. Marya le respondió con tres palabrotas que ella había aprendido de un pescador.

—Creo que le ha dicho castrado, señor.

El Mayor levantó la pistola y apuntó. Algo en sus maneras hizo que la muchacha se pusiera pálida. Cerró los ojos y dijo una frase reverente en honor de la patria.

El arma dio un salto en la mano de Kline. El disparo arrancó un grito al sargento que estaba fuera del *bunker.* La bala chocó contra el suelo de cemento y rebotó hacia el cielo. La joven se inclinó y tomó entre sus manos la parte delantera de la falda. Había un agujero de bala delante y detrás, por donde el proyectil había pasado entre sus muslos. Soltó una maldición en voz baja y abanicó su falda.

—Dígale que tengo muy mala puntería, pero que lo haré mejor la próxima vez —ordenó Kline—. Es bonito lo que la luz muestra a través de esa falda, ¿eh, Maccoy? Puede haber quemado esas *tiernas regiones.* ¡Bueno! ¿Sigue maldiciéndome?

—Mucho, señor.

—Deje que se desahogue, y luego pregúntele a qué división pertenece.

—*Kakovo vy polka?*

—*Ya nye pomnyu!*

—Tiene muy mala memoria, señor.

El Mayor suspiró y se quedó mirando sus uñas. Las tenía sucias.

—Dígale —susurró—, que la destinaré a la compañía «C» como prostituta oficial, después de que nuestros psicocirujanos la conviertan en una ninfomaníaca.

Maccoy tradujo. Marya escupió. El Mayor escribió.

—¿Has estado en alguna batalla, mujer? —gruñó.

—*V kakikh srazyeniyakj vy oochast'voyali?*

—*Ya nye pomnyu!...*

—Dice que...

—Sí, ya sé lo que dice. Fue una pregunta muy idiota —alargó al intérprete su ficha—. Dé esto al sargento y que se la lleve a Purvis. No tengo corazón para pegar latigazos a una mujer a fin de arrancarle declaraciones. Slim es de otra clase, a el le gusta eso —hizo una pausa y se la quedó mirando—. No sé si sentirlo por ella o por Purvis. Eso es todo, Maccoy.

El sargento la llevó a la tienda de los Camisas Azules.

—Óyeme —le susurró—, llamaré por teléfono a uno de la Cruz Roja —parecía muy preocupado por ella.

El dolor le duró varias horas. Estaba echada sobre un catre en algún sitio, mientras que una enfermera y una chica de la Cruz Roja le extraían muestras de sangre y le untaban algo. Ambas no hacían más que mirarse de reojo la una a la otra por encima del catre mientras la curaban.

—Trataremos que los que te han hecho esto sean juzgados —le dijo la chica de la Cruz Roja en un ruso muy malo.

—Hablo inglés —musitó Marya, aunque ella no lo había reconocido ante ninguno de sus interrogatorios, ni siquiera ante Purvis.

—Te pondrás bien. Pero, ¿cómo es que no has llorado?

Ahora ella ya sólo podía llorar por Nikolai, y aun eso terminaría pronto. Se pasó allí echada dos días y aguardó.

Tras eso vino el general Macamsward y un interrogatorio muy correcto. Las respuestas, sin embargo, fueron siempre las mismas:

—*Ya nye pomnyu!*

¿Qué risible cualidad o cantidad puede ser, deiforme, transubstancialmente simiesca, la que mora en la carne de los brutos y los convierte en hombres? Porque el general Macamsward era realmente un hombre, aunque él deseaba tan sólo ser un soldado.

Hay militaristas que aman la Madre Patria y militaristas que aman el Padre Patria, y la diferencia entre ellos es lo mismo que la diferencia entre los bebedores de *rye* [3] y los bebedores de bourbon [4]. Hay los neoprusianos con sus botazas, que ahogan sus almas para convertirse en máquinas del Padre Patria, pero Macamsward no era uno de ellos. Macamsward era un hombre de la Madre Patria, y la Madre nunca ha estado muy interesada en máquinas. La Madre

convertía niños en campeones, y un campeón es más poderoso que el Estado. Eso le ocurría a Rufus Macamsward, que según Porphiry Greigoryevich era un genio del Mal.

Considerad una visión deslumbrante del arcángel san Miguel que llevara un ligero bastón de paseo. Recién salido de las guerras santas del Cielo, pasando ligero ante las filas de los ordenanzas con guantes blancos que le saludan con sus sables, sus halos (M-1, nimbo oficial), tachonados con pernos de latón. El casco del arcángel es bastante airoso, encostrado con laureles de oro y abollado por la bala de un demonio derviche. Él ignora los tronos y potestades; pero sonríe democráticamente a un pobre querubín; y se detiene para preguntarle por la salud de su abuela.

La abuela está mucho mejor.

Inmensamente tranquilizado, el general Macamsward penetra en su cuartel general y cuelga su sombrero. La habitación está a oscuras si se exceptúa la luz de una lámpara de metal que cuelga de la pared y que arroja sus destellos en torno al gran sillón, y sobre la joven que se sienta en él, a un extremo de la habitación. La joven está jugueteando con una copa de vino y su cabellera negra le cae en rizos espesos sobre sus hombros cubiertos con una blusa de seda. La seda está aquí gracias a un descuido de la ex esposa del general, que se la olvidó cuando empaquetó sus cosas. El gran sillón es botín de guerra y había sido tomado de un Tribunal Popular Soviético, donde ya no hace falta para nada. Es como un macizo trono episcopal, un asiento que vendría bien para un arcángel y está colocado sobre un bajo estrado delante de una mesa larga flanqueada por sillones más pequeños. La habitación es utilizada para las conferencias del Estado Mayor, y nadie se atrevería a sentarse en el gran sillón, exceptuando al general, o por supuesto, una mujer guapa y encantadora transida de dolor.

La chica se lo queda mirando desde dos puntos de sombra. Tiene la cabeza ligeramente inclinada y la luz declinante alcanza tan sólo a la punta de su nariz. El general se detiene) con la mano en el sombrero. Se aparta despacito del perchero, atrae lentamente sobre sí la atención y dedica a ella un solemne saludo como tributo a su belleza. Y la joven se lo agradece con un gesto de cabeza. El general se adelanta y se sienta en un sillón corriente en un extremo de la mesa larga. El general suspira fervorosamente, como si no hubiera respirado desde que entró por la puerta. Sus ojos no la habían perdido de vista. La chica suelta la copa.

—He venido a matarte —le dijo ella—. He venido a alimentarte mortalmente

con la leche de un niño asesinado.

El general se sobresaltó. Ya se lo había dicho antes tres voces, una por cada día que ella llevaba residiendo en la casa. Y por tercera vez, el general no le hizo caso.

—Ya me he ocupado de eso, hija mía —le dijo gravemente—. El capitán Purvis será sometido a consejo de guerra por la mañana. Yo lo he ordenado. También he ordenado que tú seas repatriada, si es tu deseo, porque es lo menos que podemos hacer por ti, después de lo que ese monstruo ha hecho contigo. Sin embargo, permíteme que te ruegue que te quedes con nosotros y que abandones las fuerzas del mal, hasta que hayamos ganado la guerra y tú puedas regresar a tu hogar en paz.

Marya se quedó mirando la figura de él en sombras al extremo de la mesa. Era como Raleigh en la corte de Beth, a la vez poderoso y humilde. De nuevo sintió ganas de reírse, como cuando iba arrastrándose sobre la loma a orillas del río, esquivando el fuego de las ametralladoras. Era la voz de la esposa de Macbeth la que susurraba en su interior:

¡Venid a mis pechos de mujer y tomad mi leche por hiel, vosotros ministros asesinos, donde quiera que estéis con vuestras invisibles sustancias esperando para daño de la naturaleza!

Había el poder de la muerte en su seno, allí donde una vez hubo el poder de la vida.

Ella se levantó despacio y se apoyó sobre la mesa para mirarlo fijamente con fiereza:

—¡Asesino de mi hijo! —le siseó.

—Quiera Dios en su piedad...

—¡Asesino de mi hijo!

—Marya Dmitriyevna, lo siento muchísimo —se la quedó mirando gravemente, sin perder nada de su altiva compostura—. No puedo hacer nada para consolarte. Es imposible. Lo siento muchísimo.

—Hay algo que puedes hacer.

—Dalo por hecho. Dímelo en seguida.

—Ven aquí —ella se apartó de la mesa, se dirigió al borde del estrado y le hizo una señal—. Ven aquí conmigo. Tengo secretos que contar al asesino de mi hijo. Ven.

Él se acercó y se quedó un poco más abajo que ella, de modo que sus rostros estaban al mismo nivel. La joven pudo ver que ahora había verdadero dolor en

sus ojos. ¡Bien! Que siguiera. Ella debería hacérselo comprender. Él debería saber perfectamente que iba a matarlo. Y debería saber cómo. La necesidad de que lo supiera no se debía a ninguna orden do Porphiry; era un deber que ella se había impuesto a sí misma. Ahora estaba sonriendo y había una nueva rapidez en sus gestos.

—Mírame, gran asesino. No puedo mostrarte el cuerpo desgarrado de mi hijo. No puedo mostrarte ninguna prenda ni] reliquia. Todo fue enterrado en una fosa común —rápidamente se abrió su blusón de seda—. Mírame a mí en cambio. ¿Ves? ¡Qué hinchada estoy de nuevo! Sí, aquí. Es una prenda, al fin y al cabo. Una sola gota. Mira, es suya, es de Nikolai.

Macamsward se quedó pálido. Parecía un hombre hipnotizado.

—¿Ves? Es para nutrir la vida, pero ahora es para nutrir] la muerte. Tu muerte, gran asesino. Pero hay más. Mi hijo fue concebido por el amor, y tú lo has matado; y ahora yo vengo a ti. Tú me darás otro, ya verás. Ahora lo concebiremos por el odio, tú y yo; y tú morirás de la muerte que hay en mi seno. Ven, hazme el odio, asesino.

A él le tembló la mandíbula. La tomó por los hombros y pasó sus manos por sus brazos, estrechándola hacia sí.

—Tienes las manos heladas —le susurró y se inclinó para besarle un lugar desnudo, justo bajo la garganta.

Ella estuvo segura de que él había comprendido. Era una comprensión preconcebida, pero daba igual. Y él siguió inclinado sobre ella.

Ven, densa noche y arrástrate entre los más sombríos humos del infierno, que mi afilado cuchillo no vea la herida que produce...

Desde luego, el general estaba convencido de que eso era pura oratoria.

La intoxicación se produjo rápidamente. Una toxina bacterial, rápidamente letal para los no inmunizados; y lenta para Marya, que podía transmitirla a través de su leche, conforme ésta se formaba. El general estuvo durmiendo durante media hora y se despertó con una violenta fiebre. Ella se sentó junto a la ventana y lo contempló morir. Él trató de gritar, pero la garganta se le había contraído. Se levantó de la, cama, dio dos pasos y cayó. Trató de arrastrarse hacia la puerta, pero se desplomó en el suelo. Su rostro estaba congestionado.

Sonó el teléfono.

Alguien llamó a la puerta.

El teléfono cesó de sonar y el que llamó a la puerta se alejó. Marya lo observó respirar con dificultad. El general trató de hablar, pero ella le volvió la

espalda para mirar a través de la ventana a aquel paisaje acribillado por los obuses. Era gracias a Rusia, a Nikolai y hasta al sargento, que se había querido ir a su casa, que ella podía oír su respiración agonizante. Encendió uno de los cigarrillos americanos del general y lo encontró muy agradable. El teléfono sonaba furiosamente de nuevo. Y siguió sonando.

La respiración entrecortada cesó. Alguien estaba aporreando la puerta y gritando. Ella siguió saboreando el cigarrillo, y contempló una bandada de cornejas, que se había posado sobre el campo recién sembrado. Aquí la tierra era negra y fértil, la misma que ella había arrojado al sargento yanqui. Este suelo le pertenecía a ella, y pronto ella pertenecería a él. Con Nikolai, y puede que con el sargento americano.

La puerta crujió saltando de sus goznes. Tres Camisas Azules penetraron violentamente y se detuvieron. Se quedaron mirando el cuerpo que había tirado en el suelo. Luego se fijaron en Marya.

—¿Qué ha pasado aquí?

La joven rusa se echó a reír. Su expresión era muy cómica. Uno de ellos alzó su pistola y apretó seis veces el gatillo.

—Ven... Nikki Andreyevich... ven...

Otro se adelantó y le dio un puntapié; pero ya estaba muerta. Los había burlado. Se había burlado de todos.

Los periódicos americanos publicaron la verdad. Dijeron que el general Macamsward había muerto por tomar leche envenenada. Pero *toda* la verdad es la que se cantó en las leyendas rusas durante los siguientes mil años.

La señora Manifold
Stephen Grendon

No sé si hubiera entrado en «El Descanso del Marino» de haber conocido a su propietaria antes de ver el sucio letrero en el escaparate que decía: «Se admite personal». Pero puede que lo hubiera hecho; porque un hombre con menos de un chelín en su bolsillo, y pocas probabilidades de aumentar esta cantidad, no puede andarse con remilgos. Sin embargo, había algo en esa señora Manifold que uno podía sentir; pero que difícilmente habría podido explicar con palabras. Nunca vi una persona más gorda; aunque era una mujer bajita, pesaba más de trescientas libras; y era fácil imaginar por qué prefería quedarse en su propia habitación en el cuarto piso, que daba encima de la puerta principal.

—¿No ha estado empleado nunca, antes, señor Robinson? —me preguntó. Su voz era fina, aguda; era una vocecilla para una mujer tan gorda, y como era tan estridente y penetrante, el contraste era más asombroso.

—No, pero sé leer, escribir y sumar números, si hace falta hacerlo —le dije.

Ella me miró con agudeza.

—Ya se ve que usted ha ido a la escuela. Ha tenido una racha de mala suerte, ¿verdad?

Tuve que admitir que sí.

Ella se sentó sin dejar de mirarme, canturreando una extraña cancioncilla, que yo llegué a reconocer más adelante, otra vez que la cantó: era una *saloma* [5]. En aquel tremendo bulto de carne, sólo sus ojos parecían moverse; pequeña, morena, con párpados casi sin pestañas. No parecía que respirara, ningún temblor molestaba sus carnes, vestida con un vestido de raso negro, el cual, a pesar de su gran masa, estaba escarolado y lleno de volantes como la ropita de un niño y parecía casi obsceno. Sus ojos me estudiaron con una especie de atrevimiento furtivo, con sus dedos regordetes descansando sobre los brazos del sillón que contenía su cuerpo extrañamente inmóvil. En ella había algo horrible, no en el sentido bestial, sino en el espiritual; y no en una faceta, sino en todas. Algo que sugería terror y refinada crueldad.

—Mi clientela —dijo de repente con voz suave, pero con una astuta sonrisa —, puede que a veces no sea muy agradable, señor Robinson. Son gente ruda. Usted no esperaría otra cosa aquí en Wapping, ¿verdad? O encontrarse con alguien como la señora Ambrose Manifold.

Entonces ella ahogó una risita. Un ligero temblor sacudió aquella enorme masa y el efecto fue francamente horrible.

—Sé cuidar de mí —dije.

—Tal vez. Tal vez. Ya veremos, señor Robinson. Sus deberes serán sencillos. Ya sabe cuáles son las obligaciones del recepcionista de una fonda, señor Robinson. Hacer que todo el mundo firme en el libro de registro. Algunos tienen motivos para no hacerlo. Una vez a la semana, usted me subirá el libro para que yo lo repase. Deseo examinarlo. El dinero será depositado en mi cuenta en el Banco Bridsley, en cuanto la cantidad recogida suba a cincuenta libras. No estoy en casa para nadie. Ya puede empezar.

Dicho esto hizo sonar una campanilla y el viejo que me había conducido escaleras arriba, me indicó el camino escaleras abajo, después de haber sido informado por la señora Manifold de que yo iba a empezar a cumplir los deberes de mi cargo, inmediatamente.

No perdí tiempo en familiarizarme con aquel ambiente. Mientras el viejo, que se llamaba el señor Claitor, quitaba el letrero del escaparate y lo apartaba prudentemente (poniendo una cara como si pronto lo tuviera que poner de nuevo), yo eché un vistazo al registro. No era más que un viejo librote, en cuya primera página alguien había escrito con letra fluida: «El Descanso del Marino», «Registro».

Había dos pisos con habitaciones, que la fantasía de alguien había numerado, para hacer siete en total; cuatro en el segundo y tres en el tercero. El primer piso estaba destinado a la cocina, un pequeño salón y tres cuchitriles para el personal. Uno de éstos estaba ocupado por el señor Claitor, otro por el señor y la señora Jeffers y el tercero por el recepcionista de «El Descanso del Marino». Seis de las habitaciones estaban ocupadas a cuatro chelines por noche (seis chelines por un día y una noche), lo que evidenciaba que no se alquilaban por una semana. El salón tenía un aspecto de elegancia andrajosa; no estaba ciertamente sucio; pero tampoco estaba limpio y daba la impresión de no haber estado nunca limpio del todo, al menos que ninguna persona viviente pudiera recordar. El cristal de la ventana y la puerta que daba a la calle estaban llenos de excrementos de moscas y con churretes de polvo, y en todo el edificio había un leve, pero inconfundible

olor al cercano río. El Támesis corría no lejos de allí, y por la noche su olor a almizcle, levantándose con la niebla, rodeaba y penetraba en el viejo edificio.

El señor Claitor, que era alto, delgado y canoso, con la lúgubre expresión de un perro danés cansado, empezó a darme instrucciones: la puerta del vestíbulo tenía que cerrarse puntualmente a las nueve cada noche; aunque tenía que acudir a abrir a todos nuestros clientes que por haberse ido de jarana vinieran más tarde.

Probablemente no hay nada más fatigoso que ser el recepcionista de una fonda de mala muerte, que parece destinada a atraer tan sólo las heces del género humano: el viejo lobo de mar desilusionado y amargado; los vagabundos sin esperanza que merodean por Limehouse Withechapel y Wapping; los perseguidos y los perdidos. Yo creo que todos los que se encuentran en una posición que no es de su gusto están amargados. El ser humano es esencialmente débil e inseguro, no importa qué lugar ocupe en la vida, y si ése no es un lugar feliz, esa debilidad lo hace sentirse manifiestamente insatisfecho, de lo cual nace la convicción de que cualquier cosa es mejor que su presente posición. Trabajar en «El Descanso del Marino» era monótono, aun cuando hubiera libros que leer, lo cual era un caso raro, que pronto se convirtió en lo normal.

Pero el subir semanalmente a la habitación de la señora Manifold era algo que rompía aquella monotonía. Había algo ligeramente diferente cada vez, a pesar del hecho de que parecía de que la posición de ella nunca había cambiado; daba la impresión de que no se hubiera movido de aquella habitación, una semana tras otra, desde que la conocí. Cada vez tomaba de mis manos el libro registro y examinaba las nuevas entradas.

—Ronald Jensen —leyó lentamente en voz alta—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Es alto o es bajo?

—Alto, delgado, con cabellos color estopa y una pierna de madera. Lleva bigote. Embarcó últimamente en el *Lofoten* que zarpó de Oslo.

—Ahora Frederick Schwartz. ¿Qué aspecto tiene?

—Bajo y gordo. Parece un burgomaestre alemán. Mejillas coloradotas y ojos azules. Muy comunicativo, con un fuerte acento alemán. Embarcó últimamente en el *Stresemann,* que zarpó de Hamburgo.

—Tiene gracia, señor Robinson —comentó ella en una ocasión—. Usted podía haber sido policía. Admiro a la gente observadora.

Pero cada vez que ella decía eso me daba la impresión de que en el fondo se estaba riendo de mí; y cada vez que ella terminaba su examen del registro, no podía por menos de quedar convencido de que ella se sentía aliviada; así que yo

barruntaba a menudo por qué insistía en tomarse esta molestia, si se sentía tan satisfecha cada vez que terminaba.

En una ocasión ella estuvo comunicativa. En realidad dijo poco; pero me hizo saber que había tenido cierto negocio en Singapur hacía ya una docena de años. Lo habían dirigido entre ella y su esposo. Después ella se vino a Inglaterra.

—¿Y dónde está ahora el señor Manifold? —le pregunté.

—¡Oh! Nadie lo sabe, nadie lo sabe. Nadie, señor Robinson.

Y a continuación me hizo la inconfundible señal de que había terminado conmigo, cerrando sus ojos y echándose hacia atrás, inerte; salvo un ligero temblor de sus gruesos labios, mientras canturreaba la *saloma* que entonaba a veces:

¡Oh! El capitán está en el calabozo, muchachos, y volaron los sesos al primer oficial;

navegaremos por los siete mares, muchachos y los haremos nuestros...

También había diversiones, aunque eran algo fuera de lo corriente.

A veces venían los caballeros del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, en busca de alguien; el promedio era una vez a la quincena. En otras ocasiones uno de nuestros huéspedes se marchaba y no volvía más; dejando atrás todo su equipaje, que era guardado hasta su regreso, si es que volvía. Los días de niebla podían ocurrir muchos sucesos, a veces en lugares donde jamás eran descubiertos: robos y muertes repentinas, o suicidios. Yo nunca me sentí inclinado a salir las noches de niebla; ya el día era bastante peligroso, porque «El Descanso del Marino» no estaba en un buen barrio, o mejor dicho, era bueno para la clase de fonda de que se trataba, digo yo; pero no lo bastante bueno para lo que podía haber sido. Y además había algo en esta señora Manifold, que parecía decir que ella había conocido mejores tiempos y un mejor negocio que éste, aunque hubiera sido en Singapur.

¡Singapur! Quizás tenía otros como «El Descanso del Marino» en barrios como Wapping; pero como estaba muy lejos, y su nombre estaba rodeado de una aureola mágica, tomaba en la imaginación un colorido, una vida y un dramatismo; al igual que ocurre con todos los lugares exóticos, que en cierto modo nunca son del todo reales y tienen siempre algo de maravilloso y emocionante. ¿Por qué lo habría dejado la señora Manifold para venirse a Londres? ¿Y por qué ella se había venido precisamente a Wapping, habiendo otros barrios? Pero aquí estaba, y por lo visto contenta de habitar en él; sin

quejarse, a veces incluso haciendo tímidas observaciones sobre su actual e inferior nivel de vida. Y sin embargo ella no tenía por qué residir en aquel barrio. Su cuenta corriente en el Banco alcanzaba siempre las cinco cifras, siempre en dinero en efectivo; y ya tenia un saldo superior a quince mil libras.

Pero a pesar de todas sus muestras de buenos modales, seguía produciendo aquella impresión de terror. ¿Lo provocaba su obesidad, o alguna otra causa oculta? Muy a menudo la repulsión estimula el disgusto y el odio; a veces es imposible descubrir las raíces del temor o del horror. Cosa curiosa, ella no imponía más que un tabú, del cual le oí hablar al señor Claitor una noche que vino a mi habitación.

—La señora Manifold dice que usted no debe beber vino, señor Robinson. No quiere vino en esta casa. Es una regla de «El Descanso del Marino».

Cuando se lo mencioné a ella, me lo confirmó.

—No puedo soportar el vino, señor Robinson. La cerveza, sí, y el whisky. Ginebra, si usted quiere. Incluso vermut. Lo que usted quiera, menos vino.

Ocupaba su habitación que daba a la calle con un esplendor señorial. Esplendor que era relativo, aunque las privaciones que se imponía no los disminuían un ápice. Dirigía «El Descanso del Marino» con una indiscutible e indomable voluntad. En cierto modo ella era «El Descanso del Marino», y «El Descanso del Marino» era la señora Manifold. A veces, de noche, en esa frontera entre el sueño y el despertar, pensaba en el viejo edificio como algo vivo, agachada obscenamente en la hilera de antiguas edificaciones; con sus pequeñas y oscuras ventanas, como los ojos de la señora Manifold y su cabello lacio y negro, con raya en medio y recogido hacia atrás sobre invisibles orejas, con aretes de oro por pendientes; pensaba en la amplia ventana, llena de excrementos de moscas, con churretes de polvo, como si fuera una boca que se abriera en una efímera y tímida sonrisa, parecida a una mirada de reojo. Como la niebla y el olor a almizcle del Támesis, la presencia de la señora Manifold penetraba a través de las pareces, haciéndose sentir en cada escondrijo o rendija. Flotando en la atmósfera encalmada.

A mediados de mi undécima semana, a comienzos de una cálida noche de verano, nos vino un viejo marino del *H. M. S. Malaya,* llegado de Singapur. Tenía aspecto de yanqui, con una barba recortada que le llegaba de una oreja a la otra: parecía un cuáquero y tendría unos sesenta años. Me dijo que no le gustaba el aspecto de la fonda, pero que no había encontrado otra cosa.

—Me quedaré esta noche —añadió.

—¿Americano? —le pregunté.

—Nací en América, pero pasé la mayor parte de mi vida en Singapur.

Lo natural era que yo le preguntara si había oído hablar alguna vez de la señora Ambrose Manifold. Resultó que la conocía.

—La señora Manifold —dijo haciendo una mueca—. Eso era una mujer, hombre. Gorda como media docena de mujeres juntas. No ha vuelto a haber en Singapur una casa tan buena desde que ella se marchó a no se sabe dónde.

—¿Por qué se marchó?

—¿Quién sabe? Las mujeres no hacen cosas razonables, hombre. Estaban ganando dinero con más rapidez de lo que podían gastar. Entonces Amby, el marido, la dejó; y ella cerró el establecimiento y se largó también. ¡Es la cosa más gorda que he visto desaparecer de mi vista!

—¿Y qué fue de él? —le pregunté.

—Eso nadie lo sabe, hombre. A veces ellos no se habían llevado bien. A Amby le gustaba la bebida, pero sólo bebía vino, ¡en Singapur! Se emborrachaba en menos de lo que usted tarda en decir Jack Robinson. Espero que usted no se llame Jack, ¿verdad?

—No —respondí—; pero eso no importa.

—Bueno, pues lo cierto es que Amby le dejó, aunque Dios sabe cómo fue, y se llevó consigo el tonel más grande de vino que tenían en la bodega. Y eso que ella no dejaba de vigilarlo, pero él se dio maña y se escapó con tonel y todo. Nadie lo vio escaparse y eso que aquel tonel pesaría lo suyo. Se ve que se le metió aquella idea en la cabeza... usted haría lo mismo si viera a la señora Manifold. ¿Qué iba a hacer un hombre con una mujer tan gorda como aquélla?

Me metió un dedo entre las costilla y me dijo que estaba cansado.

Se marchó por la mañana, pero había pagado por adelantado, así que podía irse cuando quisiera. Exigíamos pagar la noche por adelantado, para precavernos contra toda clase de partidas.

Y aquel fin de semana, cuando la señora Manifold leyó su nombre, se lo quedó mirando atentamente y empezó a temblar, un espectáculo extraño, como si una jalea se estremeciese, que era desagradable de contemplar.

—Joshua Bennington, señor Robinson, ¿era un hombre apuesto, con una barba oscura? De Singapur. ¡Y ha pasado una noche la mitad de semana! ¡Malo, malo! ¿Por qué no me lo dijo usted?

—No se me ocurrió que a usted pudiera interesarle. Usted me dio sus instrucciones.

—Sí, sí... es verdad. ¡Singapur! Me hubiera gustado hablar con él.

No dijo más, pero vi una extraña expresión en sus ojos, que no pude sondear. Triunfo, diversión, sentimiento (había de todo ello), ¿o eran sólo imaginaciones mías? Era difícil adivinar algo de la señora Manifold. Pero su cuerpo siguió temblando por largo rato, y yo estaba deseando de marcharme; salir de su habitación y escapar del peso de aquella mirada.

Tres días después, algo cambió en aquella extraña fonda.

El cambio lo experimentó también la señora Manifold y ello sucedió después de que la habitación número siete, que estaba vacía, fuera ocupada por un huésped. Éste llegó poco antes de la hora de cerrar. Era un hombrecillo que cojeaba y que llevaba el sombrero echado sobre la cara, que además se veía borrosa por la niebla, tan espesa aquella noche, que penetró en el vestíbulo tras él y se vio amarillenta a través de la luz del mostrador. Venía empapado a causa de ella y empapado por dentro a causa del vino. Porque el aliento le olía a vino, un olor más fuerte que el de la humedad, y el que subía del río; el olor enfermizo de un vino pegajoso que flotaba sobre él como una nube.

Un hombre extraño, muy callado.

—Buenas noches, señor —le dije.

No me contestó.

Volví el libro de registro hacia él, alargándole la pluma.

—Habitación número siete, a la izquierda, señor —le dije—. ¿Pasará la noche o piensa quedarse más?

Lo que me contestó sonaba a «más»; pero su voz sonó tan ahogada que apenas si le entendí.

—Una noche húmeda —comenté.

Firmó en el registro con letra desigual, costándole trabajo escribir y sin quitarse sus mugrientos guantes.

—Tercer piso al fondo, la última puerta. Está abierta —le dije.

Sin decirme ni palabra dejó el vestíbulo y subió por la escalera, dejando tras él aquel nauseabundo olor a vino.

Miré al registro.

La letra era difícil, pero podía ser leída, con un poco de buena voluntad. A menos que la niebla, aquel pegajoso olor a vino y mi imaginación me engañaran, leí allí:

Amb. Manifold, domiciliado últimamente en Singapur, procedente de Madeira.

Tomé el libro de registro y subí al cuarto piso. La raja bajo la puerta reveló que la luz estaba encendida. Llamé.

—Soy Robinson, señora Manifold —le dije—. Me dijo que se venía alguien de Singapur...

—Entre.

Entré. Seguía sentada vestida con su vestido de raso negro, como una reina en medio de la habitación.

—Déjeme ver —dijo ávidamente.

Puse el registro ante ella.

Y entonces lo vio. Su cara morena se volvió pálida, y si antes había temblado, ahora fue sacudida... unas grandes y obscenas sacudidas que animaban aquella masa de carne. Apartó el libro bruscamente y éste cayó al suelo. Yo me incliné y lo recogí.

—Tiene el mismo apellido que usted —comenté.

Haciendo un esfuerzo para dominarse, me hizo la pregunta de siempre:

—¿Qué aspecto tiene?

—Bajito y cojea un poco.

—¿Dónde está?

—En la habitación número siete. Precisamente debajo de usted.

—Quiero verlo.

—¿Ahora?

—Ahora, señor Robinson.

Bajé las escaleras y llamé con los nudillos a la puerta de la habitación número siete. No hubo respuesta. Llamé más fuerte. Tampoco me contestaron. Un hombre mal educado y desagradable, ciertamente. Llamé una vez más. No hubo respuesta.

Probé a empujar la puerta. Estaba abierta.

La entorné y dije no muy alto en la oscuridad:

—¿Señor Manifold?

No hubo respuesta.

Abrí la puerta de par en par y encendí la luz.

La habitación estaba vacía. Vacía de seres humanos, porque estaba llena de aquella pesadez del olor a vino, algo dulzón, empalagoso y repugnante. La cama no mostraba señales de haber sido tocada, y sin embargo él había estado allí dentro.

Fui escaleras abajo hasta el vestíbulo, pero tampoco vi a nadie y la puerta de

la calle estaba cerrada, tal como yo la había dejado. Al señor Manifold no se le veía por ninguna parte.

Volví a la habitación de la señora Manifold, donde ésta me aguardaba.

—¿Y bien? —me preguntó al verme solo.

—No lo encuentro por ninguna parte —le expliqué—. Busqué en su habitación, pero no estaba allí.

Ella seguía temblando, pero a pesar de su agitación interior pudo preguntarme:

—Señor Robinson, ¿ha estado usted bebiendo vino?

—No. Ese olor lo ha traído él. Sospecho que estaba bebido. Me parece que era vino de Madeira u otro muy fuerte. Era dulzón...

Pero ella no escuchaba. O mejor dicho, no me estaba escuchando. Sus ojillos se achicaron aún más y se apoyó de costado, con su maciza cabeza apoyada de algún modo sobre su hombre y un poco agachada hacia la izquierda, como si estuviera escuchando algún ruido procedente de abajo.

—¿No oye a alguien cantando, señor Robinson? —me preguntó con un ronco susurro.

—Me parece que no —dijo después de prestar atención un momento.

—Están cantando esto —dijo, y empezó a cantar con horrible apresuramiento las estrofas familiares de su *saloma:*

¡Oh! El capitán está en el calabozo, muchachos, y volaron los sesos al primer oficial; navegaremos por los siete mares, muchachos y los haremos nuestros...

—No —dije.

Ella cerró los ojos y se echó hacia atrás.

—En cuanto lo vea otra vez comuníquemelo, señor Robinson.

Después de, eso, la campanilla de la señora Manifold tocó varias veces al día llamándome.

Lo primero fue:

—Haga que ese olor a vino desaparezca de esta casa, señor Robinson.

Pero no pude. Abrí todas las puertas y ventanas y no conseguí que aquel olor desapareciera; allí estaba: rico, pesado, nauseabundo; había venido para quedarse y no había más remedio que conformarse a vivir con él. Ya podía imaginar cuánto le fastidiaba a ella lo que odiaba esto; pero se sentía el olor hasta en su habitación y tuvo que soportarlo lo mismo que el resto de nosotros.

Después vino lo del señor Manifold: ¿Lo había vuelto a ver?

No, no lo había vuelto a ver. No lo vi nunca más. Se había ido sin pagar, pero al fin y al cabo no había utilizado aquella habitación; exceptuando el olor que dejó en ella, y de eso no se le podía acusar.

Y, ¿había oído yo aquel canturreo?

No, no lo había oído.

Pero ella sí, y eso la tenía preocupada; y también la preocupaba oír al señor Manifold del modo que ella decía que lo oía. Conocía sus andares. Había un ligero rastreo a causa de su cojera. Yo nunca oí tal cosa, ni ninguno de los demás, porque ella se lo preguntó al señor Claitor, que ni siquiera había visto al señor Manifold como yo lo vi.

Y empecé a preguntarme a mí mismo, que si él era realmente su esposo, ¿por qué había venido? Y habiendo venido, ¿por qué se había ido sin decir siquiera hola o adiós a su esposa? Era extraño, pero «El Descanso del Marino» era un sitio donde sucedían cosas extrañas, aun en el curso de su monótona existencia.

La señora Manifold ya no era la misma.

En todo caso, se había vuelto más terrible. Había algo mucho más furtivo en ella; menos tímido humor, mejor dicho, casi nada de humor; mostraba una inconfundible severidad, una tendencia a las bravatas, y sobre todo había algo en ella que le hacían más horrible de lo que al principio me había parecido; algo que me hizo pensar en la muerte y en el temor a la muerte, en la violencia y en un terror inimaginable; algo terrible que palpitaba en el corazón de la señora Manifold, como la sangre roja que animaba la vida de aquella masa de carne.

Y aunque yo no estaba a su lado más que un rato, me resultaba muy desagradable porque ella estaba siempre escuchando, conteniendo la respiración y escuchando, y oyendo cosas cuando no había nada que oír. Y siempre estaba haciendo preguntas que yo no podía contestar para complacerla, y regañándome para que hiciera desaparecer aquel olor a vino, lo cual era imposible, lo que nunca me atreví a decirle para que no se enfadara más. Ella de cuando en cuando me hablaba de su esposo.

—Siempre estaba con el vino y nunca se preocupaba de atender el negocio. Ése era mi Ambrose —me dijo un día—. Y además, las mujeres. No podía dejarlo solo. Le di más vino del que podía beber. ¡Maldita sea su alma!

Eso lo oí una y otra vez. Una infinidad de veces. Pero con todo era mejor que no verla escuchando. Uno no puede imaginarse lo que es eso, si no ha pasado por ello. Incluso hoy en día, transcurrido bastante tiempo, desde que estuve en

«El Descanso del Marino», se me representa aquella horrible mujer obesa con sus carnes sobresaliendo por los lados de su sillón, remirando las hojas del libro, inclinando su masa con su cabeza de pelo negro para escuchar y los aretes de sus orejas reluciendo a la débil luz amarillenta de la habitación, atenta por si percibía algún canturreo o el arrastrar de una pierna coja. Todavía puedo escuchar su voz aguda y estridente quejándose de la peste a vino, de aquella dulzura pegajosa y nauseabunda que penetró en «El Descanso del Marino» en aquella fatídica noche de niebla.

Y entonces, una noche llegó el final.

Me desperté entre sueños y aquel olor a vino por poco me ahoga. Me levanté y abrí la puerta de mi habitación y entonces oí el canturreo, algo parecido a lo que ella decía, solo que algo diferente, que era como sigue:

¡Oh! El viejo está en las profundidades, muchachos la señora hizo las maletas y se largó;
navegaré por los siete mares, muchachos, hasta dar con ella...

Aquello venía de alguna habitación de arriba, así que regresé a mi cuarto y me vestí. Volví a salir y empecé a subir las escaleras. Me pareció oír aquel arrastrar de pasos que la señora Manifold decía siempre que estaba oyendo; pero no estaba seguro.

Había llegado al tercer tramo de escalera cuando oí el chillido. Era la voz de la señora Manifold, estridente y horrible y ella le estaba gritando a su esposo:

—¡Vete, Ambrose! ¡Apártate! —le chilló con aquella voz horrible y agudísima que se salía de un modo tan poco natural de su obeso cuerpo—. ¡No me toques!

Y entonces hubo aquel terrible grito que no tenía nada de natural, que fue extinguiéndose en una voz ahogada y gorjeante.

Quedé sin atreverme a moverme de asustado que estaba, hasta que Claitor subió las escaleras tras de mí, temblando. Entonces corrimos los dos juntos hacia el cuarto piso. Claitor venía tras de mí, lo que resultó ser una cosa muy conveniente para mí; pues luego pudo declarar en mi favor y los de Scotland Yard no tuvieron nada de que acusarme.

Porque la señora Manifold estaba muerta... estrangulada. Estaba caída en el suelo, con su vestido de raso negro desgarrado por un lado, por el que asomaban sus blancas carnes y tenía los ojos vueltos. Por toda la habitación había tal peste a vino, que parecía que no quedaba aire... sólo aquel olor repugnante.

Pero había algo más... algo que no debía estar, algo que nadie pudo explicarse.

Había huesos diseminados por la habitación, huesos humanos; de un hombre... y en el cuello de la señora Manifold huellas profundas por donde había sido estrangulada, y trozos de tela y un viejo sombrero estropeado que yo había visto antes en una noche de niebla amarillenta, a la luz del mostrador de recepción de «El Descanso del Marino»...

Scotland Yard no supo qué decir para explicar aquello.

Además, no había razón para que ellos vieran alguna relación entre lo que había sucedido allí arriba en la habitación del cuarto piso y lo que hallaron en la corriente del Támesis, río arriba, a su paso por Wapping. Un viejo tonel de vino procedente de Singapur, un tonel que antes había contenido vino de Madeira y que tenía sus duelas destrozadas por un extremo, y que no contenía más que los huesos de dos dedos del pie y uno de una mano, nada que les explicara que la señora Manifold mató a su marido y lo metió en el tonel de vino y lo hizo llevar mar adentro, quizás con algún lastre, para hundirlo hasta que el tiempo y las mareas lo alejaran de Singapur, hasta que como fuera llegó a «El Descanso del Marino» en aquella noche de niebla en que apuntó en el libro de registro:

Amb. Manifold, domiciliado últimamente en Singapur, procedente de Madeira.

¿Era una horrible broma de mal gusto de alguna persona? ¡Y tanto que «procedente de Madeira»! ¡A pesar del tiempo transcurrido, no puedo soportar aquel olor!

Un santo terror
Ambrose Bierce

HUBO una completa falta de interés por el último recién llegado a Hurdy-Gurdy. Ni siquiera fue bautizado con el pintoresco y descriptivo apodo que con tanta frecuencia, en un campamento minero, es la palabra de bienvenida al recién llegado. En casi todos los otros campamentos de los alrededores esta circunstancia le habría asegurado un apelativo como *El enigma de cabeza canosa* o *No Survey;* una ingenua expresión que se supone sugiere a los más listos la frase española *¿quién sabe?* Vino sin provocar el menor comentario sobre el ambiente social de Hurdy-Gurdy, un lugar que, según el despectivo comentario que era general en California, los antecedentes personales se unían a la indiferencia. Pero ya había pasado el tiempo en que importaba quién iba allí, o si iba alguien, pues ahora Hurdy-Gurdy estaba deshabitado.

Dos años antes, el campamento había albergado una inquieta población de dos o tres mil hombres y una docena de mujeres. La mayoría de los primeros habían trabajado duramente varias semanas para demostrar ante el disgusto de las segundas, lo embustera que era la persona que había propalada la existencia de ricas vetas de oro, y que atrajo a todos aquí; trabajo, por otra parte, en que había tan poca satisfacción mental como provecho pecuniario, porque una bala de pistola de un ciudadano consciente puso a aquel imaginativo caballero fuera del alcance de la calumnia al tercer día de existir el campamento. Y sin embargo, aquella ficción tenía un cierto fundamento en la realidad, y muchos habían sido los que merodearon bastante tiempo por los alrededores de Hurdy-Gurdy, aunque ahora ya hacía tiempo que todos se habían marchado.

Pero habían dejado muchos recuerdos de su presencia. Desde el punto en donde el arroyo llamado Injun Creek se precipita en el río San Juan Smith, a lo largo de ambas orillas de primero en el cañón en donde mana, se extendía una doble fila de cabañas abandonadas, que parecían que se iban a caer unas sobre otras lamentando su desolación; mientras que un número aproximadamente igual parecían haberse extraviado subiendo por ambas laderas y se encaramaban sobre

las alturas dominantes, como si estiraran el cuello para conseguir una buena vista del impresionante escenario. La mayor parte de estas moradas estaban enflaquecidas, como si hubieran pasado hambre, y reducidas a la condición de meros esqueletos, sobre las cuales colgaban desgarbados andrajos de lo que podía haber sido piel, pero en realidad era lona. El pequeño valle en sí mismo, desgarrado y acuchillado por picos y palas, era feo, con largas y torcidas líneas de erosionadas gargantas profundas, que descansaban aquí y allá sobre las cimas de agudas aristas, y saltaba torpemente entre los espacios intermedios de postes sin desbastar. Todo el lugar presentaba un rudo y desagradable aspecto de un desarrollo bruscamente suspendido, que en los países nuevos es el substituto de la gracia solemne de las ruinas producidas por el tiempo. Dondequiera que quedaba un trozo de suelo intacto, exuberantes matorrales y zarzas se habían extendido por el escenario de sus sombras húmedas e insalubres, el visitante curioso e interesado por tales cosas, podría haber obtenido innumerables recuerdos de las pasadas glorias del campamento: botas enmohecidas llenas de tierra y hojas secas podridas; algún que otro viejo sombrero de fieltro; restos deshilvanados de una bata de franela; latas de sardinas inhumanamente mutiladas; y una sorprendente profusión de botellas negras, distribuidas con verdadera imparcialidad por todas partes.

El hombre que ahora había redescubierto Hurdy-Gurdy no estaba evidentemente interesado en su arqueología; ni tampoco, conforme miraba en torno suyo a aquellas lúgubres evidencias de un trabajo inútil y de esperanzas defraudadas, con su desalentador significado acentuado por la irónica pompa del relumbrón barato del sol, que se elevaba sobre el horizonte. Al suspirar de cansancio dio la impresión de sentimiento. Se limitó a retirar del lomo de su fatigado burro un equipo minero, que era un poco más grande que el propio animal; ató el asno a un poste y escogiendo un destral de su maletín de herramientas, se dirigió seguidamente, cruzando el lecho seco del Injun Creek, hacia la loma de una colina de suelo de guijarros, que estaba al otro lado. Pasando a través de una medio derribada valla de maleza y tablas, tomó una de éstas, la partió en cinco pedazos y los aguzó por un extremo. Entonces empezó como a buscar algo, deteniéndose de cuando en cuando como examinando alguna cosa atentamente. Al final su paciente búsqueda parece que fue premiada con el éxito, porque de repente irguió el cuerpo con toda su altura, hizo un gesto de satisfacción, pronunció la palabra *Scarry* y en seguida se alejó con pasos largos e igualados, los cuales fue contando, luego se detuvo y clavó una de sus

estacas en la tierra. Miró cuidadosamente alrededor de él, midió un número de pasos sobre un suelo bastante desigual, y clavó otra estaca. Recorriendo dos veces la distancia en ángulo recto hasta su punto de partida, clavó una tercera y repitiendo el proceso clavó una cuarta y una quinta. Esta última la clavó en la cima y en una grieta introdujo un viejo sobre de carta, cubierto con un intrincado sistema de rayas a lápiz. En resumen, había acotado una pertenencia minera estrictamente de acuerdo con las leyes locales de minería de Hurdy-Gurdy, y colocó el correspondiente aviso.

Es necesario explicar que una de las dependencias de Hurdy-Gurdy era un cementerio (las grandes ciudades acaban por convertirse en dependencias de sus cementerios). En la primera semana de la existencia del campamento un comité de ciudadanos decidió establecerlo. Al día siguiente dos miembros del comité disputaron acerca del lugar donde debería estar situado, y al tercer día la necrópolis fue inaugurada con un doble funeral. Conforme el campamento fue disminuyendo, el cementerio fue creciendo y mucho antes de que el último habitante victorioso, tanto sobre la insidiosa malaria como sobre los amenazadores revólveres, hubiera abandonado su asno de carga el Injun Creek, el cercano cementerio se había convertido en un suburbio populoso, ya que no popular. Y ahora, cuando la ciudad había decaído hasta una marchita, amarillenta y desagradable senilidad, el camposanto, aunque algo desfigurado por el tiempo y las circunstancias y no totalmente exento de innovaciones en la gramática y de experimentos en la ortografía, por no hablar de las devastaciones de los coyotes, servía a las necesidades de sus habitantes difuntos bastante a la perfección. Comprendía generosamente dos acres de terreno, el cual con loable espíritu de economía, había sido escogido porque no tenía valor mineral y contenía dos o tres esqueletos de árboles (uno de los cuales tenía una recia rama lateral, de la que aún colgaba, significativamente, una cuerda para secar la ropa), medio centenar de montones de guijarros y una serie de toscas lápidas en las cuales se veían las faltas de ortografía arriba mencionadas y una colonia de chumberas. El «Sitio de Dios», como reverentemente había sido llamado aquel lugar, sólo podía jactarse de ser un poco más desolado que sus alrededores. Fue precisamente en la parte donde las tumbas eran más abundantes donde el señor Jefferson Doman había acotado su pertenencia. Si en la prosecución de sus trabajos creyera oportuno desenterrar alguno de los muertos, éstos tendrían el derecho a ser convenientemente reenterrados.

Este señor Jefferson Doman era de Elizabethtown, Nueva Jersey, en donde

seis años antes, había dejado su corazón en manos de una joven rubia, de carácter un poco gazmoño, llamada Mary Matthews, de la que pensaba pedir la mano a su regreso.

—Sé que nunca volverás vivo, pues nunca tuviste suerte en nada —fue la observación que ilustró lo que la señorita Matthews entendía por tener éxito; e incidentalmente, su punto de vista de cómo había que animar a una persona. Y añadió—: Si tú no vas a California, iré yo. Puedo ayudarte a meter las monedas en maletines conforme tú las vayas desenterrando.

Esta característica teoría femenina de los depósitos auríferos no convenció a su inteligencia masculina: él creía que el oro se encontraba de otro modo. Así que desaprobó enérgicamente el intento de ella y ahogó sus sollozos pasándole una mano por la boca; se rió en su cara y le besó las lágrimas, y con un simpático ¡vaya, vaya! se fue a California para trabajar por ella, a través de largos años de soledad, con corazón animoso y esperanzas siempre vivas, guardándole una intachable fidelidad. Mientras tanto la señorita Matthews había otorgado el monopolio de su humilde talento a la tarea de sacarle los cuartos a un tal señor Jo Seeman, de Nueva York, jugador de profesión, por quien era más apreciada que por su novio, por su habilidad en saquearle y en gastarse el dinero con sus rivales. Como quiera que el pagano se enterara de esto, le manifestó su desaprobación, de un modo que a él le valió el puesto de empleado en la lavandería del presidio de Sing-Sing y a ella el apodo de *Split-faced Moll* (Moll, la de la cara partida). Por este tiempo ella escribió al señor Doman una carta conmovedora desligándolo de su compromiso, incluyendo una fotografía como demostración de que ya no podía esperar tener el derecho a convertirse en la señora Doman, y contándole tan gráficamente que se había caído de un caballo, que el pobre potro con el cual el señor Doman fue hasta Red Dog para recoger la carta, expió el pobrecillo las culpas ajenas, pues tuvo que sufrir el aguijón de la espuela todo el camino de vuelta al campamento. La carta falló en cierto sentido en cumplir su objeto, pues la fidelidad que hasta entonces había sido para el señor Doman obligación de amor y deber, fue desde entonces asimismo un puntillo de honor; y la fotografía, mostrando la una vez linda cara malamente desfigurada como si hubiera recibido una cuchillada, fue el objeto de su devoción y cariño y la otra anterior en que ella aparecía con su cara bonita, fue en cambio descuidada. Hay que decir que al enterarse de esto, la señorita Matthews pareció menos sorprendida que lo que habría cabido esperar, dado su pobre concepto de la generosidad del señor Doman, a juzgar por su anterior

carta. Sin embargo se cartearon cada vez con menos frecuencia y finalmente, toda correspondencia entre ellos cesó.

Pero el señor Doman se escribía con otra persona, el señor Barney Bree, de Hurdy-Gurdy, anteriormente vecino de Red Dog. Este caballero, aunque era una figura muy conocida entre los mineros, no era minero. Su conocimiento de la minería consistía especialmente en el dominio de su jerga, a la cual hizo una copiosa contribución, enriqueciendo su vocabulario con una cantidad extraordinaria de frases, más notables por su aptitud que por su refinamiento, y que impresionaron mucho a sus oyentes medio analfabetos, dándoles una vivida impresión de la profundidad de los conocimientos de su inventor. Cuando no estaba entreteniendo a un círculo de admiradores de San Francisco o del Este, lo más fácil era encontrarlo ejerciendo el comparativamente oscuro oficio de barrendero en todas las variadas salas de baile o limpiando sus escupideras.

Por lo visto Barney sólo tenía dos amores en su vida: uno el servir a Jefferson Doman, que en cierta ocasión le fue muy útil, y el otro, su amor por el whisky, aunque éste no le había servido de nada. Fue de los primeros que integró la comitiva de buscadores de oro en Hurdy-Gurdy, pero no tuvo suerte, y fue bajando de categoría hasta llegar a ser enterrador. No lo hizo por vocación, pero Barney estaba siempre dispuesto a echar una temblorosa mano cada vez que eran requeridos sus servicios, después de algún malentendido en una mesa de juego, siempre y cuando él hubiera pasado ya la mona de turno.

Un día el señor Doman recibió en Red Dog una carta con este simple remite: «Hurdy, California», y como estaba ocupado con otro asunto, la dejó por algún lado de su cabina para leerla después. No se volvió a fijar en ella hasta pasados dos años, y entonces la leyó. Decía lo siguiente:

Hurdy, Junio 6.

Amigo Jeff:

La he golpeado fuerte en el osario. Está ciega y sucia. Me callaré la orientación hasta que usted silbe.

Suyo,

Barney.

P.,D.: *La enterré con Scarry.*

Conociendo la jerga de los campamentos mineros y el sistema privado del señor Bree para la comunicación de sus ideas, el señor Doman no tuvo dificultades en enterarse, gracias a esta epístola tan poco común, que el señor Barney, mientras cumplía su deber como enterrador, había topado con un filón

de cuarzo que no tenía afloramientos; se veía a simple vista que tenía vetas de oro y que consideraron la amistad que los unía, estaba dispuesto a aceptar al señor Doman como socio, y que esperando que él se sirviera contestarle, mantendría celosamente en secreto su descubrimiento. Por la postdata estaba claro que había enterrado en aquel lugar a una persona llamada Scarry.

Según lo que pasó después, tal como se lo contaron al señor Doman en Red Dog, parecía ser que antes de tomar esta precaución, el señor Bree tuvo que quitar de en medio a un competidor; además, por entonces se desarrollaron aquellas memorables competiciones a ver quién bebía más, con ocasión de aquellos tratados que son aun hoy día una de las más queridas tradiciones de la región de San Juan Smith, y de las cuales se habla con respeto, incluso en sitios tan alejados como Ghost Rock y Lone Hand. En conclusión, que algunos anteriores ciudadanos de Hurdy-Gurdy, para los cuales él había realizado el último trabajo en el cementerio, tuvieron que hacerle sitio entre ellos y allí descansa en paz.

Habiendo terminado de clavar las estacas de su pertenencia minera, el señor Doman se dirigió al centro de ella y se situó nuevamente en el lugar entre las tumbas en donde había soltado la exclamación *Scarry.* Se inclinó de nuevo sobre la lápida que llevaba tal nombre y, como para reforzar los sentidos de la vista y del oído, pasó su dedo índice sobre las letras toscamente grabadas. Volvió a incorporarse, y añadió en voz alta a la simple inscripción este asombroso epitafio; «¡Ella fue un santo terror!»

Si el señor Doman hubiera sido requerido para que probara que estas palabras tenían algún fundamento para ser dichas, considerando su tono de censura, se habría sentido desconcertado por la ausencia de testigos de confianza, y a lo sumo podría haber alegado que eso es lo que decía la gente. Cuando Scarry andaba por los campamentos mineros, de los alrededores, cuando, como el editor de *Hurdy Herald* habría dicho, «ella estaba en la plenitud de su poder», la suerte del señor Doman estaba en baja y había dejado la vida errabunda y trabajosa de un buscador de minas. La mayor parte de su tiempo lo había pasado en las montañas, ahora con un compañero, luego con otro. Entonces fue cuando tuvo ocasión de formarse una opinión sobre Scarry, basándose en las admirativas descripciones de sus casuales socios, que tenían aún frescos los recuerdos de su paso por los diversos campamentos. Sin embargo, él nunca tuvo el dudoso gusto de conocerla personalmente, ni la discutible distinción de recibir sus favores. Y cuando, finalmente terminó el

alocado episodio de su estancia en Hurdy-Gurdy, leyó por casualidad en un ejemplar del *Herald* su esquela de defunción (escrita por un humorista local en aquel entretenido periódico con su mejor estilo). Doman dedicó a su memoria y al genio de su biógrafo el tributo de una sonrisa, y caballerosamente la olvidó. Ahora, de pie ante la tumba de esta Mesalina montañesa, recordó los principales acontecimientos de su turbulenta vida, tal como los había oído celebrar en torno a las hogueras de los diversos campamentos y, quizá en una inconsciente tentativa de autojustificación, repitió que. ella era un santo terror, y hundió su pico hasta el mango en su sepultura. En aquel momento, un cuervo que había ido a posarse sobre una rama del árbol seco que se alzaba por encima de su cabeza, abrió solemnemente su pico y soltó un graznido de aprobación.

Prosiguiendo en su búsqueda del oro con gran celo, lo cual le confirmó a sí mismo que era un buen cavador, el señor Hurney Bree había hecho una sepultura más profunda de lo normal, y ya estaba el sol a punto de ponerse cuando el señor Doman, que trabajaba con el ahínco de uno que sabe lo que va a encontrar y no tiene miedo de que venga otro con mejor derecho a hacerle reclamaciones, llegó hasta el ataúd y le quitó la tierra de encima. Cuando hubo hecho eso, se encontró ante una dificultad que no había previsto; el ataúd, que ora una mera costra de tablas no muy bien conservadas de madera de secoya, parecía ser que no tenía asas, y ocupaba por entero el fondo de la zanja. Lo mejor que podía hacer, sin profanar la santidad de la situación, era hacer la zanja lo suficientemente larga para permitirle ponerse de pie a la cabeza del ataúd y, metiendo sus robustas manos por debajo, levantarlo sobre su extremo más delgado; y esto es lo que lazo. Como la noche se acercaba apresuró sus esfuerzos. No pensaba abandonar su tarea en tal estado, para proseguirla al día siguiente por la mañana en más ventajosas condiciones. El febril estímulo de la codicia y la fascinación del terror lo mantenían aferrado a su lúgubre faena con una autoridad de hierro. Sin darse un momento de descanso se afanó con terrible celo. Con la cabeza descubierta, quitada la chaqueta y la corbata, la camisa abierta por el cuello y con el pecho al aire, por el cual le corrían hilillos sinuosos de sudor, este endurecido e impenitente buscador de oro (y ladrón de tumbas) trabajó con una energía de gigante, que casi dignificó la macabra labor que estaba haciendo. Cuando las últimas franjas de luz desaparecieron allá por las colinas que al Oeste cerraban el horizonte, y la luna llena salió de entre las sombras que se extendían sobre la llanura color púrpura, él ya había puesto el ataúd de pie, apoyado contra un extremo de la tumba abierta. Entonces, cuando aquel hombre se hallaba de pie

con el cuello a la altura del cuello del cadáver, se quedó mirando al ataúd que ahora la luna iluminaba plenamente, y él quedó paralizado repentinamente por el terror al observar sobre él la asombrosa aparición de una oscura cabeza humana... la sombra de la suya. Por un rato este hecho natural y sencillo lo acobardó. El ruido de su agitada respiración le dio miedo, y trató de calmarla, pero no había modo de negar aire a los pulmones, que parecía le iban a estallar. Riéndose casi en voz alta y sin ningunas ganas, empezó a hacer movimientos con la cabeza de un lado para otro, para obligar a la sombra a repetirlo. Se sintió más tranquilizado al ver que su sombra le obedecía. Estaba contemporizando, haciendo, con una prudencia inconsciente, una oposición dilatoria a una inminente catástrofe. Y sintió aquellas invisibles fuerzas del mal cerrándose sobre él y parlamentó durante un rato con lo Inevitable.

Ahora observó, unas detrás de otras, varias y extraordinarias circunstancias. La superficie del ataúd sobre la cual tenía fija la mirada, no era plana, sino que presentaba dos relieves bien visibles, uno longitudinal y el otro transversal. Donde se cruzaban, en la parte más ancha, había una lámina metálica corroída que reflejaba la luz de la luna con lúgubre brillo. A lo largo de los bordes exteriores del ataúd, y algo separadas, se veían cabezas de clavos enmohecidas. ¡Este frágil producto del arte de la carpintería había sido metido en la sepultura del revés!

Quizá éste era uno de los hechos humorísticos del campamento, una manifestación práctica de aquel espíritu chistoso que había hallado expresión literaria en aquella desordenada esquela debida a la pluma del gran humorista de Hurdy- Gudy. Quizá tenía algún oculto significado personal, imposible de averiguar para el que no conociera las costumbres locales. Una hipótesis más caritativa era la de que esto se debía a la mala suerte del señor Barney Bree, el cual, al hacer este trabajo solo, bien por el deseo de conservar el secreto de su oro o por la apatía pública, había cometido un disparate que luego no pudo o no quiso, rectificar. Lo cierto es que la pobre Scarry había sido enterrada boca abajo.

Cuando el terror y lo absurdo se alían, el efecto es temible. Este hombre cabezota y atrevido, este duro trabajador nocturno entre los muertos, este desafiante antagonista de la oscuridad y la desolación, sucumbió ante esta ridícula sorpresa. Se sintió poseído de repente por el terror y sintió escalofríos, temblándole sus macizos hombros, como si quisiera arrojar fuera de sí una mano helada. Se le cortó la respiración y la sangre de sus venas, incapaz de contener su

ímpetu, surgió, cálida, por debajo de su fría piel. Careciendo de oxígeno, se le subió a la cabeza y le congestionó el cerebro. Sus funciones físicas se le habían pasado al enemigo; su mismo corazón se había puesto contra él. No se movió, no podría haber gritado. No necesitaba más que un ataúd para estar muerto, tan muerto como la muerte que se le enfrentaba a la distancia de sólo una tumba abierta y el espesor de unas tablas podridas entre ambos.

Entonces, uno a uno, fue recuperando sus sentidos; la marea del terror que había atenazado todas sus facultades, empezó a retroceder. Pero con el retorno de sus sentidos quedó singularmente inconsciente de la causa de su temor. Vio la luz de la luna reluciendo sobre el ataúd; pero había otras cosas que asimismo relucían. Alzando la mirada y volviendo sus ojos, notó, con curiosidad y con sorpresa, las negras ramas del árbol seco y trató de calcular la longitud de la desgastada cuerda que colgaba de él de un modo fantasmal. Los monótonos ladridos de los lejanos coyotes le recordaron algo que él habría oído en sueños ya hacía años. Una lechuza revoloteó torpemente sobre él sin hacer ruido, y él trató de adivinar la dirección de su vuelo y cuándo se toparía con el acantilado que levantaba su iluminada pared a cosa de una milla. Su oído percibió la rápida carrera de una ardilla a través de las sombras de un cacto. Observaba atentamente, todos sus sentidos estaban alerta; pero ya no vio el ataúd. Lo mismo que uno puede mirar al sol hasta que éste parece negro y desaparece, así su mente, habiendo agotado su capacidad de miedo, ya no era consciente de la existencia separada de algo terrible. El Asesino estaba encubriendo la espada.

Fue en este momento de calma en la batalla, cuando se dio cuenta de un débil olor repugnante. Al principio pensó que era el de una serpiente de cascabel e involuntariamente trató de mirar alrededor de sus pies. Eran casi invisibles en la oscuridad de la fosa. Un sonido ronco y gorjeante, como el grito de agonía de una garganta humana, pareció brotar del cielo, y un momento después una sombra grande, negra y angulosa colgó curvada de la rama más alta del árbol espectral, revoloteó por un instante ante su cara y luego se alejó de un salto hacia la niebla que flotaba sobre el arroyo. Era un cuervo. El incidente le volvió a la realidad y de nuevo sus ojos buscaron el ataúd puesto de pie, ahora iluminado por la luna en la mitad de su longitud. Parecía el relucir de una lámina y trató de descifrar la inscripción sin moverse. Luego empezó a especular en lo que habría detrás. Su imaginación creativa le presentó un vivido cuadro. Las tablas ya no parecían ser un obstáculo para su vista, y vio el lívido cadáver de la muerta, envuelto en su sudario, y mirándole con ojos vacíos y encogidos. Tenía caída la

mandíbula y el labio superior salido sobre los dientes al descubierto. Podía imaginarse las veteadas y hundidas mejillas, las máculas de la podredumbre. Por algún misterioso proceso su mente dio marcha atrás aquel día por primera vez para recordar aquella fotografía de Mary Matthews. Comparó su rubia belleza con el horrible aspecto del rostro de la muerta, la imagen más amada con la más espantosa que él pudiera concebir.

El Asesino avanzó ahora, y esgrimiendo la cuchilla, golpeó con ella la garganta de la víctima. Es decir, el hombre se dio cuenta, primero débilmente, después definitivamente, de una impresionante coincidencia, una relación, un paralelo, entre el rostro de la fotografía y el nombre que había en el letrero. Uno estaba desfigurado, el otro describía una desfiguración. Y el pensamiento se apoderó de él y le hizo estremecerse, pues transformó el rostro que su imaginación había creado tras la tapa del ataúd, y el parecido llegó hasta ser identidad. Recordando las muchas descripciones del aspecto que tenía Scarry que él había oído por los chismes que corrían junto al fuego de su campamento, trató con poco éxito de recordar la exacta naturaleza de la desfiguración que había merecido a aquella mujer su feo apodo [6] y lo que no podía decirle su memoria, lo proporcionó la fantasía, dejándole convencido. En su alocada tentativa de recordar aquellos fragmentos de la historia de aquella mujer, tal como él los había oído, los músculos de sus brazos y manos se le pusieron rígidos hasta sentir una dolorosa tensión, como si hiciera un esfuerzo para levantar un gran peso. Su cuerpo se retorció y dobló como forzado. Las venas de su cuello se le pusieron tan tensas como correas de látigo, y su respiración se hizo entrecortada. La catástrofe ya no podía ser diferida, pues la agonía de la anticipación no dejaría nada para el golpe de gracia de la comprobación. El rostro desfigurado que, estaba detrás de la tapa del ataúd, lo mataría a través de las tablas.

Un movimiento del ataúd lo calmó. Éste se adelantó hasta llegar a un pie de distancia de su rostro, haciéndose cada vez más grande conforme se acercaba. La enmohecida placa de metal, con una inscripción ilegible a la luz de la luna, se lo quedó mirando fijamente a los ojos. Determinado a no encogerse, trató de apoyar sus hombros más firmemente contra la pared de la zanja, y por poco no se cae hacia atrás en la tentativa. No había nada en que pudiera apoyarse; había avanzado hacia su enemigo, agarrando el pesado cuchillo que se había sacado de su cinturón. El ataúd no se había movido, y él sonrió al pensar que no podría retirarse. Alzando su cuchillo, asestó un golpe con todas sus fuerzas contra la

placa de metal. Hubo una aguda y resonante percusión y con sordo estruendo la medio podrida tapa del ataúd se hizo pedazos, que cayeron a sus pies. El impulsivo y la muerta estaban ahora cara a cara: el hombre frenético y tembloroso y la mujer que seguía tranquila en su silencio. ¡Era un santo terror!

Unos meses después, un grupo de hombres y mujeres pertenecientes a la buena sociedad de San Francisco, pasó por Hurdy-Gurdy camino del valle de Yosemite por una nueva ruta. Se detuvieron allí a comer y aprovecharon el alto para explorar el campamento abandonado. Uno de los miembros del grupo había estado en Hurdy-Gurdy en sus tiempos de esplendor. Realmente había sido uno de sus más destacados ciudadanos y se decía que pasaba más dinero por su mesa de faraón en una noche, que por las de todos sus competidores en una semana; pero como era ahora un millonario dedicado a grandes empresas, no consideraba éstos sus primeros éxitos lo suficientemente importantes como para mencionarlos. Su esposa inválida, una dama famosa en San Francisco por su tren de vida y sus humos con respecto a su posición social, acompañaba a la expedición. Dando un paseo entre las cabañas abandonadas del solitario campamento, el señor Porfer dirigió la atención de su esposa y amigos hacia un árbol seco que había sobre una baja colina al otro lado del Injun Creek.

Como ya les dije —explicó—, yo estuve en este campamento en mil ochocientos... y me contaron que por lo menu. cinco hombres habían sido ahorcados por los vigilantes en diversas ocasiones y en aquel mismo árbol. Si no me equivoco, todavía cuelga de él una cuerda. Lleguémonos allí y echemos un vistazo.

El señor Porfer no añadió que la cuerda en cuestión era quizás la misma que estuvo a punto de rodear su cuello, si no llega a ser porque escapó con tanto apresuramiento, que le tomó una hora de delantera.

Bajando tranquilamente por la orilla del torrente, hasta encontrar un vado conveniente, el grupo topó con el esqueleto muy pelado de un animal, que el señor Porter, tras examinarlo detenidamente, afirmó ser el de un asno. Sus salientes orejas le habían desaparecido, pero la parte no comestible de la cabeza había sido respetada por las fieras y las aves y la recia brida de crin y los arreos estaban todavía intactos, unidos a una recia estaca aún clavada en tierra. A su lado había los objetos de madera y metal del equipo de un buscador de minas. Se hicieron los naturales comentarías, cínicos los de los caballeros, sentimentales y refinados los de las señoras. Un poco más allá se detuvieron junto a un árbol en el cementerio, y el señor Porfer se olvidó de su dignidad lo bastante como para

colocarse debajo de la cuerda podrida y confiadamente metió su cuello dentro del lazo, al parecer con gran satisfacción de su parte, pero horrorizando a su esposa, a quien no le hizo la menor gracia la broma.

Una exclamación de uno de los del grupo, hizo que todos se congregaran junto a una fosa abierta, en cuyo fondo vieron una revuelta confusión de huesos humanos y los restos despedazados de un ataúd. Los lobos y los busardos especialmente, habían celebrado allí los últimos ritos funerarios con un festín. Aún se veían dos cráneos y, para investigar esta extraña redundancia, uno de los caballeros más jóvenes tuvo el atrevimiento de saltar a la fosa y alargárselos a los otros, antes de que la señora Porfer tuviera tiempo de manifestar su enérgica repulsa por un acto semejante, aunque se cuidara de expresarlo con prudentes palabras. Prosiguiendo en su búsqueda entre los fúnebres restos del fondo de la tumba, el joven caballero les alargó seguidamente una mohosa placa, en la que había una inscripción toscamente labrada, que el señor Porfer pudo descifrar con dificultad y que leyó en voz alta con avidez, pero sin lograr el efecto dramático que él, creía correspondía a la ocasión y a su habilidad retórica:

MANUELITA MURPHY

Nacida en la Misión San Pedro

Falleció en Hurdy-Gardy, a la edad de 47 años.

El infierno está lleno de éstas

En atención a la piedad del lector y a los nervios de la fastidiosa señora Porfer, pasemos por alto la penosa impresión que causó esta inscripción tan poco común y ni que decir tiene que ni siquiera al señor Porfer con toda su elocuencia, se le habría ocurrido jamás reconocer una cosa así con tanta espontaneidad.

El siguiente fragmento que recogió del suelo aquel joven profanador de tumbas, fue un largo mechón de cabello negro, pegado con barro seco; pero esto resultó ya tan *anticlimax* que mereció poca atención. De repente, soltando una exclamación y haciendo un excitado gesto, el joven desenterró un pedazo de roca grisácea, y tras examinarlo brevemente se lo alargó al señor Porfer lo tomó, se inclinó para verlo mejor y luego lo tiró indiferente, haciendo el siguiente comentario:

—Pirita de hierro... el oro de los locos.

El joven que lo había descubierto pareció quedar un poco desconcertado.

Mientras tanto, la señora Porfer que no pudo soportar por más tiempo todo aquello, volvió hacia el árbol y se sentó sobre sus raíces. Mientras se arreglaba un bucle de su cabellera, que se le había despeinado, se sintió atraída por lo que

parecían ser, y eran, los restos de una chaqueta. Mirando a su alrededor para asegurarse de que no la veían cometer un acto tan impropio de una dama, metió su enjoyada mano en uno de sus bolsillos y sacó un mohoso cuaderno de notas. Entre sus hojas contenía lo siguiente:

Un manojo de cartas con el matasellos de Elizabethtown, Nueva Jersey.

Un bucle de cabello rubio, atado con una cinta.

Una fotografía de una chica muy guapa.

Otra fotografía de la misma, notablemente desfigurada.

Un nombre al dorso de la fotografía: «Jefferson Doman».

Un momento después, un grupo de caballeros presos de ansiedad rodeaban a la señora Porfer, mientras ésta seguía sentada inmóvil al pie del árbol, con la cabeza caída hacia delante y sus dedos apretados sobre una arrugada fotografía. Su esposo le levantó la cabeza, dejando ver un rostro terriblemente pálido, exceptuando a la larga y deforme cicatriz tan familiar a todas sus amistades, que ningún cirujano pudo nunca disimular y que ahora atravesaba la palidez de su cara como una visible maldición.

Mary Matthews Porfer había tenido la mala suerte de morirse.

Impulso
Eric Frank Russell

EL AYUDANTE que iba por las tardes se había ausentado y el propio doctor Blain tuvo que salir a ver quién había llamado a la puerta. Maldiciendo mentalmente la prolongada ausencia de Tod Mercer, que era su *factotum* general, tapó la bureta, tomó el vaso de líquido neutralizado que había debajo y lo puso sobre un estante.

Apresuradamente se metió una espátula plegable en un bolsillo de la chaqueta, se frotó las manos y echó un vistazo alrededor a su pequeño laboratorio. Entonces se dirigió, con su alta y flaca figura hacia la sala de espera.

El visitante estaba cómodamente sentado en un sillón. El doctor Blain se lo quedó mirando, y vio a un individuo cadavérico con los ojos llenos de pintitas, piel manchada y unas manos pálidas e hinchadas. Las ropas que llevaba aquel individuo le sentaban tan mal como un saco.

Blain consideró que debía ser un caso de úlceras perniciosas o a lo mejor un agente de seguros que quería convencerlo a contratar una póliza, lo que no era el caso. De todos modos le pareció que en la expresión de aquel hombre había como una extraña contorsión. Lo saludó, preguntándole qué quería.

—¿Es usted el doctor Blain? —dijo el hombre sentado en el sillón. Su voz le salía como un lento gargarismo, de modo espectral, y al oírla Blain sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

Sin esperar una respuesta, y con sus ojos apagados fijos en Blain, que seguía de pie, el visitante continuó:

—Somos unos individuos cadavéricos con ojos llenos de pintitas, la piel manchada y unas manos pálidas e hinchadas.

Sentándose bruscamente, el doctor Blain se agarró a los brazos de su sillón, hasta que los nudillos le sobresalieron como ampollas. Su visitante siguió haciendo aquellos lentos gargarismos, imperturbable.

—Las ropas que llevamos nos sientan peor que un saco. Somos un caso de úlceras perniciosas o a lo mejor un agente de seguros que hemos venido para

convencerlo de que contrate una póliza, lo que no es el caso. Nuestra expresión tiene como una extraña contorsión.

Hablando así, giró un ojo corroído y se quedó mirando de reojo, con una terrible falta de brillo, al estupefacto Blain. Y prosiguió:

—Nuestra voz sale como un lento gargarismo y su sonido provoca un escalofrío en su espina dorsal. Tenemos unos ojos podridos que le miran de reojo con falta de brillo que usted considera horrible.

Haciendo un poderoso esfuerzo, Blain se inclinó hacia delante, con la cara congestionada y temblando. Sus cabellos grises se le habían erizado por detrás del cuello. Antes de que pudiera abrir la boca, su visitante dijo las palabras que él no se atrevió a pronunciar:

—¡Santo Dios! ¡Si me ha estado leyendo el pensamiento!

El tipo de los ojos apagados los siguió manteniendo clavados en el rostro asombrado de Blain, cuando éste se puso de pie de un salto. Luego le dijo secamente:

—Siga sentado.

Blain siguió de pie. Pequeñas gotas de sudor empezaron a perlar su frente y luego a recorrer su rostro fatigado y lleno de surcos.

Más imperioso, amenazador, el otro repitió:

—Siga sentado.

Sintiendo una extraña debilidad en las rodillas, Blain se sentó. Se quedó mirando fijamente el rostro espectral de su horrible visitante y tartamudeó:

—¿Qui... quién es... u... usted?

—¡Mire eso! —y alargó a Blain un recorte de periódico.

Leyó, por encima, el contenido y luego Blain protestó:

—Pero si esto es un reportaje hablando del robo de un cadáver en el depósito...

—Exacto —convino el otro.

—No comprendo —el rostro tenso de Blain mostró aturdimiento.

—Éste —dijo el otro señalando con un dedo descolorido a su colgante chaqueta—, es el cadáver.

—¿Cómo? —por segunda vez, Blain se puso de pie de un salto. El recorte se le cayó de las manos, revoloteando hasta caer sobre la alfombra. Se inclinó sobre el sujeto que estaba sentado en el otro sillón, expelió aire con un suave silbido y no encontró palabras que decir.

—Éste es el cadáver —repitió el extraño. Su voz sonó como si fuera soplada

a través de burbujas de aceite espeso Y señaló con un dedo al recorte—. No se ha fijado en la

fotografía. Mírela. Compare ese rostro con el que tenemos nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó extrañado Blain, sintiendo que le daba vueltas la cabeza.

—¡Nosotros! Somos muchos. Mandamos sobre este cuerpo. Siéntese.

—Pero...

—¡Siéntese!

El tipo aquel deslizó una mano fría y fláccida en el interior de un bolsillo de su mal trajeada chaqueta, sacó lentamente una gran pistola, y lo apuntó con ella torpemente. A los ojos de Blain, el cañón de aquella arma de fuego era enorme. Volvió a sentarse, recogió el recorte y miró fijamente la fotografía, en cuyo pie se leía:

«James Winstanley, cuyo cadáver desapareció misteriosamente la pasada noche del depósito de Simmstown.»

Blain contemplaba alternativamente el grabado y a su visitante. Los dos eran el mismo; no cabía duda. La sangre empezó a golpearle en las arterias.

La pistola automática se bajó, vaciló y fue subida, apuntándole, otra vez.

—Sus preguntas son anticipadas —baboseó el tal James Winstanley Clegg —. No, éste no es un caso de catalepsia que se haya reanimado por sí solo. Su idea ha sido ingeniosa, pero no explica la lectura del pensamiento.

—Entonces, ¿de qué caso se trata? —preguntó Blain con repentino valor.

—De un caso de confiscación —sus ojos parecieron que se iban a salir de las órbitas—. Hemos entrado en posesión. Ante usted hay un hombre poseído —y se permitió una risita de vampiro—. Parece que en vida este cerebro gozaba de un buen sentido del humor.

—Sin embargo, yo no...

—¡Cállese! —la pistola hizo un movimiento para dar énfasis a aquella orden —. Nosotros hablaremos, usted oirá. Ya captaremos sus pensamientos.

—Muy bien —el doctor Blain se echó atrás en su sillón y miró con gesto cansado hacia la puerta. Estaba convencido de que se hallaba ante un loco. Sí, un maníaco, a pesar de la lectura del pensamiento, a pesar del grabado y del recorte del periódico.

—Hace dos días —gargajeó Clegg o lo que antes fue Cregg—, un llamado meteoro aterrizó cerca de esta ciudad.

—Leí algo acerca de eso —admitió Blain—. Lo buscaron, pero no lo

encontraron.

—Ese fenómeno fue en realidad una nave espacial —la pistola balanceó en aquella mano fláccida, y al final el que la empuñaba la hizo descansar sobre su regazo—. Era una nave espacial que nos trajo desde nuestro mundo: Glantok. La nave era pequeñísima para las medidas de ustedes; pero nosotros también somos pequeños. Muy pequeños. Somos submicroscópicos y nuestra cantidad se cuenta por miríadas. No, no; no somos gérmenes inteligentes —aquel ser horrible había captado el pensamiento de la mente de su oyente—. Somos todavía más pequeños que ellos —hizo una pausa mientras buscaba palabras más explícitas —. Como masa, nos parecemos a un líquido. Usted puede considerarnos como un virus inteligente.

—¡Oh! —Blain se esforzó en calcular cuántos saltos necesitaría para alcanzar la puerta, y hacerlo sin revelar sus pensamientos.

—Nosotros, los glantokianos, somos parasitarios en el sentido de que habitamos y dominamos los cuerpos de las pequeñas criaturas. Hemos venido aquí, a vuestro mundo, ocupando el cuerpo de un pequeño mamífero glantokiano —tosió con viscoso estruendo en lo más profundo de su garganta y luego continuó—: Cuando aterrizamos y salimos de la nave, un perro excitado persiguió a nuestra criatura y se apoderó de ella. Cogimos al perro, y nuestra criatura murió cuando la abandonamos. El perro resultó ser inútil para nuestros propósitos, aunque sirvió para trasladarnos a vuestra ciudad y hallar este cadáver. Adquirimos el cadáver. Cuando dejamos al perro, cayó al suelo y murió.

La puerta crujió con un repentino sonido áspero que hizo que los nervios de Blain estuvieran a punto de estallar. Unos pasos ligeros taconearon por el sendero de asfalto que llevaba a la puerta de la calle. Esperó conteniendo el aliento, aguzando el oído, los ojos muy abiertos de aprensión.

—Nos apoderamos de este cuerpo, licuamos la sangre congelada, dimos agilidad a las rígidas articulaciones, suavizamos los músculos muertos y lo hicimos andar. Parece que este cerebro era bastante inteligente en vida, y aun después de muerto siguió conservando grabados sus recuerdos. Utilizamos los conocimientos de este cerebro muerto para pensar en términos humanos y hablar con usted en su propio estilo.

Los pasos estaban cada vez más cerca, más cerca. Blain levantó sus pies para asentarlos bien sobre la alfombra, se aferró a los brazos del sillón y trató de mantener sus pensamientos dominados. El otro pareció ni darse cuenta, pues mantuvo su rostro macilento mirando hacia Blain y continuó pronunciando

palabras en aquel modo grasiento.

—Dominado por nosotros, el cadáver robó estas ropas y esta pistola. Su propia mente difunta nos explicó para qué sirve esta arma y cómo se utiliza. También nos habló de usted.

—¿De mí? —asombrado, el doctor Blain se inclinó hacia delante e hizo un gesto con sus brazos, calculando que si saltaba, no haría más que obligar al otro a apretar el gatillo. Los pasos que se acercaban ya habían llegado a los escalones.

—No es prudente —le advirtió la criatura que afirmaba ser un cadáver, alzando la pistola con una mano letárgica—. No sólo le adivinamos el pensamiento, sino que nos anticipamos a sus conclusiones.

Blain se relajó. Los pasos subían por la escalera en dirección a la puerta de la calle.

—Un cadáver es un mero expediente —susurró el otro—. Debemos tener un cuerpo vivo, con pocos o ningún impedimento orgánico. Conforme vayamos aumentando, necesitaremos más cuerpos. Desgraciadamente, la susceptibilidad de los sistemas nerviosos está en directa proporción con la inteligencia de sus dueños —carraspeó y luego siguió hablando con el mismo sonido gargajeante de antes—. No podemos garantizar el ocupar los cuerpos de los inteligentes conscientes sin volverlos locos en el proceso. Un cerebro desordenado nos es de menos utilidad que uno muerto, lo mismo que a usted no le serviría una máquina estropeada.

El arrastrar de suelas cesó, la puerta de la calle se abrió y alguien entró en el pasillo. La puerta dio un chasquido al cerrarse. Unos pies se movieron a lo largo de la alfombra hacia la sala de espera.

—Por lo tanto —continuó el ser humano que no era humano—, debemos ocupar a los inteligentes mientras estén tan profundamente inconscientes que puedan ser afectados por nuestra penetración y debemos estar en la completa posesión cuando despierten. Debemos contar con la ayuda de alguien para manejar a los inteligentes, tal como nosotros deseamos; y hacerlo sin levantar sospechas. En otras palabras, necesitamos la cooperación de un médico.

Aquellos ojos horribles se hincharon un poco. Su propietario añadió:

—Dado que incluso nuestro poder es ineficaz para animar a este cuerpo muerto demasiado tiempo, debemos tener uno joven, vivo y saludable en cuanto pueda ser.

En el pasillo, los pasos vacilaron y se detuvieron. La puerta se abrió. En aquel instante, el fallecido Clegg tocó a Blain con un pálido dedo y burbujeó:

—Usted nos ayudará —el dedo se desvió hacia la puerta—, y ese cuerpo será el primero.

La chica que estaba en el umbral era joven, rubia y un poco regordeta. Se quedó allí y se llevó una mano a la boca que tenía medio abierta. Atemorizada y fascinada, sus ojos azules estaban desorbitados, contemplando aquella máscara palidísima que había detrás del dedo que la señalaba.

Momentáneamente, reinó un profundo silencio, mientras que el índice se mantenía en su gesto fatal. Los rasgos de su dueño sufrieron una transformación cromática, se hicieron más descoloridos, más grisáceos. Sus ojos, bolas muertas en cuencas frígidas, de repente relucieron con brevísimas partículas de luz, de una tonalidad verde, infernal. Se puso torpemente de pie y se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre sus talones.

La chica tragó saliva. Bajó los ojos y vio la pistola en la mano escapada de la tumba. Y chilló, a la vez aguda y débilmente. Chilló como si estuviera entregando su alma a lo desconocido. Entonces, conforme el muerto vivo se tambaleaba hacia ella, cerró los ojos y se desplomó.

Blain la alcanzó antes de que chocara contra el suelo. Cubrió la distancia de tres saltos frenéticos y frenó su cuerpo suavemente modelado antes de que se hiriera. Apoyó su cabeza sobre la alfombra y acarició sus mejillas vigorosamente.

—Se ha desmayado —refunfuñó, francamente irritado—. Puede ser una paciente o a lo mejor vino a traerme un aviso de un paciente. Quizás sea un caso urgente.

—¡Ya basta! —la voz fue seca a pesar de su misterioso gargajeo. La pistola apuntó directamente a la sien de Blain—. Vemos por sus pensamientos que este estado de desmayo es temporal. Sin embargo, es oportuno. Usted se aprovechará de la situación colocará al cuerpo bajo la acción de un anestésico y nosotros lo reclamaremos.

Arrodillado como estaba junto a la chica, Blain alzó la mirada y dijo lenta y deliberadamente:

—¡Váyase al infierno!

—No tenía por qué haber dicho en voz tan alta ese pensamiento —observó aquella criatura. Hizo una mueca, dio dos saltitos hacia delante—. Puede hacerlo usted mismo, o lo haremos nosotros con la ayuda de sus conocimientos y sus músculos. Una bala a través de su corazón y tomaremos posesión de usted, repararemos la herida y será nuestro. ¡Maldito seas! —exclamó, robando las

palabras de los propios labios de Blain—. Podríamos utilizarlo en cualquier caso, pero preferimos un cuerpo vivo a uno muerto.

Mirando sin esperanza en torno suyo, el doctor Blain oró mentalmente pidiendo ayuda, una oración cortada en seco por la mueca de comprensión del rostro oponente. Incorporándose, levantó en sus brazos a la joven desmayada, cruzó con ella la puerta y se dirigió por el pasillo hacia su sala de operaciones. La cosa que era el cadáver de Clegg se balanceó grotescamente detrás de él.

Depositando suavemente a la joven en un sillón, Blain le frotó las manos y muñecas y le volvió a acariciar en las mejillas. Poco a poco le fue volviendo el color al rostro; sus ojos parpadearon. Blain se dirigió hacia un armario, abrió sus puertas de cristal y tomó una botella de *sal volátil.* Algo duro se le clavó por la espalda. Era la pistola.

—Olvida que sus pensamientos son para nosotros como un libro abierto. Está tratando de reanimar ese cuerpo y de ganar tiempo —el rostro enfermizo que había detrás del arma forzó los músculos faciales para hacer un gesto torcido—, Coloque ese cuerpo en aquella mesa y anestésielo.

De mala gana, el doctor Blain retiró su mano del armario. Levantó a la chica, la puso sobre la mesa de operaciones y encendió la potente lámpara que colgaba sobre ella.

—¡Más entretenimientos! —comentó el otro—. Apague esa luz, con la otra ya hay suficiente.

Blain apagó la lámpara. En su cara se reflejaba su agitación, pero se mantuvo erguido, con los puños apretados, mientras se encaraba con el arma amenazadora, diciendo:

—Escúcheme. Voy a hacerle una proposición.

—¡Tonterías! —el que fue Clegg empezó a dar la vuelta a la mesa con pasos lentos y arrastrados—. Como ya hemos observado antes, está tratando de ganar tiempo. Su propio cerebro nos advierte del hecho —se calló repentinamente conforme la joven reclinada empezó a murmurar vagamente algunas palabras, tratando de incorporarse—. ¡Rápido! El anestésico!

Antes de que ninguno de los dos pudiera moverse, la chica se sentó. Al incorporarse miró directamente hacia un rostro fantasmal que se movía de un modo raro a un paso de ella. Se estremeció y gritó suplicante:

—¡Déjenme salir de aquí! ¡Déjenme! ¡Por favor!

Una mano hinchada se alargó para empujarla y ella se tendió para evitar el contacto con aquella carne asquerosa.

Tratando de aprovecharse de aquella ligera distracción, Blain deslizó una mano por su espalda y agarró una estaca de adorno que colgaba de la pared. Pero la pistola lo apuntó antes de que pudiera utilizar aquella arma improvisada.

—Se olvidaba —puntitos relucientes centellearon en las apagadas órbitas del otro—. La comprensión mental no está limitada a una dirección. Lo vemos, aunque estos ojos estén en otra parte —la pistola se movió para indicar a la joven—. Maniate ese cuerpo.

Obediente, el doctor Blain buscó vendas y ató fuertemente los brazos y las piernas de la joven a la mesa. Tenía sus cabellos grises erizados, su rostro húmedo, mientras se inclina sobre ella y abrochaba las hebillas. Se la quedó mirando como dándole unos ánimos que nada justificaban y susurró. —Paciencia, no tema— y echó una significativa mirada al reloj que no cesaba en su tictac colgado de la pared. Las manecillas marcaban las ocho menos dos minutos.

—Así que espera ayuda —el tono de la voz de aquella miríada corporeizada se hizo más efervescente—. Tod Mercer, su ayudante, que ya debía estar aquí. Piensa que él podrá ayudarlo, aunque tiene poca fe en su inteligencia. Opina que es más torpe que un buey, demasiado estúpido para distinguir sus pies de sus manos.

—¡Maldito! —le increpó el doctor Blain indignado porque le leía los pensamientos.

—Que venga ese Mercer. Nos será útil. Somos bastantes como para ocupar dos cuerpos y un tonto vivo es mejor que un listo muerto —sus labios lívidos se retorcieron en un gruñido que reveló unos dientes secos—. Pero usted dése prisa con ese cuerpo.

—Me parece que no tengo éter —protestó Blain.

—Pero tiene otra cosa que servirá. Su cerebro nos lo dice. Apresúrese, no nos haga perder la paciencia y que nos apoderemos de usted al precio de su locura.

Tragando saliva, Blain abrió un cajón y extrajo una mascarilla. Puso dentro de ella un poco de algodón y la colocó sobre la nariz de la asustada joven. Se sintió mejor al poder hacer a la chica un guiño tranquilizador. Un guiño no es un pensamiento.

Abriendo el armario una vez más, Blain se quedó frente a él y, tratando de reunir todas sus facultades, obligó a su mente a recitar: «Éter, éter, éter». Al mismo tiempo forzó su mano hacia una botella de ácido sulfúrico concentrado.

Hizo un poderoso esfuerzo para lograr su doble propósito, impelió a sus dedos cada vez más cerca de la botella. Y la tomó entre sus manos.

Poniendo en tensión cada fibra de su ser para poder hacer una cosa, mientras su mente pensaba en otra, dio media vuelta, quitando el tapón del frasco mientras se volvía. Pero se quedó quieto, con la botella abierta en su mano derecha. La figura de la muerte estuvo en seguida frente a él, empuñando el arma.

—Éter —dijeron despreciativamente las cuerdas vocales de Clegg—. Su mente consciente dijo «éter», mientras su mente subconsciente murmuraba «ácido». ¿Cree usted que su inteligencia inferior puede medirse con la nuestra? ¿Cree que puede destruir lo que ya está muerto? ¡Loco! —la pistola se adelantó —. El anestésico. Sin más retrasos.

Sin replicar, volvió a poner el tapón en la botella y la volvió a colocar en el sitio en donde la había tomado. Deliberadamente se movió lo más despacio que le era posible y cruzando la habitación se dirigió a un armario más pequeño, lo abrió y sacó una pequeña botella de éter. Colocó la botella sobre el radiador y empezó a cerrar el armario.

—¡Quite eso de ahí! —graznó la voz espectral, con desagradable insistencia. La pistola emitió un chasquido amenazador mientras Blain tomaba la botella—. ¿Así que usted esperaba que el radiador volatilizara el líquido con bastante rapidez? ¿Eh?

El doctor Blain no respondió nada. Tomándose todo el tiempo posible, llevó el líquido volátil hacia la mesa. La joven lo vio acercarse, abriendo enormemente los ojos, de aprensión. Y sollozó. Blain miró de reojo al reloj, pero aunque lo hizo con mucho disimulo, su atormentador captó el pensamiento que había detrás e hizo una mueca.

—Ahí viene.

—¿Quién viene? —preguntó Blain.

—Su ayudante, Mercer. Está afuera, a punto de entrar por la puerta. Percibimos los fútiles pensamientos de su torpe mente. Hace bien en pensar que tiene muy poca inteligencia.

La puerta de la calle se abrió, confirmando lo que acababa de decir. La joven se esforzó en levantar la cabeza, brillando en sus ojos la esperanza.

—Abra su boca con algo —articuló la voz baja del extraño—. Entraremos a través de la boca —hizo una pausa, mientras se oía el roce de unos pies sobre la alfombra—. Y dígale a ese imbécil que entre. Lo usaremos a él también.

Con las venas de su frente hinchadas, el doctor Blain llamó:

—¡Tod! ¡Venga!

Halló una mordaza dental.

Ahora tenía los nervios de punta de la cabeza a los pies. No había pistola que pudiera disparar dos veces a la vez. Si él pudiera hacer que el idiota de Mercer comprendiera la situación... Si él pudiera colocarse al lado opuesto de Tod...

—No lo intente —aconsejó el Clegg animado—. Ni lo piense. Si lo hace, acabaremos por teneros a los dos.

Tod Mercer entró torpemente en la habitación, con las pesadas suelas de sus zapatos aporreando la alfombra. Era un hombre alto, con robustos hombros y cara regordeta de luna llena. Se detuvo al ver a la joven sobre la mesa. Sus ojazos estúpidos fueron de la joven al doctor.

—Bueno, doctor —dijo con un movimiento inquieto—. Pinché y tuve que cambiar un neumático en la carretera.

—Ahora eso no importa —dijo detrás de él una voz sardónica y retumbante —. Va a tener mucho tiempo.

Tod se volvió torpemente, girando sus botas como si cada una pesara una tonelada. Se quedó mirando fijamente el cuerpo que había sido Clegg y dijo:

—Perdone, señor. No sabía que estaba usted aquí.

Sus ojos de buey miraron desinteresadamente al viviente cadáver y la pistola que lo apuntaba y entonces se volvió rápidamente hacia el ansioso Blain. Tod abrió la boca para decir algo, pero la cerró y en sus gruesos rasgos apareció una mirada de ligera sorpresa. Volvió a girar los ojos y vio de nuevo la pistola.

Esta vez, no se la quedó mirando ni una décima de segundo. Sus ojos comprendieron lo que veían y de repente pegó un poderoso puñetazo en la horrible cara que antes fue de Clegg. El golpe fue pura dinamita. El cadáver se desplomó con un crujido que resonó en la habitación.

—¡Rápido! —gritó el doctor Blain—. ¡Coge la pistola! —y saltando por encima de la mesa donde estaba atada la joven, fue a aterrizar pesadamente al otro lado, dando un formidable puntapié al arma que aún tenía agarrada aquella fláccida mano.

Tod Mercer quedó como avergonzado, mirando a un lado y a otro. La pistola disparó ruidosamente y la bala, mellando el borde tubular de metal de la mesa, rebotó con un zumbido como el de una sierra y arrancó un trozo de yeso de la pared opuesta.

Blain empezó a dar frenéticos puntapiés a una muñeca cadavérica, pero ésta

se apartó bruscamente a un lado. La pistola disparó de nuevo. Hubo ruido de cristales rotos en un armario. La joven que estaba sobre la mesa soltó un agudo chillido.

El grito penetró a través del duro cráneo de Mercer, induciéndole a la acción. Descargando su botaza, aprisionó una viscosa muñeca bajo su tacón y la pistola se escapó de aquellos fríos dedos. La recogió con su mano y apuntó con ella.

—No podrá matarlo con eso —le gritó Blain, dando un codazo a Tod Mercer para dar énfasis a sus palabras—. Saque a esa joven de ahí. ¡Dé un salto, hombre, por amor de Dios!

El tono imperativo de Blain no admitía réplica. Mercer le entregó la pistola, se dirigió hacia la mesa y desató las ligaduras de la llorosa joven. Con sus robustos brazos la levantó y la sacó de la habitación.

Tirado en el suelo, aquella piltrafa de cuerpo se retorcía y pugnaba por levantarse. Sus ojos podridos habían desaparecido. Sus órbitas estaban ahora llenas de puntitos giratorios de una luminosidad color esmeralda. De su boca se escapaban sonidos entrecortados mientras borboteaba lentamente una fosforecencia de un verde brillante. ¡Los seres de Glantok estaban abandonando a su anfitrión!

El cadáver se sentó dando la espalda a la pared; sus miembros daban tirones y se retorcían en posturas de pesadilla. Era una horrible parodia de un ser humano. Algo verde, vivo y brillante surgía sinuoso de sus ojos y su boca, formando en el suelo figuras retorcidas y sinuosas como serpientes.

Blain alcanzó la puerta de un enorme salto, cogiendo la botella de éter al pasar junto a la mesa. Se paró un momento en el umbral, temblando. Entonces arrojó la botella en medio de aquel verde en ebullición. Encendió su encendedor y lo arrojó tras la botella. Toda la habitación tembló por la explosión mientras se elevaban las llamas que convirtieron aquello inmediatamente en un infierno.

La joven se agarró al brazo del doctor Blain mientras ellos permanecían a un lado de carretera, y observando como ardía la casa. Y dijo:

—Vine a buscarle porque creemos que mi hermano pequeño tiene el sarampión.

—Pronto iré a verlo —le prometió Blain.

Un gran automóvil venía a toda velocidad carretera arriba y se detuvo junto a ellos con el motor aún en marcha. Un policía asomó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Vaya incendio! Vimos el resplandor desde la carretera a cosa de una

milla. Ya hemos avisado a los bomberos.

—Me temo que vendrán demasiado tarde —dijo Blain.

—¿Estaba asegurada? —le preguntó el policía afectuosamente.

—Sí.

—¿Pudieron salir todos de la casa?

Blain asintió con la cabeza y el policía prosiguió:

—Dio la casualidad que íbamos por esta carretera buscando a un tipo que se ha escapado —el auto reanudó la marcha.

—¡Eh! —les gritó Blain. El auto volvió a detenerse—. Ese tipo, ¿se llamaba James Winstanley Clegg?

—¿Clegg? —preguntó el chófer, al otro lado del automóvil—. Ése es el tipo cuyo cadáver se escapó del depósito cuando el enfermero volvió la espalda. Es gracioso, pero encontraron a un perro mestizo en el depósito, justamente en el sitio donde debía estar el cadáver desaparecido. Los periodistas ya están empezando a decir que se trataba de un hombre convertido en lobo, pero yo juraría que no era más que un perro.

—De todos modos, el tipo que andamos buscando no es Clegg —terció el primer policía—. Se llama Wilson. Es bajito y de aspecto repulsivo. Aquí tiene su retrato —alargó un brazo y entregó a Blain una fotografía. Blain se la quedó mirando a la luz de las altas llamas. No tenía el menor parecido con su visitante de aquella tarde.

—Recordaré esta cara —prometió el doctor Blain revolviendo la fotografía.

—¿Sabe algo acerca del misterio de ese Clegg? —le preguntó el chófer.

—Sólo sé que está muerto —fue la sincera respuesta de Blain.

Pensativo, el doctor Blain contempló cómo las llamas se elevaban de su casa hacia el cielo. Se volvió hacia Mercer que tenía la boca abierta y le dijo:

—Lo que no entiendo es cómo se las arregló usted para dar un puñetazo a aquel tipo sin que él le adivinara la intención y le pegara antes un tiro.

—Vi la pistola y le pegué —Mercer abrió los brazos como excusándose con el gesto—. Vi que tenía una pistola y... lo hice sin pensar.

—*¡Sin pensar!* —murmuró Blain.

El doctor Blain se mordió el labio inferior y se quedó mirando el fuego que aumentaba en intensidad. Las vigas del techo se hundieron con un violento crujido y una nube de chispas se elevó de sus restos.

Con la mente, que no con el oído, pudo oír débiles sones de un extraño gemido que fue haciéndose cada vez más débil, hasta que se extinguió a lo lejos.

Brenda

Margaret St. Clair

BRENDA ALDEN era un producto de aquella clase de niños de educación aséptica y ligeramente sádica, que ya están un poco pasados de moda. Sus padres, que estaban de vacaciones en la isla de Moss, la querían y siempre ponían su educación y sus buenos modales como buen ejemplo de su descendencia; pero los otros niños se mantenían apartados de ella, notándole algo de rencoroso e irritable. Era alta para su edad y larguirucha, con un lacio cabello rubio. Siempre usaba pantalones.

El lunes empezó para ella como todos los días. Se desayunó, le dijeron que no pusiera los codos sobre la mesa y ayudó a lavar los platos. Luego le dijeron que se marchara a jugar. Y se fue con paso tranquilo hacia el bosque.

Los bosques de la isla de Moss eran grupos aislados de abedules y densas masas de coníferas. Había sitios en que Brenda, con un poco de imaginación, podía hacerse la ilusión de encontrarse en una selva, cosa que a ella le gustaba. En la parte occidental de la isla había una profunda hondonada que la gente decía había sido una cantera. Lo que nunca dijo nadie es lo que extraían de ella.

Era un poco antes del mediodía cuando Brenda olió aquel olor a podrido. Era un olor intenso y amargo, que casi ahogaba; y cuando su nariz lo olió por primera vez, torció la cara con disgusto. Pero al cabo de un momento suavizó los rasgos de su cara y aspiró, no sin avidez, decidiendo averiguar de dónde procedía aquel olor. A veces le gustaba oler y mirar las cosas podridas.

Olfateando, fue dando vueltas por allí, notando que según donde se hallaba, aquel olor era más penetrante o más liviano. Había decidido no preocuparse por ello y marcharse, pues hacía calor bajo el sol en aquel claro entre los pinos y no corría aire, cuando vio al hombre.

No era un cazador, ni tampoco un veraneante. Brenda comprendió en seguida que no era como ninguno de los otros hombres que ella había visto antes. Su piel no era negra o morena, sino de un tinte grisáceo; su cuerpo formado de burujos e irregular, como si hubiera sido formado con coágulos de jabón y grasa de esos

que obstruyen los caños de los fregaderos de las cocinas. Llevaba un ave muerta en una mano rugosa. El olor a podrido provenía de él.

Brenda se lo quedó mirando asombrada y su corazón aceleró los latidos. De momento se sintió tan asustada que no pudo moverse. Se quedó con la boca abierta, lamiéndose los labios. Entonces él alargó un brazo hacia ella, y la niña se volvió y echó a correr.

Oyó el ruido y olió el olor, conforme él se acercaba tambaleándose hacia ella. Los pulmones parecían que le iban a reventar y sintió un dolor en el costado. Tropezó con una raíz, cayó de rodillas y se incorporó de nuevo. Siguió corriendo. Sólo cuando se sintió demasiado agotada para proseguir, se atrevió a mirar atrás.

Él estaba más lejos de lo que ella había supuesto, aunque seguía acercándose. Quedó un instante jadeando. Estaba distante unos cincuenta pies. La muchacha reemprendió la marcha torciendo a la derecha, en dirección a la cantera, y empezó a correr de nuevo, aunque más despacio.

Había un bosquecillo de robles y ella lo dejó a un lado. Se agachó para coger una piña y luego otra, metiéndoselas en la pretina de sus pantalones, y prosiguió su carrera. Aquel hombre todavía la seguía, no obstante, parecía que la luz le dañaba los ojos y llevaba la cabeza colgada sobre el pecho. Luego ambos se encontraron al borde de la cantera y Brenda trató de poner en marcha su plan.

Se le había pasado el miedo, o por lo menos un poco. La carrera había coloreado sus hundidas mejillas. Cuidadosamente arrojó una de las piñas por el borde de la escarpada cantera, de modo que chocó a mitad de camino y luego rodó hasta el fondo. La segunda piña la arrojó con más fuerza, y fue a caer a mayor distancia que la primera, precipitándose al fondo acompañada del ruido de las piedras y tierra que arrastró tras sí. Entonces, con gran rapidez y ligereza, Bren- da corrió hacia la izquierda y se agazapó detrás de un árbol.

El ruido de las piñas y las piedras fue algo parecido al de una persona que fuera corriendo y cayera por el precipicio de la cantera. El perseguidor de Brenda hizo alto, volviendo la mirada a un lado y a otro, y pareciendo olfatear algo. Ella sintió ansiedad por un momento. Estaba casi seguro de que él no la podría atrapar, aunque volviera a echar a correr tras ella. Pero, ¡oh!, él era tan...

El hombre pareció escuchar y luego empezó a bajar por la escarpadura de la cantera, tras aquel sonido.

Brenda sentía los latidos de su corazón agitar su blusa. Mientras que el hombre con olor a podrido iba dando tropiezos entre las piedras polvorientas del

fondo de la cantera en su persecución. La niña esperó y escuchó. Al cabo de un buen rato él abandonó la búsqueda. Pero al final llegó el momento que Brenda había estado esperando. El perseguidor estaba tratando de subir por la pared de la cantera.

Se escurrió. Brenda se asomó por el borde, tensa y expectante. Le brillaban los ojos. Él empezó a subir de nuevo. Una vez más resbaló.

La chica que lo estaba observando comprendió, antes que el hombre que se encontraba en el fondo de la carretera, que estaba prisionero. Trataba torpemente de escalar agarrándose a los salientes, pero se escurría de nuevo al fondo.

Al final desistió en sus intentos y se quedó quieto con la cabeza gacha, sin hacer ningún ruido; pero iba emanando aquel repugnante olor a podrido.

Brenda se puso de pie y se acercó para que el hombre la pudiera ver. Sus labios pálidos se curvaban en una mueca.

—¡Eh! —le gritó desde el borde de la cantera—. ¿Verdad que no puede salir de ahí?

El tono burlesco de su voz pareció herir la sensibilidad de aquel hombre, que levantó su cabeza gris, dejando ver unos dientes blancos en su rostro ceniciento. No podía salir. Al cabo de un rato, Brenda se echó a reír.

Brenda se guardó el secreto todo el resto del día. La riñeron por llegar tarde a comer y su padre dijo que necesitaba disciplina; pero a ella no le importó y durmió aquella noche muy a gusto.

A la mañana siguiente, temprano, fue a ver a Charles. Charles era un año mayor que ella, y toleraba su compañía mejor que nadie en la isla de Moss. Una vez hasta le había regalado la piel que había mudado una culebra, y Brenda la guardó en un cajón con sus pañuelos.

Hoy el chico estaba construyendo una cámara de niebla con alcohol, una jarra y un trozo de hielo seco. Brenda se puso en cuclillas a su lado y se lo quedó mirando. Al cabo de unos cinco minutos le dijo:

—Yo sé una cosa más divertida que eso.

—¿Qué es? —preguntó Charles, sin alzar la vista de sus manipulaciones.

—Algo que he encontrado. Una cosa, extraña y misteriosa.

Siguieron así su conversación. Brenda insinuando. Charles sintiendo curiosidad a medias. Al final ella dijo:

—Ven a verlo, Chet. No es como nada de lo que hayas visto antes. Vamos —y le puso una mano sobre el brazo.

Hasta aquel momento, Charles pudo haber estado dispuesto a acompañarla.

La cámara de niebla no estaba funcionando bien y él no sentía antipatía por la chica. Pero la sequedad y presión que notó en su brazo; el tacto de una persona que nunca ha recibido o dado un contacto físico agradable, le causó repulsión. Y se apartó de su mano.

—No quiero verlo. Además, no es más que basura. No me interesa —acabó diciendo.

—Pues te gustaría... Por favor, ven a verlo.

—Ya te he dicho que no me interesa. No iré. ¿Es que no lo entiendes? ¡Vete!

Cuando se ponía así, Brenda ya sabía que era inútil discutir con él. Se levantó y se fue.

Después del almuerzo su padre le mandó que le ayudara a construir un hoyo para el churrasco [7]. Mientras ella traía paladas de tierra y le mezclaba cemento, sus pensamientos iban hacia el hombre que estaba en la cantera. ¿Seguiría todavía en el fondo, o estaría todavía de acá para allá tratando de perseguirla? ¿Continuaría con sus intentos de escalar la pared de la cantera? Nunca lo conseguiría, por mucho que lo intentara. Pero si se quedaba allí mucho tiempo, era fácil que los otros niños lo encontraran y se asustarían más de lo que ella se había asustado. Y entonces sí que no sabía lo que podría pasar.

Cuando su padre terminó el trabajo por aquel día, ella se tendió en la hamaca. Tenía las manos doloridas y sentía una punzada en la espalda, pero no pudo descansar. Finalmente, y aunque era casi la hora de la cena, se levantó y se fue directamente hacia la cantera.

Seguía allí. Brenda dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Aquel olor amargo y podrido seguía flotando en el aire. Ella debió hacer algún ruido, porque él alzó la cabeza y la volvió a dejar caer sobre su pecho. Aparte de eso, no hizo ningún movimiento.

Charles no vendría a verlo, así que... Brenda miró en torno suyo. Más allá del borde de la cantera, a cosa de veinte pies de donde ella estaba, había dos largas tablas. Y midió su longitud con la vista.

La zanja tendría unos treinta pies de profundidad, así que las tablas no serían lo bastante largas. Pero la parte resbaladiza no ocupaba todo el camino de subida; en cuanto el hombre que estaba en el fondo pudiera cruzarla, el subir el resto ya le sería muy fácil. Charles le había dicho que lo que ella había encontrado no merecía la pena. Sólo basura. Y Brenda se dirigió hacia las tablas.

Tenía las manos doloridas, pero las tablas en sí no eran pesadas. En quince minutos más o menos construyó un camino desde el fondo de la cantera hasta a

pocos pies de la cima. *Él* (aquel hombre), no hizo nada mientras ella trabajaba y ni siquiera la miró. Pero bajo su blusa, el delgado cuerpo de Brenda estaba temblando y húmedo por el sudor. Tuvo que acercarse más de lo que le hubiera gustado al bajar la segunda tabla.

Retrocedió. El hombre que estaba en el fondo de la cantera no se movió. Brenda se sintió de momento ansiosamente exasperada. ¿Es que aquel hombre no iba a hacer nada, después de la molestia que ella se había tomado?

—¡Vamos! —dijo casi sin aliento—. ¡Vamos! —repitió en voz alta.

El sol comenzaba a ponerse por el Oeste. Las sombras se alargaron. El hombre que estaba abajo comenzó a mover la cabeza de un lado para otro, como si la luz al desvanecerse hubiera avivado sus sentidos. Una mano rugosa se levantó. Entonces se dirigió hacia las tablas.

Brenda esperó hasta que sus pies inseguros se afirmaron sobre la segunda tabla. Ella ya no podía esperarse más. Dio media vuelta y echó a correr hacia su casa todo lo de prisa que pudo. No supo si él la seguía o no.

Brenda no fue al bosque a la mañana siguiente. Se quedó alrededor de la casa hasta que su madre le mandó que ayudara a su padre, el cual la rechazó, diciendo que ya llevaba la construcción tan adelantada que sólo lo estorbaría, así que Brenda se fue a la cocina, se preparó un bocadillo y se tomó un vaso de leche. Cuando regresó a donde estaban sus padres observó que su madre estaba muy agitada y pálida. Brenda apoyó su cabeza en el quicio de la puerta.

—No creo que haya sido un cazador —estaba diciendo su madre—. Elizabeth no me ha dicho que se llevaran nada, exceptuando el pollo asado. Y ni siquiera se lo han comido, sino que lo han destrozado —vaciló—. Me dijo que había manchas de barro grisáceo por todas partes.

—Elizabeth exagera —contestó el padre de Brenda, dando a la masa un impaciente golpecito—. Y si no es un cazador, ¿quién dice ella que es? ¿Quién iba a entrar en su cocina? Sólo hay seis familias en la isla de Moss.

—Creo que no está muy segura. ¡Oh, Rick! Me habría gustado que la oyeras hablar. No hacía más que hablar de aquel horrible olor. Dijo que iba a telefonear a las otras familias para prevenirlas. Parecía asustada.

—Probablemente está histérica —contestó el padre de modo despreciativo. De pronto se fijó en Brenda, de pie en la sombra de la puerta—. Sube a tu habitación, Brenda —le dijo secamente—, y quédate allí. No me gusta que escuches a través de las puertas.

—Sí, papá.

Brenda no se resintió por aquella orden. Estaba asustada. ¿Recordaría Charles sus insinuaciones de ayer, las relacionaría con el robo en la cocina de la señora Emsden (el hombre de la cantera debía de estar hambriento, pero no se había comido el pollo) y la delataría? ¿O habría ocurrido algo peor de lo que ella no estaba enterada?

Empezó a dar vueltas por su habitación, inquieta. Como la cama estaba hecha, no tenía nada que hacer. Podía oír claramente el murmullo de las voces de sus padres, de cuando en cuando una palabra que venía con más claridad. Por primera vez sintió una gran curiosidad por el hombre que había estado en la cantera, por el hombre en sí.

Sacó su libro diario y lo abrió. Pero no podía ser. El volumen no tenía cerradura y ella sabía que su madre leería lo que escribiera. Por eso no escribía nada importante en él.

Leyó lo que había garrapateado en aquellas páginas con disgusto. Sería agradable romperlas y tirarlas a la papelera. Pero su madre lo notaría y le preguntaría por qué había destrozado su bonito libro. No...

Buscó por la habitación y halló una caja llena de papel para notas. Usando la tapa de la caja como pupitre, escribió cuidadosamente a lo largo del encabezamiento de una estrecha hoja de papel gris:

«El hombre.»

Vaciló. Luego escribió.

«1. ¿De dónde vino?»

Mojó con la lengua la punta del lápiz. Se le ocurría una idea difícil de expresar con palabras. Pero quería verla escrita sobre papel. Escribió, borró y volvió a escribir. Finalmente fue anotando: «Creo que vino a la isla de Moss procedente de tierra firme una noche del mes pasado cuando la marea estaba baja. Creo que vino aquí por acci... —borró—, por error.»

Brenda se dispuso a escribir la segunda pregunta: «¿Por qué se quedó en la isla?» Ahora escribía con más rapidez. «Creo que porque no sabe nadar. La corriente podría... —hizo una pausa, pensando en la palabra exacta— arrastrarlo.»

Sacó otra hoja de papel y en la parte superior escribió: «EL HOMBRE. Página 2.» Mordió pensativamente la punta del lápiz y continuó: «¿Qué clase de hombre será? Me parece que no es como las otras personas. Por lo menos como nosotros. Es de una clase diferente.»

Escribió las últimas palabras con lentitud. De pronto se sintió inspirada y garrapateó: «No es como nosotros porque le gustan las cosas podridas. Cosas que lleven mucho tiempo... —borró—, bastante tiempo muertas. Supongo que por eso vino a la isla de Moss. A cazar. Es viejo y hace tiempo que lleva esa vida.»

Soltó el lápiz como si ya hubiera terminado. Su madre debía de haber salido, porque el murmullo de la charla de sus padres había cesado y la casa estaba completamente en silencio. Fuera pudo oír el «chap, chap» que hacía su padre con la paleta mientras trabajaba con el cemento.

Hubo una larga pausa y Brenda se quedó sentada, inmóvil. Tomó de nuevo el lápiz y escribió al final de la página, muy rápidamente: «Creo que le gustaría nacer.»

Tomó lo que había escrito y lo releyó. Luego cogió las dos páginas y se fue al cuarto de baño. Las hizo pedacitos y luego las tiró al retrete.

Aquella noche la cena fue tranquila. La madre de Brenda empezó a decir algo sobre Elizabeth Emsden, pero se calló al ver que su esposo fruncía la frente, como advirtiéndola. Brenda la ayudó a fregar los platos. Poco antes de subir para acostarse, se escurrió hacia el dormitorio de sus padres y dejó un poco abierta la persiana.

Le costó trabajo dormirse, pero durmió profundamente. Fue despertada, cuando ya la noche estaba bien entrada, por un sonido de voces. Salió hasta el descansillo de la escalera y su corazón le empezó a latir con fuerza.

El olor a podrido subía en oleadas irritantes y amargas. La casa parecía envuelta en aquel vaho. Brenda se agarró a la balaustrada. Así que aquel hombre, su hombre, había venido desde la cantera. Y ella se alegró.

El padre de Brenda estaba hablando:

—Ese olor es realmente irrespirable —dijo con voz abstraída. Y luego, dirigiéndose a su esposa—: Flora, llama a Elizabeth y dile que venga con Jim. De prisa. No sé cuánto tiempo podré contenerlo. Que Jim traiga su pistola.

—Sí —Flora Alden sollozó—. Dijiste que Elizabeth estaba histérica, ¿verdad? Por amor de Dios habla bajo. Rick. No quiero que Brenda se despierte y vea esto. La pobre... no creo que nunca lo olvidará —y se fue hacia el teléfono.

Brenda abrió mucho los ojos. ¿De veras eran sus padres tan solícitos con ella? ¿Temían que se asustara? Lentamente, bajó dos o tres escalones y se sentó en uno de los peldaños. Si ahora la veían, podría decir que la habían despertado con sus voces. Y empezó a mirar a través de los barrotes de la balaustrada.

Su padre estaba de pie en el recibidor, y tenía enfrente de él al hombre de la cantera al que apuntaba con el rayo de luz de una linterna. ¡Oh, era valiente! No hacía más que moverse y tratar de apartar la luz de sus ojos. A veces se apartaba bruscamente, pero su padre levantaba la linterna sin piedad, jugando con él, aunque la mano le temblaba.

La madre de Brenda volvió del teléfono.

—Ya vienen —informó—; pero creo que no será necesaria una pistola. Tienen otro plan.

Jim Emsden tardó bastante en llegar y Brenda entretanto tiritando lamentó no haberse puesto encima una bata. Bostezó nerviosamente y se apretó más estrechamente contra la balaustrada sin perder de vista lo que estaba pasando abajo.

Emsden entró por una puerta lateral. Llevaba puesto un abrigo encima de su pijama. Y respiró profundamente al ver aquella silueta grisácea y burbujosa a la luz de la linterna.

—Sí; es el mismo hombre —dijo con su voz retumbona—. Desde luego. Ese olor es inconfundible. He traído la pistola, Rick, pero creo que de nada nos servirá en un caso así. Elizabeth sólo lo vio de reojo. Le voy a mostrar lo que quiero decir. Siga enfocándole con la linterna.

Alzó su pistola del calibre «22» hasta la altura del hombro, corrió el seguro y apretando el gatillo, disparó. El ligero grito que se le escapó a Brenda no se oyó entre el fragor del disparo. Pero el hombre no dio la menor señal de haber recibido el impacto. Ni siquiera se tambaleó.

—¿Ve? —le ratificó Emsden—. No ha servido de nada.

A Flora Alden se le escapó una risita. La luz de la antorcha se movió formando círculos en la oscuridad.

—¿Qué hacemos, Jim? —preguntó Rick—. No sabía que cosas como ésta pudieran suceder. ¿Qué vamos a hacer? Creo que voy a caer enfermo.

—De prisa, Rick. Hay una sola cosa de la que él tenga miedo, quienquiera que sea. Es del fuego.

Sacó trapos y una botella de gasolina. Con aquella improvisada antorcha lo sacaron de la casa hacia la oscuridad que reinaba en el exterior. Cada vez que se detenía y trataba de encararse con ellos, con la cabeza gacha y sus dientes relucientes, le arrojaban a la cara el montón de trapos ardiendo.

Tuvo que retirarse. Brenda se estaba mordiendo los puños de puro nerviosismo, cuando oyó a su padre preguntar en voz alta:

—¿Pero qué haremos con él, Jim? No lo vamos a dejar ahí fuera de la casa...

Y la voz retumbona, más profunda y menos distinta de Emsden respondió:

—...matarlo; pero podemos encerrarlo —y entonces hubo un confuso rumor de voces que acabaron en la palabra «cantera». No pudo oír más.

Al día siguiente flotaba en la casa una atmósfera de cansancio y de derrotismo. La madre de Brenda fue haciendo sus tareas caseras como una autómata, con el rostro muy pálido, dirigiendo apenas la palabra a su hija. Su padre no regresó a la casa casi hasta el rayar el día, y se marchó a las pocas horas. Hasta casi el anochecer, no le fue posible a Brenda deslizarse fuera de la casa y tratar de descubrir lo que había sido de aquel hombre.

Se fue directamente hacia la cantera. Cuando llegó a ella, miró a su alrededor, perpleja. Las paredes seguían siendo muy escarpadas, pero en el centro habían elevado un gran montón de piedras. Los hombres de la isla de Moss tuvieron que haber trabajado mucho para amontonar tantas piedras.

Descendió por una pared y luego trepó por el amontonamiento del centro de la cantera. ¿Qué habría sido de él? ¿Estaba bajo aquellas piedras? Escuchó. No oyó nada. Al cabo de un rato se sentó y acercó su oído a la superficie del montón. Las piedras estaban tibias por el calor del sol.

Escuchó y sólo oyó los latidos de su corazón. Y entonces, en lo más profundo, muy lejano, un susurro como el hecho por unos pasos a la vez pesados y suaves.

Después de eso, las cosas cambiaron. El padre de Brenda tuvo que volver a la oficina, puesto que habían terminado sus vacaciones. Sólo podía ir a la isla de Moss los fines de semana. La madre empezó a quejarse de que Brenda se estaba volviendo difícil de manejar y que ya no obedecía.

Los niños que habían rechazado a la muchacha, ahora buscaban su compañía. Vinieron a la casa en cuanto hubieron terminado su desayuno, preguntando por Brenda, y ella se fue con ellos en seguida, sin hacer caso a lo que su madre le decía. Y no volvió hasta el anochecer, pálida de agotamiento, pero con sus ojos brillándole con una frenética energía.

Esta nueva energía parecía inagotable. Sus proezas físicas que hasta entonces había repelido, la volvieron irresistible. Daba saltos y volteretas, trepaba y se colgaba, hacía piruetas acrobáticas y saltos mortales de lado. Los otros niños la contemplaban admirados y aplaudían. Por primera vez en su vida gustaba del placer de la jefatura.

Si eso hubiera sido todo, sólo los padres de Brenda habrían tenido de que

lamentarse; pero ella fue arrastrando a sus nuevos compañeros a cometer diabluras. Eran destructivos, caprichosos y no se les podía reñir. A finales de verano todo el mundo en la isla de Moss decía que Brenda Alden necesitaba disciplina. Sus padres se quejaban amargamente de que era imposible dominarla. Y la mandaron a la escuela antes de tiempo.

Allí se repitió lo mismo. Las compañeras de Brenda la aceptaron como jefa ciegamente. Las maestras la reñían y castigaban. Por primera vez en su vida tuvo malas notas. Estuvo a punto de que la expulsaran.

El año terminó. Vino la primavera y volvió el verano. Los Alden, para evitar jaleos, dejaron a Brenda interna en el colegio después de que terminaran las clases, así que ella no volvió a la isla de Moss hasta finales de julio.

En los últimos meses Brenda había cambiado físicamente. Su cuerpo delgaducho se había redondeado y empezado a tomar las formas de la mujer. Bajo su blusa (seguía usando blusa y pantalones), sus senos habían comenzado a hincharse y erguirse. Parecía haber dejado de cometer travesuras y sus padres empezaron a felicitarse.

No fue en seguida a ver el montón de piedras que había en la cantera, aunque a menudo pensaba en ella. Lo cierto es que sentía cierta desgana de ir. Ya estaba bien avanzado el mes de agosto cuando visitó el montículo artificial.

El día era caluroso y le faltaba un poco el aliento después de la caminata a través del bosque. Bajó poquito a poco por la pared de la cantera, se detuvo para recobrar el aliento y subió al montículo con paso ligero. Al llegar a la cima se sentó.

¿Se sentía allí, en el aire cálido, aquel débil olor a podrido? Aspiró dubitativa. Y luego, como hizo el año pasado, acercó su oído a las piedras.

No se oía nada. ¿Estaría...?, pero claro está que no podía estar muerto.

—¡Eh! —gritó bajito, acercando los labios a las piedras—. ¡Eh! ¡He vuelto! Soy yo.

Aquel pataleo comenzó allá abajo y pareció acercarse. Pero había demasiadas piedras por medio. Brenda suspiró.

—¡Pobrecillo! —su tono era de lástima—. Quieres nacer, ¿verdad? Y no puedes salir. ¡Qué lástima!

Aquel pataleo continuó. Brenda, al cabo de un rato, se desperezó sobre las piedras. El sol calentaba y el calor de las piedras adormecía su cuerpo. Se quedó amodorrada y satisfecha un buen rato, escuchando los ruidos que se sentían en el interior del montículo.

El sol comenzó a declinar. El fresco de la tarde la despabiló. Y se incorporó.

Reinaba el silencio y no se oía ni siquiera el canto de los pájaros. Los únicos ruidos vinieron de allí dentro.

Brenda se levantó rápidamente, de modo que su larga cabellera le cayó sobre la cara.

—Te amo —dijo suavemente el montón de piedras—. Siempre te amaré. Eres al único que podré amar.

Se detuvo. El pataleo se hizo más ruidoso allí dentro y ella se echó a reír. Luego dio un largo y tembloroso suspiro.

—Ten paciencia —le dijo—. Algún día te dejaré salir. Te lo prometo. Naceremos juntos tú y yo.

Un corazón chismoso
Edgar Allan Poe

¡CIERTO! Yo he sido terriblemente nervioso; pero ¿por qué han de decir ustedes que estoy loco? La enfermedad no destruyó ni embotó mis sentidos, sino que los agudizó. Sobre todo tenía un sentido del oído muy fino. Oía todas las cosas del cielo y de la tierra y hasta muchas cosas del infierno. ¿Cómo voy a estar loco? ¡Escuchad!, observad del modo tan razonable y tan calmoso como soy capaz de contaros toda la historia.

Es imposible decir como me vino primero la idea a la cabeza; pero una vez concebido, me persiguió día y noche. No había objeto. No había pasión. Quería al viejo, que nunca se había metido conmigo. Jamás me había insultado, ni yo ambicionaba su dinero. Creo que era su ojo. ¡Sí! ¡Era esto! Uno de sus ojos parecía el de un buitre, un ojo azul pálido, con una película sobre él. Siempre que me miraba, la sangre se me helaba en las venas; así que gradualmente, muy gradualmente, me hice a la idea de matar a aquel viejo, y así librarme de su ojo para siempre.

Puntualizado esto, puede que ustedes me crean loco. Los locos no saben nada. Pero deberían haberme visto. Deberían haber visto con qué talento actué, con qué precaución, con qué previsión y con qué disimulo me puse manos a la obra. Nunca me mostré más amable con el viejo que durante la semana anterior a su asesinato por mí. Y cada noche, a eso de medianoche, corría el pestillo de su puerta y la abría... ¡oh!, tan suavemente. Y entonces, una vez que la había abierto lo suficiente para poder asomar mi cabeza, enfocaba una linterna hacia el interior, pero apagada, para que no se viera luz. ¡Ustedes se habría reído al ver de qué modo tan astuto asomaba mi cabeza! Luego yo entraba poquito a poquito, cuidando de no hacer ruido para no perturbar el sueño del viejo. Necesitaba una hora para pasar toda mi cabeza por la apertura de modo que pudiera verlo como estaba acostado. ¡Ja! ¿Habría obrado un loco de un modo tan prudente?

Y luego, cuando mi cabeza estaba bien metida dentro de la habitación, encendía la linterna cuidadosamente, muy cuidadosamente, porque las bisagras

crujían, y un rayo de luz caía sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches (cada noche precisamente a medianoche), pero hallé el ojo siempre cerrado; así que me fue imposible hacer el trabajo, porque no era el viejo el que me molestaba, sino su fatídico ojo. Y cada mañana, al rayar el día, me colaba atrevido en su dormitorio y le hablaba dándole ánimos, llamándole por su nombre en tono campechano y preguntándole cómo había pasado la noche. Tendría que haber sido un viejo muy listo para sospechar que cada noche, precisamente a las doce, me lo quedaba mirando mientras él dormía.

En la octava noche fui más que precavido al abrir la puerta. El minutero de un reloj se mueve más de prisa que lo que yo movía mis manos. Hasta aquella noche no sentí la extensión de mis poderes... de mi sagacidad. Apenas si podía contener mi alegría por el triunfo. Pensar que estaba allí abriendo la puerta poco a poco, y que él ni siquiera soñaba en mis secretos propósitos y pensamientos. Y contuve una risita ante la sola idea, y puede que él me oyera, por que se movió de repente en la cama, como si se hubiera asustado. Ustedes creerán que retrocedí; pero no. Su habitación estaba oscura como boca de lobo (porque cerraba las persianas por miedo a los ladrones), así que sabía que él no podía ver la puerta entornada y la seguí abriendo poquito a poquito.

Logré introducir del todo la cabeza y ya iba a encender la linterna, cuando mi dedo pulgar se escurrió al oprimir el botón y el viejo pegó un salto en la cama, gritando:

—¿Quién anda ahí?

Me estuve quieto y no contesté nada. Durante una hora no moví ni un músculo y mientras tanto no lo oía que se volviera a acostar. Seguía quieto, incorporado en la cama, escuchando, igual que yo había estado haciendo noche tras noche, sin oír más que el reloj de la pared.

Percibí un ligero gemido, y comprendí que estaba muy asustado. No era un gemido de dolor o de pena, ¡oh, no!, era ese largo y ahogado sonido que surge del fondo del alma cuando se es presa del terror. Conocía bien ese sonido. Muchas noches, precisamente a medianoche, cuando todo el mundo dormía, se me había escapado a mí de lo más profundo del pecho, ahondando, con su terrible eco, el terror que me enloquecía. Ya digo que lo conocía bien. Sabía lo que estaba sintiendo el pobre viejo y me dio lástima, aunque en el fondo estaba contento. Sabía que se había despertado al oír el primer ruido ligero, cuando se volvió en la cama. Y desde entonces había estado sintiendo un creciente terror. Tratando de convencerse de que no era nada; pero sin lograrlo. Se habría estado

diciendo a mí mismo: «Es tan sólo un ratón que ha cruzado el cuarto» o «a lo mejor es un grillo que ha hecho un solo chirrido.» Sí, habría estado tratando de tranquilizarse con estas suposiciones, pero había visto que en vano. *Todo en vano;* porque la *Muerte*, al acercarse a él con paso furtivo, había arrojado su negra sombra ante él y envolvía a la víctima. Y fue la lúgubre influencia de aquella sombra imperceptible la que hacía que él *sintiera* (aunque no podía verla ni oírla), la presencia de mi cabeza dentro de la habitación.

Cuando hube esperado un largo rato, con mucha paciencia, sin haberle oído echarse de nuevo en la cama, decidí encender la linterna; pero dejando al descubierto tan sólo una rajita. Así que la encendí (no pueden imaginarse de qué modo tan furtivo), saliendo un débil rayito, como el hilo de una araña, que partiendo de la rayita fue a dar en el ojo de buitre.

Porque estaba abierto, muy abierto y yo me puse furioso al verlo. Lo vi con toda claridad, de un pálido azulenco, cubierto por un horrible velo que me hizo estremecer hasta los huesos. No pude ver nada más de la cara o de la persona del viejo, porque había dirigido el rayo de luz como por instinto, precisamente hacia aquel ojo maldito.

¿Verdad que les he dicho que lo que ustedes toman por locura no es más que supersensibilidad de los sentidos? Pues bien, entonces vino a mi oído un ruido profundo, apagado y rápido, como el que hace un reloj cuando está envuelto en algodón. También conocía aquel ruido. Eran los latidos del corazón del viejo. Eso me puso aún más furioso, lo mismo que el batir de un tambor estimula el valor de un soldado.

Pero aun entonces me contuve y me quedé quieto. Apenas si respiraba y dejé inmóvil la linterna, tratando de mantener firmemente el rayo de luz sobre el ojo. Mientras tanto aquel infernal latir del corazón aceleró su ritmo. A cada instante era más rápido y más alto. ¡El viejo debía de estar poseído por el terror! ¡Y se oyó cada vez con más fuerza! ¿Me comprenden bien? Ya les he dicho a ustedes que soy nervioso, así que a aquellas horas de la noche, entre el terrible silencio de aquel viejo caserón, un ruido tan extraño como éste provocó en mí un terror indominable. Sí, durante un rato más me contuve y me quedé quieto. ¡Pero aquellos latidos se oían cada vez con más intensidad! Creí que el corazón le iba a estallar. Y ahora se apoderó de mí una nueva ansiedad: ¡aquel ruido podía ser oído por un vecino! ¡La hora del viejo había llegado! Soltando un grito sordo, arrojé la linterna y di un salto hasta el centro de la habitación. Él se retorció una vez... sólo una vez. En un instante lo arrastré hacia el suelo y empujé la pesada

cama sobre él. Entonces sonreí alegremente, al ver que había logrado mi propósito. Pero durante algunos minutos aquel corazón siguió latiendo con su ahogado sonido. Esto, sin embargo, no me importó, pues no podría ser oído a través de las paredes. Al final cesó, el viejo estaba muerto. Aparté la cama y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto de verdad. Su ojo ya no me molestaría más.

Si todavía me seguís creyendo loco, dejaréis de creerlo cuando os explique las grandes precauciones que tomé para ocultar el cadáver. La noche estaba acabando y trabajé apresuradamente, pero en silencio. Antes que nada, desmembré el cadáver. Le corté la cabeza, los brazos y las piernas.

Luego arranqué tres tablas del suelo de la habitación y enterré allí los restos. Después volví a colocar las tablas en su sitio, de un modo tan bien hecho, tan astuto, que ningún ojo humano, ni siquiera el *suyo,* podría haber visto allí nada anormal. No había ninguna mancha de sangre ni nada que lavar. Yo era demasiado listo para eso. Lo había despedazado en una cuba, ¡ja, ja!

Cuando terminé esta tarea, ya eran las cuatro de la madrugada y tan oscuro como a medianoche. Cuando la campana dio la hora, llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir tan tranquilo, porque, ¿qué había de temer? Entraron tres hombres, que se presentaron a sí mismos, muy cortésmente, como funcionarios de la policía. Un vecino había oído gritos durante la noche y sospechado que pasaba algo, avisó a la policía, por lo que ellos venían a investigar.

Sonreí. ¿Qué había que temer? Di a aquellos caballeros la bienvenida. Era yo mismo el que había gritado en sueños, declaré. Les dije que el viejo no estaba, pues se había marchado al campo. Acompañé a mis visitantes para que vieran toda la casa. Les rogué que lo miraran todo, que registraran *bien.* Al final los llevé a *su* dormitorio. Les mostré sus efectos personales, seguro, imperturbable. Estaba tan confiado que me entusiasmé y traje sillas a la habitación, pidiéndoles que descansaran *allí* de sus fatigas, mientras yo mismo, en la loca audacia de mi perfecto triunfo, colocaba mi propia silla sobre las tablas bajo las cuales reposaba el cadáver de la víctima.

Los policías se sintieron satisfechos. Mis maneras los habían convencido. Yo me encontraba a gusto. Ellos se sentaron y mientras les contestaba animadamente, ellos charlaban de cosas familiares. Pero no se iban. Empecé a ponerme pálido y a desear que se fueran. La cabeza me dolía y comencé a notar un pitido en los oídos; pero ellos seguían sentados, charlando. El pitido se hizo más claro; empecé a hablar más y más para ver si olvidaba aquella sensación;

pero continuó y me dominó definitivamente hasta que, al final, hallé que aquel sonido *no* estaba dentro de mis oídos.

No hay duda de que ahora estaba muy pálido; pero hablé con más ligereza, alzando el tono de voz. Y sin embargo aquel sonido aumentaba también de volumen. ¿Qué podía hacer yo? *Era un ruido profundo, apagado y rápido, como el que hace un reloj cuando está envuelto en algodón.* Empecé a respirar entrecortadamente y los policías no parecieron darse cuenta. Empecé a hablar con más rapidez, con más vehemencia; pero el ruido a su vez aumentaba rápidamente. Me levanté y empecé a chancear, con tono excitado y gesticulando violentamente; pero el ruido siguió aumentando. ¿Por qué no se irían ya? Empecé a andar de acá para allá por la habitación, como si me pusiera furioso el que aquellos hombres me observaran; pero el ruido seguía aumentando. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué podía hacer yo? Solté tacos, deliré, eché espumarajos. Balanceé la silla sobre la cual había estado sentado y arañé con ella sobre las tablas, pero aquel ruido dominó todo y siguió aumentando. ¡Cada vez más alto, más alto, más alto! Y aquellos hombres seguían charlando como si tal cosa y sonriendo. ¿Era posible que no lo oyeran? ¡Dios Todopoderoso! ¡No, no! ¡Lo oían! ¡Y sospechaban! ¡Lo sabían! ¡Se estaban burlando de mi miedo! Eso es lo que pensé, y lo que ahora pienso. Pero cualquier cosa era mejor que esta agonía. Todo era más tolerable que esta burla. ¡Ya no podía seguir soportando estas sonrisas hipócritas por más tiempo! ¡Tenía que gritar o morir! Y ahora... otra vez... ¡Escuchad! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! *¡Más fuerte!*...

—¡Canallas! —grité—. ¡No disimuléis más! ¡Confieso! ¡Arrancad esas tablas! ¡Aquí, aquí es dónde se oye el latido de ese odioso corazón!

La casa apartada

H. P. Lovecraft

I

LA IRONÍA raramente falta aun en los más grandes horrores. A veces entra directamente a formar parte de los acontecimientos, mientras que otras sólo tiene una relación fortuita con las personas y los lugares. Un buen ejemplo de lo segundo aconteció en la antigua ciudad de Providence, donde hacia 1840 Edgar Allan Poe solía pasar largas temporadas mientras cortejaba sin resultados a la inspirada poetisa, la señora Whitman. Poe generalmente se alojó en la Mansión House de Benefit Street, la antigua posada de la «Bola de Oro» bajo cuyo techo se habían albergado Washington, Jefferson y Lafayette, y su paseo favorito era ir hacia el norte por la misma calle hasta la casa de la señora Whitman y la colina cercana con su iglesia de San Juan, cuyo oculto cementerio, con lápidas del siglo xviii, tenía para él una peculiar fascinación.

Y aquí viene la ironía. En este paseo, tantas veces repetido, el más grande maestro del mundo de lo terrible y de lo raro, se veía obligado a pasar ante una casa determinada en la acera este de la calle; un sucio y anticuado edificio colgado sobre la abrupta ladera de la colina, con un gran patio descuidado, que databa del tiempo en que la región estaba en gran parte deshabitada. No parece ser que él escribiera o hablara de ella, ni siquiera queda la evidencia de que se fijara en ella. Y sin embargo, aquella casa, para las dos personas que poseían cierta información, igualaba o excedía en horror a la más desbocada fantasía del genio que tan a menudo pasaba frente a ella sin saber nada; y todavía permanece severa, como un símbolo de todo lo que es indeciblemente horrible.

La casa atraía (y sigue atrayendo), la atención de los curiosos. En su origen fue una granja o algo parecido, construida al estilo colonial de Nueva Inglaterra de mediados del siglo xviii: tejado picudo muy pronunciado, con dos pisos y un ático sin buhardilla, y con aquel portal de estilo georgiano e interior con paneles de madera; según dictaba el progreso del gusto en aquella época. Estaba orientada hacia el sur, y mientras las ventanas del piso bajo se hundían en la

colina por la parte del este, por el otro lado, que daba a la calle, se veían los cimientos. Su construcción, hecha siglo y medio atrás, había sido anterior a la explanación y alineamiento de la calle donde estaba ubicada, porque Benefit Street, que al principio se llamó Back Street, fue trazada angosta y retorcida entre las tumbas de los primeros colonos. Fue alineada cuando se efectuó el traslado de los cadáveres al Cementerio del Norte, permitiéndose cruzar a través de los terrenos de la antigua familia.

Al principio, la pared occidental había estado situada a cosa de veinte pies sobre una franja herbosa que la separaba de la calzada; pero un ensanchamiento de la calle en tiempos de la Revolución recortó casi todo aquel espacio, dejando ver los cimientos, de modo que tuvieron que levantar una pared de ladrillo como basamento, dando a la profunda bodega una extraña fachada con la puerta y dos ventanas por encima del suelo, cercana al nuevo trazado de la vía pública. Cuando un siglo después construyeron la acera, desapareció el último espacio intermedio, y Poe en sus paseos sólo podía ver una empinada escalera de ladrillos grises que empezaba en la acera y llevaba hasta una altura de diez pies, junto al antiguo sendero de guijarros de la casa.

Los terrenos, que parecían los de una granja, se extendían bastante en profundidad colina arriba, casi hasta Wheaton Street. La parte sur de la casa, contigua a Benefit Street, se elevaba naturalmente bastante sobre la acera, formando una terraza limitada por un gran muro de piedras húmedas cubiertas de musgo, cortado por un empinado tramo de estrechos escalones, que conducían al interior entre superficies parecidas a desfiladeros, hasta la parte superior de herbazales, húmedas paredes de ladrillo y un jardín y huerto descuidados; cuyos desmantelados macetones de cemento, enmohecidos calderos caídos de trípodes con nudosos barrotes y otros trastos por el estilo, ponían de relieve a la puerta principal con su arco roto, sus pilastras jónicas corroídas y su carcomido frontón triangular.

En mi juventud oí decir que en la casa apartada, la gente se moría en gran cantidad, cosa alarmante. Y me contaron por qué los primeros propietarios se mudaron unos veinte años después de haberla construido. Era insana, quizás por la humedad o por los hongos que crecían en la bodega, el olor enfermizo general, las corrientes en los pasillos o la calidad del agua del pozo. Todo esto era malo y así lo creían todas las personas a las que conocí. Pero los libros de notas de mi tío, el anticuario, doctor Elihu Whipple, me revelaron después las oscuras y vagas suposiciones que formaban como una especie de folklore oculto entre los

viejos sirvientes y otras gentes humildes; suposiciones que nunca tomaron incremento y que se olvidaron por completo cuando Providence creció hasta convertirse en una ciudad con gran población flotante.

La verdad es que las gentes más sensatas jamás miraron a aquella casa como si fuera algo fantasmal. Nadie afirmaba que se oía el arrastrar de cadena, ni frías corrientes de aire que apagaban las luces o caras que aparecían en las ventanas. Los supersticiosos a veces decían que la casa «tenía mala suerte»; pero no iban más allá. Lo que realmente nadie discutía es que allí moría mucha gente, o mejor dicho, había muerto, dado que por ciertos acontecimientos ocurridos sesenta años atrás, la casa quedó vacía; pues no hubo manera de alquilarla. Estas personas no murieron debido a una enfermedad, más bien parecía que su vitalidad se consumía insidiosamente, así que cada uno moría prematuramente; pero por causas naturales. Y los que no se morían, alcanzaban varios grados de anemia o consunción y a veces sus facultades mentales declinaban, lo cual era en desdoro de la salubridad de la casa. En cambio las casas vecinas parecían estar enteramente libres de esta nociva condición.

Esto era lo que yo sabía, hasta que mis insistentes preguntas llevaron a mi tío a mostrarme las notas, que finalmente nos embarcaron a los dos en aquella horrible investigación. En mi infancia la casa apartada estuvo deshabitada. Los únicos vivientes eran los vetustos árboles estériles, retorcidos y terribles; hierbas pálidas y raras, y una maleza deforme de pesadilla en aquella alta terraza, que los pájaros no sobrevolaban nunca. Los muchachos solíamos recorrer aquel lugar, y aún puedo recordar el terror que sentía ante el mórbido y extraño aspecto de esta siniestra vegetación, y aquella puerta principal abierta por la que entrábamos a veces muertos de miedo. Las pequeñas ventanas con paneles de madera estaban en gran parte destrozadas y un aire indefinible de desolación flotaba por entre los entarimados. Las persianas que temblaban, el empapelado que se despellejaba, el yeso que se desmoronaba, las vacilantes escaleras y los restos de muebles era lo que había en aquella mansión. El polvo y las telarañas añadían su toquecito misterioso, y el muchacho que subiera voluntariamente por aquella escalera hasta el ático tenía que ser valiente de verdad, pues el ático no era más que un largo espacio bajo las vigas, iluminado tan sólo por unos ventanucos en los hastiales, y ocupado por montones de trastos viejos, como arcas, sillas y ruecas a las que infinitos años de depósito habían amortajado y festonear do hasta darles formas monstruosas e infernales.

Pero después de todo, aquel desván no era la parte más horrenda de la casa,

sino la húmeda y sombría bodega. Ésta provocaba nuestra repulsión, aunque estaba sobre el nivel del suelo por la parte de la calle, con sólo una endeble puerta y una ventana que atravesaba la pared de ladrillo que daba a la concurrida acera. Nosotros siempre titubeábamos, no sabíamos si penetrar en ella por una espectral fascinación o dejarla de lado por el bien de nuestras almas y de nuestra razón. Por lo que fuera, el mal olor de la casa era más fuerte allí y además no nos gustaban aquellos hongos blancos que a veces crecían en los veranos lluviosos en su suelo de tierra. Aquellos hongos, grotescamente parecidos a la vegetación del patio, eran horribles de forma; parodias detestables de agáricos [8] y de pipas indias, como no habíamos visto en ningún otro sitio. Se pudrían en seguida y hasta tenían un período en que se volvían ligeramente fosforescentes; así que los paseantes nocturnos a veces hablaban de fuegos fatuos que salían por los destrozados paneles de aquellas ventanas que despedían mal olor.

Nosotros nunca, ni siquiera con motivo de nuestras más audaces travesuras, nos atrevimos a visitar la bodega de noche; pero a veces visitándola de día, pudimos ver aquella fosforescencia, especialmente si el día estaba muy nublado y era húmedo. También había una cosa muy sutil que nosotros creíamos a menudo detectar, una cosa muy extraña que quizás era pura sugestión. Me refiero a una especie de dibujo turbio y blanquecino en el suelo; un vago y cambiante depósito de moho o nitrato, que a nosotros nos pareció ver entre los hongos, que crecían junto a la enorme chimenea de la cocina del sótano. A veces nos chocaba que esta mancha tomara un extraño aspecto de figura humana, aunque en otras ocasiones no había tal semejanza e incluso ni siquiera aparecía el depósito blancuzco. En una cierta tarde lluviosa cuando esta ilusión parecía más intensa creí ver surgir una especie de exhalación delgada, amarillenta y trémula de aquel nitroso dibujo en dirección a la chimenea. Hablé a mi tío de esto y él sonrió ante mi ocurrencia; atraque pareció que en su sonrisa había un matiz de reminiscencia. Después me enteré de que ocurrencias semejantes figuraban entre los relatos que corrían entre las gentes sencillas; alusiones a formas horribles y lobunas tomadas por el humo salido de la gran chimenea; y misteriosos contornos asumidas por las sinuosas raíces de los árboles que se abrían camino junto a la bodega, y por entre las piedras de los cimientos.

II

Hasta que fui mayor no me enseñó mi tío las notas y referencias que él había coleccionado referentes a la casa apartada. El doctor era un médico sano y

conservador de la vieja escuela, y por mucho interés que tuviera por aquel lugar, no sentía ganas de animar a las mentes juveniles hacia lo anormal. Lo que él pensaba de aquel edificio evidentemente tan insano no tenía nada que ver con la anormalidad; pero se daba cuenta de su pintoresquismo que despertaba incluso su propio interés, podría formar toda clase de absurdas asociaciones en la imaginativa mente de un muchacho.

El doctor era soltero; canoso, bien afeitado, vestía como un caballero de otros tiempos. Era un historiador local de reconocida fama, que había roto más de una lanza en controversias con guardianes de la tradición tales como Sidney S. Rider y Thomas W. Bicknell. Vivía acompañado de un criado en una casa de estilo georgiano, con aldaba y escalera con barandilla de hierro, que se alzaba de un modo algo espectral en la cuesta de North Court Street, junto al antiguo edificio de ladrillo de la Corte de Justicia, y la casa de estilo colonial en donde su abuelo (primo de aquel célebre corsario el capitán Whipple, que atacó e incendió la goleta armada británica *Gaspee* en 1772), votó en la legislatura el 4 de mayo de 1776 por la independencia de la colonia de Rhode Island. En torno suyo, en aquella húmeda biblioteca de techo bajo con su repisa de chimenea minuciosamente tallada y ventanas de blancos estrepaños y vidrios sombreados por la hiedra, estaban las reliquias y recuerdos de su familia tan antigua, entre las cuales había muchas dudosas alusiones a la casa apartada de Benefit Street. Aquel lugar apestado no se halla muy lejos, porque Benefit Street pasa sobre el edificio de la Corte de Justicia y a lo largo de la empinada colina en donde se establecieron los primeros colonos.

Cuando al final, ya de mayor, mi insistencia logró que mi tío me facilitase aquel tesoro de saber popular, vi ante mí una crónica bastante extraña. Amplia, con muchas estadísticas y pesadas genealogías, llevaba incubado continuamente un tenaz horror y una malevolencia tan poco natural, que me causó más impresión que la que había causado al buen doctor. Los acontecimientos separados coincidían entre sí de un modo misterioso, y detalles, al parecer sin importancia, eran verdaderas minas de horribles posibilidades. Sentí una nueva y quemante curiosidad crecer en mí, comparada con la cual, mi curiosidad infantil era débil y rudimentaria. La primera revelación me llevó a hacer una investigación exhaustiva y luego a aquella estremecedora búsqueda que tan desastrosa iba a ser para mí y para los míos. Porque al final mi tío insistió en unirse a la investigación que yo había comenzado, y después de pasar cierta noche en aquella casa, lo perdí para siempre. Y ahora estoy solo, sin la compañía

de aquella buena alma, cuyos largos años de vida estuvieron señalados por el honor, la virtud, el buen gusto, la benevolencia y el saber. Y he mandado poner una urna de mármol en memoria suya en el cementerio de la iglesia de San Juan, el lugar que Poe amó tanto, lugar sombreado por los grandes sauces de la colina, donde las tumbas y las lápidas se amontonan pacíficamente entre la vetusta masa de la iglesia y las casas y muros de Benefit Street.

La historia de la casa, sacada de en medio de un montón de datos, no revelaba nada siniestro ni en su construcción ni en la próspera y honorable familia que la construyó. Y sin embargo, desde el principio y cada vez con más evidencia, ocurrieron allí calamidades.

Las notas compiladas cuidadosamente por mi tío comenzaban con la construcción del edificio en 1763 y seguían con el tema con una cantidad desacostumbrada de detalles. La casa apartada estuvo habitada primeramente por William Harris, su esposa Rhoby Dexter y sus hijos, Elkanak, nacido en 1755, Abigail, nacido en 1757, William, Jr., nacido en 1759 y Ruth, nacida en 1761. Harris era un acomodado comerciante y marino en la ruta de las Indias Occidentales, relacionado con la empresa de Obadiah Brown y sus sobrinos. Después de la muerte de Brown en 1761, la nueva firma de Nicholas Brown & Co., lo hizo patrón del bergantín *Prudence* de 120 toneladas, botado en Providence, permitiéndole así edificar la nueva casa que había deseado poseer desde que se casó.

El sitio que escogió, una parte recientemente enderezada de la nueva y elegante Back Street, que corría a lo largo de la poblada colina de Cheapside, era todo lo que se podía desear, y el edificio hizo honor al sitio. Era lo mejor que podían permitir unos medios modestos; y Harris se apresuró a mudarse antes del nacimiento del quinto hijo que la familia esperaba. Aquel hijo, un niño, nació en diciembre; pero nació muerto. No volvería a nacer ningún niño vivo en aquella casa durante siglo y medio.

Al siguiente mes de abril los niños se pusieron enfermos y Abigail y Ruth murieron antes de terminar el mes. El doctor Job Ives diagnosticó una especie de fiebre infantil, aunque otros declararon que era más bien decaimiento y consunción. Lo malo es que pareció ser contagioso, porque la criada, llamada Hannah Bowen, murió en el siguiente mes de junio. Eli Lideason, el criado, se estaba quejando siempre de debilidad, y se habría vuelto a la granja de su padre en Rehoboth, de no ser porque se enamoró rendidamente de Mehitabel Pierce, la criada que vino a sustituir a Hannah. Pero él murió al año siguiente, un año triste

en verdad, porque señaló la muerte del propio William Harris, debilitado como estaba por el clima de la Martinica, donde sus ocupaciones le habían retenido bastante tiempo durante la década anterior.

Rhoby Harris, la viuda, nunca se recobró del golpe de la muerte de su esposo y la muerte de su hijo mayor Elkanah, dos años después, fue el golpe final para su razón. En 1768 cayó víctima de una especie de locura pacífica y, por tanto, fue confinada a la parte alta de la casa y su hermana mayor, Mercy Dexter, tuvo que venir a hacerse cargo de la familia. Mercy era una mujer fea y huesuda de gran fuerza muscular, pero su salud decayó visiblemente desde que llegó. Atendió con gran cariño a su infortunada hermana y mostró un especial afecto por William, su único sobrino superviviente, que de un niño robusto, se había convertido en un muchacho flacucho y enfermizo. Ese mismo año murió la criada, Mehitabel y otra sirvienta más. Un criado, llamado Preserved Smith, se marchó sin dar una explicación coherente, diciendo no sé qué cosas raras y quejándose de que no le gustaba el olor de la casa. Pasó un tiempo en que Mercy no pudo encontrar servicio, porque siete muertes y un caso de locura, todo en el espacio de cinco años, había empezado a dar origen a chismes y rumores, que luego se abultaron, por la vecindad. Sin embargo, al final pudo conseguir criados que eran de fuera de la ciudad: Ann White, una mujer malhumorada de aquella parte de North Kingstown, que ahora forma la ciudad de Exeter y un hombre muy capaz de Boston llamado Zenas Low.

Fue Ann White la primera que dio la razón a las siniestras habladurías, Mercy debió haber obrado con más cordura, y no haber traído ninguna sirvienta de Nooseneck Hill; porque aquella comarca de bosques era entonces, como ahora, sede de las más absurdas supersticiones. Todavía en 1892, las gentes de Exeter desenterraron un cadáver y ceremoniosamente quemaron su corazón para prevenir ciertas visitas malignas dañosas a la paz y salud públicas; ya puede uno imaginarse lo que opinaban dichas gentes en 1768. Ann era muy charlatana y al cabo de unos meses Mercy tuvo que despedirla, sustituyéndola por una devota y amable muchacha de Newport, llamada María Robbins.

Mientras tanto la pobre Rhoby Harrys, en su locura, empezó a hablar de sueños y alucinaciones extravagantes y horribles. A veces sus gritos eran insoportables, y decía cosas tan espantosas, que tenían que llevarse a su hijo para que residiera temporalmente en casa de su prima, Peleg Harris, que vivía en Presbyterian Lane cerca del edificio del colegio nuevo. El chico parecía mejorar después de estas visitas y si Mercy hubiera sido tan lista como se creía, habría

dejado que viviera permanentemente con Peleg. Lo que la señora Harris gritaba en sus accesos de locura es algo que la tradición vacila en decir, o nos hace unos relatos tan extravagantes que se anulan a sí mismos de puro absurdos. Ciertamente parece absurdo oír decir que una mujer que sólo conocía los rudimentos del francés, a menudo se pasaba gritando durante horas en una forma ruda e idiomática de aquella lengua; o que la misma persona, sola y protegida, se quejaba a gritos de que algo la miraba fijamente y le daba mordiscos y se la comía. En 1772 murió Zenas, el criado, y cuando la señora Harris se enteró se echó a reír de un modo asombroso, como si aquello fuera su delicia, cosa completamente impropia en ella. Al año siguiente murió ella misma y fue enterrada en el Cementerio del Norte, junto a su esposo.

Cuando comenzaron las hostilidades en 1775 con la Gran Bretaña, William Harris, a pesar de sus escasos dieciséis años y de su débil constitución, logró alistarse en el Ejército de Observación a las órdenes del general Greene, y desde entonces disfrutó cada vez de más salud y prestigio. En 1780, como capitán de las fuerzas de Rhode Island en Nueva Jersey a las órdenes del coronel Angell, conoció a Phebe Hetfield de Elizabethtown, con la que se casó, y a la que trajo a Providence, después de licenciarse con todos los honores en el año siguiente.

El regreso del joven soldado no proporcionó una completa felicidad. Cierto que la casa estaba todavía en buenas condiciones y la calle había sido ensanchada y cambiado su nombre, de Back Street a Benefit Street. Pero la antes robusta constitución de Mercy Dexter había decaído de un modo curioso, así que ahora era una figura delgada y patética con voz cavernosa y un rostro desconcertante, cosa que le había ocurrido también a María, la única criada que quedaba. En el otoño de 1782, Phebe Harris dio a luz una niña muerta y el día quince del siguiente mes de mayo, Mercy Dexter abandonó esta vida, que para ella había sido de trabajo, austeridad y virtud.

William Harris, por fin convencido de que aquella casa era radicalmente insana, dio los pasos necesarios para abandonarla y cerrarla para siempre. De momento se fue a vivir con su esposa en la recién abierta posada de la «Bola de Oro», y mandó construir una casa nueva y mejor en Westminster Street, en el nuevo barrio de la ciudad al otro lado del Puente Grande. Allí fue donde nació en 1785 su hijo Dutee y allí vivió la familia hasta que la invasión del comercio les hizo mudarse al otro lado del río y sobre la colina del Angel Street, en el nuevo distrito residencial del East Side, donde luego Archer Harris construyó su suntuosa mansión de odioso tejado estilo francés en 1876. William y Phebe

sucumbieron ante la epidemia de fiebre amarilla de 1797, y Dutee fue criado por su primo Rathborne Harris, hijo de Peleg.

Rathborne era un hombre práctico, y alquiló la casa de Benefit Street, a pesar del deseo de William de que quedara vacía. Consideró que era obligación suya respecto a su tutelado, el sacar todo el partido posible de su hacienda y no se preocupó por las muchas muertes y enfermedades que hicieron que los inquilinos cambiaran muy a menudo; o de la aversión cada vez mayor con que la casa era mirada. Es posible que se sintiera molesto cuando en 1804 el Consejo de la Ciudad le ordenó fumigar la casa con sulfuro, azufre y alcanfor, debido a las muy discutidas muertes de cuatro personas, presumiblemente causadas por la fiebre epidémica que entonces tendía a disminuir. Y la gente dijo que la casa tenía un olor febril.

Dutee se acordó poco de la casa, porque acabó siendo corsario y se distinguió sirviendo en el *Vigilant* a las órdenes del capitán Cahoone en la guerra de 1812. Volvió ileso, se casó en 1814 y se convirtió en padre en aquella memorable no

che del 23 de septiembre de 1815, en que una gran galerna empujó las aguas de la bahía inundando media ciudad. Un balandro fue flotado por Westminster Street arriba de modo que su mástil por poco no golpeó las ventanas de la casa de Harris en simbólica afirmación de que el nuevo chico, al que llamaron Welcome, era hijo de un marino.

Welcome no sobrevivió a su padre, pero vivió para perecer gloriosamente en la batalla de Fredericksburg en 1862. Ni él ni su hijo Archer supieron otra cosa de la casa apartada más que era un estorbo casi imposible de alquilar (quizá por la humedad y el olor enfermizo, herencia de otros tiempos). Realmente nunca fue alquilada tras una serie de muertes que culminaron en 1861, las cuales no tuvieron mucho relieve porque entonces se estaba en guerra. Carrington Harris, el último de la línea masculina, supo tan sólo que era una casa abandonada, pintoresco centro de leyendas, hasta que yo le conté lo que sabía. Él había pensado en derribarla y construir en su lugar una casa de pisos, pero después de lo que le conté, decidió dejarla en pie, instalar cañerías y alquilarla. Ahora no tuvo ninguna dificultad en alquilarla. Su mala fama estaba olvidada.

III

Ya se pueden imaginar de qué modo me sentí afectado al leer la historia de los Harris. En esta continuada historia me parecía a mí que se cobijaba un mal

claramente relacionado con la casa y no con la familia. Esta impresión se veía confirmada por toda aquella miscelánea menos sistemática que mi tío había reunido: leyendas tomadas de chismorreos de los sirvientes, recortes de periódicos, copias de certificados de defunción hechos por otros colegas, y cosas por el estilo. No puedo reproducir aquí todos esos documentos, porque mi tío era un incansable coleccionista y estaba muy interesado en la casa apartada; pero puedo referirme a algunos puntos principales que merecen ser citados, ya que aparecen en muchos informes de fuentes diversas. Por ejemplo, los chismes de los criados son prácticamente unánimes en atribuir a los hongos y al mal olor de la bodega de la casa la causa principal del mal. Hubo criadas, especialmente Ann White, que no quisieron utilizar la cocina del sótano, y por lo menos tres leyendas bien definidas nacieron a costa de aquellos extraños dibujos casi humanos o diabólicos asumidos por las raíces de los árboles y las manchas de moho. Estos relatos me interesaron profundamente por lo que yo había Visto de niño, aunque me pareció que su significado había sido en gran parte oscurecido por las tradiciones locales sobre fantasmas.

Ann White, con su superstición típica de Exeter, fue la que dio origen al más extravagante y a la vez más consistente bulo, diciendo que debajo de la casa debía de estar enterrado uno de aquellos vampiros (muertos que conservan su forma corpórea y viven de la sangre y el aliento de los vivos), que en busca de presas van por todas partes durante la noche. Para destruir a un vampiro uno debe, según cuentan las abuelas, desenterrar y quemar su corazón, o al menos clavar una estaca en aquel órgano; y Ann no hacía más que insistir en que se levantara el suelo de la bodega pues verían como tenía razón.

Sus cuentos, sin embargo, fueron muy escuchados por la gente y también aceptados porque la casa realmente se levantaba sobre un suelo que en otros tiempos había formado parte de un cementerio. Para mí que su interés dependía menos de esta circunstancia, que el modo particular como encajaban con otras cosas, la queja del criado Preserved Smith al márchese, que había precedido a Ann y nunca oyó hablar de ella, de que algo «le chupaba la respiración» por la noche; el certificado de defunción de las víctimas de la fiebre en 1804, extendido por el doctor Chad Hopkins y declarando que las cuatro personas muertas «tenían muy poca sangre»; y las oscuras frases de la pobre Rhoby Harris en sus desvaríos, quejándose de los agudos colmillos de una presencia semivisible, de ojos vidriosos.

Aunque yo no soy supersticioso, estas cosas producían en mí una extraña

sensación, que era intensificada por un par de recortes de periódico referentes a muertes ocurridas en la casa apartada; una del *Providence Gazette and Country Journal* del 12 de abril de 1815; y la otra del *Daily Transcript and Chronicle* del 27 de octubre de 1845; cada uno de los cuales detallaba una asombrosa y espeluznante circunstancia cuya repetición era notable. Parece que en ambos casos las personas muertas, en 1815, una anciana dama llamada Stafford, y en 1845, una joven en edad escolar llamada Eleazar Durfee, se transfiguraron de un modo horrible, mirando de un modo vidrioso y tratando de morder en la garganta al médico que las atendía. Y algo aún más asombroso fue el caso final que puso término al alquiler de la casa: una serie de casos de muertes por anemia precedidos de locura progresiva en las que el paciente atentaba con astucia contra las vidas de sus parientes, haciéndoles incisiones en el cuello o las muñecas.

Esto ocurrió en 1860 y en 1861, cuando mi tío acababa justamente de comenzar su carrera como médico y antes de marcharse para el frente, oyó contar todo eso de colegas mayores que él. La cosa realmente inexplicable fue el modo como las víctimas, que eran gente ignorante, porque aquella casa maloliente y apartada no podía ser alquilada a otras personas, pudieron balbucir maldiciones en francés, un idioma que era evidente que ellos no habían estudiado. Ello hacía recordar a la pobre Rhoby Harris, que vivió un siglo antes, y movió a mi tío a empezar a coleccionar documentos históricos sobre aquella casa, tras escuchar, poco tiempo después de su vuelta de la guerra, el primer relato de primera mano de los doctores Chase y Whitmarsh. Pude darme cuenta que mi tío había pensado profundamente en aquel tema y que le alegraba el interés que yo demostraba por el mismo; un interés con simpatía y amplitud de ideas que le permitieron discutir conmigo materias de las que otros se hubieran echado a reír. Su fantasía no había ido tan lejos como la mía, pero estaba convencido de que aquél era un lugar extraño; y que merecía la pena estudiarlo como fuente de inspiración en el campo de lo grotesco y lo macabro.

Por mi parte estaba dispuesto a tomarme este asunto con el mayor interés, y empecé inmediatamente no sólo a repasar todos aquellos documentos, sino a acumular todos los que pude. Hablé con el viejo Archer Harris, por entonces propietario de la casa, muchas veces antes de su fallecimiento en 1916 y obtuve de él, así como de su hermana soltera Alice, que todavía vivía, una auténtica corroboración de todos los datos que mi tía había recogido. Sin embargo, cuando les pregunté qué relación podía tener la casa con Francia o con su idioma, me

confesaron que sabían de eso tan poco como yo. Archer no sabía nada y todo lo que la señorita Harris podía decir, era que una vez oyó una alusión de su abuelo, Dutee Harris, que podía arrojar alguna luz sobre el asunto. El viejo marino, que sobrevivió dos años a la muerte de su hijo Welcome en la guerra, no se acordaba bien de la leyenda; pero recordaba que su primera niñera, María Robbins, parecía tener una vaga idea de algo que podía dar un horrible significado a los delirios en francés de Rhoby Harris, y que ella había oído tan a menudo durante los últimos días de aquella desventurada mujer. María había estado en la casa apartada desde 1769 hasta que la familia se mudó en 1783, y vio morir a Mercy Dexter. En una ocasión ella insinuó a Dutee, cuando éste era niño, que hubo una circunstancia algo rara en los últimos momentos de Mercy; pero él olvidó pronto todo aquello, salvo aquello de que había habido algo raro. La nieta recordó también esto, aunque con dificultad. Ella y su hermano no estaban tan interesados por la casa como lo estaba Carrington, el hijo de Archer, actual propietario, con el cual hablé después de este asunto.

Habiendo obtenido de la familia Harris toda la información que ésta me podía dar, dirigí mi atención hacia los documentos antiguos que hablaban de las cosas acaecidas en la ciudad, con más celo y penetración que el que mi tío había mostrado en el mismo trabajo. Lo que yo deseaba era una historia del lugar que comprendiera desde su fundación en 1636, o aun antes, y si había alguna leyenda del tiempo de los indios Narragansett. Al principio hallé que aquellas tierras formaron parte de la larga faja de terreno que en un principio fue otorgada a John Throckmorton; uno de los numerosos lotes que empezaban en Town Street a orillas del río y que se extendían colina arriba por una línea que más o menos coincidía con la actual Hope Street. Las tierras de los Throckmorton fueron luego muy subdivididas y empecé a investigar la historia de aquellos terrenos por los que después había de pasar la calle llamada Back, y más tarde Benefit Street. Corría el rumor de que allí había estado la tumba de Throckmorton; pero examinando con atención los documentos antiguos hallé que todas las tumbas fueron trasladadas poco después al Cementerio del Norte junto a Pawtucket West Road.

Entonces de repente (y por verdadera casualidad, puesto que no estaba con el paquete principal de documentos y podía haberse fácilmente perdido), di con algo que me llamó muchísimo la atención; pues encajaba con varios aspectos de los más interesantes de aquel asunto. Era la copia de un contrato de arrendamiento, de 1697, de una pequeña parcela de terreno a un tal Étienne

Roulet y su esposa. Al final aparecía un elemento francés, en mi horripilante búsqueda. Me dedique febrilmente al estudio del parcelamiento de los terrenos de la localidad tal como fue hecho antes de la urbanización de Back Street, entre los años 1747 y 1758. Hallé lo que ya casi esperaba, que donde ahora se levantaba la casa apartada, era donde los Roulet había tenido su cementerio particular, detrás de una casa de un piso y ático, y que no existía ningún documento que demostrara que aquellas tumbas fueran luego trasladadas. Aquel contrato terminaba de un modo confuso, así que me vi obligado a hacer investigaciones tanto en la Sociedad Histórica de Rhode Island, como en la Biblioteca Shepley, antes de hallar una puerta que el nombre de Étienne Roulet me iba a abrir. Al final hallé algo; algo vago, pero monstruosamente importante, que me impulsó a volver a examinar la bodega de la casa abandonada, esta vez de una forma excitada y minuciosa.

Parecía ser que los Roulet habían venido en 1696 de East Greenwich, en la costa occidental de la bahía de Narragansett. Eran hugonotes de Caude, y hallaron mucha oposición antes de que los colones de Providence les permitieran establecerse entre ellos. Precisamente era la impopularidad la que los había arrojado de East Greenwich, a donde habían arribado en 1686, después de la revocación del edicto de Nantes; y los rumores decían que la causa de que fueran tan poco simpáticos no se debía sólo a prejuicios raciales o de nacionalidad, ni a las disputas sobre propiedad de terrenos en que estaban envueltos los otros colonos franceses que tenían rivalidades con los ingleses, que ni siquiera el gobernador Andros pudo sofocar, sino a otras razones. Pero su ardiente protestantismo, demasiado ardiente como susurraban algunos, y sus infortunios, desde que fueron arrojados de aquella aldea, había hecho que al final los acogieran, y el atezado Étienne Roulet, menos apto para la agricultura, que para leer libros extraños y trazar misteriosos diagramas, obtuvo del clero un empleo en el almacén del muelle de Pardon Tillinghast, en el extremo sur de Town Street. El viejo Roulet vivió durante unos catorce años, pero poco después hubo allí un motín contra la familia y ésta desapareció.

Parecía ser que durante más de un siglo, los Roulet habían sido bien recordados; y que con frecuencia se hablaba de ellos como de una incidencia extraordinaria en la tranquila vida de aquel puerto de Nueva Inglaterra. Paul, el hijo de Étienne, un joven insolente que con su conducta irregular fue probablemente el que provocó el motín que acabó con su familia, fue el que dio más que hablar; y aunque en Providence nunca hubo aquel temor a la brujería

que era corriente en sus puritanos contornos, hicieron mella los chismorreos de algunas comadres que aseguraban que él nunca oraba en los momentos debidos, ni se dirigía al Supremo Hacedor.

Todo esto, sin duda, constituyó la base de la leyenda que conoció en sus tiempos María Robbins. La relación que existía entre este hecho y los delirios franceses de Rhoby Harris y de otros habitantes de la casa apartada, era algo que sólo podrían determinar la imaginación o los futuros descubrimientos. Me pregunté cuántos de aquellos antecesores míos que habían conocido las leyendas se habían dado cuenta de su relación con algo más terrible, que yo había llegado a conocer gracias a mis incesantes lecturas; aquella ominosa adición en los anales del horror morboso que nos habla de un tal *Jacques Roulet, de Cande*, quien en 1598 fue condenado a muerte por brujería; pero después se salvó del patíbulo gracias al Parlamento de París y encerrado en un manicomio. Este individuo había sido hallado en un bosque cubierto de sangre y de pedazos de carne, poco después de que un muchacho fuera atacado y devorado por un par de lobos. Una de aquellas fieras fue vista al huir indemne. Puede que todo esto solo fuera un cuento, con un extraño significado respecto a nombre y lugar, y a mí me pareció que no pudo llegar a conocimiento de las gentes de Providence. De haberlo sabido, la coincidencia de nombres y el miedo los habría impulsado a cometer alguna drástica acción, aunque de todos modos sus chismes, aun careciendo de aquella vital información, bastaron para precipitar el motín que acabó con la familia Roulet en la ciudad.

Empecé a visitar aquel lugar maldito con mayor frecuencia, estudiando la insalubre vegetación del jardín, examinando todas las paredes del edificio y mirando detenidamente cada pulgada cuadrada del suelo de tierra de la bodega. Finalmente, con el permiso de Carrington Harris, mandé hacer una llave de la puerta que nunca se usaba y que llevaba de la bodega directamente a Benefit Street, prefiriendo tener un acceso más inmediato al mundo exterior que el que podían darme las sombrías escaleras, el recibidor del piso bajo y la puerta principal. Allí, donde lo morboso era más atrayente, empecé a investigar y a remirar durante largas tardes, cuando la luz del sol se filtraba a través de la puerta cubierta de telarañas, por encima del nivel del suelo, que me situaba a pocos pasos de la tranquila acera que había en el exterior. Mis esfuerzos no se vieron premiados con nada nuevo, sólo la misma depresiva humedad y la débil sugerencia de olores nocivos y de dibujos del nitrato en el suelo. Creo que muchos transeúntes me miraron curiosamente a través de los cristales rotos.

Al final y por sugerencia de mi tío, decidí explorar aquel lugar en las horas nocturnas, y una medianoche tormentosa enfoqué con mi linterna aquel suelo mohoso con sus extrañas siluetas y sus hongos deformes y semifosforescentes. Cosa curiosa, aquel sitio me desanimó aquella noche, y ya estaba casi a punto de irme, cuando vi to creí ver) entre los depósitos blancuzcos como si se concentrara las líneas de aquella «forma confusa» que ya había sospechado yo de niño. Pero esta vez se veía con una claridad sin precedentes, y mientras la contemplaba me pareció ver aquella exhalación impalpable, amarillenta y resplandeciente que me dejó asombrado en aquella tarde lluviosa de mi infancia.

Empezó a levantarse sobre la mancha antropomórfica de moho; era un vapor sutil, enfermizo y casi luminoso que mientras flotaba tembloroso en aquella atmósfera húmeda, parecía desarrollar vagas y asombrosas sugerencias de formas, gradualmente desvaneciéndose en una nebulosa podredumbre que se tragó la negrura de la chimenea y dejando tras sí como una estela. Era algo verdaderamente horrible y mucho más para mí, que conocía tantas cosas sobre aquel lugar. No queriendo huir, contemplé como desaparecía y mientras lo observaba me pareció, que a su vez aquello me estaba mirando codiciosamente con unos ojos más imaginarios que visibles. Cuando luego lo conté a mi tío se alteró bastante, y tras una hora tensa de reflexiones, llegó a una definitiva y drástica decisión. Sopesando bien en su mente la importancia del asunto y el significado de nuestra relación con él, insistió en que ambos probásemos, y si fuera posible destruyésemos, lo horrible que había en aquella casa pasando una o varias noches de agresiva vigilancia en aquella maldita bodega de moho y hongos.

IV

El viernes 25 de junio de 1919, tras previa notificación a Carrington Harris, pero sin decirle lo que esperábamos encontrar, mi tío y yo llevamos a la casa apartada dos sillas de campaña y un catre plegable, así como algunos instrumentos científicos de gran peso y bastante complicados. Todo esto fue depositado en la bodega durante el día, tapando las ventanas con papel. Pensábamos volver por la noche a hacer nuestra primera guardia. Habíamos cerrado con llave la puerta que comunicaba la bodega con la planta baja, y teniendo una llave de la puerta exterior de la bodega, podíamos dejar tranquilamente nuestros costosos y delicados aparatos (que habíamos obtenido secretamente y a gran precio) todos los días que nos fueran necesarios. Nuestra

intención era la de permanecer sentados juntos hasta muy tarde y luego vigilar por turnos hasta el amanecer en guardias de dos horas, yo primero y luego mi tío. El que descansara lo haría en el catre.

Los grandes dotes de mando de mi tío fueron los que nos procuraron los instrumentos de los laboratorios de la Universidad de Brown y de la armería de Cranston Street, e instintivamente asumió la dirección de nuestra aventura. Todo ello era el mejor comentario que se podía hacer de la vitalidad, potencia y viveza de un hombre de ochenta y dos años. Elihu Whipple había vivido de acuerdo con los preceptos higiénicos, que él había predicado como médico, y si no hubiera sido por lo que sucedió después, aún podría seguir viviendo. Sólo hubo dos personas que sospecharon lo que pasó: Carrington Harris y yo. A Harris tuve que contárselo porque era el propietario de la casa y debía saber lo que había pasado en ella; además ya le habíamos hablado antes de lo que intentábamos hacer, y me pareció que después de la muerte de mi tío él comprendería y me ayudaría en las explicaciones públicas que necesariamente tendría que dar. Él se puso muy pálido, pero se ofreció a ayudarme y decidió que no sería prudente arrendar la casa.

Decir que no estábamos nerviosos en aquella lluviosa noche de vela, sería faltar a la verdad de un modo burdo y ridículo. Ya he dicho que ninguno de los dos éramos supersticiosos; pero los estudios científicos y la reflexión nos había enseñado que el universo conocido de tres dimensiones abarca simplemente la fracción del cosmos que son la substancia y la energía. En este caso una evidencia abrumadura de numerosas fuentes fidedignas indicaba la tenaz existencia de ciertas fuerzas de gran poder y que, al menos desde el punto de vista humano, eran excepcionalmente malignas. Decir que nosotros creemos realmente en vampiros y hombres-lobos sería una afirmación atolondrada. Más bien habría que reconocer que no estábamos preparados para negar la posibilidad de ciertas modificaciones poco familiares y aún no clasificadas de la fuerza vital y de la materia atenuada; que existen con poca frecuencia en el espacio tridimensional, porque están más íntimamente ligadas con otras unidades espaciales y, no obstante, lo bastante cercanas a los límites de la nuestra para que ocasionalmente puedan manifestarse, exhibiciones que nosotros no podemos comprender, por carecer de un punto de vista adecuado para comprenderlas.

En resumen, tanto a mi tío como a mí nos parecía que una serie de hechos incontrovertibles indicaba que había cierta influencia persistente en la casa apartada, de la cual podía seguirse la pista desde los primeros e infortunados

colonos franceses de dos siglos atrás, y que aún operaban a través de leyes raras y desconocidas del movimiento atómico y electrónico. La historia de la familia Roulet parecía demostrar que había poseído una anormal afinidad con círculos de identidad exteriores (negras esferas que para la gente normal sólo podían suponer repulsión y horror). Quizás aquellos motines de mediados del siglo xviii pusieron en movimiento unos esquemas cinéticos en el morboso cerebro de uno o más de ellos (especialmente en el siniestro Paul Roulet), que oscuramente sobrevivió a los asesinos y continuó funcionando en algún espacio multitudimensional, a lo largo de las líneas de fuerza originales determinadas por un odio frenético hacia aquella comunidad.

Tal cosa seguramente no era física o bioquímicamente imposible a la luz de los últimos descubrimientos de la ciencia, que incluyen las teorías de la relatividad y de la acción interatómica. Uno puede imaginarse fácilmente un núcleo extraño de substancia o energía, sin forma o con ella, mantenido vivo por substracciones imperceptibles o inmateriales de la fuerza de la vida o del tejido corpóreo y fluidos de otras cosas vivientes más palpables en las cuales penetra y con cuyo tejido a veces emerge completamente. Podía ser activamente hostil o podía estar dictado simplemente por ciegos motivos de defensa propia. En todo caso tal monstruo debería figurar necesariamente en nuestro esquema de las cosas como algo anómalo e intruso, cuya extirpación era un deber primario para todo hombre que no fuera enemigo de la vida, la salud y la razón.

Lo que más nos confundía era nuestra absoluta ignorancia del aspecto con que podríamos encontrar aquella cosa. Ninguna persona sana lo había visto jamás, y las escasas que lo percibieron lo vieron poco antes de morir. Podía ser pura energía (una forma etérea y no perteneciente al reino de la sustancia) o podía ser parcialmente material; alguna masa equívoca y desconocida de plasticidad, capaz de cambiar a voluntad ante la nebulosa aproximación de los estados sólido, líquido o gaseoso. La mancha antropomórfica de moho en el suelo, la forma de aquel vapor amarillento y las curvas de las raíces de los árboles en algunos de los cuentos más antiguos, todo argüía al menos que había una remota y reminiscente conexión con la forma humana; pero nadie podía decir con certidumbre hasta qué punto aquella similaridad era representativa o permanente.

Habíamos ideado dos armas para luchar contra todo ello: un gran tubo Crookes que funcionaba con potentes baterías y provisto de especiales pantallas y reflectores, para el caso de que demostrara ser intangible y sólo se le pudiera

atacar con radiaciones de éter muy destructivas, y un par de lanzallamas, como los usados en la Guerra Mundial, para el caso de que resultara ser en parte material y susceptible de ser destruido por medios mecánicos; porque como los supersticiosos campesinos de Exeter, estábamos preparados para quemar el corazón de aquello, si había un corazón que quemar. Todo este mecanismo agresivo lo colocamos en la bodega en posiciones cuidadosamente dispuestas con referencia al catre y las sillas y al lugar delante de la chimenea donde el moho había tomado aquellas extrañas formas. Aquella mancha sugestiva, por cierto, sólo se veía débilmente cuando colocamos en su sitio nuestros muebles e instrumentos, así como cuando volvimos aquella noche para empezar nuestra vigilia. Por un instante llegué a dudar de haberla visto siquiera alguna vez, pero en seguida me acordé de las leyendas.

Nuestra observación en la bodega comenzó a las diez, y conforme la fuimos avanzando no hallamos nada que nos indicara que iba a suceder algún acontecimiento. Un débil y filtrado resplandor de las luces de la calle azotadas por la lluvia, y aquella detestable fosforescencia de los hongos de dentro, nos permitían ver las chorreantes piedras de las paredes, de las cuales hacía tiempo que había desaparecido todo rastro de encalado; el suelo de tierra húmedo, fétido y mohoso con sus hongos obscenos; los restos podridos de lo que habían sido taburetes, sillas y mesas y otros restos informes de muebles; las pesadas vigas y tablones del techo; la decrépita puerta de madera que cerraba el paso a alacenas y cuartos por debajo de las otras partes de la casa; la desmoronada escalera de piedra con su podrida barandilla de madera; aquella pelada y cavernosa chimenea de ladrillos ennegrecidos donde mohosos fragmentos de hierro revelaban la pasada presencia de ganchos, morillos, asador y pescante, y la puerta del horno... todas estas cosas, además de nuestras austeras sillas y catre, y la pesada e intrincada maquinaria destructiva que habíamos traído.

Al igual que en mis primeras exploraciones, habíamos dejado la puerta que daba a la calle, cerrada, pero no con llave, así que tendríamos una fácil escapatoria para el caso de que tuviéramos que enfrentarnos con manifestaciones que no pudiéramos dominar. Creíamos que nuestra presencia allí atraería a cualquier ente maligno que en aquel lugar se ocultase, y que estando preparados, podríamos dar buena cuenta de él con nuestros medios una vez lo hubiéramos reconocido y observado suficientemente. El tiempo que necesitaríamos en conjurar y en extinguir aquella cosa, era algo de lo que no teníamos la menor idea. Sin embargo, no dejamos de pensar que nuestra aventura era arriesgada,

porque nadie podía decir con qué fuerza podría aparecer la cosa. No obstante, creíamos que todo aquello valía la pena, y nos embarcamos en la aventura solos y sin vacilar, conscientes de que buscar la ayuda de alguien más nos exponía al ridículo y quizás a la derrota de nuestros propósitos. Estuvimos hablando de estas cosas hasta bien entrada la noche; pero como mi tío empezara a sentirse soñoliento, le sugería que se acostara, mientras yo hacía mi guardia de dos horas.

Algo parecido al miedo me estremeció mientras estuve allí sentado todo aquel rato solo, y digo solo, porque uno que está sentado junto a otro que duerme es como si no tuviera compañía, quizás más solo de lo que se da cuenta. Mi tío respiraba pesadamente y sus profundas inhalaciones y exhalaciones acompañadas por la lluvia, que caía fuera, puntualizado por otro sonido de esos que ponen de punta los nervios, el agua que goteaba en algún lugar dentro de la casa, porque aquel edificio era repulsivamente húmedo aun en tiempo seco, y con esta tormenta parecía pantanoso. Estudié las viejas paredes a la luz de los hongos y de los débiles resplandores que penetraban de los faroles de la calle a través de las pantallas de las ventanas. En una ocasión, cuando todos aquellos ruidos parecieron que me iban a hacer enfermar, abrí la puerta y contemplé la calle arriba y abajo, regalando mis ojos con la vista de cosas familiares y mis narices con aquel aire sano. Nada ocurrió que apremiara mi vigilancia y bostecé repetidas veces, pues a la aprensión iba sucediendo en mí la fatiga...

Entonces el sueño agitado de mi tío atrajo mi atención. Se había revuelto inquieto en el catre varias veces durante los treinta minutos últimos de la primera hora de guardia; pero ahora respiraba con bastante irregularidad, soltando más de una vez un suspiro que a veces se pareció a un ahogado gemido. Lo enfoqué con mi linterna y vi que tenía el rostro vuelto, así que levantándome fui al otro lado del catre y lo enfoqué de nuevo con la luz para ver si es que le pasaba algo. Lo que vi me sorprendió y trastornó mucho, considerando que era algo más bien trivial. Debió de ser la asociación de una extraña circunstancia con la naturaleza siniestra del lugar en que estábamos y con nuestra misión, porque seguramente las circunstancias no eran en sí mismas espantosas o anormales. Era simplemente que la expresión del rostro de mi tío, agitada sin duda por los extraños sueños que nuestra situación evocaba, demostraba que se hallaba muy inquieto y no era ni mucho menos una característica en él. Su expresión habitual era de amabilidad y de esa calma que da la buena educación, mientras que ahora parecía estar luchando en su interior con una variedad de emociones. Creo que en conjunto, fue esta *variedad* lo que más me alteró. Mi tío, mientras gemía y se

agitaba cada vez con muestras de mayor perturbación y empezando ahora a abrir los ojos, parecía no ser uno, sino varios hombres y hasta daba la impresión de no ser ya él mismo.

Seguidamente comenzó a musitar y a mí no me gustó el modo como ponía la boca y enseñaba los dientes para hacerlo. Las palabras fueron al principio ininteligibles, pero luego, con un tremendo sobresalto, reconocí algo en ellas que me dejó helado de terror, hasta que recordé la cultura de mi tío y las innumerables traducciones que él había hecho de artículos sobre antropología y antigüedades de la *Revue des Deux Mondes.* Porque el venerable Elihu Whipple estaba murmurando en «francés» y las pocas frases que pude entender parecían relacionadas con los más oscuros mitos que él había traducido de la famosa revista parisiense.

De pronto la frente del durmiente empezó a sudar y éste se incorporó, medio despierto. Aquel farfullar en francés se convirtió en un grito en inglés, y con voz ronca exclamó:

—¡Mi respiración! ¡Mi respiración!

Entonces se despertó del todo, su rostro volvió a recobrar su expresión normal y tomándome una mano, mi tío empezó a contarme un sueño, que yo sólo me atrevo a contar sintiendo un cierto temor.

Me contó que había tenido una serie de sueños de *imágenes* ordinarias, hasta soñar una escena cuya extrañeza no estaba relacionada con nada de lo que él hubiera leído. Era algo de este mundo, y que, sin embargo, no era de este mundo... una confusión de sombras geométricas en la cual se podían ver elementos de cosas familiares en las combinaciones más poco familiares y perturbadoras. Había una sugestión de desordenadas imágenes extrañas superpuestas unas sobre otras; una disposición en la cual lo esencial del tiempo y del espacio parecía disuelto y mezclado de un modo totalmente ilógico. En esta vorágine caleidoscópica de imágenes fantasmales había ocasionales estallidos, si es que se puede emplear esta palabra, de singular claridad, pero inexplicables por lo heterogéneos.

En una ocasión mi tío creyó estar en el fondo de un hoyo, mientras que lo miraban muchas caras enfadadas enmarcadas por extraños cabellos y sombreros de tres picos, todas dirigiéndole miradas furibundas. Luego le pareció estar en el interior de una casa (una casa antigua, por lo visto), pero los detalles y los habitantes cambiaban constantemente y nunca pudo estar seguro de las caras o del mobiliario, o ni siquiera de la propia habitación; puesto que las puertas y

ventanas cambiaban constantemente de forma como si fueran objetos movibles. Era horrible, muy horrible, y mi tío habló casi como avergonzado, como si temiera que no lo creyesen, cuando declaró que algunos de aquellos rostros extraños tenían los rasgos de la familia Harris. Y todo el rato tuvo una sensación de sofoco, como si por todo su cuerpo se hubiera extendido una aviesa presencia, tratando de dominar todos sus procesos vitales. Me estremecí al pensar en tales procesos vitales, gastado como tenía mi tío su organismo, con sus ochenta y un años de continuo funcionamiento, en conflicto con fuerzas desconocidas las cuales bien podían temer un cuerpo más joven y más fuerte; pero seguidamente reflexioné que los sueños sólo son sueños, y que estas desagradables visiones no serían, como máximo, sino la reacción de mi tío a las investigaciones y a la expectación que últimamente habían ocupado de tal modo nuestras mentes, que se habían olvidado de todo lo demás.

La conversación logró disipar un poco la sensación de extrañeza que sentía y al final tuve que rendirme al cansancio que producían mis bostezos y me tocó a mí el turno de dormir. Mi tío parecía bien despierto y contento de que le tocara a él estar de guardia, aunque la pesadilla lo había despertado mucho antes de haber pasado sus dos horas de sueño. Yo me quedé dormido en seguida y casi inmediatamente me vi perseguido por sueños de la especie más horrible. Se me aparecieron visiones de soledad cósmica y abisal y la hostilidad surgía por todos lados hacia cierta prisión en donde yo estaba confinado. Parecía como si estuviera atado y amordazado, oyendo la mofa y los gritos de distantes multitudes, que estaban sedientas de mi sangre. Se me apareció el rostro de mi tío con una expresión peor que cuando lo vi despierto y recuerdo que hice inútiles forcejeos y tentativas de gritar. No fue un sueño agradable, y por un instante no me disgustó el terrible chillido, que atravesando las barreras del sueño me hizo despertarme asustado, de modo que todos los objetos aparecieron ante mí con más claridad y realidad de la natural.

V

Me había acostado, dando la espalda a la silla de mi tío, así que al despertarme de repente sólo vi la puerta que daba a la calle, la ventana situada al norte, así como las partes de la pared, suelo y techo orientados hacia aquella parte, todo fotografiado de un modo morboso y vivido en mi cerebro con una luz aun más brillante que el resplandor de los hongos a la luminosidad procedente de la calle. No es que fuera una luz muy fuerte y seguro que con ella no se hubiera

podido leer un libro corriente; pero arrojaba una sombra de mí mismo y del catre sobre el suelo y tenía una fuerza penetrante y amarillenta que insinuaba cosas más potentes que luminosas. De esto me di perfectamente cuenta, a pesar de que dos de mis otros sentidos estaban siendo violentamente atacados; porque aún resonaba en mis oídos el eco de aquel horrible grito, mientras que mi olfato se revolvía ante el mal olor que apestaba aquel lugar. Mi mente, alerta, al igual que mis sentidos, reconoció al instante que allí había algo grave e insólito y casi automáticamente di un salto y me volví para coger los instrumentos destructivos que habíamos dejado sobre el moho y frente a la chimenea. Al volverme ya temía lo que iba a ver; porque el grito lo había dado mi tío; y yo ignoraba contra qué amenaza tendría que defenderlo y defenderme a mí mismo.

Sin embargo, lo que vi era aun más terrible de lo que temía. Hay horrores que están por encima del horror y éste era superior a cuanto se pueda imaginar, y que el cosmos guarda para destruir a los malditos y desgraciados. Del suelo libre de hongos flotaba un vapor cadavérico, amarillento y enfermizo, que burbujeó y saltó hasta gran altura en vagas líneas medio humanas y medio monstruosas, tras de las cuales yo pude ver la chimenea y el hogar. Era todo ojos, lobunos y burlones, y su rugosa cabeza parecida a la de un insecto se disolvió dejando un fino hilillo de niebla que formó espirales y finalmente desapareció a través de la chimenea. Afirmo haber visto esto, pero fue sólo luego cuando conscientemente pude trazar de modo definitivo la imagen de lo que vi. En aquel momento para mí fue sólo una hirviente y tenue nube de fosforescencia, viscosa como un hongo, envolviéndose y disolviéndose en horrenda plasticidad en el objeto en que se fijó mi atención. Ese objeto era mi tío, el venerable Elihu Whipple, que con rasgos ennegrecidos y cadavéricos, me miraba de reojo farfullando palabras y alargándome sus manos crispadas y temblorosas como para desgarrarme en la furia que este hecho le había producido.

Sólo por rutina no me volví loco. Me había preparado intensamente para el momento crucial y este ciego entrenamiento me salvó. Reconociendo que aquella materia burbujeante no era ninguna sustancia que se pudiera obtener con materias químicas y por lo tanto, desdeñando el lanzallamas que se veía a mi izquierda, di la corriente en el aparato del tubo Crookes y dirigí hacia aquella escena blasfema las más fuertes radiaciones de éter que el ingenio de los hombres puedan obtener de los espacios y fluidos de la naturaleza. Hubo una calina azulada y un frenético farfullar. La fosforescencia amarillenta se transformó en borrosa a mis ojos. Pero vi que sólo eran los efectos del contraste,

y que las oleadas que salían del aparato no causaban ningún efecto.

Entonces, en medio de aquel espectáculo demoníaco, vi algo nuevo y horroroso que arrancó un grito de mis labios y me envió titubeante y dando traspiés hacia la puerta que daba a la tranquila calle, sin preocuparme de qué terrores anormales yo había dejado sueltos por el mundo o cuál sería el juicio de los hombres que atraería sobre mi cabeza. En aquella difusa mezcla de azul y amarillo, el cuerpo de mi tío había comenzado a licuarse de un modo tan nauseabundo cuya esencia escapa a toda descripción, y en su cara se produjeron tales cambios de fisonomía, que sólo la locura lo puede concebir. Fue a la vez un demonio y una multitud, un carnero y una fiesta al aire libre. Iluminado por aquellos mixtos e inciertos resplandores aquel rostro gelatinoso asumió una docena, ¿qué digo?, un centenar de aspectos; gesticulando, mientras se hundía hasta el suelo en un cuerpo que se derretía como sebo, en aquella caricaturesca apariencia de legiones extrañas y, sin embargo, no extrañas.

Vi los rasgos de la familia Harris, masculinos y femeninos, adultos e infantiles, y otros rasgos viejos y jóvenes, ásperos y refinados, familiares y desconocidos. Por un instante apareció allí una degradada contrahechura de una miniatura del pobre Rhoby Harris, que yo había visto en el museo de la Escuela de Dibujo, y otra vez creí ver el rostro huesudo de Mercy Dexter, que recordaba gracias a una pintura que había en la casa Carrington Harris. Era algo inimaginable de puro horrible; hacia el final, cuando una curiosa mezcla de rostros de sirvientes y bebés revoloteó cercana al suelo de hongos, donde se estaba extendiendo una mancha grasienta y verdosa, pareció como si aquellos rasgos se alzaran y lucharan entre sí para formar contornos como los que aparecían en el rostro de mi tío. Quiero pensar que él vivía en aquel momento y que trató de darme su adiós. Creo que también me despedí de él balbuciendo algo con mi garganta reseca, mientras me precipitaba hacia la calle. Una fina y alargada corriente de grasa me siguió a través de la puerta, hasta la acera mojada por la lluvia.

El resto es sombrío y misterioso. No se veía a nadie en la calle encharcada y en todo el mundo no había nadie a quien me atreviera a contarle lo que había pasado. Fui andando sin propósito fijo en dirección sur por College Hill y el Ateneo, Hopkins Street abajo, y crucé el puente que lleva al barrio de los negocios, donde los altos edificios parecían protegerme como las cosas materiales modernas protegen al mundo de las cosas antiguas e insanas. Luego empezó a amanecer con luz grisácea, marcando la silueta de la arcaica colina y

de sus venerables campanarios, como si ésta me hiciera señas desde el sitio en que mi terrible trabajo estaba todavía por terminar. Y volví, finalmente, empapado, sin sombrero y aturdido bajo la luz de la mañana, y entré por aquella horrible puerta de Benefit Street que yo había dejado entornada y que giraba sobre sus goznes misteriosamente, a la vista de las amas de casa madrugadoras a las que no me atreví a dirigir la palabra.

La grasa había desaparecido, porque el suelo mohoso era poroso. Enfrente de la chimenea no había el menor vestigio de aquella doble mancha de nitrato. Miré el catre, las sillas, los instrumentos, mi sombrero allí abandonado y el amarillento sombrero de paja de mi tío. Estaba completamente aturdido y apenas si podía recordar qué era sueño y qué era realidad; pero rememoré los acontecimientos y me convencí de que había sido testigo de cosas más horribles que las que había soñado. Sentándome, traté de conjeturar hasta el punto que la razón me lo permitiera, qué es lo que había sucedido, y cómo podría acabar yo con aquel horror, y si es que de veras se trataba de una cosa real. No creía que fuera de ninguna materia, ni de. éter ni de cualquier otra cosa que pudiera concebir una mente humana. ¿Sería entonces alguna exótica emanación, algún vapor vampiresco como el que los aldeanos de Exeter decían que surgía de ciertos cementerios? Esto me pareció una pista y de nuevo miré al suelo ante la chimenea donde el moho y el nitrato habían tomado formas extrañas. En diez minutos tomé una decisión y cogiendo mi sombrero me marché para casa, donde me bañé, comí y pedí por teléfono un pico, una pala, una careta antigás y seis bombonas de ácido sulfúrico, ordenando que me llevaran todo a la puerta de la bodega de la casa apartada de Benefit Street. Tras eso traté de dormir, pero como no pude, me pasé las horas leyendo y componiendo versos absurdos para contrarrestar mi mal humor.

A las once de la mañana del día siguiente, comencé a cavar. Brillaba el sol y yo me alegré. Seguía estando solo, porque aunque me causaba temor aquel horror que trataba de descubrir, me causaba más temor todavía el tener que contárselo a alguien. Luego se lo conté a Harris porque no tuve más remedio, y porque él había oído contar cuentos extraños a la gente de edad, lo que hacía que estuviera predispuesto a creer. Mientras cavaba en aquella negra tierra maloliente frente a la chimenea, rezumaba algo viscoso y amarillento de los hongos que iba destrozando. Me eché a temblar pensando en lo que podía salir de allí. Algunos secretos interiores de la tierra no son buenos para el género humano y éste me parecía que era uno de ellos.

Mi mano temblaba perceptiblemente, pero seguí cavando, descansando de cuando en cuando, de pie en el gran hoyo que ya había hecho. Conforme profundizaba (el hoyo ya tenía unos seis pies cuadrados), el mal olor aumentó y ya no me quedó ninguna duda de que iba a entrar en contacto con el algo infernal cuyas emanaciones habían arrojado una maldición sobre la casa durante siglo y medio. Me pregunté qué aspecto tendría, cuál sería su forma; y de qué sustancia estaría compuesto, y qué tamaño tendría después de tanto tiempo de estar chupando la vida de otros. Salí un momento del hoyo para apartar la tierra acumulada en los bordes y dispuse las grandes bombonas de ácido acercándolas por dos lados, de modo que si hiciera falta pudiera derramarlas todas en aquella abertura en rápida sucesión. Tras eso arrojé tierra tan sólo en los otros dos lados, trabajando más despacio y poniéndome mi careta antigás porque el mal olor aumentaba. Estaba casi agotado cuando me aproximaba a una cosa sin nombre en el fondo de un hoyo.

De repente mi pico tropezó contra algo más blando que la tierra. Me estremecí e hice un movimiento como si fuera a saltar fuera del hoyo, cuya profundidad alcanzaba la altura a mi cuello. Pero recobré el valor y seguí sacando tierra a la luz de la linterna que me había traído. La superficie que ahora descubría olía a pescado podrido y era vidriosa (una especie de jalea congelada semipútrida con sugerencia traslúcidas). Seguí cavando y vi que aquello tenía forma. Había una raja en un sitio en que aquella materia parecía tener un pliegue. Lo que había sacado a la luz era algo enorme y toscamente cilíndrico, como una trompa de mamuth blanda y blanquiazul doblada en dos, teniendo su parte más grande unos dos pies de diámetro. Seguí cavando y de repente salí del hoyo dando un salto, retirándome de aquella cosa nauseabunda. Frenéticamente destapé las garrafas y volqué el contenido de una tras otra. Aquel líquido corrosivo se vertió sobre aquella cosa cadavérica, inconcebiblemente anormal. ¡Lo que yo había visto era el codo de un titán!

El cegador torbellino de vapor verdiamarillento que surgió tempestuosamente de aquel hoyo, conforme caían los chorros de ácido, no se olvidará jamás de mi memoria. En toda la colina la gente aún habla del «día amarillo», cuando unos humaredas densas y horribles surgieron de un solar destinado a muladar cerca de una fábrica a orillas del río Providente; pero yo sé que se equivocan de lugar. También hablan del horrible tronar que al mismo tiempo vino de cualquier cañería estropeada o de una conducción subterránea de gas; pero también, si yo me atreviese, podría sacarlos de su error. Era algo

inexplicable y terrible y no sé cómo salí vivo de aquello. Todo se desvaneció en cuanto vacié la cuarta garrafa, que tuve que manejar después de que los humos hubieran empezado a penetrar en mi careta antigás. Cuando me recobré vi que del hoyo ya no salían más que vapores.

Vacié las otras dos garrafas que me quedaban, sin ningún resultado particular y al cabo de un rato me sentí lo bastante seguro como para empezar a volver a echar la tierra en el hoyo. Llegó el anochecer antes de que hubiera terminado; pero ya no había por qué sentir temor en aquel lugar. La humedad era menos fétida y todos los hongos se habían blanqueado hasta convertirse en una especie de inofensivo polvo grisáceo que se disolvió como ceniza sobre el suelo. Una de las causas más horribles de terror en la tierra había desaparecido para siempre y seguro que el infierno había admitido por fin el alma demoníaca de un algo inadmisible. Antes de arrojar la última palada acaricié la tierra húmeda, mientras se me escapaba la primera lágrima de las muchas que habría de derramar evocando el recuerdo de mi amado tío.

A la primavera siguiente ya no crecieron más hierbajos pálidos ni extraños matorrales en el jardín de la terraza de la casa apartada y poco después Carrington Harris alquiló la casa. Sigue siendo espectral, pero su extrañeza me fascina y la verdad es que sentiré una sensación rara mezclada con otra de alivio el día que sea derribada para construir en su lugar un cursi establecimiento o una vulgar casa de pisos. Aquellos árboles estériles del huerto han empezado a ceder el puesto a pequeños manzanos y el año pasado ya hubo pájaros que anidaron entre sus floridas ramas.

El mundo bien perdido
Theodore Sturgeon

TODO EL mundo los llamaba «pájaros del amor», aunque no eran precisamente pájaros, sino seres humanos. O mejor dicho, humanoides. Bípedos sin plumas. Su estancia en la tierra fue breve: nueve días de maravillas. De todas las maravillas que duran nueve días en una tierra de espectáculos orgásmicos trideo; pastillas congeladoras del tiempo; campos de sinapsis invertida que hacen posible que un hombre cambie una puesta del sol en perfumes, un masoquista en una persona capaz de distinguir las pieles por el tacto, y otros mil eufóricos; porque en tal tierra, nueve días de maravillas, son realmente una maravilla.

Como una repentina floración en el rostro del mundo, así vino la magia peculiar de los pájaros del amor. Hubo canciones «pájaros del amor» y baratijas del mismo nombre, sombreros y alfileres «pájaros de amor», joyas, monedas, licores y manjares con tal denominación. Porque la gente estaba encantada con los pájaros del amor. Claro que si sólo lo cuentas, nadie sentirá aquella sensación de delicia. Hay muchos que son inmunes hasta a un solidógrafo. Pero contemple a los pájaros del amor, aunque sólo sea por un momento, y verá lo que pasa. Es esa misma sensación que se tiene cuando uno cuenta doce años; te domina el agobia del verano, besas a una chica por primera vez y se te corta la respiración de un modo como estás seguro de que no te volverá a ocurrir. Y desde luego no ocurre, a menos que veas a los pájaros del amor. Entonces quedas fascinado por un instante y de repente notas que se te aceleran los latidos del corazón y, que empiezan a brotarte unas lágrimas de incredulidad, que el primer movimiento que haces es andar de puntillas, y que tu primera palabra es un susurro.

Esta magia vino muy bien sobre trideo y todo el mundo tuvo trideo, así que por breve tiempo la tierra estuvo encantada.

Sólo hubo dos pájaros del amor. Bajaron del cielo en un relámpago de reflejos metálicos, y salieron de su nave espacial cogidos de la mano. Sus ojos estaban llenos de admiración al mirarse el uno al otro y al mirar ambos al mundo. Parecieron quedar asombrados ante lo que veían y al cabo de un rato,

cambiando de expresión, con mucha cortesía, miraron en torno suyo y mientras tanto se dieron el uno al otro dones: el color del cielo, el sabor del aire, la presión de las cosas que crecen, se encuentran y cambian. Nunca hablaban. Simplemente *estaban* juntos. Observarlos era conocer sus pasmosos trinos en las escalas del canto de los pájaros, de cómo cada uno sentía el calor del otro, mientras su carne tomaba tranquilamente el sol.

Se apearon de su nave y el más alto fue arrojando un polvo amarillo tras sí. La nave se hundió en sí misma y se convirtió en un montón de desechos, que se desplomó en un montón de arena reluciente, que se convirtió en polvo y finalmente en una emulsión disuelta en el aire, tan fina, que el propio movimiento browniano la esparció por todas partes. Todos pudieron darse cuenta de que ellos pensaban quedarse. Todos comprendieron, sólo con verlos, que tras la maravillosa delicia que sentían el uno por el otro, vendría la maravillosa delicia de la propia tierra y por todas las cosas y todos los seres referentes a ella.

Pues bien, si la cultura terrestre fuera una pirámide, en su ápice (donde está el poder) se hallaría sentado un hombre ciego, porque estamos constituidos de tal modo, que sólo cegándonos nosotros mismos podemos elevarnos sobre nuestros semejantes. El hombre en el ápice siente una inmensa preocupación por el bienestar del conjunto; porque él lo ve como el origen y la estructura de su elevación, lo que es cierto, y como una extensión de sí mismo, lo cual no es cierto. Fue un hombre así el que ante una evidencia inmensurable, escogió el hallar una defensa contra los pájaros del amor, y suministró las matrices y coordenadas de la imagen del pájaro del amor al calculador más maravilloso que jamás había sido construido.

La máquina chupó símbolos y corrió con ellos, comparó, esperó e igualó, quieta mientras su enorme memoria, célula por célula, se mantenía en silencio, en silencio, hasta que en un extremo, resonó. Esta resonancia se asió en fórceps hechos de matemáticas, fue entregando (traduciendo furiosamente mientras entregaba) y sacó una lengua febril de papel en la cual estaba escrito a máquina.

DIRBANU

Esto cambió por completo la forma de las cosas. Porque los navíos espaciales terrestres había recorrido el cosmos en todas direcciones, encontrando pocos obstáculos. De todos estos obstáculos, todos pudieron ser comprendidos, todos menos uno, y ese uno era Dirbanu: un planeta trasgaláctico que estaba protegido por impenetrables campos de fuerza que no pudieron ser traspasados

por las naves terrestres cada vez que éstas se acercaron. Había otros mundos parecidos, pero en cada uno de estos casos las tripulaciones de las naves supieron a qué era debido. Dirbanu, tras su descubrimiento, prohibió los aterrizajes desde el primer momento, hasta que pudieran enviar un embajador a la Tierra. A su debido tiempo llegó uno (por lo menos eso es lo que informó el calculador, que era la única entidad que recordaba tal episodio) y se puso en evidencia que la Tierra y Dirbanu tenían muchas cosas en común. El embajador, sin embargo, se mostró bastante desdeñoso para con las cosas de la Tierra, frunció la boca y se volvió a su planeta sin decir palabra, y desde entonces Dirbanu se mantuvo tercamente cerrado a las averiguaciones de los terrestres.

Con eso Dirbanu acrecentó su valor y se convirtió en un objetivo ambicionado; pero no pudimos hacer nada para franquear sus defensas, que demostraron repetidamente ser inexpugnables y Dirbanu desarrolló en nuestro grupo mental las normales etapas del ser: la Curiosidad, el Misterio, el Desafío, el Enemigo, el Enemigo, el Enemigo, el Misterio, la Curiosidad y finalmente Eso-que-está-tan-lejano que no hay por qué-preocuparse o lo Olvidado.

Y de repente, al cabo de tanto tiempo, la Tierra tenía en su suelo a dos genuinos seres de Dirbanu, embelesando a las masas y sin dar informaciones. Esta circunstancia intolerable empezó a hacerse sentir a través del mundo, aunque lentamente; porque esta vez el ruido ensordecedor y continuado de los hombres ciegos fue amortiguado por la magia de los pájaros del amor. Habría hecho falta mucho tiempo para convencer al pueblo de la amenaza que se cernía sobre él, de no haberse producido un hecho realmente asombroso:

Se recibió un mensaje procedente de Dirbanu.

El impacto colectivo causado por los pájaros del amor, transmitido por las emisoras de la Tierra, había llamado la atención en Dirbanu, que se apresuró a informarnos que los pájaros del amor eran realmente seres de aquel planeta y además unos fugitivos y que Dirbanu tomaría como una ofensa el que la Tierra se convirtiera en un refugio de delincuentes y que en cambio agradecería que se tomasen las medidas oportunas para devolvérselos.

Así que a pesar de su encantamiento, la Tierra pudo estudiar un plan de acción. Aquí al menos había una oportunidad para ponerse de acuerdo con Dirbanu sobre una base amistosa. El gran Dirbanu, que puesto que disponía de campos de fuerza de los que la Tierra no podía disponer, debería forzosamente de poseer muchas otras cosas que podrían ser útiles en la Tierra; aquel poderoso Dirbanu ante el cual podríamos arrodillarnos suplicantes (llevando escondidas en

los bolsillos bombas puramente defensivas), agachando la cabeza (para que no vieran los cuchillos entre nuestros dientes) y pidiendo las migajas de sus mesas (mientras averiguábamos donde estaban situadas sus cocinas).

Así que el episodio de los pájaros del amor se convirtió en un detalle más de la fatigosa procesión de hechos demostrativos de que la más razonable intolerancia de la Tierra puede conquistar prácticamente todo, incluso la magia.

Especialmente la magia.

En cuanto los pájaros del amor fueron detenidos, el *Starmite* 439, habilitado como nave espacial prisión, y con una tripulación que era la más efectiva y sigilosa, partió en dirección a las estrellas con el cargamento que nos valdría ganar un mundo.

La tripulación la formaban dos hombres, uno bajito y fanfarrón como un gallo y otro fuertote y sombrío como un toro. El primero era Rootes, que hacía de capitán y de tripulación y el otro Grunty, que hacía todo lo demás. Rootes era arrogante, dado a los ex abruptos, de piel blanca y pelo rizado, de un castaño rojizo como sus ojos, que tenían una mirada dura. Grunty era un grandullón que andaba bamboleándose y tenía grandes manazas y unos hombros que medían de anchos la mitad de lo que Rootes tenía de estatura. Podía haber llevado un hábito de fraile con cogulla o un albornoz, que para el caso es lo mismo. No vestía ninguna de las dos cosas, pero el efecto era el mismo. De él sólo se sabía que las palabras y las imágenes, los conceptos y las comparaciones eran como interminable remolino de ventisca en su interior. Sólo él y Rootes sabían que tenían muchos libros, cosa que a Rootes tenía sin cuidado. Le llamaron Grunty (Gruñón) desde que empezó a hablar y con Grunty se quedó. Porque las palabras no abandonaban su cerebro como no fuera un par de ellas en alguna ocasión, entre largos intervalos. Así que había aprendido a condensar sus mensajes verbales en breves gruñidos, y cuando no los podía condensar, no decía nada.

Los dos eran primitivos, o sea que eran hombres de hechos, mientras que el Hombre Moderno es un pensador o una persona de fina sensibilidad. Los pensadores componen nuevas variaciones y permutaciones de euforia, y las personas de fina sensibilidad pagan a los pensadores respondiendo a sus invenciones. En las naves espaciales no hay sitio para el Hombre Moderno, que sólo puede emplearse en ellas de modo casual.

Los hombres de acción pueden cooperar como leva y vástago, como trinquete y rueda de trinquete, y tal enlace crea un fuerte vínculo. Pero Rootes y Grunty constituían una tripulación única, puesto que ambas partes de la

maquinaria no eran intercambiables. Todo buen capitán puede mandar toda buena tripulación, siempre que el medio sea equivalente. Pero Rootes no podía ni quería tripular ningún navío sin Grunty, pues no sabía arreglárselas con otro. Grunty comprendía este vínculo y el hecho de que el único medio concebible de romperlo sería explicárselo a Rootes no lo comprendería porque nunca se le ocurriría intentar tal cosa, y de haberlo intentado, habría fracasado, porque no servía para ello, Grunty sabía que sólo se sentía ligado con él, como cosa de rutina. Rootes no sabía esto y se habría enfadado ante la sola idea.

Así que Rootes miraba a Grunty con tolerancia y como algo divertido. Se daba cuenta de que podía confiar totalmente en él, sin embargo, Grunty miraba en cambio a Rooter... bueno, con aquel fluir incesante y silencioso de palabras en su mente.

Había además la armonía de funciones y el otro vínculo, comprendido sólo por Grunty, y que era un tercer ayudante en su fenomenal eficacia como tripulación. Era algo orgánico y tenía que ver con el camino de las estrellas.

Los motores a reacción eran cosa ya hacía tiempo olvidada. La llamada «impulsión combada» se utilizaba ya tan sólo experimentalmente en ciertas armas de guerra que tenían prioridad cuando los cohetes operacionales no eran un factor. El *Starmite* 439 estaba propulsado, como la mayoría de los aparatos interestelares, con una planta R. S. Como el transistor, el generador Referencial Stasis era muy sencillo de construir y muy difícil de explicar. Sus matemáticas se aproximaban al misticismo y su teoría contiene ciertas imposibilidades que son ignoradas en la práctica. Su efecto es cambiar el área de *stasis* de la nave y de todo lo que hay en ella, desde un punto de referencia a otro. Por ejemplo, la nave descansando sobre la superficie de la Tierra está en *stasis* con referencia al suelo sobre el cual descansa. Poniendo a la nave en *stasis* con referencia al centro de la Tierra, cobra en el acto una efectiva velocidad igual a la velocidad de la superficie del planeta alrededor de su núcleo, Unas mil millas por hora. El *stasis* referencial con respecto al sol es la que mueve a la Tierra, sobre la que se apoya la nave, a su velocidad orbital. La *stasis* GH mueve a la nave a la velocidad angular del sol por el centro de su eje galáctico. El impulso galáctico puede ser utilizado, lo mismo que cualquier núcleo de masa simple o complejo en este universo en expansión. Hay resultantes y multiplicandos y las velocidades efectivas pueden ser enormes. Sin embargo, la nave espacial está constantemente en *stasis,* así que nunca hay un factor de inercia.

El único inconveniente del empleo del R. S. es que los impulsos de uno

referentes a otros, invariablemente hacen que los miembros de la tripulación se desmayen por razones psiconeurales. El período de pérdida del conocimiento varía ligeramente, según los individuos de una a dos horas. Pero alguna circunstancia anómala en el desarrollado cuerpo de Grunty, hacía que sus periodos de inconsciencia se redujeran a treinta o cuarenta minutos, mientras que Rootes estaba siempre sin conocimiento dos horas o más. Grunty era un hombre que necesitaba los momentos de aislamiento como una vital necesidad, cosa de que no podía gozar en compañía de otro. Pero tras los impulsos *stasis* Grunty tenía siempre una hora para sí mismo, mientras su jefe yacía sin conocimiento sobre la colchoneta preparada para estos casos, y él pasaba estos ratos ensimismado consigo mismo, a veces leyendo un buen libro.

Así que ésta fue la tripulación escogida para llevar la nave espacial-prisión. Ambos habían estado juntos más que ningún otro tripulante del Servicio del Espacio. Su historial mostraba una eficiencia métrica, y una resistencia a las debilidades físicas y psíquicas que jamás se habían oído de personas sometidas a estrecho confinamiento en largos viajes, que constituían un verdadero azar. En el espacio, al impulso seguía la calma de la inercia; el aterrizaje sobre los planetas se hacía según los planes establecidos y sin novedad. Al llegar a las estaciones espaciales, Rootes salía siempre corriendo en busca de un lugar donde pasarlo bien y comer ruidosamente y a su gusto, hasta una hora antes de partir, mientras que Grunty buscaba primero la oficina y después, una librería.

Los dos se alegraron de haber sido elegidos para hacer este viaje a Dirbanu. Rootes no sentía remordimiento por haberse llevado lo que constituía la nueva delicia de la Tierra, puesto que él era uno de los pocos que estaban imunizados contra ella. («Bonitos», dijo la primera vez que los vio). Grunty se limitó a gruñir y no dijo ningún comentario sobre el hecho de que si la expresión de los pájaros del amor, de asustada admiración del uno por el otro se había intensificado su impresión maravillosa por la Tierra y las cosas de la Tierra se había desvanecido. Ahora estaban encerrados, puestos a buen recaudo, aunque cómodamente instalados, en la cabina trasera tras una puerta transparente, de modo que cualquier movimiento suyo podía ser visto desde la cabina de mandos. Estaban sentados, uno al lado del otro, cogidos por los brazos, y aunque seguían teniendo aquel aspecto radiante por el mero y mutuo contacto, era como un placer ensombrecido, una belleza lagrimosa como la de una música triste de un muro de los lamentos.

La fuerza del R. S. se aplicó sobre la Luna y ellos se alejaron del satélite.

Grunty salió de su desvanecimiento, encontrándose con que todo estaba muy tranquilo. Los pájaros del amor estaban quietos, abrazados, con una expresión casi humana, exceptuando la pronunciada articulación de sus párpados que se elevaban, en vez de caer como en los seres terrestres. Rootes estaba echado de bruces en la otra colchoneta, y Grunty movió la cabeza al verlo, con gesto de asentimiento. Apreciaba mucho el silencio, puesto que Rootes no hizo más que charlar en la cabina, hablando con detalle de sus conquistas en las estaciones espaciales, en las dos horas que precedieron a su marcha. Era una rutina que Grunty encontraba especialmente fatigosa, en parte por su contenido, que a él no le interesaba en absoluto; pero especialmente porque era inevitable. Grunty se había fijado ya hacía tiempo, que todos estos relatos tan detallados, tenían más bien un tono de sed que de saciedad. Había llegado a sus propias conclusiones sobre esto y como era característico en él, se las guardó para sí mismo. Aunque en su interior iba comentando las palabras del otro.

—¡Hombre! Si vieras cómo gemía... —le diría Rootes.

—¿Y le diste dinero?

—¡Ella fue la que me lo dio a mí! ¿Y sabes lo que hice con él? ¡Pues irme con otra!

«¿Qué cariño vas a comprar tú con ese dinero, mi príncipe?», musitaba para sí Grunty.

—... por el suelo y la alfombra, demonios! Creía que íbamos a trepar por las paredes. Estaba borracho como una cuba, Grunty, ¡te digo que estaba borracho como una cuba!

«¡Pobrecillo! —susurró el otro en su interior—. *Eres tan pobre de espíritu como alegre y una décima parte de grande que tus vanos ruidos.»*

Uno de los placeres más grandes que sentía Grunty se debía al hecho de que este tipo de monólogo se limitaba al primer día de viaje, sin que apenas dijera alguna otra palabra sobre el tema hasta la partida siguiente, no importaba los meses que pudieran transcurrir entretanto.

«Háblame de amor, ratoncito —se diría para sí ahogando una risita—. *Levántate tu queso y vete mordisqueando mientras sueñas* —y luego añadiría con gesto cansado—: *Llevo conmigo un tesoro que es una carga demasiado pesada, con toda su plenitud, para que tenga que ser remolcado mientras oigo su vana charla.»*

Grunty dejó la colchoneta y se dirigió hacia el cuadro de mando. Los indicadores señalaban la trayectoria. Hizo la debida anotación en el diario de

vuelo y fijó el visor de control para localizar cierta mesa-nexo en la nebulosa de Cáncer. Cuando la localizara soñaría un carillón. Ajustó el interruptor para el cierre final por el botón de mando que estaba junto a su colchoneta, se fue a popa y esperó.

Se puso a mirar a los pájaros del amor porque no tenía otra cosa que hacer.

Estaban quietos, pero el amor los permeabilizaba de tal modo que sus mismas posturas lo expresaban así. Sus cuerpos en reposo se anhelaban mutuamente y las manos del más alto parecían fluir hacia los dedos de las manos de su amada, para retirarse de nuevo; como los andrajos desgarrados de un pedazo de tela, que estirándose trataran de volver a unirse. Y como estaban de un humor triste, también triste era su postura, y así ambos lo expresaban, juntos e individualmente, e individualmente, cada uno hablaba a través del silencio del otro, de la pérdida que habían sufrido y cómo eso significaba más pérdidas que habrían de venir. Lentamente, aquel cuadro se difundió por la mente de Grunty, que lo tradujo en palabras, murmurando finalmente:

"Barred del porvenir el polvo de la tristeza, seres brillantes. Ya tenéis bastante tristeza por ahora. La pena debe vivir de haber nacido, no antes."

Sus palabras cantaron:

Ven a llenar la copa y en el fuego de la primavera tira tu vestidura invernal del arrepentimiento.

El pájaro del tiempo tiene poco sitio para revolotear... y está a punto de irse.

y añadió: «Omar Khayyam, nacido hacia 1073» —porque esto, también, era una de las funciones de las palabras.

Y entonces se quedó rígido de horror; sus manazas se alzaron convulsivamente y arañaron el cristal aprisionador...

Ellos le estaban sonriendo.

Le estaban sonriendo, y en sus rostros y en sus cuerpos ya no había tristeza.

¡Le habían oído!

Miró convulsivamente hacia el cuerpo inconsciente del capitán y luego de nuevo a los pájaros del amor.

Que ellos se hubieran recuperado tan pronto del desmayo, era, como mínimo, una intrusión; porque estos momentos de soledad eran preciosos y más que preciosos para Grunty; y ya no podría gozarlos bajo el escrutinio de estos ojos diamantinos. Pero eso no era nada en comparación con lo otro... ¡que ellos le podían oír!

Las razas telepáticas no son comunes, pero existen. Y lo que ahora él estaba

experimentando era lo que invariablemente sucedía cuando los seres humanos encontraban una. Él sólo podía enviar. Los pájaros del amor sólo podían recibir. ¡Y ellos no debían recibirlo! Nadie debía. Nadie debía saber quién era ni lo que pensaba. Si alguno lo lograba, sería para él un desastre insoportable. Eso significaría no más vuelos con Rootes, lo cual, desde luego, significaba no más vuelos con nadie. ¿Y cómo podría él vivir... a dónde podría ir?

Se volvió hacia los pájaros del amor. Tenía los labios pálidos y contraídos por el pánico y la furia. Por un instante sostuvo su mirada. Ellos se estrecharon más entre sí y juntos le enviaron una mirada radiante, ansiosa y amistosa, que le hizo rechinar los dientes.

Entonces, en el cuadro de mando, sonó el carillón del visor.

Grunty se apartó lentamente de la puerta transparente y se dirigió hacia su colchoneta. Se acostó y apretó el dedo pulgar sobre el botón.

Odiaba a los pájaros del amor, y había perdido toda alegría. Apretó el botón, la nave se deslizó en un nuevo *Stasis* y él se desmayó.

Pasó el tiempo.

—¿Grunty?

—¿...?

—¿Les diste de comer en este impulso?

—No.

—¿En el último impulso?

—No.

—¿Pero qué demonio te pasa, so zoquete? ¿De qué quieres que vivan?

Grunty miró con odio hacia popa.

—Del amor —contestó.

—Dales de comer —le ordenó secamente Rootes.

Sin decir palabra Grunty empezó a preparar una comida para los prisioneros. Rootes se quedó de pie en medio de la cabina, con los puños en las caderas, con su cabeza en la que relucía su cabellera color castaño rojiza inclinada hacia un lado, observando sus movimientos.

—Antes no tenía que decirte nada —refunfuñó, mitad irritado y mitad preocupado—. ¿Estás enfermo?

Grunty negó con la cabeza. Abrió dos botes y los puso a calentar, bajando los chupadores de agua.

—¿Es que te han contagiado ese par de tórtolos?

Grunty evitó su mirada.

—Los llevaremos a Dirbanu sanos y salvos, ¿me oyes? Si ellos se ponen enfermos, te pondrás enfermo tú también ¡vive Dios! Ya me encargaré yo. No me acarrees dificultades, Grunty, pues no te lo perdonaría. Nunca te he pegado, pero entonces te pegaría.

Grunty llevó la bandeja a popa.

—¿Me has oído? —le gritó Rootes.

Grunty asintió sin mirarlo. Pulsó un botón y una ventanilla de comunicación se abrió en la pared de cristal, pasando por ella la bandeja. El pájaro del amor más alto se adelantó y la tomó con avidez, pero con gracia, dedicándole una deslumbradora sonrisa de agradecimiento. Grunty le contestó con un gruñido de carnívoro. El pájaro del amor llevó la bandeja de la comida hasta una mesa y ambos empezaron a comer, dándose el uno al otro los pedacitos.

Un nuevo *stasis* y Grunty pugnó por salir de un nuevo desmayo. Se incorporó bruscamente y miró en torno suyo por la nave. El capitán estaba echado sobre los almohadones, con una postura que parecía la de un gato. Los pájaros del amor, aunque estaban profundamente inconscientes, parecían partes inseparables de un conjunto. Él más pequeño estaba sobre la colchoneta y el mayor tendido en el suelo boca abajo, con una mano tendida, suplicante.

Grunty dio un bufido y se esforzó en ponerse de pie. Cruzó la cabina y se quedó mirando a Rootes.

«El colibrí es como una avispa —dijeron sin palabras—. *Zumba y clava el aguijón, sisea y huye como el relámpago. Rápido y dañino, dañino...»*

Se quedó parado por un momento, moviendo los músculos de sus robustos hombros y temblándole la boca.

Miró a los pájaros del amor, que seguían inmóviles. Y entornó los ojos.

Las palabras se atropellaron en su mente, pero al final pudo ordenarlas:

Yo *he aprendido tres cosas gracias al amor, que trae el pecado, las penas y la muerte.*

Y sin embargo día tras día, dentro de mí, mi corazón arrostra la vergüenza y la pena, la muerte y el pecado...

Y meticuloso añadió:

«Samuel Ferguson, nacido en 1810.»

Miró ferozmente a los pájaros del amor y pegó con un puño en la palma de la otra mano, haciendo un ruido como el de una maza en un hormiguero. Lo habían oído otra vez y ahora no le sonrieron, sino que se miraron entre sí y luego se volvieron para mirarlo, haciendo un grave gesto de cabeza.

Rootes empezó a mirar los libros de Grunty, hojeándolos y tirándolos a un lado. Antes nunca los había tocado.

—Todo esto es porquería —dijo mofándose—. *El jardín de Ylynck, Viento entre los sauces, Gusano Ouroborous.* Cosas para niños.

Grunty vino andando pesadamente y con paciencia se puso a recoger los libros que el capitán había tirado, volviéndolos a poner uno a uno en su sitio, acariciándolos como si hubieran sido heridos.

—¿No tienes nada que tenga ilustraciones?

Grunty se lo quedó mirando en silencio por un momento y luego tomó un grueso volumen. El capitán lo cogió de un tirón y lo hojeó.

—«Montañas» —refunfuñó—. «Casas antiguas» siguió hojeando—. «Buques fantasmas» —tiró el libro contra el suelo—. ¿Pero es que no tienes nada de lo que yo quiero?

Grunty se quedó como esperando.

—¿Es que te lo voy a tener que dibujar? —rugió el capitán—. Algo que sea picante, Grunty. Pero, ¡qué sabes tú! Tengo ganas de ver ilustraciones, ¿me comprendes?

Grunty se lo quedó mirando fijamente, sin expresión; pero en su interior sintió que algo se le retorcía por el pánico. El capitán, nunca, *nunca* se había portado así en el curso de un viaje. Y comprendió que la cosa iba a empeorar. A empeorar mucho. Y pronto.

Echó a los pájaros del amor una mirada de odio. Si ellos no estuvieran a bordo...

No había espera. Habría que hacer algo. Algo...

—¡Vamos, vamos! —le dijo Rootes—. Hasta un infeliz como tú debe tener algo estimulante.

Grunty se apartó de él, cerró sus ojos como si se sintiera torturado y luego se recuperó. Pasó sus manos sobre los libros, vaciló y finalmente sacó un pesado librote. Se lo alargó al capitán, y luego se fue hacia el cuadro de mandos. Se sentó pesadamente frente a él y fingió estar ocupado.

El capitán se echó en la colchoneta de Grunty y abrió el libro.

—¡Vaya! ¡Miguel Angel! —dijo gruñendo casi como su compañero—. ¡Estatuas! —susurró con sorna; pero empezó a hojear el libro y al final se calló.

Los pájaros del amor se lo quedaron mirando con triste ternura, y luego empezaron a lanzar miradas suplicantes al enfadado Grunty, que les daba la espalda.

El patrón-matriz de la Tierra se deslizó entre los dedos de Grunty y éste de repente rasgó la cinta y la volvió a rasgar. ¡La Tierra! Un lugar repugnante.

«No hay nada —pensó— *como la conservación del libertinaje.»*

Dada una cultura de sibarita, con una selección interminable de titilaciones mecánicas, uno tiene un pueblo de inquebrantable y obstinada formalidad; un pueblo con pocos, pero macizos tabús; una gente chocante, de mente estrecha y melindrosa que obedece las reglas (aun las reglas de su calculada depravación), y protegiendo sus apreciadísimas y especializadas gazmoñerías. Con gentes semejantes hay palabras que uno no debe usar, gestos y entonaciones a los que uno ha de renunciar, bajo la pena de ser hecho pedazos. Las reglas son complejas y absolutas y en un lugar semejante el corazón de uno no debe cantar, no vaya a ser que a través de su cálida alegría te traicione.

Y si uno debe sentir regocijo de tal naturaleza, si debe liberarse de esa opresión, entonces que huya al espacio... que huya a la reluciente soledad negra. Y que deje pasar los días transcurrir el tiempo y que se acurruque bajo su impenetrable integumento y que espere, espere y de cuando en cuando, muy de tarde en tarde, tendrá ese momento de solitaria consciencia cuando no haya nadie en torno para ver, y entonces puede que estalle en uno y que bailes o llores, o te meses los cabellos hasta que tus ojos resplandezcan, o hagas estas o aquellas cosas que tu insaciable naturaleza demande.

Grunty había necesitado la mitad de su vida para hallar esta libertad: ningún precio sería demasiado alto con tal de conservarla. Ni las vidas ni la diplomacia interplanetaria ni siquiera la Tierra valían la pena de perderla.

Y perdería su libertad si cualquiera lo supiera, y los pájaros del amor lo sabían.

Se apretó sus fuertes manos hasta que le crujieron los nudillos. Dirbanu, leyéndolo gracias a las mentes telepáticas de los pájaros del amor; Dirbanu, propagando la noticia a través de las estrellas; el rugido de la reacción y luego Rootes, Rootes, cuando recibiera aquel enorme y feo impacto...

Así que dejar que Dirbanu siguiera ofendido. Dejar que la Tierra acusara a esta nave espacial de fracaso o aun de traición... todo menos el quemante secreto que los pájaros del amor le habían robado.

Otro nuevo *stasis* y el primer pensamiento de Grunty al recuperar el conocimiento en la nave silenciosa fue:

«Tiene *que ser en seguida.»*

Dio media vuelta en su colchoneta y se quedó mirando ferozmente a los

pájaros del amor que estaban inconscientes. Aquellos pobrecitos pájaros del amor.

Aplastarles las cabezas.

Pero, ¿qué le iba a decir después a Rootes?

¿Que los pájaros del amor lo atacaron y trataron de apoderarse de la nave?

Meneó su cabeza como un oso en una colmena. Rootes no se creería nunca eso. Aunque los pájaros del amor pudieran abrir la puerta, (y no podían), era ridículo imaginar a aquellas dos criaturas brillantes y delgadas atacando a nadie, especialmente a un oponente tan grande y fuertote.

¿Veneno? No, en sus eficientes e infalibles reservas de alimentos no había nada que sirviera.

Se quedó mirando al capitán y de repente se le cortó la respiración.

¡Pues claro!

Empezó a registrar en los cajones donde el capitán guardaba sus cosas. Debería haber imaginado que un canalla fanfarrón como Rootes no podría vivir, contonearse ni pavonearse sin tener un arma. ¿Y cuál iba a ser el arma que un hombre así iba a escoger?...

Mientras registraba se dio cuenta de algo con el rabillo del ojo.

Los pájaros del amor se habían despertado.

Eso no importaba.

Se rió de ellos con una carcajada siniestra. La pareja se estrechó más y lo miraron con ojos desorbitados y brillantes.

Le habían leído el pensamiento.

De repente se dio cuenta de que ellos estaban muy ocupados, tan ocupados como él. Y en ese momento encontró la pistola.

Era de calibre pequeño, que en su mano le pareció suave e íntima. Exactamente como lo había sospechado, como lo había esperado... justo lo que necesitaba. Era silenciosa y no dejaría señales. Ni siquiera había que apuntar con cuidado. Sólo un impacto de sus terribles radiaciones y a través del cuerpo los axones de repente se niegan a propagar los impulsos de los nervios. Ningún pensamiento deja el cerebro, no vuelve a repetirse la menor contracción del corazón o los pulmones. Y luego no queda la menor señal de que se haya usado un arma.

Fue hacia la ventanilla de servicios con la pistola en la mano.

«Cuando se despierte, estaréis muertos —pensó—. *No podréis recobraros de la inconsciencia del* stasis. *Malo. Pero a nadie podrán echar la culpa. Antes de*

ahora, jamás llevamos pasajeros de Dirbanu, así que, ¿cómo van a saberlo?»

Los pájaros del amor, en vez de titubear y retroceder, se habían acercado a la ventana, con sus rostros suplicantes, y sus manos suplicantes escribiendo y señalando a algo que trataban de entregar.

Dio a un botón y se abrió la ventanilla.

El pájaro del amor más alto le entregó algo como si ello hubiera sido su escudo. El otro señaló a aquello, hizo nerviosos gestos con la cabeza, dedicándole una de aquellas malditas y dulzonas sonrisas.

Grunty ya iba a dar a aquello un manotazo, pero se contuvo.

No era más que una hoja de papel.

Toda la crueldad de la humanidad se despertó en Grunty. *«Una especie que no sabe protegerse a sí misma, no merece vivir.»*

Alzó la pistola.

Pero entonces vio los dibujos.

Estaban muy bien hechos. Es más, tenían aquella gracia inefable de los propios pájaros del amor. Los dibujos representaban a tres figuras:

Al propio Grunty, robusto, impasible, los ojos relucientes, las piernas como troncos de árboles y los hombros musculosos.

Rootes en una postura muy característica y tan bien dibujada que Grunty se quedó con la boca abierta. Delgado y bien proporcionado, con una pierna apoyada sobre una silla, y ambos codos sobre la rodilla, la cabeza medio vuelta. Sus ojos parecían centellear aun en el papel.

Y una joven, ésta de pie, con los brazos a la espalda, las piernas ligeramente apartadas y su cara un poco bajada. Era de ojos profundos, gesto pensativo, y verla era quedar en silencio, esperar que aquellos párpados agachados se elevaran y rompieran el hechizo.

Grunty frunció el entrecejo y balbució. Alzó una mirada aturdida desde aquellos exquisitos dibujos a los pájaros del amor, y se encontró con aquellos rostros suplicantes, ávidos, ansiosos y esperanzados.

El pájaro del amor apoyó un segundo papel contra el cristal.

Había las mismas tres figuras, idénticas en todo a las anteriores, excepto en que estaban desnudas.

Se preguntó cómo conocerían la anatomía humana con tanta meticulosidad.

Antes de que pudiera reaccionar, le enseñaron otra hoja de papel.

Ésta vez eran los pájaros del amor, el alto y el bajo, cogidos de la mano. Y junto a ellos una tercera figura, algo parecida, pero diminuta, redondita y con

irnos brazos grotescamente cortos.

Grunty se quedó mirando con atención los tres dibujos, uno tras otro. Allí había algo... algo...

Y entonces el pájaro del amor mostró el cuarto dibujo, y lenta, lentamente, Grunty empezó a comprender. En el último dibujo los pájaros del amor eran mostrados igual que antes, exceptuando que estaban desnudos, lo mismo que la pequeña criatura que estaba a su lado. Él no había visto nunca antes pájaros del amor desnudos. Seguramente nadie los había visto.

Lentamente bajó la pistola. Y se echó a reír. Pasó su mano a través de la ventanilla y estrechó las manos de los pájaros del amor, y ellos rieron con él.

Rootes se desperezó con los ojos cerrados, apretó su cara contra la colchoneta, y dio media vuelta. Puso los pies en el suelo, sostuvo su cabeza entre las manos y bostezó. Sólo entonces se dio cuenta de que Grunty estaba de pie a su lado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Siguió la sombría mirada de Grunty.

La puerta de cristal estaba abierta.

Rootes se puso de repente de pie como si la colchoneta estuviera al rojo vivo.

—¿Dónde... qué...?

El rostro impasible de Grunty se volvió hacia el escotillón de estribor. Rootes se lanzó hacia allá, balanceándose en sus piernas como si estuviera boxeando. Su cara le relucía baja el rojo resplandor de la luz que había en la cámara intermedia.

—El bote salvavidas... ¿quieres decir que se han ido en el bote salvavidas? ¿Que se han escapado?

Grunty asintió.

Rootes se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oh! —gimió. Se volvió hacia Grunty—. ¿Y dónde estabas tú cuando pasó eso?

—Aquí.

—Bueno, pero en nombre de Dios, ¿qué pasó? —Rootes, temblando, parecía que estaba a punto de sufrir un ataque de histeria.

Grunty se golpeó el pecho.

—¿Quieres decirme que los dejaste escapar?

Grunty asintió y esperó... no por mucho rato.

—Voy a hacerte picadillo —rugió Rootes—. Voy a acabar de dejarte

atontado, de modo que no puedas ni llorar. Y luego te entregaré al Servicio Secreto. ¿Qué crees que te harán? ¿Qué crees que me harán a mí?

Dio un salto hacia Grunty y le pegó un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas. Grunty mantuvo sus manos bajadas y no hizo el menor intento de evitar el puñetazo. Quedó inmóvil y esperó.

—Puede que fueran delincuentes; pero eran ciudadanos de Dirbanu —le gritó Rootes cuando recuperó el aliento—. ¿Cómo vamos a explicar esto a Dirbanu? ¿Te das cuenta que esto puede significar la guerra?

Grunty meneó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? Tú sabes algo. Será mejor que hables ahora que después. ¡Vamos, muchacho! ¿Qué le vamos a decir a Dirbanu?

Grunty apuntó hacia la celda vacía.

—Que murieron —respondió.

—¿Y qué vamos a sacar con eso? No han muerto. Aparecerán cualquier día y...

Grunty volvió a negar con la cabeza y señaló al mapa de estrellas. Dirbanu era el cuerpo celeste más cercano. No había ningún planeta viviente en miles de *parsecs.*

—No habrán ido a Dirbanu.

—No.

—¡Maldito seas! Hay que sacarte las cosas con sacacorchos. Con ese bote salvavidas podrían dirigirse a Dirbanu, cosa que no creo que hagan o encaminarse, tal vez durante años, a las estrellas exteriores. Es lo único que con seguridad pueden hacer.

Granty asintió.

—¿Y crees que Dirbanu no les va a seguir la pista y no los va a capturar?

—No tienen naves.

—¡Tienen naves!

—No.

—¿Te lo han dicho los pájaros del amor?

Grunty asintió.

—¿Quieres decir que la nave que ellos destruyeron y la que utilizó el embajador era la única que tenían?

—Sí.

Rootes empezó a dar zancadas arriba y abajo, nervioso.

—No lo entiendo. No logro entenderlo. ¿Por qué has hecho eso, Grunty?

Grunty se quedó inmóvil un momento, observando la cara que ponía Rootes. Luego se dirigió hacia la mesa del cuadro de mandos. Rootes no tuvo más remedio que seguirlo. Grunty extendió los cuatro dibujos.

—¿Qué es esto? ¿Quién lo ha dibujado? ¿Ellos? ¿Qué es lo que sabes, maldito? ¿Qué broma es ésta?

Grunty, pacientemente, le fue indicando los dibujos con una mano. Rootes se lo quedó mirando, aturdido, sacudió la cabeza y volvió a mirar los dibujos.

—Están muy bien hechos —reconoció—. Me gustaría poder dibujar así —y de nuevo apartó su atención de los dibujos que parecían fascinarlo, para mirar otra vez a Grunty.

—Aquí estás tú. Éste soy yo. ¿Verdad? Y luego esta chica. Y ahora aparecemos aquí igual, solo que desnudos. ¡Demonios! ¡Vaya tipos! Muy bien, muy bien. Sigo. Éstos son los prisioneros, ¿no? ¿Y quién es esta figura pequeñita y gorda?

Grunty le mostró el cuarto dibujo.

—¡Oh! —dijo Rootes—. Aquí están también todos desnudos. ¡Hum!

De repente dio un grito y se inclinó. Luego miró rápidamente los cuatro dibujos como en una secuencia. Se le empezó a poner la cara colorada. Y miró con detención el cuarto dibujo. Finalmente puso su dedo índice sobre la pequeña y redonda figura del cuarto dibujo.

—Esto es... en Dirbanu...

Grunty asintió:

—Una hembra.

—Así que esos dos eran...

Grunty asintió.

—¡Así que era eso! —Rootes se puso furioso—. ¿Quieres decir que hemos navegado todo este tiempo con un par de malditos invertidos? ¡Si lo llego a saber los mato!

—Ya.

Rootes se lo quedó mirando con creciente respeto y con, aire divertido.

—¿Así que los mandaste a paseo para que yo nos los matara y echara todo a perder? —se rascó la cabeza—. Merezco que me den de palos. Y a ti habrá que darte las gracias después de todo. Si hay algo que no soporto es a un afeminado.

Grunty asintió.

—¡Dios! —exclamó Rootes—. Y está claro, está claro. Sus hembras no se parecen en nada a sus varones. Comparadas con ellas, nuestras mujeres son

prácticamente iguales a nosotros. Así que cuando vino su embajador, vio lo que parecía ser un planeta lleno de invertidos. Y como no pudo soportar el espectáculo, se volvió a Dirbanu, y por eso allí no quieren saber nada de la Tierra.

Grunty asintió.

—Así que ese par de tipos de la cáscara amarga huyeron a la Tierra, pensando que allí estarían a sus anchas. Y por poco no lo consiguen esos malditos. Pero Dirbanu pidió su regreso, pues no quería que tipos así representaran su planeta. No se lo reprocho. ¿Qué sentiríamos nosotros si los únicos terrestres que hubiera en Dirbanu fueran homosexuales? ¿No querríamos que se fueran de allí rápido?

Grunty no dijo nada.

—Y ahora —dijo Rooes—, será mejor que demos a Dirbanu la buena nueva.

Y se dirigió hacia el cuadro de mandos.

Cosa sorprendente, hizo falta muy poco rato para ponerse en comunicación con aquel velado planeta. Dirbanu contestó y mandó un saludo en clave. Un descifrador tradujo el mensaje en cinta para ellos.

Saludos Starmite 439. *órbita establecida. ¿Podéis arrojar prisioneros sobre Dirbanu? ¿No importa en paracaídas?*

—¡Vaya! —exclamó Rootes—. ¡Qué gente más amable! ¿Te has fijado que no nos piden que aterricemos? ¿Qué les decimos acerca de ese par de mariposas?

—Que murieron —contestó Grunty.

—Sí —repuso Rootes—. Después de todo es lo que ellos desean —y mandó rápidamente el mensaje.

En pocos minutos la respuesta vino por el descifrador.

Mantenga la comunicación. Debemos comprobar. Prisioneros pueden fingir estar muertos.

—¡Oh! —dijo el capitán—. Descubrirán la verdad.

—No —repuso Grunty calmosamente.

—Pero su detector los localizará... ¡Ah! Ya veo a dónde vas a parar. Como no hay muertos, no hay señales. Es como si no estuvieran aquí.

—Claro.

El descifrador dejó oír su traqueteo.

Dirbanu agradecido. Considera misión cumplida. No quiere cadáveres. Podéis comeroslos.

A Rootes le entraron ganas de vomitar. Grunty dijo:

—Costumbres.

El descifrador siguió traqueteando.

Ahora dispuestos a mutuo acuerdo con la Tierra.

—Regresaremos cubiertos de gloria —exultó Rootes. Y respondió:

Tierra también dispuesta. ¿Qué proponen?

El descifrador hizo una pausa, luego transmitió:

Tierra manténgase apartada de Dirbanu y Dirbanu se mantendrá apartado de la Tierra. No es proposición. Toma efectos inmediatos.

—¡Esos malditos!

Rootes pegó un puñetazo al libro de claves y aunque estuvieron circundando el planeta a respetuosa distancia durante casi cuatro días, no recibieron más respuestas.

Lo último que dijo Rootes antes de que establecieran la primera *stasis* antes de emprender el viaje de regreso fue:

—Bueno, me queda el consuelo de pensar que esos dos afeminados van errando por el espacio en ese bote salvavidas. Ni siquiera pueden morirse de hambre. Irán allí enjaulados durante años hasta que arriben a algún sitio donde se puedan apear.

Esas palabras aún resonaban en la mente de Grunty cuando salió de su desmayo. Miró a popa, hacia la puerta cristal y sonrió como recordando.

«Durante años» —murmuró.

Sus palabras parecieron rizarse y arremolinarse mientras recitaba.

...Si, el amor requiere el espacio focal del recuerdo o de la esperanza, antes de medir su profundidad. ¡Demasiado pronto, demasiado pronto viene la muerte a mostrarnos, que amamos más profundamente de lo que nos creemos!

Y meticuloso, añadió las palabras:

«Coventry Patmore, nacido en 1823.»

Se incorporó lentamente, se desperezó, regocijándose con su intimidad. Se dirigió a la otra colchoneta y se sentó en el borde de ella.

Por un buen rato se quedó mirando el rostro inconsciente del capitán, leyendo en él con gran ternura y la máxima atención, como una madre con su hijo.

Sus palabras dijeron:

”—¿Por qué debemos amar donde cae el rayo, y no donde escojamos nosotros?”

Y añadieron:

”—Pero me alegro de que seas tú, pequeño príncipe. Me alegro de que seas tú.”

Alzó su manaza y con un toque suave, la pasó sobre los labios del durmiente.

NOTAS

[1] Jorge Cruikshank. Famoso caricaturista inglés del siglo pasado. (N. del T.)

[2] «Billet Doux»: Misiva Dulce. (N. del T.)

[3] «Rye»: «whisky» de centeno. (N. del T.)

[4] «Bourbon»; aguardiente de maíz. (N. del T.)

[5] «Saloma»: tonada cadenciosa con que acompañan los marineros su faena, para hacer simultáneo el esfuerzo de todos. (N. del T.)

[6] Scarry significa: la de la cicatriz. (N. del T.)

[7] Churrasco: en América, carne asada a la brasa. (N. del T.)

[8] Agáricos: especie de hongos venenosos. (N. del T.)

FAMOSAS NOVELAS

Deseando complacer a numerosos lectores de nuestras ediciones volvemos a publicar las novelas de

RAFAEL SABATINI

y junto a ellas otras novelas famosas en la literatura universal, de los grandes maestros de la novela.





1. **El Capitán Blood** ..... R. Sabatini
2. **Los tres Mosqueteros** ..... A. Dumas
3. **Cisne negro** ..... R. Sabatini
4. **Don Quijote de la Mancha** ..... M. Cervantes
5. **Scaramouche** ..... R. Sabatini
6. **El halcón del mar** ..... R. Sabatini
7. **El Favorito** ..... R. Sabatini
8. **Bellarion** ..... R. Sabatini

Ediciones en tamaño 14 × 22 cm., a precios según su extensión, sumamente económicos.

EDITORIAL MOLINO Calabria, 166 Barcelona - 15

profesionales del fútbol

Apasionante estudio de las máximas figuras mundiales, realizado por un experto y competente crítico deportivo.
Conoceremos cómo viven y piensan, con respecto a su profesión y al deporte, esos ídolos de multitudes que son, entre otros muchos:



PELE - CHARLTON - SUAREZ - LAW - PIRRI - RIVERA, etc.



C.I.A.C. Barcelona